CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

2

Fíjese en el hombre
que los fuma !



Le invitamos a probar

Lord's

El cigarro más fino que se fabrica en cualquier país... ¡A cualquier precio!

Los Tabacos Más Finos y Más Caros del Mundo
Estuche Protect-o-Pack
La Ultima Palabra en Filtros
Boquilla Blanca · Tamaño Señorial

De lo que gusta a un hombre...
Lord's da más!

Lord's
FILTRO PERFECTO

$ 3^00
cajetilla

El estuche Protect-o-Pack pone fin
al mal trato de los cigarros



Vea a Mike Hammer, el explosivo
personaje de Mickey Spillane,
en los canales 4 y 7 de televisión,
todos los viernes a las 21.00 horas.




LITHOMEX
PIGMENTOS DE MEXICO, S.A.



BIBLIOTECA
TECNICA
FERROCARRILERA

ACABAN DE APARECER
DIEZ NUEVOS VOLUMENES
DE GRAN INTERES

Precio del ejemplar
51 Estímulos y Recompensas. Primera promoción 1956 $ 1.00
52 Aplicación de la soldadura eléctrica en cajas de fuego de locomotoras de vapor, por el Ing. Francisco Barajas Bernal 8.00
53 Convenio de Revisión del Contrato de Trabajo (21 de enero de 1957) 1.00
54 Saber es poder en la locomotora Diesel eléctrica 10.00
55 Código de Reglas AAR-1957 20.00
56 Normas para la compraventa y arrendamiento de predios rústicos y urbanos 1.00
57 Dictamen del Consejo de Fomento y Coordinación de la Producción Nacional sobre la ubicación de la Estación de Pasajeros 2.00
58 Reglamento para los Centros Deportivos Ferrocarrileros 1.00
59 Dos estudios franceses sobre la vía 2.00
60-I. Normas para el Consejo Técnico 1.00

Revista FERRONALES, número mensual $ 3.00
Suscripción anual 18.00

DE VENTA EN BOLIVAR Núm. 19
MEXICO, D. F.

PEDIDOS C.O.D. al APARTADO POSTAL 8020


SOLIDEZ
USANDO
ESTRUCTURAS DE
PRINCIPALMENTE PARA GRANDES
EDIFICIO
"PEMEX"
CONSTRUIDO PO
ACERO ESTRUCTUR
S. A.
con perfiles de
ACERO MONTERREY
CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y
ACERO DE MONTERREY, S. A


CORDOBA tierra del ron...
RON BATEY
RON BATEY
DESTILADORA CORDOBESA, S. A.
CORDOBA, VER.
Presencia del trópico ardiente y generoso en el aroma y sabor de BATEY!
Uno de los factores determinantes de la calidad máxima y el rico sabor que distinguen a BATEY, es el clima - cálido y húmedo - clima tropical y ardiente de Córdoba, Veracruz.
Este clima prodigioso beneficia el proceso de elaboración de BATEY, desde su mismo origen, en la caña, hasta su añejamiento en la barrica... ¡dándole el sabor y la calidad que lo hacen el Ron Perfecto!

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO XVIII VOL. CIII

2

MARZO - ABRIL
1959

MÉXICO, 1º DE MARZO DE 1959

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F., CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA

REP. DE GUATEMALA 96. MÉXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS
No. 2 Marzo-Abril de 1959 Vol. CIII

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

Pág.

Manuel Pedro González. Boris Pasternak, la guerra fría y el Premio Nobel 7
Enrique González Pedrero. La caída de otra dictadura 25
Felipe Cossío del Pomar. Política y universidad 36
François Chevalier. La nueva Constitución francesa 44
"Cuadernos Americanos" en su nuevo aniversario, por Juan Rejano, Arnaldo Orfila Reynal y Francisco Arellano Belloc . . . 50

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Arturo Aldama. ¿Química o filosofía? Dos caminos a la ataraxia 71
Florentino M. Torner. En el laberinto de España 90
Carlos M. Rama. Clases sociales en el Uruguay: mito y realidad 102
Robert G. Mead, Jr. El inglés —¿Futuro idioma universal? 108

PRESENCIA DEL PASADO

Ángel M. Garibay K. Semejanza de algunos conceptos filosóficos de las culturas indú y náhuatl 119
Dardo Cúneo. Aspectos económicos de la historia argentina. II. 145
Manuel Durán. Radiografía del "Medio Oeste" 166

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Pág.

JORGE CARRERA ANDRADE. Poemas 185
EMILIO ORIBE. A un astro, a una rosa 190
F. CARMONA NENCLARES. Jaime Torres Bodet: su presencia y poesía (Madrid 1929 - México 1958) 193
PASCUAL PLÁ Y BELTRÁN. Cinco cuentistas venezolanos 210
LOLA ELIZABETH BOYD. Dos niños de "Nuestra América" 220
ANTONIO SALGADO. Picasso, aventura y creación 235
FERNANDO ALEGRÍA. Manuel Rojas: trascendentalismo en la novela chilena 244
ENRIQUE ANDERSON IMBERT. La bala cansada . 259

LIBROS

MAURICIO DE LA SELVA 271
FLORENTINO M. TORNER 282
MARIO MONTEFORTE TOLEDO 283
DANIEL ESCALANTE 288

●

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Frente a la pág.

Boris Pasternak 17
Códice Borgia 136

Nuestro Tiempo

BORIS PASTERNAK, LA GUERRA FRÍA Y EL PREMIO NOBEL

Por *Manuel Pedro* GONZÁLEZ

Lo que en este artículo encontrará el lector no es una apreciación crítica de la obra de Boris Pasternak sino un relato objetivo y verídico de su carrera literaria tanto como de la indecorosa tremolina internacional a que ha dado lugar la publicación de su último libro, *El Doctor Zhivago.* Aquí se relatan *hechos* sin intentar el análisis crítico de su obra. Creo haber leído todo lo que de Pasternak se ha traducido al inglés, y por lo menos un centenar de artículos sobre él —casi todos tendenciosos y más interesados en denigrar el régimen comunista que en los positivos valores poéticos del infortunado escritor. He publicado dos artículos en torno a esta víctima de la guerra fría. El primero lo escribí tres semanas antes de que se le concediera el Premio Nobel y en él vaticiné que la Academia de Suecia le concedería el Premio por razones políticas. Así sucedió. Pero el espacio de que dispongo no me permite adentrarme en el estudio de su producción. Por otra parte, estimo que es más provechoso dilucidar los hechos que estudiar una obra que, con excepción de *El Doctor Zhivago,* es poco menos que desconocida en el mundo hispano. El limpio nombre de Pasternak se ha utilizado como bandera por tirios y troyanos para defender intereses inconfesables que nada tienen que ver con la literatura. La inescrupulosa y estridente batahola que en torno a este probo escritor se ha suscitado, es un testimonio más de la bancarrota moral en que el mundo ha caído. Sobre todo atestigua una total ausencia de sentido ético en miles de escritores de uno y otro lado de la mal llamada "cortina de hierro".

El nombre de Boris Leonidovich Pasternak era conocido de la élite literaria europea y norteamericana desde hacía unos tres lustros ya, aunque en realidad sólo algunos cuentos y poemas se habían traducido a lenguas europeas. Sólo un escaso

número de especialistas en literatura rusa se habían familiarizado con su producción total. *Safe Conduct (Salvoconducto)*, por ejemplo, su más extensa e importante obra en prosa hasta 1957, se había publicado en 1931 y no se tradujo hasta 1949, cuando New Directions de Nueva York lo dio a conocer en un volumen titulado *Selected Writings (Escritos selectos)*. Este tomo contiene, además de *Salvoconducto*, una serie de cuentos y novelas cortas, y una selección de sus poemas. (Antes se había publicado en Londres, en 1945, el tomo *The Collected Prose Works)*. Es, por consiguiente, lo más representativo que de Pasternak se conocía hasta hace año y medio. En Hispanoamérica dudo que excediera de una docena el número de personas familiarizadas con este autor antes de 1957. En cambio, durante los últimos diez o doce meses, el nombre de Boris Pasternak irrumpió como un meteoro en el mundo occidental y en torno a él se desató la más atronadora tempestad de aplausos que jamás se haya registrado en la prensa, la radio, la televisión, los salones de conferencias y los corrillos literarios del mundo capitalista.

Boris Pasternak pertenece a una brillante generación de grandes poetas —acaso el grupo más notable que Rusia ha producido en un período determinado. La pugna ideológica que durante cuarenta y dos años ha existido entre el mundo capitalista y la Unión Soviética, y la cuarentena que en torno a ella se estableció desde 1917, ha impedido que los nombres de estos aedas circularan fuera de Rusia y que sus obras fueran traducidas. Sólo en años recientes hemos podido leer los que ignoramos el ruso algunos de sus respectivos poemas. Citaré sólo unos cuantos nombres, los de mayor rango poético. El más destacado quizás sea el de Vladimir Mayakovsky, máximo representante del futurismo ruso, laureado con el Premio Stalin, personalidad extraordinaria y poderosa fantasía, dotado de un admirable don verbal y de épica imaginación. Era uno de los más insignes poetas que en este siglo se han dado. Se suicidó en 1930, si mal no recuerdo. Alexander Blok, poeta refinado y elegante, el más grande entre los simbolistas rusos. Sergei Esenín, cantor espontáneo, menos cultivado que los dos anteriores, menos pulido, pero de inusitada fuerza lírica. Se casó con la famosa bailarina Isadora Duncan, y al igual que Mayakovsky, acabó suicidándose. De filiación simbolista era también Andrei Biely. Gran poeta es sin duda Ilya Ehrem-

burg. Él y Pasternak son los únicos entre los más importantes de aquella generación que sobreviven. La militancia política de Ehremburg ha sido causa de que en Occidente se le haya juzgado peyorativamente, pero no merece el desdén con que los críticos lo repudian. Era de todos ellos el más conocido en Europa y América. A los citados habría que añadir los nombres esclarecidos de dos mujeres de alta significación en la lírica soviética: Marina Zsvetaeva y Margarita Sabashnikov. Aún podrían citarse otras ocho o diez figuras, pero ninguna de ellas alcanzó la jerarquía de las mencionadas. Recuerdo que en una larga entrevista que tuve con Ilya Ehremburg en agosto de 1956, durante mi visita a Moscú, el autor de *El Árbol* hizo la apología de aquella generación y señaló a Pasternak como uno de los más notables. "Entre la generación actual —dijo— no se descubre ningún poeta de talla similar a la de los que se produjeron entre 1905 y 1935".

Para comprender la personalidad de Pasternak, su arte, su espíritu y su actitud violentamente anticomunista y aún antimarxista, es necesario hacer un breve esbozo biográfico. Nació en Moscú en 1890 de padres famosos en el mundo del arte. Su progenitor era un pintor de talento y su madre una pianista distinguida. El nombre de Leonid Pasternak, quedó asociado al del conde León Tolstoi, de quien era muy amigo, por haber ilustrado ediciones artísticas de algunas de las novelas del autor de *Ana Karenina.* Roza Kaufmann Pasternak, en cambio, era bien conocida en el mundo musical de San Petersburgo y de Moscú desde mucho antes de casarse. En este ambiente de arte, refinado y elegante, nació y creció el futuro poeta. De él no dice nada, o casi nada, Pasternak en *Salvoconducto,* título irónico de intención política.[1] Otro íntimo amigo de sus padres —y suyo luego— era el ínclito poeta austríaco (aunque nacido en Praga), Rainer María Rilke, quince años mayor que Boris, y una de las primeras y más profundas influencias que recibió en su período formativo. De hecho la *Autobiografía* se abre con la descripción de su primer contacto con Rilke a la edad

---

1 Este originalísimo y bello libro es conocido en Occidente con el subtítulo que se le ha dado, *Autobiografía.* No es una autobiografía, aunque en él figuren detalles y hechos biográficos. Toda la obra de Pasternak, exceptuadas sus traducciones, es en gran parte autobiográfica. Mas por contener mayor número de referencias a sí mismo que ningún otro libro, se ha designado *Salvoconducto* como *Autobiografía.*

de diez años, cuando ya Rilke tenía veinticinco y era conocido en Rusia como extraordinario poeta.

Boris Pasternak debió ser un niño muy precoz, pues a la edad de diez años sabía el alemán tan bien como el ruso. Muy niño parece que sintió un pasajero interés por la pintura, pero no la estudió ni tenía aptitud ni vocación por ella. En cambio, hacia los diez años su extrema sensibilidad se sintió conmovida y solicitada por la naturaleza y por la música. Ambas las estudió seriamente y las dos dejaron honda huella en su espíritu y en su arte. Pero la naturaleza se le revelaba por entonces bajo apariencias objetivas y científicas, más como tema de estudios de botánica que como expresión de belleza. Fue mucho más tarde cuando percibió su armonía, su magnificencia y su poesía, y acabó convirtiéndosele en perenne fuente de inspiración. Entre los ocho y los diez años empezó a estudiar la música, estudios que prosiguió con ahinco por más de seis años, mientras cursaba los generales en el liceo. Aunque él no lo dice en su *Autobiografía,* es de presumir que fue su madre quien lo inició en el aprendizaje de este arte. A los dieciséis años había avanzado mucho en él. Creía que la música era su auténtica vocación y a ella consideraba vinculado su destino.

Por esta época —cuando Boris tenía unos diecisiete años— regresó de un viaje por Italia el compositor ya internacionalmente consagrado, Alexander Scriabin, muy amigo de sus padres, a quien Boris conocía desde niño y admiraba apasionadamente. Con Scriabin continuó Boris sus estudios de armonía, composición y orquestación. Para conocer la significación que tanto la música como Scriabin tuvieron en estos años adolescentes de Boris es necesario traducir algo de lo que de ambos dice en su *Autobiografía.*

> Yo amaba la música más que nada y a Scriabin más que a nadie en el mundo musical. Empecé a balbucir en música poco antes de conocerlo. Cuando regresó [de su viaje a Italia] era yo alumno de un compositor que aún vive. Tenía sólo que adelantar en la orquestación. Se decían muchas cosas,[2] pero lo único importante era que a pesar de que se habían expresado opiniones antagónicas, yo no podía imaginar una vida no vivida en la

[2] El texto es aquí oscuro, pero se presume que alude a lo que en el ambiente de la familia se comentaba respecto a sus aptitudes como compositor.

música... Para mí la música era un culto... A pesar de todo, yo había compuesto varias obras serias.[3]

Una tarde se decidió a mostrar a su ídolo dichas composiciones para conocer su opinión y averiguar por fin si tenía o no talento creador. Las páginas de la *Autobiografía* en que Pasternak narra su nerviosidad y su angustia durante aquella entrevista que decidió su destino son admirables por la sinceridad y belleza. La dolorosa experiencia juvenil torció el rumbo de su genio creador. "Yo le llevaba —dice— no tanto mis composiciones como un amor que desde hacía tiempo había sobrepasado toda posibilidad de expresarse"[4] Scriabin no parece haber descubierto en las composiciones del joven Boris pruebas de que constituían una gran promesa musical. Por aquellas calendas era ya Pasternak alumno de la Facultad de Derecho en la Universidad de Moscú. En el curso de la conversación aquella tarde, Scriabin le aconsejó que abandonara estos estudios y se consagrara a los de filosofía —consejo que el epígono se apresuró a poner en práctica matriculándose al siguiente día en la Facultad de Filosofía. A esta disciplina se consagró con empeño y dedicación. En 1912 se trasladó a la Universidad de Marburgo en Alemania para continuar sus estudios con el famoso profesor Hermann Cohen. Mas pronto descubrió que tampoco era la filosofía el norte de su vida. Mientras tanto continuaba el aprendizaje de otras lenguas modernas: el inglés, el francés y el italiano. Antes de regresar a Rusia hizo un corto y provechoso viaje a Italia. La "experiencia" italiana fue un deslumbramiento. El contacto con la cultura renacentista, y sobre todo, con la maravilla plástica que es Italia, refinó su sensibilidad y acreció su cultura, ya muy rica. A su regreso, en 1914, publicó su primer libro de versos. *The twin in the clouds (El mellizo en las nubes).* Por fin había descubierto su Camino de Damasco y se le revelaba su auténtica vocación de escritor y poeta —sobre todo de poeta. Porque no importa lo que escriba —cuentos, narraciones, ensayos o versos— Pasternak es siempre poeta de altísima calidad.

Según propia confesión, los primeros poetas que lo influyeron fueron Rilke, Blok y Biely. Luego sufrió el ascendiente del irresistible genio de Mayakovsky —a pesar de que

[3] *Autobiografía,* edición de 1958, pp. 20-1.
[4] *Loc. cit.*

Pasternak proscribía la estética futurista y desde un principio se había afiliado a la corriente simbolista, representada por Blok y Biely. Aunque ni él lo confiesa ni he visto que ningún crítico los mencione, tengo para mí que por entonces se dejó influir por Estéfano Mallarmé, y acaso, por Paul Valéry. Con la concepción poética de estos dos artistas herméticos tiene gran afinidad el arte de Boris Pasternak —aun cuando escribe en prosa. Algunos párrafos y no pocos poemas son tan abstrusos y hasta esotéricos que recuerdan la teoría o concepción mallarmeniana, según la cual el poema debía ser deleite y ejercicio intelectual para iniciados, algo así como el cálculo superior y el simbolismo algebraico lo son para el matemático.

Los tres lustros que van de 1915 a 1930 fueron muy intensos y fecundos en la lírica soviética. En los cenáculos literarios de Moscú se argumentaba, se experimentaba con diversos procedimientos poéticos, se leían y discutían poemas concebidos en las más divergentes escuelas y siguiendo las teorías poéticas más antagónicas —simbolismo, futurismo, cubismo, imaginismo, expresionismo, etc. En esta búsqueda ansiosa de la originalidad y la novedad se llegó —allí como en otras partes— hasta el cultivo (en serio) del "jitanjaforismo". Mientras tanto, Pasternak que se había iniciado como neo-romántico afiliado al simbolismo, abandonaba sus coqueteos románticos, se apartaba de camarillas y estéticas de grupo y se definía. En 1917 publicó el segundo libro de versos, *Beyond the barriers (Más allá de las barreras),* título un poco enigmático y acaso de intención simbólica. Por estos mismos años escribió una serie de poemas que circularon mucho en forma manuscrita entre sus cofrades. Los publicó en volumen en 1922 con el significativo título *My sister, Life (Mi hermana, la Vida).* En este libro —y aun en el título— aparece ya adulto, definido y original el gran poeta. Ya ha encontrado su estilo y su filosofía —ya se ha encontrado a sí mismo. Al año siguiente (1923), publicará *Themes and Variations (Temas y variaciones),* el segundo de sus más importantes libros de poesía. Aquí empieza a acentuarse el hermetismo de su estilo, el expresionismo de su lenguaje, la rareza y hasta incongruencia —a veces— de su metaforismo que en unos casos sugieren filiación futurista y otras sobrerrealista o impresionista. En 1927 recogió lo más granado de su cosecha poética en una antología que tituló *Two books. Second birth (Segundo nacimiento),* se publicó en

1933. En este mismo año apareció coleccionada en un solo volumen titulado *Poems,* toda su obra lírica hasta entonces publicada. Simultáneamente venía cultivando el cuento y la novela corta, los cuales recogió en dos compilaciones. La primera apareció en 1925 bajo el título de *Stories (Cuentos),* y la segunda rotulada *Airways (Líneas aéreas),* en 1933. Los cuentos de Pasternak son siempre líricos. En ellos, como en toda su obra, la naturaleza le inspira páginas de singular belleza. Lo que pudiéramos llamar trama o argumento tiene escasa importancia en estas narraciones y lo mismo los esbozos psicológicos. Acaso la más interesante y más bella de sus narraciones sea la novela corta titulada *The childhood of Lüwers* —o Luvers, que de las dos maneras se ha traducido— *(La infancia de Lüwers),* admirable pintura de la inestabilidad emocional, la ansiedad, la extrema sensibilidad y melancolía que en muchos casos acompañan la pubertad y el proceso de transformación de la niña en mujer. En 1945 publicó *On early trains,* colección de poemas que amplió luego en una segunda edición aparecida el año siguiente bajo el título *The vast Earth (La amplia Tierra).*

Desde hacía tiempo el arte de Pasternak inspiraba recelos a los críticos oficiales y oficiosos que en Rusia, como en todas partes, abundan. (El escritor alquilón, más atento al propio interés y a servir el de quien le paga, y a congraciarse con él que a la verdad y la justicia, no se inventó en la Unión Soviética. Esta fauna despreciable prolifera lo mismo bajo el régimen capitalista que bajo el marxista. Prostitutos los llamó José Martí). Los turiferarios de la crítica oficial mantenían en entredicho —y con frecuencia condenaban— la actitud señera de Pasternak. Era el menos gregario de los escritores soviéticos y aquél que en ningún instante había convertido su talento en instrumento de propaganda ni aceptaba las consignas de la crítica oficial ni cantaba las glorias de la revolución ni se sumaba a los postulados del Partido. Su arte fue censurado con severidad como "formalista", "decadente", "arrevolucionario" y "burgués". Sin embargo, no se le persiguió ni se le molestó, ni la policía intervino jamás en el pleito. En 1935 tradujo una antología de poetas georgianos al ruso. La perfección y fidelidad de la versión al ruso parece que dejó muy complacido a Stalin que siempre se mantuvo fiel a su provincia natal. Contrario a la imagen que de él se nos ha dado en la prensa oc-

cidental, Stalin era hombre cultísimo y sabía descubrir y apreciar las obras de arte y el talento cuando los encontraba. La traducción al ruso de los poetas conterráneos del dictador parece haberle ganado su simpatía. Se cuenta que al leer un poema de Pasternak escrito con ocasión de la muerte de la esposa de Stalin en el cual el poeta se refería con cierta displicencia al déspota, exclamó éste: "Esto no se lo perdonaría yo ni a mi hermano; pero Pasternak es un valiente". Y con asombro de los circunstantes, nada ocurrió. Tres veces por lo menos rehusó Pasternak firmar manifiestos poéticos colectivos. La primera hacia 1922; la segunda, una glorificación del dictador en que se justificaban las purgas de 1937, y la tercera una adulona "corona fúnebre" que tejieron los bardos con ocasión de la muerte de la señora Stalin. No tomaron represalias contra él por ello.

Hacia 1946, Pasternak era el poeta más refinado, más independiente y más sospechoso de infidencia hacia el régimen que había en la Unión Soviética. Por estos años —entre 1946 y 1949— el lugarteniente y presunto heredero de Stalin, Zhdánov— emprendió una cruzada muy severa contra el arte "formalista" y "burgués", del cual era Pasternak el máximo representante. Casi todos los artistas y escritores acataron las directrices de Zhdánov y cantaron la palinodia; casi todos prometieron consagrar su genio creador al ideal revolucionario. Sergei Prokokief y Boris Pasternak fueron los únicos, creo, que no apostataron y se mantuvieron fieles a sus respectivos credos artísticos. Ya por esta época vivía Pasternak en Peredelniko, en la casa de dos pisos con extenso jardín que el gobierno soviético le había asignado y en la cual reside todavía. Desde muy joven había comenzado sus ejercicios de traducción al ruso. Ahora se concentró en esta labor que acaso represente la contribución más trascendente y de más perenne lozanía que haga a la cultura literaria soviética. Sus maravillosas traducciones del inglés, del alemán y del francés —Shakespeare, Goethe, Shelley, Verlaine, etc.— han sido proclamadas —*nemine discrepante*— como las más admirables y perfectas que jamás se hayan hecho a la lengua rusa. Los cambios de gusto y de estilo que el transcurso de los años trae consigo, acaso opaquen algún día el brillo de su poesía y de su prosa; lo que no se marchitará ni morirá jamás es el arte del traductor. Aca-

so sea ésta la arista esencial de su genio y el secreto de su ya asegurada inmortalidad.

En Peredelniko, la villa destinada por el gobierno soviético a residencia de artistas, escritores y poetas, a unas quince millas de Moscú, había vivido Pasternak en voluntario y fecundo aislamiento por muchos años. Toda su obra de creación lo mismo que sus numerosas traducciones habían sido publicadas por las editoriales del estado —las únicas que en la Unión Soviética existen. No sólo disfrutaba —y disfruta— de la magnífica casa que el gobierno le concedió sino que es uno de los escritores mejor remunerados en Rusia hoy. Bien conocida es la esplendidez con que en la Unión Soviética se retribuye a los hombres de ciencia, a los profesores, a los artistas, escritores y poetas. Por primera vez en la historia de la humanidad el estado ha elevado —y retribuido— el esfuerzo creador de la inteligencia y del espíritu al más alto rango de la jerarquía social, y ha premiado con munificencia la labor de alta cultura. El despotismo y los crímenes que entenebrecieron el régimen stalinista no deben opacar esta hermosa evidencia. Es necesario decir esta verdad porque en torno a Rusia se propalan muchas patrañas, y en cambio, se ocultan o se adulteran muchas realidades loables en la prensa venal de todos los países occidentales. No precisa ser comunista —y quien esto escribe no lo es— para reconocer el prestigio y el bienestar económico de que gozan los hombres y mujeres que en Rusia se consagran a la enseñanza y a la ciencia, al arte y a las letras. Además de los beneficios citados, Pasternak y su familia reciben también servicios médicos y de hospital, y sus tres hijos cursan actualmente sendas carreras a título gratuito en la Universidad de Moscú. Su vida, pues, transcurría sin quebrantos ni preocupaciones económicas, pero en realidad era muy desdichado. Veamos por qué.

En el primer artículo que sobre Pasternak publiqué lo definí como "alma extemporánea y agónica". Creo que estos dos adjetivos nos dan la clave del drama que ha sido su vida. Boris Pasternak es un individualista recalcitrante, absolutamente incapaz de comprender y de integrarse en el colectivismo marxista; por otra parte detesta el ambiente revolucionario, caótico y violento, que le ha tocado vivir. Es un espíritu intensamente religioso, saturado del pietismo tosltoiano que absorbió desde su infancia junto al creador de *Resurrección.* Este

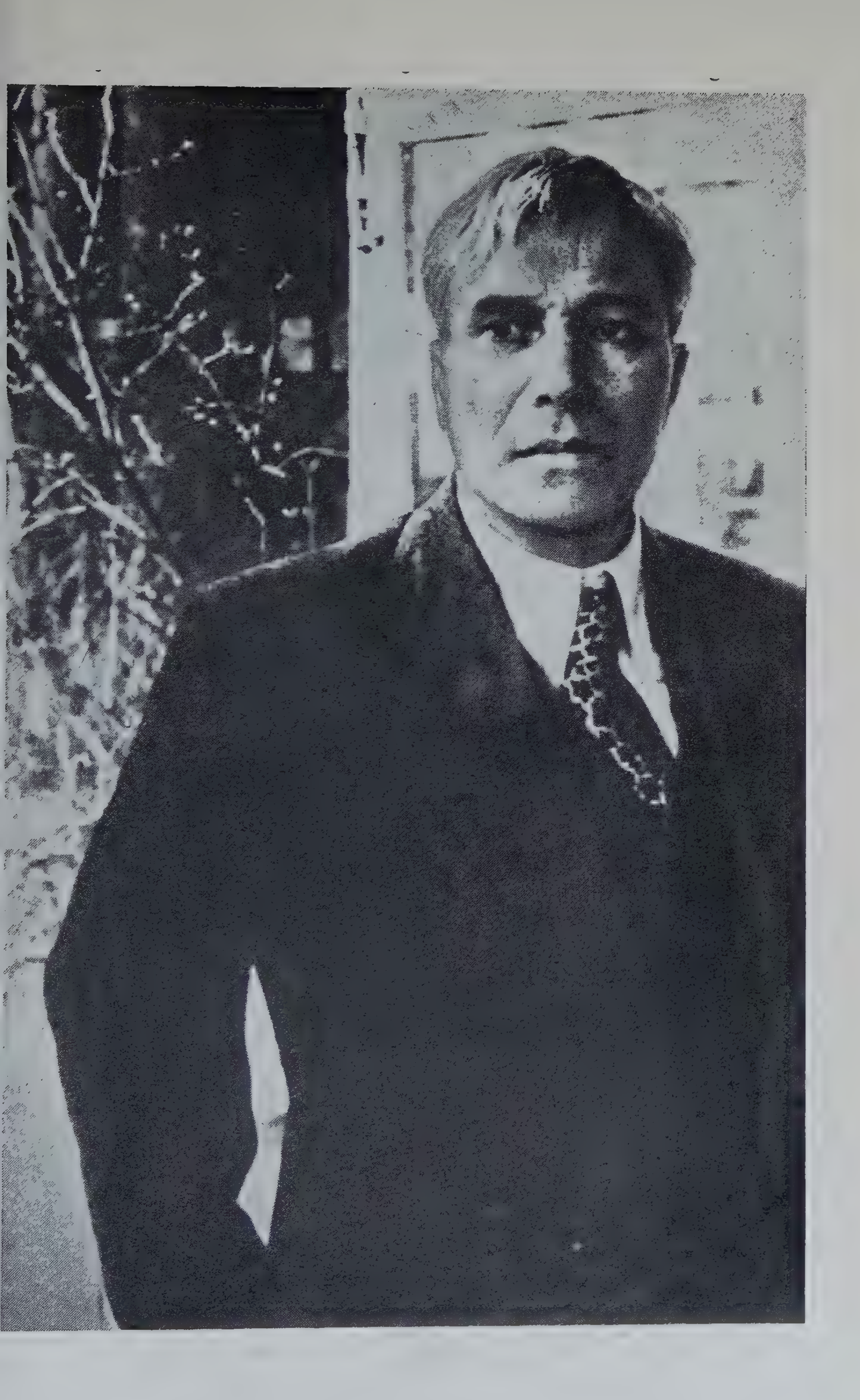
hombre tan sincera y profundamente cristiano, ha tenido la desdicha de presenciar el triunfo de una ideología atea que proscribe a Cristo de sus escuelas. Como creador es también intempestivo, exótico, radicalmente divorciado de la concepción y de la teoría del materialismo dialéctico. En tanto éste reclama un arte y una literatura al servicio de los ideales comunistas, él se mantiene firme en su credo individualista y leal a su teoría de arte puro, que más entronca con la estética finisecular de los impresionistas y simbolistas franceses que con las urgencias y pragmáticas soviéticas que aborrece. Hombre refinado y cultísimo, formado en el ambiente y en la tradición tolstoyana, ha tenido que compartir una realidad tosca, forzuda y brutal en la que se invirtieron los valores, y el individuo tuvo que subordinarse y someterse a los dictados de la masa simbolizada en el Partido. Ha vivido, pues, en perpetuo y dramático divorcio con su ambiente y con sus colegas, pero no ha claudicado ni apostatado de sus ideales. El sentimiento religioso, el amor a la naturaleza, al arte y a la vida constituyen los cuatro puntales que lo sostienen enhiesto e impávido ante los embates de todos los que lo han hostigado sin conseguir reducirlo ni vencerlo. Por eso es alma extemporánea y agónica, porque se ha mantenido en perpetua pugna y forcejeo con su propio destino, es decir, con el mundo que lo circunda, del cual se siente desvinculado. Es una especie de Prometeo, heroico y valiente. Hay algo épico y admirable en la tremenda energía moral de este hombre inadaptado e inadaptable. En el fondo es entrañablemente ruso y ama a su país con pasión.

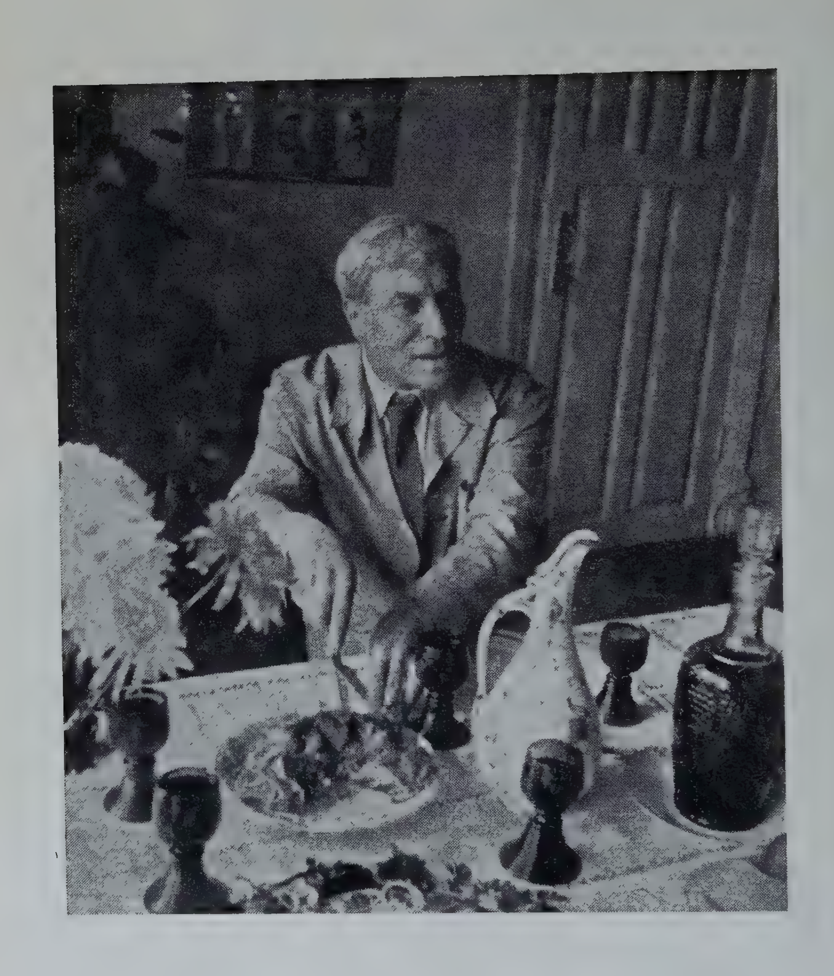
En la obra de Pasternak —prosa y verso— se encuentran muchísimas referencias veladas, alusiones y expresiones francas de su desdén por el marxismo y por la revolución rusa. Por lo general, estas insinuaciones revisten carácter reticente y hasta criptográfico a veces. Traduciré sólo un ejemplo. Al publicar la novela corta *The last summer (El último verano)*, en 1934, la encabezó con el siguiente epígrafe, aludiendo al verano de 1914 durante el cual transcurre la acción de la novela:

> ...aquel último verano cuando la vida todavía parecía prestar atención a los individuos, y cuando era más fácil y más natural amar que odiar.[5]

---

[5] Se publicó por primera vez en inglés esta novela corta en *Noonday*, 1, Nueva York, septiembre, 1958, pp. 119-180.





Implícitas o tácitamente expresadas se descubren dos cosas en este epígrafe: la repulsa no disimulada de cuanto le rodea, y la nostalgia de un pasado que él idealiza y cree más hermoso de lo que en realidad era.

Durante cuarenta años acumuló Boris Pasternak resentimiento y aversión —resentimiento y aversión que explotaron con toda la fuerza de las emociones reprimidas en la novela *El Doctor Zhivago,* publicada por primera vez en traducción italiana en noviembre de 1957. En el momento en que escribo, catorce meses después de aparecer en italiano, se la ha traducido a diecinueve lenguas ya, caso absolutamente único en la historia literaria, tratándose de un libro de más de quinientas páginas. A mayor abundamiento, se ha hecho una edición pirata en ruso para introducirla clandestinamente en la Unión Soviética. Según se ha publicado, la Agencia de Información del Vaticano es la encargada de distribuir esta edición pirata. Lo dicho basta para comprender el carácter *exclusivamente político* de la catarata de hiperbólicos panegíricos con que se aclamó esta obra en el mundo capitalista. Cualquiera que lea *El Doctor Zhivago* con inteligencia e imparcialidad crítica descubrirá que es una obra muy mal urdida, técnicamente mala, nula o poco menos como expresión de valores psicológicos, pobremente planeada y peor integrada en cuanto a la acción. Pasternak ignora el arte de la composición en el género. Lo que mayor significación artística tiene en esta obra es el estilo, sobre todo en aquellos pasajes líricos descriptivos de la naturaleza. En la prosa de Pasternak —y en algunos de sus poemas—, la naturaleza aparece personificada: siente, se mueve, respira, actúa, ríe y llora, canta y sueña. Aun las cosas se animan y vivifican. El procedimiento en estos casos es casi siempre impresionista, pero no faltan manifestaciones expresionistas también.

En una entrevista que le hizo Nils Ake Nilsson, Director del Instituto de Estudios Rusos de la Universidad de Estocolmo y profesor de literatura rusa, Pasternak confesó que había elaborado y escrito *El Doctor Zhivago* "en torno a unos cuantos pasajes líricos", lo cual demuestra, no sólo ausencia de técnica sino escaso genio novelístico. Luego aclaró: "El manuscrito original era cuatro veces más extenso que el que se ha publicado".[6]

---

[6] Nils Ake Nilsson: "Pasternak: 'We are the guests of exist-

Otro aspecto importantísimo de esta novela es el carácter biográfico que reviste. El personaje central del libro —Zhivago— es el *alter ego* del autor y a través de él expresa Pasternak su filosofía de la vida, sus ideas religiosas, su amor a la naturaleza, su inveterada inquina contra el marxismo y contra la revolución rusa. Pero Zhivago vale en función de portavoz del autor solamente. Como protagonista o carácter es muy endeble. Es un hombre indeciso, abúlico, negado para la acción, irresoluto e idealista. Más que héroe de la novela representa la conciencia moral de la revolución. Por eso este libro resulta un documento de inapreciable valor biográfico para conocer al autor. Mas como novela deja mucho que desear. Pasternak se toma en ella libertades con la lógica artística que traspasan el albedrío permisible a todo novelista. En esta obra los acontecimientos y los encuentros se producen por arte de birlibirloque y no siempre se respeta la verdad histórica. Por otra parte, el retrato de la revolución rusa que nos da es parcial y amañado. Sólo pinta los aspectos negativos, violentos y caóticos, sus injusticias y sus crímenes. Pero aquel hecho epónimo tuvo también su fase constructiva, idealista y épica, sus héroes y sus mártires. Mas el empecinamiento y la animadversión con que el autor juzga los hechos históricos le condicionan y vician de parcialidad el juicio, el cual, más que juicio, deviene prejuicio. *El Doctor Zhivago* es un desahogo, una explosión, por así decir, de la indignación y la antipatía contra la revolución y el marxismo acumulados durante cuatro décadas. Por eso hay que considerar la obra como una *catharsis,* como una purga moral. Leyéndola se intuye que el autor sintió la urgencia de desahogarse, de dar salida y expresión a la vehemencia antimarxista que por tantos años había amargado su vida y se le había convertido en tósigo. La absoluta probidad de Pasternak está fuera de duda. Es un hombre vehemente, sincero y de impertérrito valor moral. Muy valiente hay que ser para atreverse a escribir —y publicar— los tremendos apóstrofes que lanza en esta novela contra la ideología que en su patria impera. Léanse los ataques contenidos, entre otras, en las páginas 187, 258, 259, 260, 264, 296, 333, 338, 355, 372, 378, 404, 408, 413 y 507.

---

ence' " ('Somos los huéspedes de la existencia') *The Reporter,* New York, noviembre 27, 1958, p. 34.

Ya hemos dado con la madre del cordero que nos entrega la clave de "la razón de la sinrazón que a la razón" de Pasternak se ha hecho, como diría Cervantes. Los valores artísticos y espirituales que *El Doctor Zhivago* contiene quedaron eclipsados a los ojos de Occidente por la virulencia con que el protagonista denuncia el régimen soviético. Críticos y comentaristas empezaron por exaltar clamorosa y farisaicamente la obra, parangonándola con *La guerra y la paz, Crimen y castigo* y *Los hermanos Karamazov*, y a su autor nada menos que con Tolstoi y Dostoiewski. Rarísimos fueron los críticos que analizaron la obra con independencia y seriedad.[7] Era necesario aprovechar la magnífica oportunidad que Pasternak les deparaba para atacar a Rusia. La ocasión la pintan calva, dice el refrán, y había que explotarla. Ahí es nada: el poeta y prosista de mayor calibre que Rusia tiene hoy convertido en censor severísimo del odiado régimen comunista que amenaza con dar al traste con los privilegios y el bienestar de las clases dirigentes del capitalismo cristiano. A bombo y platillo, pues, empezó a funcionar la máquina de publicidad y propaganda tan bien montada —y financiada por centenares de millones de dólares anuales. En ningún momento durante los diez años de guerra fría que hemos presenciado alcanzó ésta una tan alta, unánime y estridente temperatura. Todos los resortes de la publicidad funcionaron con admirable precisión y eficacia: la prensa, los críticos venales, los centros académicos, los políticos y los salones de conferencias entonaron loas a Pasternak y denuestos contra la Unión Soviética. La algarada se prolongó durante muchos meses antes de que se le concediera el Premio Nobel al desdichado autor. Cuando la Academia de Suecia dio su veredicto y laureó a Pasternak, la algazara llegó al paroxismo y se entonaron hosannas de triunfo. Veamos ahora que ocurría en Rusia mientras tanto.

Desde la muerte de Stalin, y sobre todo, a partir del vigésimo congreso del Partido a principios de 1956, se había establecido en la Unión Soviética un ambiente de mucha mayor tolerancia, de mayor respeto a la vida y al individuo, de mayor

---

7 Entre los juicios más valiosos y objetivos, véanse el estudio de Renato Poggioli, profesor de literatura rusa en Harvard: "Boris Pasternak", *Partisan Review*, New York, Fall, 1958; y, la reseña de V. S. Pritchett, "In the great tradition", *The New Statesman*, Londres, setiembre 13, 1958.

libertad de expresión que permite el análisis, la crítica y hasta la sátira contra el régimen. Al amparo de este clima más democrático se habían publicado antes de aparecer *El Doctor Zhìvago* varios libros que censuraban diversos aspectos del régimen. Entre ellos, *The Thaw (El deshielo)* de Ilya Ehremburg, y *Not by bread alone (No sólo de pan...)* por Vladimir Dudintsev. A pesar de todo lo ocurrido, se mantiene el clima de tolerancia. Mientras se escribe este comentario anuncia el cable que el día 21 del presente mes de enero se representó en Moscú "con asistencia de toda la jerarquía gubernamental", la primera opereta de Dmitri Shostakovich, "Moscú Cheryemushky", en que se denuncia "la inmoralidad y la burocracia de la Rusia actual". (Transcribo las palabras de un cable de la UPI). Durante los meses que duró la algarabía exaltadora de Pasternak, y hasta el instante en que le adjudicaron el Premio Nobel, el poeta vivió tranquilo en su retiro de Peredelniko gozando su triunfo. Nadie se metió con él, ningún periódico ni crítico lo recriminó, a pesar del carácter político que la escandalera tenía, y no obstante el hecho de que Pasternak era malquisto entre los representantes de la crítica oficial desde hacía muchos años. Su casa se convirtió por estos meses en lugar de peregrinación para críticos, profesores y periodistas occidentales que iban a entrevistarlo con la anuencia de las autoridades. Los meses de setiembre y octubre últimos presenciaron su apoteosis sin que nadie lo hostigara ni amargara su fantástico éxito.

El Doctor Zhivago era conocido parcialmente entre la crema literaria de Moscú desde hacía tiempo por haber leído el propio Pasternak algunos capítulos en reuniones de colegas. En el verano de 1956, ofreció Pasternak el manuscrito completo de la novela a la revista literaria mensual *Novy Mir* para ser publicado. El grupo de directores y redactores de la revista, compuesto por B. Agapov, B. Lavrenyov, K. Fedin, K. Simonov y A. Krivitsky, leyó la obra y meses después devolvió el manuscrito a Pasternak acompañado de un extenso análisis de la novela —casi diez mil palabras— en que le explicaban las razones por las cuales *Novy Mir* no podía publicarla. En tono sereno y con penetración crítica le señalaban graves fallas históricas y defectos técnicos de mucho monto. Es, sin disputa, el análisis más lúcido y exacto de esta novela que he leído hasta ahora. Desgraciadamente sólo en parte lo conozco. Esta carta

crítica permaneció inédita durante dos años, hasta el día 25 de octubre de 1958 que la publicó *in extenso, La Gaceta Literaria* de Moscú —inmediatamente después de recibir Pasternak el galardón sueco. Ignoro si se ha publicado el texto completo en Occidente, pero lo dudo. El suplemento literario *Book Review* del *New York Times* correspondiente al 7 de diciembre último, publicó un largo extracto de la misma. Sospecho que este texto abreviado lo componen aquellos párrafos —veinte son los allí reproducidos— más severos y condenatorios que el estudio contiene. En el *affair* Pasternak el *New York Times* tomó parte principalísima y le dedicó más espacio que ningún otro periódico de los Estados Unidos, llegando al extremo de comentarlo editorialmente en varias ocasiones. No creo pues pecar de suspicaz si sospecho que al seleccionar los párrafos de su versión abreviada de la carta, eligió aquéllos que más acremente censuraban a Pasternak. Escoger los más laudatorios hubiera implicado una contradicción en la actitud del periódico. Sin embargo, los autores de la carta crítica en los consabidos veinte párrafos se muestran respetuosos y tolerantes con el poeta. Dudo que un libro norteamericano que hubiera atacado el régimen capitalista con la vehemencia con que Pasternak denuncia el marxismo en *El Doctor Zhivago,* hubiera encontrado en los Estados Unidos, entre 1950 y 1955, un grupo de críticos que lo analizaran con la serenidad, la cortesía, la mesura y hasta la consideración con que los críticos soviéticos trataron a Pasternak. Por lo que respecta a la renuencia de *Novy Mir* a publicar la novela, baste decir que procedió exactamente igual a como procederían todos los periódicos y revistas de los Estados Unidos en el caso opuesto —empezando por el *New York Times* que tanto alardea de libertad y democracia.

Hemos llegado al desenlace de esta prolongada farsa que ha sido el *affair* Pasternak. Durante la última semana de octubre, la Real Academia de Suecia, encargada de otorgar anualmente el Premio Nobel de Literatura decidió añadir a la algarabía tendenciosa el peso de su prestigio internacional, concediendo el Premio Nobel a Pasternak. El prestigio de esta institución está muy mermado ya debido al carácter político de muchísimas de sus decisiones. Tanto en sus elecciones como en sus proscripciones han intervenido en muchas ocasiones los prejuicios clasistas y políticos de los señores académicos.[8] Para

[8] Véase al respecto "Razón y sinrazón del Premio Nobel", pu-

tener idea de la parcialidad y la arbitrariedad del tribunal de Estocolmo basta recordar que no concedió el Premio a varios de los genios literarios más grandes de este siglo. Ni Emilio Zola, ni Henrik Ibsen, ni León Tolstoi, ni Pérez Galdós, ni Máximo Gorki, ni Vladimir Mayakovsky lo recibieron. Tampoco se ha concedido, por idénticas razones políticas, a Mikhail Sholokhov, muy superior a Pasternak como novelista. En realidad el premiado esta vez fue el protagonista Zhivago, no Pasternak. Si el autor hubiera omitido de la novela las filípicas contra el marxismo y la revolución, el libro se habría publicado en Rusia y habría pasado desapercibido o poco menos en Occidente. En tal caso podemos estar seguros de que la Academia de Suecia hubiera preferido a Pasternak como prefirió a los compatriotas ya aludidos. Este Premio es uno de los más impúdicamente políticos que la Academia ha otorgado. De ahí la violentísima reacción que en Rusia provocó. Allí fue Troya, pudiéramos decir.

La prensa y los críticos soviéticos que tan loables muestras de ecuanimidad y cordura habían dado con su silencio durante los meses que había durado la provocación so pretexto de *El Doctor Zhivago,* desataron ahora una verdadera avalancha de improperios contra el autor. Al ver que una institución oficial se ponía al servicio de la guerra fría y convertía el Premio Nobel de Literatura en instrumento político y en arma contra Rusia, sobrevino un verdadero pandemonium en Moscú. Al ataque contra el régimen soviético torpemente disimulado por la Academia, respondieron los escritores, la radio, los periódicos y revistas moscovitas con la andanada más unánime y feroz —y más injusta— que jamás se haya disparado contra un escritor en aquel país. En lugar de la moderación y el análisis severo, pero respetuoso, ecuánime y fundado en la carta crítica de 1956, ahora se apeló al insulto procaz, a la invectiva apasionada y se agotó el repertorio de improperios contra el desdichado poeta. Se olvidaron sus magnos aportes a la literatura, sus incomparables traducciones y su raigal lealtad a la "madre Rusia". Se le acusó de traidor, se le expulsó de la Liga de Escritores Soviéticos y se pidió al gobierno que lo desterrara del país. ¿Hubo en todo esto insinuación o solicitud oficial? No se sabe. Tengo para mí que detrás del virulento ataque contra Pasternak se

blicado en una entrega reciente de la *Revista Cubana* y en el *Papel Literario,* de Caracas, 20 de noviembre de 1958.

escondía la intención de frenar la corriente crítica que desde 1956 venía prosperando entre el sector más independiente de la intelectualidad soviética. Pasternak era el pretexto, pero los tiros iban probablemente dirigidos a los otros iconoclastas y rebeldes.

Permítaseme que transcriba aquí las palabras con que resumí en un artículo anterior el final del drama del poeta:

> La conducta de Pasternak durante este vía crucis ha sido digna y patriótica. Empezó por enviar un telegrama pleno de gratitud, sorpresa y humildad a la Academia sueca.[9] Pero tras cuatro días de ataques violentísimos en la prensa moscovita, envió otro mensaje a la Academia renunciando el Premio. Ni siquiera esta renuncia hizo que amainara el temporal de injurias contra él desatado en la prensa. El 31 de octubre envió una patética carta al Primer Ministro Khrushchev en la que admite que acaso haya cometido errores, pero afirma que no cree que su contribución a la literatura rusa haya sido desdeñable, y acaba rogando que no se le expulse del territorio soviético. El mismo día que la agencia oficial Tass reveló la existencia de esta carta, informó que el gobierno había notificado a Pasternak que quedaba en libertad de ir a Estocolmo a recibir el Premio y que podía quedarse allí si así lo deseaba. A continuación agregaba Tass que en ningún caso se le pondrían trabas o se le molestaría. Esperemos que así sea y que se haya cerrado este doloroso episodio en la vida del que *The Nation* de Nueva York proclamó en un editorial del 15 de marzo último "the greatest poet living today" (el más grande poeta vivo hoy).

Han pasado ya casi tres meses y para consternación y chasco de los malintencionados panegiristas occidentales, nada le ha ocurrido a Pasternak. Fueron muchos los que a principios de noviembre vaticinaron que sería expulsado de Rusia, o en-

---

[9] He aquí el texto del telegrama: "Immensely thankful. Touched. Proud. Astonished. Abashed". (Inmensamente agradecido. Conmovido. Ufano. Asombrado. Sonrojado, ruborizado, cortado, etc. *Abashed* no tiene traducción exacta aquí). En torno a este telegrama y al segundo se ha tramado en Occidente una gran patraña. Se ha repetido miles de veces que después de aceptar el Premio, el gobierno le obligó a renunciarlo. Ninguna de las dos afirmaciones es cierta. El telegrama transcrito sólo implica un efusivo reconocimiento, un acuse de recibo, y sólo implícitamente o por deducción, una aceptación.

viado a la cárcel o a la Siberia. Nada de esto ha sucedido. El poeta sigue tranquilo en su retiro de Peredelniko y recibiendo los cuantiosos emolumentos que el gobierno le paga. Mas lo probable es que hoy sienta tanto desprecio por los miles de apologistas occidentales que se valieron de su nombre y de su talento para atacar a su país, como por los detractores compatriotas que lo vejaron. Tan indignos de respeto son unos como los otros para toda conciencia honrada.

LA CAÍDA DE OTRA DICTADURA

Por *Enrique* GONZÁLEZ PEDRERO

A mi llegada a La Habana el 20 de diciembre de 1958, me encuentro con el mismo ambiente que dos años atrás he dejado. El aeropuerto de "Rancho Boyeros" presenta idéntico aspecto desolado. A los visitantes no se les permite el ingreso al interior del edificio para ver la llegada de los aviones. Militares, armados hasta los dientes, observan los movimientos de todos los pasajeros, fumando generosos habanos; y, a poco, después que paso los trámites migratorios y de aduana, puedo saludar al fin, en plena calle, a algunos amigos. (La explicación de todo esto es que, meses antes, se ha efectuado un incendio en el interior del aeropuerto y las autoridades de la dictadura temen nuevos posibles intentos de sabotaje que puedan provocar los integrantes de la retaguardia revolucionaria que opera en las ciudades).

Las primeras palabras —durante los abrazos— antes de los saludos tradicionales, son la urgente recomendación de hablar de todo, durante el trayecto en el automóvil de alquiler, menos de la situación política del país: en La Habana todo el mundo tiene desconfianza de todos y de todo. La razón es concluyente, puesto que existen tantos soplones a sueldo —"chivatos"— como policía y ejército juntos. Hay que esperar a llegar a las habitaciones, despedir o alejar discretamente a los sirvientes, cerrar bien las puertas y entonces, en voz baja, comenzar a enterarse de lo que en Cuba está aconteciendo.

Las primeras noticias parecen increíbles. El aparato represivo del Estado funciona a más no poder. La secuela de asesinatos, tormentos, saqueos a casas de particulares so pretexto de búsqueda de documentos o armas, ahorcamientos de jóvenes estudiantes de una Universidad católica y desaparición total —luego se sabrá que esos desaparecidos eran enterrados en los jardines de las estaciones de policía después de terribles torturas—, se convierten en pan cotidiano y, a fuerza de escu-

char de bocas amigas y dignas de nuestra mayor confianza la repetición de los relatos de muertes de hijos, hermanos y parientes, pierden un poco de la fuerza de conmoción de los primeros momentos.

Parece increíble todo esto. La situación militar y política es semejante. Los ejércitos rebeldes —fusiles, pistolas, ametralladoras y morteros— luchan, liberan y controlan en estos momentos cerca de la mitad del territorio de la Isla (la provincia de Oriente, parte de Camagüey, casi toda la provincia de Las Villas, exceptuadas las grandes ciudades), a pesar del poderoso ejército de la dictadura —tanques y aviones ingleses, ametralladoras dominicanas—. ¿Cómo es posible, pienso, que un "puñado" de barbones apenas armados estén derrotando tan rotundamente a un ejército? La respuesta viene en seguida: no es un problema de lógica; no se trata de enfrentar un tanque contra una pistola, o un aeroplano contra una ametralladora. No, no se trata de un problema de lógica. Es un problema histórico el que se está dilucidando. Y la historia tiene su propia lógica. La realidad estriba en la *moral* que anima a ambos grupos contendientes. En tanto que de parte del ejército de la dictadura está naturalmente la dictadura y el puñado de pesos cubanos —con el mismo valor del dólar— que cada soldado cobra aún después de muerto o capturado por los revolucionarios —negocio cotidiano de los altos jefes militares—; de parte de los rebeldes está el pueblo, la nación entera, protegiendo, aconsejando, contribuyendo y, como ideal, la liberación, no sólo de un gobierno castrense, deshonesto y brutal, sino las promesas —hechas realidad en la parte liberada de Cuba— de una reforma agraria, de una administración honesta y de una justicia lenta, pero segura. (Dentro de unos días los soldados rebeldes cobrarán su primer salario simbólico: diez pesos y el honor de haber liberado a su patria). En estos días (última decena del mes de diciembre) se libra una cruenta batalla en la ciudad de Santa Clara, capital de la provincia de Las Villas, situada en el centro de la Isla. Los aviones comprados por Batista al gobierno inglés —el que en un futuro próximo utilizará su "legítimo derecho" para protestar por la "horrible ola de sangre provocada por la revolución cubana"— por intermedio de la compañía petrolera Shell que opera en Cuba (lo que provoca el boicot del pueblo cubano a la compra de gasolina y de productos Shell obedeciendo la consigna revolucionaria: "¡Cu-

bano, no compres gasolina Shell que es gasolina con sangre!") se dan gusto bombardeando y ametrallando, no sólo a la ciudad de Santa Clara sino todas las poblaciones civiles y la terrible matanza resultado de ello provoca una recomendación del "Movimiento de Resistencia Cívica": la abstención de celebrar las fiestas navideñas y de Año Nuevo. No es posible celebrar nada mientras el pueblo cubano indefenso es ametrallado salvajemente. Los miles de pinos importados de Canadá por los favorecidos del régimen, que abarrotan los mercados de La Habana, se secarán en esos locales. El 24 de diciembre sólo las lúgubres estaciones de policía y algunas casas de funcionarios del gobierno presentan en lugar visible árboles de Navidad, adornados con los tradicionales foquitos de colores.

La ciudad entera de La Habana, otrora alegre y dicharachera, barroca —con sus gentes siempre cordiales, siempre amables, sus calles estrechas y sus edificios abiertos en portales y balcones a la luz y el ruido callejeros— parece sumida en un letargo, entristecida, adolorida. Sólo para los despreocupados turistas de siempre, atraídos por los innumerables garitos-cabarets que llenan La Habana y para los funcionarios de la dictadura que habitan las vistosas casas del reparto "Miramar", parece no suceder nada, nada...

Cuando uno de mis amigos cubanos me informa de la consigna de no celebrar las Pascuas de la manera acostumbrada y que el pueblo habanero está siguiendo al pie de la letra aquella orden, me parece absolutamente ridículo el procedimiento. No es posible, discurro, derrumbar un gobierno no celebrando la Navidad. Una dictadura no se derriba con no poner árboles de Navidad y focos de colores. Y, sin embargo, al ver la forma en que La Habana responde a esta solicitud, al ver la demostración absoluta de solidaridad del pueblo con la palabra de orden revolucionaria, comienzo a comprender que la autoridad, que el poder, ya no está en La Habana; que el poder respaldado en las bayonetas y en los tanques ya no es *el poder.* Y así lo comprendió también Batista.

La cosa es muy clara: la revolución pide que no se pongan árboles de Navidad ni se celebren las fiestas navideñas. Circulan de mano en mano, con peligro físico para los que las portan, pequeñas esquelas con una foto que pronto publicarán

todos los diarios de Cuba: una niña de sólo algunos meses horriblemente desfigurada, con los pulmones de fuera, víctima de un bombardeo a una población campesina indefensa. Al lado, una lista de nombres de algunos de los veinte mil muertos por la dictadura. Y una sola leyenda: "Cubano, no celebres con júbilo esta Navidad. La patria está de luto". Se extiende, además, la consigna de las "Tres C": *no compras, no cine, no cabaret.* En las iglesias, los curas párrocos recomiendan valientemente a los feligreses pasar la Noche Buena en el recogimiento del hogar rogando porque cese de correr la sangre de los cubanos.

El gobierno presiona a todos los establecimientos a adornarse con los arreglos adecuados del mes de diciembre, pero no puede hacerlo con todos los ciudadanos y —como se ha dicho antes— sólo la policía y los funcionarios obedecen la orden gubernamental. La respuesta es, pues, obvia y rotunda.

Al día siguiente dos ministros salen con destino a Santo Domingo. Su objetivo aparente: conseguir más armamento e inclusive —se asegura— tropas dominicanas para aplastar la revolución "comunista" de Castro. La situación es delicada y aunque el gobierno no lo reconoce todo el mundo tiene conciencia de ello.

Por las calles de la capital la multitud de siempre deambula pero no habla como en otras ocasiones. Todos los establecimientos de la zona comercial habanera están repletos de existencias y aunque no puede afirmarse que no hay compradores, si puede decirse que no los hay como en otras épocas, y no es que falte dinero, lo que falta es la voluntad de comprar; lo que hay es disciplina cívica, obediencia revolucionaria.

Los medios oficiales de información son fatales. El que quiere enterarse a donde menos puede recurrir es a los canales usuales. La prensa, la radio, la televisión, están controladas por la dictadura. Lo único que se difunde o publica son los absurdos partes oficiales, en donde, a manera de ejemplo, uno puede enterarse que en las batallas se han causado 200 ó 300 bajas al ejército rebelde mientras que el ejército de la dictadura sólo reporta un soldado muerto y dos heridos...

Un pueblo al que la prensa maniatada por Batista, ha informado en un principio que Fidel Castro era un fantasma creado por la imaginación del habilísimo reportero Mathews y luego que éste hubo demostrado —internacionalmente, porque

en Cuba todos lo sabían— que el fantasma existía realmente, el gobierno reconoce tácitamente la existencia de Castro y lo va matando o capturando en cada batalla; no puede creer en los medios noticiosos usuales y crea otro: "radio-bemba"[1] por el día y la radio-rebelde por la noche.

Por el día, en las oficinas, en los parques, con los limpiabotas, con los vendedores de billetes de lotería, con los amigos y aun por teléfono, siempre y cuando se habla figurativamente, funciona Radio-Bemba. Unas veces en tono irónico, otras festivo. A veces dubitativamente, en ocasiones en forma afirmativa; pero siempre impregnada de ese peculiar y sabroso, campechanísimo estilo cubano.

Por la noche, literalmente todo el mundo —pues aun el gobierno lo hace— a las ocho de la noche, en el rincón más apartado de la casa y usando como antena, para el funcionamiento de la onda corta, la de la televisión, sintoniza en los cuarenta metros la "Radio-Rebelde". Además de la estación principal, que trasmite a las ocho y once de la noche, desde el Cuartel General del Comandante en Jefe Fidel Castro, siete estaciones más se encargan durante todo el día de trasmitir las noticias locales desde diversas columnas del ejército rebelde que operan en el resto de la provincia de Oriente, en Camagüey y las Villas. Una estación de Venezuela puede sintonizarse también, para escuchar los partes de la dirección general del movimiento revolucionario en el exilio. La Radio Rebelde que desde La Plata, en el corazón mismo de la Sierra Maestra, habla al pueblo de Cuba deja oir algunas noches la voz del líder de la revolución que, con su característico tono sereno y directo —de charla más que de discurso— da a todos seguridad y confianza en la liberación. Otras veces se escuchan arengas de oficiales del ejército que se incorporan a las fuerzas rebeldes e instan a los soldados a abandonar la lealtad al dictador para abrazar la causa del pueblo. La voz profunda y acusadora de una gran actriz cubana, Violeta Casals —que abandonara su carrera en el teatro y la televisión para incorporarse al ejército rebelde— da cuenta diariamente de las últimas atrocidades cometidas por los asesinos del régimen.

A las ocho en punto de la noche, entre los característicos ruidos de la onda corta, se escucha: "Aquí Radio Rebelde, trasmitiendo desde las montañas de Sierra Maestra en el territorio

[1] Comentario callejero en la jerga popular cubana.

libre de Cuba". Aquí está la verdadera fuente de información y todos escuchan, sin moverse casi, respirando suavemente, evitando hacer el menor ruido; escuchan las noticias reales, las bajas reales de ambos ejércitos, la información verídica y oportuna, así como las consignas que deberán seguirse en el futuro; en una palabra: la voz libre de Cuba.

Después y sólo después de haber terminado la radioemisión, empieza la discusión y asimilación de los temas escuchados, no sin antes prender la televisión y ponerla a regular volumen con el objeto de evitar el tan odiado cuanto peligroso "chivatazo". De esta discusión surge buena parte de la temática de radio bemba al día siguiente, la que nunca tiene tiempo de "gastar" las noticias porque las trasmisiones rebeldes jamás se interrumpen. La voz de Cuba libre está sonando y cada día se irá afirmando más por todo el territorio de la Isla hasta hacerse una voz nacional.

Es día 31 de diciembre. En los exteriores del Buró de Investigación, el más lóbrego de los centros de tortura de la policía habanera, se han apagado las luces de colores de los pinos de Navidad. La gente lo percibe y se pregunta silenciosamente a qué se deberá. A las 12 de la noche ninguna estación de radio trasmite —como es costumbre en Cuba— el Himno Nacional y ningún cohete anuncia la llegada del Año Nuevo. Los aparatos de radio permanecen apagados en las casas y sólo un danzón lejano quiere recordarnos la antigua alegría de Cuba. Se percibe una extraña tensión, pero el pueblo está ya tan habituado a ese estado de ánimo que todos se acuestan sin darle demasiada importancia.

El timbre del teléfono me despierta y no puedo evitar un sobresalto. Veo el reloj y éste marca las 4 de la mañana; me apresuro a contestar. Del otro lado del hilo telefónico una voz me dice: "El animal se fue". Apenas me recobro de la sorpresa y ya mi interlocutor ha colgado. Luego me entero de que a esa hora toda La Habana recibe llamadas semejantes. Evidentemente, nadie vuelve a conciliar el sueño y la red telefónica se congestiona hasta el punto de que es casi imposible obtener la comunicación deseada. Los amigos se hablan y una ansiedad febril inquieta a todos: ha cundido la noticia de que Batista ha huido, a las 2 de la mañana, del campamento de Columbia,

en compañía de sus colaboradores más cercanos. Se sintoniza la radio, pero sólo se escucha un llamado a la atención del público: las distintas estaciones advierten que importantes acontecimientos han ocurrido en el país y que se espera el permiso de la censura para darlos a conocer. Semejantes palabras sólo consiguen multiplicar las conjeturas. Y cuando se anuncia que el Bloque Cubano de Prensa está reunido en el campamento militar de Columbia para dar, de un momento a otro, trascendentales noticias, ya es del conocimiento de todos que el general Cantillo ha constituido una junta de gobierno con algunos civiles cuyos nombres se desconocen. Son las 7 y media de la mañana: un canal de televisión sale al aire haciendo caso omiso de la censura —que aún no se ha levantado oficialmente— para ofrecer al pueblo los últimos acontecimientos.

Durante la mañana, el ritmo de los sucesos es vertiginoso. El Presidente del Tribunal Supremo de Justicia, doctor Piedra, acepta la Presidencia, pero el Pleno del Tribunal se niega a recibirle el juramento. La Junta de Gobierno sigue constituida, sin embargo. El general Cantillo declara a la prensa que, al reunirse con el Presidente Batista para una cena de Año Nuevo en Columbia los altos oficiales del ejército, algunos de éstos, con dicho general a la cabeza, le hicieron saber que la situación del país se había hecho insostenible para el gobierno y que ellos se consideraban incapaces de mantener el orden y dominar la situación, sugiriéndole que la única forma de salir del *impasse* era su dimisión del cargo y salida del país. La opinión pública empieza a comprender lo que hay detrás de esto, pero la alegría desbordante producida por la noticia de la caída del dictador se contiene, en espera sólo de las declaraciones de los jefes rebeldes.

En la calle, las fachadas de las casas empiezan a cubrirse de banderas cubanas. Los automóviles circulan velozmente por las grandes avenidas, haciendo sonar el claxon, repletos de ciudadanos que, espontáneamente, han salido a manifestar su júbilo. Todos agitan pequeñas banderas nacionales y en todas partes se ven los colores del Movimiento 26 de julio. La gente se felicita a gritos. Pronto empiezan a verse en medio de las calles grandes montones de objetos extraídos de los garitos: el pueblo quema las ruletas y las mesas de juego. Es la única manifestación violenta que se percibe. A las 11 de la mañana se reparten en las calles unos volantes que dicen:

EL DICTADOR HA HUIDO, PUEBLO DE CUBA

A LA CALLE SI NO SE ACEPTA AL MAGISTRADO URRUTIA COMO PRESIDENTE, PREPÁRATE...
INTERRUMPE EL TRÁNSITO, A LA CALLE
VIVA LA REVOLUCIÓN...
VIVA EL MOVIMIENTO 26 DE JULIO...
URRUTIA PRESIDENTE

MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO 26 DE JULIO
MOVIMIENTO DE RESISTENCIA CÍVICA

A mediodía, el radio y la televisión trasmiten la orden del máximo líder de la Revolución: huelga general. De inmediato empiezan a verse en las pantallas de televisión las distintas comisiones que van a manifestar su apoyo al movimiento de huelga. Desfilan comerciantes, industriales, sindicatos, todos los representantes de la vida económica de la nación. Los periódicos van a la huelga, pero se acuerda autorizar que la prensa aérea siga trasmitiendo, ya que es el medio de difusión de las consignas del Movimiento Revolucionario. Entretanto, los presos políticos que se encuentran en el presidio de Isla de Pinos son libertados y se dirigen hacia La Habana. El pueblo se reune en torno al Castillo del Príncipe —cárcel de La Habana— para exigir la liberación inmediata de los presos políticos, lo que se verifica rápidamente. En las primeras horas de la noche se conoce la noticia de que el coronel Barquín —oficial preso en Isla de Pinos por haber conspirado contra el gobierno de Batista— ha llegado a Columbia y ha tomado el mando, que el general Cantillo —maniatado por la inmediata acción del Movimiento Revolucionario y la respuesta arrolladora del pueblo en la huelga general— no ha vacilado en entregar. Los primeros resultados concretos de la huelga son patentes. Poco después, el coronel Barquín designa oficiales para tomar los distintos mandos de La Habana —marina, policía, etc.

En Oriente, los hechos se suceden con precisión. El jefe de la guarnición de Santiago de Cuba se une a las fuerzas rebeldes. En la tarde del día 1º en una gran concentración popular en el Parque Céspedes de Santiago —la ciudad más sufrida durante la dictadura, proclamada capital provisional de la República— se aclama como Presidente Provisional al doctor Manuel Urrutia Lleó. Las dificultades para establecer comuni-

cación entre La Habana y Santiago de Cuba demoran la situación. La huelga general continúa. El comandante Camilo Cienfuegos y el comandante Guevara —desde Santa Clara, capital de la provincia central de la Isla que acaba de caer en poder de sus fuerzas— tras un recio combate de cuatro días se dirigen hacia La Habana, por orden del Comandante en Jefe, al mando de sus columnas. Por fin, Camilo Cienfuegos toma el mando de la guarnición de Columbia, a donde va designado por el líder de la Revolución para asumir el cargo de jefe de las Fuerzas de Tierra, Mar y Aire de la provincia de La Habana. Es la tarde del 3 de enero.

Fidel Castro, que ha llegado a Camagüey, en la primera etapa de su *marcha de la victoria* hacia la capital, insta a todos a volver al trabajo. La radio y la televisión trasmiten las órdenes. El cese de la huelga ha sido dictado. La revolución está en el poder.

DESDE los primeros momentos, empiezan a aparecer ante las cámaras de televisión cientos de mujeres y hombres —padres y madres, hermanas, esposas— que van a formular una súplica: que se les informe acerca de la suerte de un pariente desaparecido hace tantos y tantos meses... Para estos cubanos el júbilo del triunfo revolucionario ha hecho renacer una esperanza. Es duro resignarse a tener que llorar definitivamente al ser querido, después de la liberación. Algunos dan datos precisos: tal día fueron a buscarlo a la casa determinados agentes; luego pudieron seguirle el rastro de una a otra estación de policía; se supo que pasó por un hospital; después, fue imposible saber más... Una tras otra pasan ante las pantallas caras tristes y esperanzadas. Los locutores responden que todos los presos políticos están siendo libertados y que no hay que ser demasiado pesimistas. El desfile es interminable.

Luego, otras caras van apareciendo. Los primeros "barbudos" llegan a La Habana en la mañana del día 2. La emoción del pueblo al recibir a estos combatientes es enorme. Allí están, en carne y hueso, los "fantasmas" de los partes oficiales del Gobierno. Con sus barbas pobladas y sus melenas, y sus medallas de la Caridad del Cobre pendientes del cuello. Sin soltar el rifle, por si todavía hubiera que defender con las armas la libertad ganada con tanto valor. Y estos muchachos

hablan y lo hacen con modestia, hasta con humildad: campesinos, pequeños empleados, expresan que su único deseo es volver a su tierra y abrazar de nuevo a la madre, a la esposa, a la novia... Hay niños de doce años, incorporados a las fuerzas rebeldes después de ver morir en manos del ejército a sus padres. Hay muchachas, que habiendo trabajado por la revolución en las ciudades han tenido que lanzarse al campo cuando la persecución se hacía ya insoportable. Hay hombres maduros, que se han ido a la Sierra con toda la familia, para defender su pequeño pedazo de tierra. Hay ancianos, que recuerdan todavía la gesta libertadora de la Guerra de Independencia. Hombres y mujeres que no aceptan otro título que el de "soldados de la Revolución".

Un profesor de Criminología de la Universidad de Oriente exhibe las primeras fotos que el pueblo de La Habana puede contemplar, tomadas en plena Sierra Maestra. Este profesor español relata cómo se internó varias veces en la Sierra donde se encontraban varios de sus discípulos —abogados y profesores, algunos de la misma Universidad o de Institutos de Segunda Enseñanza— como oficiales del ejército rebelde o auditores en los tribunales revolucionarios que funcionaban, para dirimir cualquier problema que surgiera en el territorio libre de Cuba. El profesor advierte que el modo de impartir justicia de estos tribunales ha sido para él una lección de derecho.

La Habana espera ansiosa la llegada de Fidel Castro, quien se dirige a la capital por carretera, detenido en cada pueblo, en cada ciudad, por el entusiasmo popular. Además, la marcha se hace forzosamente lenta por el gran número de puentes volados en los últimos meses por las fuerzas rebeldes y por el mal estado de las carreteras, inutilizadas en la mitad oriental de la Isla por la misma causa. Ocho días tarda la Caravana de la Libertad en arribar a la capital.

La llegada de Castro a La Habana es, llanamente, apoteótica. Los periódicos norteamericanos califican el recibimiento de los habaneros como superior al que el pueblo norteamericano tributara, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, a los generales MacArthur y Eisenhower. Esto lo dice todo. La peregrinación es lentísima, pues el pueblo todo quiere saludar al líder de la revolución triunfante. Flores, aplausos, vivas, abrazos y hasta besos de madres agradecidas acompañan al jefe rebelde desde su entrada por el extremo sur de La Habana hasta

el Palacio Presidencial. Un sol de trópico calienta aún más el entusiasmo popular. El pueblo está realmente de fiesta y el regocijo es contagioso.

Castro ha llegado al Palacio Presidencial y, después de tomar un pequeño descanso, se dirige al pueblo ansioso de escuchar algunas palabras de su máximo dirigente. A una indicación del líder, que el pueblo obedece de inmediato, se hace un silencio expectante. Castro habla despaciosamente, en tono de conversación, de charla con el pueblo. El grueso de su peroración, de su plática para decir mejor, la hará en Columbia. Aquí sólo quiere que el pueblo dé —para la prensa extranjera— una muestra del orden y la disciplina que ha caracterizado a la Revolución: quiere caminar entre el pueblo, sin custodia, él solo. Y más tarda en dirigirse a la multitud para que abra una valla, de Palacio al tanque en que viene recorriendo la Isla a la cabeza de la Columna Número Uno del Ejército Rebelde, que aquélla en formarse. Y ahí va. Él solo, en medio de sus amigos cubanos, enmedio de su pueblo.

La Caravana de La Libertad continúa su recorrido. En el campamento de Columbia, a donde Fidel Castro ha invitado al pueblo, no cabe un alma. Son más de las 8 de la noche. Por fin se acerca el vehículo que conduce a Fidel, como afectuosamente lo llaman todos. Tarda más de una hora en abrirse paso entre la multitud y ocupar la tribuna, desde la cual durante siete años el dictador se dirigiera, no al pueblo, sino a un ejército hecho a escuchar engañosas arengas. Tres horas dura el diálogo del líder revolucionario con la muchedumbre, que responde una y otra vez a sus preguntas y apoya sus afirmaciones. "Jamás defraudaremos a nuestro pueblo", son las últimas palabras de Fidel Castro, coreadas por un grito estruendoso de "Viva Cuba Libre". Por que ahora los cuarteles son ya del pueblo y Columbia, antiguo reducto de la dictadura, es ya, como toda la hermosa Isla antillana, "territorio libre"...

POLÍTICA Y UNIVERSIDAD

Por *F. COSSIO DEL POMAR*

TENGO presente una antigua divisa revivida por Charles Maurras, escritor francés, polemista reaccionario, jefe de *L'Action française* que llegó a distinguirse por su partidismo *a outrance* y por su honorabilidad intachable: "Politique d' abord". Sostenía Maurras que la política es un conjunto de leyes naturales de las que depende el desarrollo de las grandes naciones. "La política es la vida, la sustancia de los pueblos". Y ya que la política domina todo, no debemos descartarla nunca de nuestro conocimiento y de nuestra acción: "política antes que nada". Esta frase, claro que bien interpretada, debería servir de pauta en muchas de nuestras repúblicas americanas. Ya que la base de nuestros problemas, el origen de la mayor parte de nuestros males, ha sido la falta de preparación política, la incapacidad, la inclinación empírica, la ignorancia o desconocimiento de lo que la política encierra como principios útiles a la sociedad. La política, no en el sentido peyorativo que estamos acostumbrados a darle. No la acción agresiva de perturbación social, demoledora de instituciones, de polémicas estériles acompañada de organización de asonadas y disturbios para crear agitación. No la propaganda y disolución, o el descrédito de la libertad ideológica. No es ésa la "política" que debe alentar una Universidad. Es otra. La política como debate auténtico, como búsqueda de soluciones con partidos nacionalmente responsables; la política como capacitación, como arte de acción común, como ciencia natural ligada a otras ciencias. También arte que presupone aprendizaje, educación e instrucción para discutir los sentimientos, las aspiraciones, los deseos, los gustos de un pueblo en su afán de mejorar o ver mejorar a sus hijos. Arte que por su naturaleza misma exige métodos para la función de las instituciones de acuerdo con los cambios en el tiempo y los acontecimientos. Que busca soluciones de manera que los intereses nacionales, en países de-

mocráticos, no queden en manos de las "llamadas clases dirigentes" (clases económicas), círculos de familia, advenedizos políticos, logreros y ambiciosos. Ya que la democracia quiere decir que quienes sufren las consecuencias de las decisiones, poseen el conocimiento suficiente, y el poder, para pedir cuentas a los que gobiernan.

¿Dónde mejor que en una Universidad podrían adquirirse las bases para una educación política? La Universidad es la llamada a instruir al estudiante sobre las fórmulas políticas, sus reglas y su aplicación; a practicar decisiones de interés nacional, así sean ajenas al campo de su actividad. Junto a este interés nacional abrirá el camino para seleccionar los individuos más aptos y capaces para ejercer el Servicio Civil que tanta falta hace en el terreno gubernamental, y tan necesario es para las instituciones políticas y administrativas encargadas de organizar y controlar los cambios estructurales que exige la sociedad moderna. Señalar la manera en que puedan ser discutidos los asuntos de interés público; establecer la competencia de ideas de interés común.

De esta manera, desde los claustros universitarios, se combatirá la ignorancia en que hemos vivido de la política. Desaparecerá el significado fantasma, que señalaba Walter Lippmann hace treinta años: "Aquellos restos de las clases medias, viejas y nuevas, cuyos intereses no se encuentran definidos, organizados o exhibidos de un modo explícito, el 'experto sin compromisos' que aunque bien informado, nunca ha asumido una posición clave pública respecto a los temas de controversia que subrayan los intereses organizados". El ciudadano actuará y mostrará interés por los asuntos públicos. Participará en los problemas de su comunidad al mismo tiempo que se inquietará por la solución de los problemas humanos.

Por esto la misión de la Universidad es laborar en la formación de un público político; fomentar en los jóvenes asociaciones políticas donde puedan desarrollar sus tendencias e ideas. Y ya que la estructura de un estado democrático requiere la participación pública, hagamos que ese público se capacite en nuestras instituciones pedagógicas. Que sea guardián de la soberanía nacional y, al mismo tiempo, se mantenga auténticamente soberano.

En el nuevo Estatuto Universitario, en discusión ahora ante el Congreso Peruano, se plantea la prohibición de "hacer

política" en la Universidad. No sé lo que esto quiera decir. Colijo no se trata de la prohibición de organizarse en grupos políticos, de hacer propaganda de uno u otro partido, de exteriorizar la fe en una tendencia partidista, en fin de ejercitarse en el conocimiento y práctica de la función política, tan necesaria sin embargo para la vida del hombre en cualquiera de las profesiones que ejerza, ya sea Abogado, Médico, Dentista, Químico o Ingeniero; que no se trata de restarle conocimientos que le permitirán más tarde ejercer su derecho ciudadano familiarizado con la ciencia política. Puesto que los temas estéticos, las medidas económicas, las reformas morales están estrechamente ligados a cambios políticos, y en un orden político estable y justiciero, todo cambio, en cualquier campo de actividades, es benéfico. Y si deja de serlo, el responsable sería el público que por ignorancia o por indiferencia permitió que prevalecieran las malas situaciones; el error sobre la verdad.

El Papa Juan XXIII en un reciente mensaje a los jurisconsultos y técnicos italianos (10 de diciembre de 1958), les pidió que participen activamente en la vida política de sus países: "no se mantengan al margen, sino prepárense más bien a prestar a la política su colaboración constructiva en la formación y ejecución de programas de inspiración cristiana". Recomienda el Sumo Pontífice la preparación política "ya que los votantes deben seleccionar sus representantes con la mayor inteligencia y cuidado, porque su selección es de particular importancia en un régimen democrático en que los representantes del pueblo tienen poderes legislativos... Los Diputados Parlamentarios son para el pueblo de un país democrático asunto de vida o muerte, de prosperidad o decadencia, de rehabilitación o de mala situación permanente".

Esta obligación que señala el Papa no refleja otra cosa que la calurosa divisa de Maurras, "Politique d'abord", a la que las Universidades peruanas pretenden cerrar las puertas. La política que era una actividad en todas las Universidades europeas, al menos antes de la Primera Guerra Mundial (que nos dio un anticipo de ciertas características de nuestro tiempo). Cuando yo estudiaba en la Universidad Libre de Bruselas, lo primero que tenía que hacer el alumno después de matricularse, era inscribirse en uno de los tres grupos políticos en que estaban divididos los estudiantes: católicos, liberales y socialistas. Desde aquel momento lucía en la cinta de la gorra el

color del partido político de su preferencia: azul, rosa o rojo. Así se preparaba para ser Ingeniero, comerciante, hombre de letras, industrial o Abogado, desde el primer año universitario se ejercitaba en defender sus convicciones, fortalecerlas para hacerlas triunfar sobre las retóricas igualitarias, los nacionalismos, sovietismos y las variadas doctrinas utópicas que se presentaran en el campo donde actuara más tarde.

Son conocidas en las Universidades inglesas las agrupaciones como la "Oxford Union Society" donde los debates de temas políticos adquieren trascendencia nacional. Por eso no es de admirar la eficiencia del *Civil Service* inglés y la capacidad de los políticos de la Gran Bretaña, hombres que han adquirido los medios para conocer el problema de la naturaleza y poder del gobierno responsable. El origen, el contexto y carácter de la élite que ha conquistado opción y posibilidad de formar parte de él.

La educación política despertará en el estudiante, desde el claustro, ese deseo de estimación ajena que duerme en el fondo de todo hombre. "Es un deseo de naturaleza tan real como el hambre, y el desdén y el desprecio del mundo un castigo tan severo como la gota o el mal de piedra" —dice John Adams al estudiar la importancia política en el sistema de relaciones sociales de una nación. "Uno de los fines principales del gobierno es regular esta pasión, que a su vez se convierte en un medio importante de gobierno... toda cualidad personal y todo acrecentamiento de fortuna se apetecen proporcionalmente a su capacidad para satisfacer ese deseo universal de estimación, simpatía, admiración y congratulaciones del público". En algunos países de nuestra América la falta de jerarquías institucionales hace inexistente este deseo de conquistar admiración o gratitud. Las masas receptivas son poco conocidas como fenómeno político.

El individuo, cuanto más encumbrado en posiciones sociales o económicas se encuentra, más se abstendrá de actuar en la dirección de los negocios públicos. La mayor parte son partidarios del principio de *laissez-faire,* sobre todo tratándose de la élite. Y convengo que al hablar de élite no podemos referirnos sino a personas de carácter y energías superiores, no una clase social distinguida por su riqueza o nacimiento. "Generalmente se ha delegado la función política en hombres corrientes, improvisados o sin escrúpulos, convertidos por obra y gra-

cia de la desidia de sus conciudadanos en críticos de la moral y técnicos del poder". En países como el Perú donde el político ocupa puestos de interés nacional, como las alcaldías, por nombramiento antes que por elección, esta exclusión de la voluntad del pueblo en los cargos de responsabilidad pública da origen al intruso o advenedizo político, ligado a intereses particulares. Este "intruso político", cuya experiencia profesional es apolítica, mantiene sus actividades y su vida social al margen de todo interés nacional. Hasta que a un gobierno se le ocurre incorporarlo como técnico en labores administrativas. Entonces, y sólo entonces, sin previa experiencia comienza a desenvolver actividades que tienen que ver con la marcha del país, lo que constituye una de las fatales causas de estancamiento en el progreso nacional.

Colocadas nuestras grandes instituciones económicas, religiosas, familiares o educativas en un plano apolítico, no es de admirar que el máximo poder nacional haya caído, casi siempre, en el dominio militar. Son los Institutos Armados la mira de las camarillas civiles con el fin de perpetuar privilegios insostenibles. Nada ha sido más eficaz que la fuerza para entorpecer la expresión directa de las aspiraciones populares. Con justicia ha observado Wright Mills, Profesor de la Universidad de Columbia, en su libro *La Élite del Poder,* que "al entrar la política en el ejército, el ejército entra en la política". La causa principal vendría a ser la deficiencia, la falta de preparación de los civiles. Por eso el ejército, "cuyos individuos no son ni designados políticamente ni políticamente responsables, interviene ocupando posiciones de responsabilidad", sin otra experiencia que la disciplina adquirida en la institución a que pertenecen. "Y cuando por sus procedimientos o por su incapacidad se les critica, acostumbrados a mandar, reaccionan a estas críticas con la dictadura. Se convierte en técnico de la violencia o en instrumento de las minorías opresoras. Desconociendo explícita y abiertamente la política de Partido, el militar es incapaz de proceder de un modo político. El papel político desempeñado con frecuencia por jefes del ejército en decisiones nacionales, administrativas y económicas de importancia, ha sido poco venturoso bajo la influencia de las metafísicas militares". Mientras en la mayor parte de las naciones de América los militares no se limiten a prepararse solamente a la defensa de la soberanía nacional y hacer respetar la Constitución y las le-

yes, ante el poder creciente de las minorías militares no estaría de más incluir también la política en la cuna del sistema educativo castrense, si las universidades persisten en propugnar una enseñanza al margen de la política, en el campo estricto de la técnica.

Ahora bien, la prohibición de hacer política en la Universidad ¿cambiaría en realidad el desarrollo de los acontecimientos sociales o modificaría la conducta del alumno universitario? ¿Lo apartaría de la "mano invisible" de la historia? ¿La ortodoxia pedagógica evitaría la participación del estudiantado en el desarrollo de las ideas, en esas pequeñas decisiones que culminan en la realización histórica? No sé si el nuevo Estatuto Universitario prevé la manera de controlar o sancionar a aquellos que quebranten sus disposiciones. Esto dependerá, sin duda, en los medios de organización, de la autoridad, de las fuerzas que dispongan las autoridades universitarias, de la disciplina o conformismo de la juventud que no haya renunciado a las típicas características de la masculinidad: independencia de carácter, originalidad, instinto de agresión.

Porque es en la Universidad donde los hechos sociales toman una indiscutible concepción política, al fundir la cultura las diferentes clases sociales. Es fenómeno político-social la regularización de clases por medio del talento y la capacidad, la representación de nuevas formas prevalentes, la transmisión de los rasgos morales y culturales de unas clases a otras, la tradición de las clases altas enfrentada al *ethos* de la clase media en competencia y emulación, así como otros hechos sociales que no mencionamos por no caer en lo tautológico.

El estudiante que conquista un título profesional, o una posición social, gracias a una preparación política aprende a escoger los caminos que considera mejores para alcanzar no sólo un bienestar personal, sino una posición dominante en las instituciones desde donde pueda prestar su colaboración al Estado. Conquistar la estimación pública de que nos habla Adams. No es la única misión de la Universidad preparar al alumno para resolver su problema económico. No debemos dar tanta importancia a la experiencia material de ganar dinero y conservarlo, práctica cada vez más acentuada en la sociedad moderna, sino capacitarnos, al mismo tiempo, para ejercer una función pública en beneficio del mayor número de nuestros conciudadanos. Y esto incumbe a la Universidad: poner al nuevo profesional ante

verdaderas alternativas con capacidad de discutir su significado moral. He oído decir que es inmoral, pedagógicamente inmoral, interesar al estudiante en política. Lo que es una inmoralidad, es habituarlo al aislamiento silencioso, a privarlo del debate público. Habituándolo a discutir en forma intelectual, no saldrá el graduado exhibiendo como virtud la pobreza cultural y la ignorancia política. El estudiante desde joven, como se hacía en las universidades europeas, debe de formar parte de grupos interesados en el bienestar público; cultivar la ambición de ser útil a la familia y a la comunidad; vivir con máxima intensidad para definir lo real en un amplio plano de interés nacional; impedir así que confusas prescripciones lo incapaciten como observador e intérprete, y aprenda a defender las libertades civiles como un derecho, y a usarlas de un modo políticamente efectivo.

La inestabilidad moral de nuestro tiempo se debe a que han perdido vigencia los antiguos valores: concepto del honor, patria, familia, hábitos políticos, etc., y no se han encontrado otros para reemplazarlos. "La tragedia —ha comentado James Restom, refiriéndose al gobierno de Washington— consiste en que se hace acto de fe pero no se cree. Se libra una guerra ideológica, sin ser capaz de definir su propia ideología". Nada tan eficaz para avivar las ideologías como el calor de la política. El arte de conducir el Estado, desprende al hombre de sus egoísmos personales. Lo lleva de sus deberes de familia a sus deberes para con la Patria. Su interés por conocer la conducta del hombre público lo conducirá a desterrar el temor de criticarlo, combatirá el primitivismo político y las graves perogrulladas de algunos catedráticos, la terrible suficiencia de "la gente seria", el ostracismo de la inteligencia en la vida pública, el predominio de la irresponsabilidad. La educación política ejercerá en el pueblo una influencia niveladora, y hará que la retórica patriótica suba en cultura y sensibilidad, que desaparezca la violencia como tipo de poder y las instituciones reduzcan a un mínimo la coacción por la fuerza.

Alcanzadas estas conquistas se resolverá con mayor facilidad el problema económico-social de grandes núcleos de población que viven en la América, como en el Perú, una existencia marginal de tipo menesteroso. Se promoverá la creación de partidos políticos fundados sobre principios, verdaderos o falsos, coherentes o contradictorios, benéficos o perjudiciales, pero

con programas de acuerdo con acontecimientos y necesidades nacionales.

Por eso es la Universidad la que debe velar para que la cultura no carezca de aplicabilidad democrática. Fomentar un público políticamente instruido ante el cual sean responsables, realmente responsables, los hombres de poder. Porque no es justo, ni noble, cultivar el hábito de "hablar a media voz" para no herir la susceptibilidad de los responsables. Al contrario, hay que desafiar las consecuencias. Herir los sentimientos de aquellos que intentan imponerse como representativos de la opinión pública, cuya elevada posición no es fruto de su virtud moral o el puesto que desempeñan esté por encima de sus capacidades.

Con esto nos colocaremos más cerca de la meta de la justicia social y comenzaremos a dejar de lado los simulacros de lucha por defender una democracia que en muchas naciones de América jamás ha existido.

LA NUEVA CONSTITUCIÓN FRANCESA

Por *François CHEVALIER*

Hasta 1940 Francia fue gobernada según la Constitución de 1875, o sea de la Tercera República. Los poderes del Presidente eran importantes, incluyendo el derecho de disolver la Cámara de Diputados, con el acuerdo del Senado. Pero una experiencia desfavorable para el Presidente en 1877 hizo que en la práctica esta facultad cayera en desuso, y la Cámara de Diputados adquirió de hecho una gran preeminencia, controlando en forma muy estrecha y constante a los Ministros y al Presidente del Consejo.

Después de la Segunda Guerra Mundial se decidió cambiar la Constitución. Un primer proyecto concentrando todos los poderes en una Asamblea única fue rechazado por un referendum popular. Un segundo proyecto creó entonces un "Consejo de la República" con menos poderes que el Senado de la Constitución anterior, y fue aprobado el 27 de octubre de 1946 por muy pequeña mayoría. Había nacido la Constitución de la Cuarta República, que reconocía y acentuaba aún más la situación del Poder Legislativo frente al Ejecutivo.

En varias ocasiones el General de Gaulle protestó contra la que llamaba posición subalterna del Gobierno respecto a los partidos políticos de la Asamblea; empezó, sin embargo, a aplicarse el sistema de la nueva Constitución, con una inestabilidad ministerial mayor que bajo la Constitución anterior. Muchos Presidentes del Consejo de Ministros reconocían en sus discursos de investidura la necesidad de reforzar la autoridad del Poder Ejecutivo: no sólo hombres inclinando hacia la derecha, como Paul Reynaud o Pinay, sino también los radicales Mendès-France (3-VI-1953) y Bourgès-Maunoury; y los socialistas Pineau y Guy Mollet. A su vez el Presidente de la República, René Coty, insistió reiteradamente sobre lo que consideraba como una reforma urgente. Pero todo esto condujo sólo a una pequeña

modificación del sistema en vigor el 30 de noviembre de 1954. El régimen no parecía en condiciones de poder reformarse por sí mismo.

Después de acontecimientos conocidos, en los cuales M. Jacques Soustelle tuvo un papel importante, el General de Gaulle fue llamado por el Presidente de la República para formar un Gobierno, y habilitado por el Parlamento los días 2 y 3 de junio de 1958 para establecer un proyecto de nueva Constitución, respetando el sufragio universal, la separación de los Poderes Ejecutivo y Legislativo, la responsabilidad del Gobierno delante del Parlamento y la independencia del Poder Judicial; organizando en fin una comunidad con los pueblos de Ultramar. Veamos, pues, en qué consiste dicho proyecto, que representa la nueva Constitución francesa desde que fue aprobado por el 80% de los votos en el referendum del 28 de septiembre de 1958.

Según el Tit. I, Art. 2, Francia es una República "laica, democrática y social", que garantiza la igualdad delante de la ley a todos los ciudadanos sin distinción de orígenes, raza o religión. La soberanía nacional pertenece al pueblo y ningún individuo puede atribuirsela. El voto es universal, igual y secreto (Art. 3).

Los partidos políticos pueden formarse libremente, pero "deben respetar los principios de la soberanía nacional y de la democracia" (Art. 4) —lo que podría autorizar en ciertos casos la prohibición de partidos totalitarios.

El Presidente de la República es elegido por siete años por un colegio electoral formado por las distintas asambleas de Francia y de Ultramar, y por representantes municipales en número de uno por mil habitantes (Art. 6). Este Presidente nombra al Primer Ministro, y, sobre la proposición de éste, a los demás miembros del Gobierno. Recibe su renuncia (Art. 8). Antes de promulgar una ley adoptada por la Asamblea Nacional puede pedir a ésta que se haga una nueva deliberación; también puede someterla a un referendum popular (Arts. 10 y 11). En fin, puede proclamar la disolución de la Asamblea Nacional (Art. 12) —prerrogativa muy importante y nueva, ya

que había caído en desuso bajo la Tercera República y que no existía en la Cuarta: aumenta naturalmente la autoridad y el prestigio del Presidente delante de la Asamblea Nacional, que se expone a nuevas elecciones en caso de conflicto con el Jefe del Estado.

El Presidente es árbitro político, pero también es jefe supremo del Ejército (Art. 15) y puede tomar las decisiones necesarias en caso de peligro nacional (Art. 16).

El Gobierno es dirigido por un Primer Ministro —título nuevo— responsable ante el Parlamento (Tit. III, Art. 20). Los miembros del Gobierno no pueden ejercer ningún mandato parlamentario ni una actividad profesional. Esta incompatibilidad entre la función de ministro y la de diputado es revolucionaria si se recuerdan las costumbres en la III y IV República. El propósito es evidentemente de dar mayor libertad de acción al Gobierno frente a los partidos políticos de la Asamblea Nacional y a los intereses particulares de los electores. Sin embargo, una "ley orgánica" del 17 de noviembre de 1958 autorizó a los ministros que fueran parlamentarios, a que tuvieran la posibilidad de delegar su derecho de votación sin tener que renunciar a su mandato, cuyo ejercicio queda solamente suspendido mientras el interesado sigue siendo ministro (Art. 23).

El Gobierno debe adquirir una mayor estabilidad y libertad de acción por la demarcación precisa de los derechos y prerrogativas del Parlamento.

El Parlamento

SEGÚN la tradición francesa el Parlamento está representado por la Asamblea Nacional, elegida por sufragio universal directo; y por el Senado elegido por sufragio indirecto (Tit. IV, Art. 24). Su misión es precisa: hacer las leyes y controlar la acción del Gobierno responsable delante de él.

Las "leyes" interesan todas las materias esenciales, enumeradas en forma exhaustiva (Tit. V, Art. 34), las otras materias siendo el objeto de "reglamentos" que son de la competencia del Gobierno y son controlados por el "Consejo de Estado" (Art. 37).

La Asamblea Nacional puede adoptar por mayoría de votos una "moción de censura", obligando así al Gobierno a presentar su dimisión al Presidente. Pero sólo se puede someter a votación una "moción de censura" si lo proponen la décima parte por lo menos de los miembros de la Asamblea Nacional; si está rechazada, los signatarios no pueden presentar otra moción en la misma sesión del Parlamento. Así queda reglamentada la posibilidad de hacer caer al Gobierno (Art. 49).

Pero esta posibilidad queda también limitada en el tiempo, pues el Parlamento tiene sólo dos sesiones de menos de tres meses cada una, en otoño y en primavera. Las sesiones extraordinarias tienen lugar únicamente a petición del Primer Ministro y para tratar un orden del día determinado (Arts. 28 y 29). El derecho de voto es personal, y no se puede delegar sino excepcionalmente (Art. 27), para evitar que se entablen discusiones importantes delante de un número muy reducido de parlamentarios, como solía ocurrir frecuentemente bajo las Constituciones anteriores.

En fin, la Asamblea debe discutir por prioridad los proyectos del Gobierno (Arts. 47-48), con el fin de evitar que proyectos importantes no puedan ser discutidos antes de plazos a veces muy largos. Particularmente el presupuesto debe ser votado antes del 1º de enero. El trabajo del Parlamento queda, pues, rigurosamente organizado y delimitado, tratando la Constitución de impedir que la Asamblea pueda paralizar la acción del Ejecutivo por un control demasiado frecuente y estrecho sobre cuestiones secundarias.

Se crea un Consejo Constitucional, formado por nueve miembros escogidos a la vez por el Presidente de la República y por los dos Presidentes de las Asambleas. Vigila la aplicación de la Constitución en todos los terrenos (Tit. VII).

El Consejo Económico y Social opina sobre los proyectos de leyes y reglamentos interesando estas materias (Tit. X).

La Comunidad Metrópoli - Pueblos de Ultramar

SEGÚN el artículo 1º de la Constitución, "la República Francesa y los pueblos de los territorios de Ultramar que, por un acto de libre dete:minación, adopten la presente Constitución, ins-

tituyen una comunidad", sobre la base de igualdad de sus miembros.

Los pueblos de Ultramar pueden escoger entre tres posibilidades: o bien el estatuto de "Département" de la República (es decir, unión completa con la metrópoli), o bien ser Estado miembro de la Comunidad, o bien ser Estado independiente (Art. 76). Cuando tuvo lugar el referendum del otoño de 1958 en los territorios de Ultramar, uno de ellos —Guinea— escogió la independencia completa, y los demás votaron por gran mayoría por el Estatuto de Estados Asociados.

Los Estados de la Comunidad "disfrutan de autonomía, se administran por sí mismos y dirigen democráticamente y libremente sus propios asuntos" (Tit. XII, Art. 77). Existe una sola ciudadanía común, y los miembros de la Comunidad son todos representados en las instituciones comunes (mientras la Constitución anterior instituía dos colegios de electores distintos para Argelia).

"El dominio de competencia de la Comunidad incluye la política extranjera, la defensa, la moneda, la política económica y financiera común, así como la política de materias primas estratégicas. Incluye además el control de la justicia, la enseñanza superior, la organización general de transportes exteriores y comunes y de las telecomunicaciones". Sin embargo un miembro puede por acuerdo particular limitar o ampliar estas competencias (Art. 78).

El Presidente de la Comunidad es el Presidente de la República (que ha sido elegido por todos los Estados miembros). Existe un Consejo Ejecutivo de la Comunidad, que comprende a los ministros de todos los gobiernos —se acaba de reunir a principios de febrero de 1959—; un Senado de la Comunidad formado por los delegados de las Asambleas de los países asociados; y en fin una Corte Arbitral que arregla litigios eventuales entre miembros (Arts. 80-81-82-83-84). Este sistema sustituyó a la llamada "Unión Francesa", cuya Asamblea era únicamente consultiva y cuyo Alto Consejo no se había nunca reunido bajo la Cuarta República.

¿Qué resultados tendrá esta Constitución? ¿Cómo será aplicada? Son preguntas a las cuales solamente la experiencia podrá contestar. Notemos, sin embargo, el esfuerzo que representa

para remediar las principales deficiencias que, por acuerdo general, caracterizaron la III y sobre todo IV Repúblicas Francesas.

El principal obstáculo al buen funcionamiento de la nueva Constitución es probablemente la larga tradición francesa —que tiene ya ochenta o noventa años— de la preeminencia absoluta de la Asamblea Nacional y de los partidos políticos sobre el Poder Ejecutivo. Sólo el prestigio personal del General de Gaulle puede modificar substancialmente una tradición tan arraigada y con amplia base de intereses creados. En este sentido, tienen razón los enemigos de la Constitución cuando pretenden que está hecha a la medida de De Gaulle. Tendrá el nuevo Presidente que ocupar su puesto durante un tiempo suficientemente largo para afianzar las nuevas instituciones y crear una tradición republicana distinta de la anterior.

En realidad no se puede decir nada hasta ahora que la V República sea antiparlamentaria o antidemocrática. El Parlamento sigue haciendo las leyes y controlando la acción del Gobierno sobre todas las cuestiones importantes; en cierto aspecto tiene más poderes que el Congreso de Estados Unidos, por ejemplo, que no posee la facultad de hacer caer el Gobierno. Todos los poderes se fundan sobre el sufragio universal, que interviene aún más que antes con la institución del referéndum. En cuanto al Presidente, su elección está a cargo de un colegio electoral mucho mayor que el del Parlamento de antes. En fin, se refuerza la separación del poder legislativo y del poder ejecutivo.

Por su parte la Comunidad con los pueblos de Ultramar descansa sobre el principio de libre determinación —como lo enseñó la independencia inmediata de Guinea. Es posible que estos pueblos sientan que su interés propio se encuentre en dicha comunidad con Francia, sobre todo en una época donde el aislamiento de países pequeños y aún grandes es cada vez más difícil, y cuando la tendencia mundial evidente es formar agrupaciones complementarias de pueblos. Habrá grandes probabilidades de éxito si no se interpone un nacionalismo local arcaico, y sobre todo si los miembros de la Comunidad constatan que ésta funciona en beneficio, no del más poderoso, sino de todos y de cada uno de ellos.

"CUADERNOS AMERICANOS" EN SU NUEVO ANIVERSARIO

EN la cena con que anualmente celebra la revista el comienzo de un nuevo año de labor, se reunieron en céntrico restaurante un centenar de intelectuales mexicanos, de otros países de la América Latina y de los Estados Unidos. En dicho acto, hablaron el poeta español Juan Rejano, el escritor argentino Arnaldo Orfila Reynal y el jurista mexicano Francisco Arellano Belloc. Cada uno disertó, como ya es tradición en la Casa, sobre temas libremente escogidos por ellos.

JUAN REJANO dijo:

Veinte años van a cumplirse de aquellos días en que los primeros jirones de la República derrotada cruzaban la frontera española y se internaban en Francia. Pocos meses después, llegaban algunos de ellos a México: llegaban y encontraban aquí unos inmensos brazos abiertos, un ancho corazón fraternal. Dos años más tarde, nacía la revista CUADERNOS AMERICANOS. Si México fue para los republicanos españoles el regazo de una segunda patria, CUADERNOS AMERICANOS ha sido, desde su primer número, una tribuna abierta a su pensamiento, más aún, una trinchera dispuesta para su lucha. ¿Cómo no rendirle, pues, en esta ocasión, un emocionado homenaje de gratitud y cómo no rendírselo también a su ilustre director, don Jesús Silva Herzog? Los intelectuales españoles que salimos al destierro y, con nosotros, el pueblo español, que nunca aceptó la dictadura de Franco, no olvidaremos jamás la generosa colaboración de CUADERNOS AMERICANOS.

Pero el tiempo ha creado, como no podía ser menos, profundos y complejos fenómenos entre la emigración republicana. Gran parte de ella, por ejemplo, ha experimentado un cambio radical en su condición social. Muchos emigrados políticos han prosperado económicamente; poseen en México lo que nunca poseyeron en España, y ello les hace mirar con más atención sus intereses de aquí que el desarrollo de los acontecimientos allá.

Yo no les censuro tal conducta. Preferiría, claro está, que hubiese sido otra, y trato de explicármela por la falta de contacto directo con la tierra, las gentes y los problemas de España, por el debilitamiento del entusiasmo y de las convicciones a lo largo de un exilio tan prolongado, y, finalmente, por la influencia del medio, donde han hallado estímulos y posibilidades antes desconocidos. Pero entiendo, y entendí siempre, al mismo tiempo, que el asilo que un día nos concedió México tenía, entre sus muchas liberalidades, una exigencia: no olvidar a España, no olvidarnos de que dejamos a España sumida en la tragedia, y que nuestro deber es contribuir a su liberación, independientemente —o quizá por ello mismo— de los otros deberes que contrajimos con México. Por eso, algunos de nosotros, que amamos apasionadamente a México y que hemos procurado servirlo y enaltecerlo desde nuestra llegada, no hemos dejado, a la vez, de asistir y defender a nuestro pueblo con aquellos recursos y mediante las formas que el propio trabajo de cada día nos deparaba. Por eso, esta noche, queridos amigos, me permito traer aquí, una vez más, el nombre de España, su nombre cruzado de agonías y resurrecciones, su larga herida no cerrada aún.

El problema de España sigue siendo un problema vivo. Se equivocan los que lo consideren envejecido o debilitado. Tan vivo está, que, a veces, cuando por una u otra causa vuelve a proyectarse en la opinión pública por medio de los periódicos o por otros conductos, nuestros amigos de todas las latitudes se estremecen y agitan de nuevo, como en las lejanas jornadas del Ebro, de Madrid, de Teruel. La elemental justicia que el caso de España requería, está aún por aplicar. En ocasiones, sin embargo, algunas gentes se muestran como sorprendidas de que España, después de veinte años, y a la hora en que tantos países se están sacudiendo el yugo de las dictaduras, no se haya sacudido todavía el suyo. La respuesta que yo suelo dar en estos casos es muy clara y precisa: la guerra de España costó un millón de muertos, y casi otros tantos supuso la represión que como terrible represalia se desató después. En esa inmensa pira se consumieron los españoles más valerosos, más conscientes, más abnegados, los que podrían haber encabezado de nuevo el movimiento de liberación, sin contar el núcleo considerable que salió al destierro. En esas condiciones, después de una guerra civil tan cruenta y tan larga, con una situación internacional permanentemente desfavorable, ¿cómo extrañarse de que un

pueblo tarde en levantarse, en recuperarse, en encontrar otra vez su camino?

Pero ahora quiero añadir a esa respuesta estas otras palabras: ya se oyen cantar, como en el verso de Machado, los gallos de la aurora. En España, es cierto, subsiste la dictadura, su política, sus métodos represivos —no hay más que asomarse a los periódicos estos días para comprobarlo—, pero en torno a ella todo ha cambiado, todo está cambiando. Asistimos a una indudable radicalización de las masas populares, a una activización política de su conciencia y de su voluntad, que se refleja en multitud de luchas, pequeñas o grandes. Estos hechos asombran a muchos viajeros extranjeros que, al llegar a España, en lugar de encontrar un pueblo silencioso y agobiado por la opresión, como ellos esperaban, tropiezan a cada paso con los comentarios políticos más abiertos y audaces, con un estado de ánimo muy distante de la resignación y del abatimiento. Las huelgas de los últimos tiempos y los movimientos populares como el del 5 de mayo pasado, han removido hasta las entrañas los grandes sentimientos de libertad del pueblo español. Han surgido en el país diversos grupos de oposición, desprendidos, en gran parte, del propio régimen. Incluso, elementos que aún tienen un pie en el campo franquista, colocan el otro en campos distintos, convencidos de que la dictadura se encamina a su fin. La clase obrera actual está mucho más próxima, en punto a conciencia y a combatividad, a la clase obrera de los años 33, 34 y 35 que a la de los años 43, 44 y 45, y es una clase obrera que no se resigna ni soporta ya la situación que prevalece en España, y lucha por sus objetivos económicos, por sus libertades. Algo parecido podría decirse de los artesanos, de los campesinos, de los profesionistas, de los intelectuales. Los intelectuales no han sido ajenos al drama de España: por el contrario, en una considerable proporción, se han manifestado frente a él, de una o de otra manera. Yo tengo particular interés en fijar aquí algunos rasgos de la contribución que los intelectuales han dado a la lucha española.

En todo lo que va de la década del 50, por lo menos, hay constancia explícita de un despertar político creciente entre ellos. Claro que, ciñéndonos demasiado a ese plazo, no daríamos con las verdaderas raíces del fenómeno. Hay que ir más atrás. Por ejemplo, en el campo de la literatura y, dentro de ella, en el de la poesía muy especialmente, encontramos ya en

1940 expresiones de íntima protesta que, aunque aisladas y escasas, no dejan de tener valor. De ese año precisamente son estos versos, arrancados de un largo poema que por entonces se publicó en volumen:

Y paso largas horas preguntándole a Dios, preguntándole
por qué se pudre lentamente mi alma,
por qué se pudren más de un millón de cadáveres en esta ciudad de
[Madrid.

De ahí no pasaba la queja. Era una queja y nada más. Pero si nos detenemos a considerar el instante en que se emitía, acaso no nos parezca insignificante. Es verdad que, desde esta época hasta siete u ocho años después, la poesía y, en general, la literatura española se consagraron, casi por entero, a cultivar la línea del formalismo, una línea neutra, apartada de las realidades vivas, de los aconteceres humanos; pero esa línea era la única que, dadas las terribles condiciones que a la sazón privaban en España, podía tener vigencia. Fue el momento de los garcilasistas, de los orfebres de la imagen. Los que tenían cargadas las entrañas de odio y de pasión española preferían callar. O, si hablaban, lo hacían tan tímidamente, que apenas podía escuchárseles. De cualquier manera, sus palabras llevaban ya, bajo la piel inocente, la sangre de la protesta, de la denuncia. Nosotros, sin embargo —y, al decir nosotros, me refiero a los intelectuales españoles que vivimos en el exilio—, no supimos valorar justamente ni una ni otra cosa. Estábamos un poco ciegos. Y era lógico: ciegos por el deseo de desquite, por el anhelo de reconquistar lo perdido, y no sabíamos percibir claramente, en medio del conjunto casi desolado, aquellas expresiones de disconformidad que, por pequeñas o débiles que fuesen, eran ya el germen de un futuro más elocuente. Y de este modo, estuvimos muchos años rechazando todo contacto con la vida intelectual de España, negándonos a cualquier requerimiento de colaboración que desde el país se nos hiciera, en lugar de aprovechar las posibilidades que se nos brindaban de establecer relaciones e influir, en alguna medida, con nuestro pensamiento. Confundíamos lamentablemente el régimen con los que ya eran en potencia sus opositores.

Primero, repito, fue el formalismo, el escapismo, la trinchera inocua en donde poder resistir los embates y las asechanzas

de todo un poderío feudal, uniformado de fascista y dispuesto siempre a suprimir con el hacha el menor brote de rebeldía. Más tarde, fue el sentido de responsabilidad que empieza a golpear con fuerza en la conciencia, a compás de los acontecimientos nacionales y bajo la opresión del afrentoso yugo. Por último, la decisión de expresarse, con más o menos veladuras, contra la iniquidad dominante. Recordemos, no más, los nombres de Gabriel Celaya, Blas de Otero, Ángela Figuera y tantos otros poetas y escritores.

El resurgir de la conciencia política y patriótica entre los intelectuales españoles ha sido, pues, un proceso lento y largo, como no podía menos de suceder bajo la naturaleza del fascismo. Un proceso que no está vinculado solamente a la poesía, a la novela, al teatro, al ensayo, sino a otras actividades de la vida cultural: la pintura, el cine, la Universidad, la escuela, etc., en las cuales no voy a detenerme ahora. ¿Pero quién no recuerda, por ejemplo, películas como *Bajo el cielo de Madrid, Bienvenido, Mr. Marshall, La muerte de un ciclista* y otras, que, al proyectarse en México, nos llenaban de estupor?

De la misma manera, no hay que ver este resurgimiento como un fenómeno aislado. Eso sería una apreciación errónea. Hay que verlo como la resultante de un proceso general de la lucha, en que el pueblo inició los combates. Los intelectuales, por sí solos, apenas hubieran podido levantar cabeza, aunque sintieran estímulos para ello, no sólo en las dificultades materiales, en la opresión y la amenaza que todos los españoles sufren, sino en el estrangulamiento espiritual a que se ven sometidos, en la falta de libertad para crear y en la penuria de medios para desarrollar su trabajo profesional. El movimiento de oposición que hoy contemplamos, el anhelo unánime que en España se levanta exigiendo un cambio de régimen, es la consecuencia de millares de pequeñas escaramuzas con que los trabajadores y el pueblo han ido preparando, a lo largo de todo este tiempo, los grandes dispositivos.

Y así desembocamos en los tres últimos años, que pueden considerarse ya decisivos en la historia de las luchas antifranquistas. Son los años en que los estudiantes, vanguardia juvenil, irrumpen en las calles defendiendo sus derechos frente al régimen, y apoyan en las ciudades más importantes movimientos populares que estremecen los cimientos de El Pardo, y se congregan en grandes manifestaciones en el entierro de Ortega

y Gasset, leyendo públicamente aquellos textos del filósofo que puedan significar una condenación a la dictadura, y se enfrentan valerosamente a los gamberros de la Falange, hasta obligarlos al fracaso al intentar nuevos crímenes colectivos. Son los años en que los intelectuales más ilustres —Menéndez Pidal, Marañón, entre ellos— se solidarizan con los estudiantes y se atreven a elevar sus protestas al gobierno, y en que algunos escritores enjuician severamente al régimen en declaraciones aparecidas en periódicos extranjeros, que les vale ser encarcelados, y exigen la reaparición de las revistas arbitrariamente suspendidas por las autoridades franquistas, y se reúnen en congresos, a despecho de las prohibiciones del régimen, para discutir sus problemas, lo cual quiere decir para luchar contra las férreas mordazas que el mismo impone. Son los años, en fin, en que se desata una enconada polémica pública en torno a la figura de Menéndez y Pelayo, que los escritores del Opus Dei, siguiendo los designios de la dictadura, se empeñan en presentar como un antecedente ideológico del "glorioso" Movimiento, y que los escritores liberales, democristianos, incluso católicos de tendencia más abierta, logran restituir a sus verdaderos términos intelectuales, propinando con ello una derrota al régimen. En toda la vida cultural del país, hay un ambiente de indignación, una voluntad de alzarse contra la falta de libertad, contra el lamentable retraso en que la cultura se halla, contra la indigencia de medios que pesa sobre ella, mientras el Estado dilapida los millones en la preparación de aventuras bélicas y en engordar la bolsa de los generales y de los jerarcas que todavía lo asisten.

Pero entre todos estos acontecimientos, acaso sea el de mayor trascendencia la aparición de la nueva generación, que muchos suponían contaminada de las seudodoctrinas falangistas y que está resultando, por el contrario, una saludable aportación a la vida española. Esta nueva generación, que no vivió la guerra aunque sí muchas de sus consecuencias, se muestra dispuesta a cerrar el ciclo de las luchas civiles y postula la convivencia de todos los españoles. Quiere una España donde quepan todas las ideas y donde la discusión pacífica de los problemas sustituya a la violencia. Ya en la Universidad de Valladolid, hace unos dos años, dio pruebas de esta noble aspiración al oponer al "diálogo de las pistolas", que seguía pidiendo incesantemente el ministro falangista Arrese, el diálogo de la concordia y de la reconciliación. Con este deseo de la nueva generación coincide

la inmensa mayoría del pueblo español. El pueblo español quiere también cerrar el período de la guerra civil; quiere que desaparezca el régimen de Franco, pero sin violencias, sin nuevas pugnas sangrientas; quiere, en fin, que todos los españoles volvamos a reunirnos en el ámbito de la patria, reincorporada al ejercicio de la libertad y de la democracia, pero para levantar sólidos muros de grandeza, no para destruirlos. El único interesado en mantener la discordia y las heridas de la última guerra es Franco. Y se comprende: es el clima más propicio para prolongar su oscura hegemonía. Pero la política de reconciliación acabará imponiéndose, porque es la única que puede forjar la unidad de todos los españoles frente al reducido grupo de los usurpadores. Y yo creo que esta política, que emana del pensamiento español más rico y progresivo, además de contribuir a la derrota de la dictadura, puede resultar a la postre un auténtico instrumento de educación. La España en que nosotros hemos nacido es todavía una España signada trágicamente con la sangre de largas guerras civiles. Retrocediendo en el tiempo, no sólo en lo que va del siglo XX con nuestra última contienda que costó un millón de vidas, y no sólo en el siglo XIX, todo él encendido de morriones liberales y boinas carlistas, sino en el XVIII con la llamada guerra de sucesión, y en el XVII con la sangrienta expedición del conde-duque contra Cataluña, podemos hallar ese rastro de dolor y de muerte. Es verdad que, en lo más íntimo de esas dramáticas pugnas, bajo sus apariencias meramente banderizas y muchas veces de simples disensiones dinásticas, latía la rebeldía social, el anhelo popular por resolver los graves problemas seculares que siempre aquejaron a España, por llevar a cabo la revolución que ya en otros países había sido impulsada; pero debemos reconocer que, en no pocas ocasiones, tales luchas alcanzaron formas verdaderamente feroces y dejaron una estela de rencor que, prácticamente, hacía imposibles los beneficios de la paz. No es extraño, por eso, que los españoles más sensibles, de pensamiento más generoso y avanzado, llegaran a sentir verdadera angustia ante los sufrimientos de una patria que nunca parecía dispuesta a cancelar sus ciclos de sangre y aniquilamiento. En Quevedo podemos encontrar ya anticipaciones de ese estado de ánimo. Pero donde el mismo empieza a precisarse con mayor claridad es en don José de Cadalso, escritor del siglo XVIII, muerto en el ataque a Gibraltar; en Mariano José de Larra, que pasa su breve existencia cla-

mando por elevar y humanizar la vida de España; en Joaquín Costa, el de los remedios casi desesperados; en don Francisco Giner de los Ríos, cuyas tendencias a la europeización no eran en lo esencial sino prédicas de convivencia; en Ramón y Cajal, que, a través de la ciencia y la investigación, buscaba el cuerpo dolorido de España; en Galdós, que observó amorosamente —y amorosamente noveló— un siglo entero de aconteceres nacionales y quiso hacerlo poniéndose por encima de las facciones; y, finalmente, en otros muchos hombres ilustres, entre los cuales no hay que olvidar a algunos de la llamada generación del 98, que también quisieron, a su manera, propiciar una vida distinta entre los españoles. "¿Dónde está España?", fue el grito reiterado de unos. "¿Qué es España?", fue la pregunta insistente de otros. Y, aunque grito y pregunta parecen desorbitados tratándose de españoles, en su intención tienen la más ceñida coherencia, porque lo que quieren decir en sustancia es: convivencia. Centurias enteras ha vivido España sin lograr que sus hijos entablaran el diálogo, y no ciertamente por culpa de los más humildes y necesitados. Las fórmulas de entendimiento parecían vedadas para los españoles. Su clima natural era el de la violencia, sobre todo si lo referimos a aquellos que, por no perder uno solo de sus privilegios, preferían mantener el reloj de España en retraso de muchas horas. Galdós dice, aludiendo a nuestras prolongadas luchas, que los españoles somos parecidos a las salamandras, que, aun viviendo cerca del fuego, nunca acaban de quemarse. Podría añadirse que ese temple extraordinario necesitaba permanentemente de lo heroico para tener un escape; pero cuánto mejor hubiera sido que el cauce por el que discurriera muchas veces fuese el del trabajo pacífico, el del entendimiento y la concordia. Por ello, repito, es posible que la idea política de la reconciliación sirva, desde ahora, en la perspectiva del futuro, para establecer un espíritu de convivencia civil, para enseñar y enseñarnos a dialogar, para crear entre nosotros una disposición de ánimo, un modo de comportarnos, favorable al diálogo antes que a la agresión.

Finalmente, deseo redondear la respuesta que antes intenté, con estas otras razones: el problema de España, cuya solución no está lejana, hubiera sido ya resuelto si, de un lado, los grupos de oposición y todas las fuerzas políticas hubieran logrado la unidad de acción, y si, de otro, los EE. UU. no siguiesen empecinados en apuntalar el régimen y en hacer de España

una colonia de sus intereses y apetitos. Se diría que aquellos que entorpecen lo primero no sienten gran urgencia en que desaparezca lo segundo y, sobre todo, no se percatan de los graves peligros que entraña la presencia de los yanquis en España. Porque las bases que el ejército norteamericano ha construido en la península —bases para armas atómicas y nucleares, como nadie ignora— no representan sólo una ofensa a la soberanía nacional: representan además una terrible y constante amenaza para la vida misma de España. De esas bases partieron algunos de los aviones que invadieron el Líbano el año pasado. Consecuentemente, de esas bases pueden partir, otro día, aviones que vayan a bombardear un país o unos países determinados. Y, como es lógico suponer, las represalias contra España no se harían esperar en ese caso. Es decir, que, sin amenaza alguna que penda sobre España y sin que los españoles sean consultados, nuestro país puede ser utilizado como base de agresión contra unas naciones que ningún daño le han inferido, y expuesto, por tanto, a las consecuencias del ataque. Este es, sin veladuras, el enorme peligro que Franco ha creado a España, aunque en su discurso de fin de año haya reclamado para sí, modestamente, el título, no sólo de salvador de la patria, como en tantas ocasiones, sino, más modestamente aún, el de salvador de la llamada civilización occidental. Urge, por ello, alejar de España tal peligro. Y urge, en primer término, el entendimiento entre las fuerzas opositoras del régimen. Si la paz está hoy amenazada en muchos lugares del mundo, en España lo está de modo particular, por la existencia de las bases yanquis. Hay que devolver a España su libertad, sí, pero sobre todo hay que salvarla de la muerte.

ORFILA REYNAL habló de esta manera:

Buena responsabilidad es ésta que he adquirido de hablar a ustedes en nombre de los amigos latinoamericanos de *Cuadernos,* luciendo esta condición de argentino que me concedió la geografía. Porque es evidente que mi pobre país no ha gozado de excesivo prestigio como integrador de la comunidad americana y se ha creído siempre que además de constituir una colectividad que se expresa en idioma extraño, se preocupa únicamente por la exportación de su ganado y exhibe su literatura con música de tangos melodiosos, no tiene mayor derecho a

considerarse parte integrante del continente que aquí representamos.

Pero puedo darles noticia de mi carta de ciudadanía latinoamericana que obtuve aquella mañana de abril de 1914, cuando tempestuosamente abandonamos las aulas de la escuela secundaria para expresar a gritos, en las calles de la ciudad provinciana, nuestra airada protesta por el agraviante desembarco en Veracruz. Quisimos producir un hecho que certificara nuestra protesta ante la ignominia y al no encontrar en la ciudad ningún consulado norteamericano que escuchara lo que teníamos que decirle, resolvimos romper los vidrios del viceconsulado inglés que para el caso era lo mismo. La referencia me sirve para decirles que esta preocupación por la hermandad americana, vive también desde tiempo en aquellas zonas rioplatenses que ustedes consideraron siempre un poco fuera de la unidad continental.

No fue episodio aislado este que he traído en mis recuerdos. Cuando en aquella madrugada del 20 de septiembre de 1921, entrábamos los cinco estudiantes argentinos en la estación de Buenavista, después de un largo mes de viaje marino y muchas horas de deslumbramiento ante el paisaje de México, para asistir al Primer Congreso Internacional de Estudiantes, pensábamos evidentemente, que eran ésos, días que marcarían una fecha trascendente en la historia de nuestra América.

No quiero, ni debo, ni puedo, hacer revivir aquellos días jubilosos de nuestro descubrimiento de este país, agrandado ante el mundo por la epopeya de su Revolución. Días extraños, de vida nueva y sorprendente para nosotros: fue seguramente ése uno de los momentos culminantes del Renacimiento Mexicano, en el que al par que se iniciaba la acción constructiva de la Reforma Agraria, se impulsaba la poderosa obra educadora, se descubría la vida y el arte del pueblo, comenzaba la etapa de la gran pintura, se imponía la militancia política de la nueva generación, impetuosa y brillante. Para qué contar lo que muchos de ustedes vivieron y todos conocen.

Tiempos distintos aquellos, en las cosas y en los hombres. Eran los años en que Vasconcelos se ponía a la cabeza de cuanta protesta revolucionaria se iniciara en América en defensa de la libertad; en que Daniel Cosío Villegas, afable, con su característico buen humor, presidía sin enojarse las sesiones del Congreso; en que a Manuel Gómez Morín por sus ideas avanzadas,

se le designó para integrar la Secretaría de la I Internacional de Estudiantes, a la que asignamos una ruda tarea revolucionaria; en que Alfonso Caso, sin enfrentarse todavía a las vicisitudes de huicholes y tarahumaras, insistía en la discusión de los esquemas bergsonianos. Eduardo Villaseñor no asistía al Club de Banqueros sino a los cafés de chinos, lo que lo obligó a titular así aquella hermosa muestra de teatro sintético que publicamos por primera vez en nuestra revista platense *Valoraciones*. Carlos Pellicer cantaba a Curacao en libros de hojas sueltas, mientras Jaime Torres Bodet, casi niño, ganaba la flor natural en el certamen del Centenario. Pedro Enríquez Ureña —mi amistad más honda que aquí nació y murió allá con su muerte— nos conducía por caminos y ciudades, por tertulias, talleres y camarines; Diego Rivera nos deslumbraba con don Ramón del Valle Inclán en constantes polémicas y Julio Torri actuaba como el más erudito guía de empresas nocturnas. Días buenos aquellos. Volvimos a nuestras ciudades rioplatenses a decir la grandeza de la Revolución Mexicana e hicimos penetrar su imagen y su sentido hasta despertar por ella en nuestros compatriotas, devoción auténtica.

Pero esta incursión anecdótica no quiere decir otra cosa que llevarme a decir que en aquella convocatoria que los estudiantes mexicanos efectuaron como una expresión más del momento revolucionario que se vivía, pudo lograrse que representantes de las nuevas generaciones de las dos Américas, de Asia y de Europa, convinieron en un planteo social y político que creíamos iba a ser norma para nuestra acción colectiva y marcaría el comienzo de una gran etapa de convivencia americana.

Una decidida actitud antiimperialista —la denuncia de la penetración de Estados Unidos en Santo Domingo y Nicaragua parece noticia de hoy—; una consideración revolucionaria del problema social y político, un auténtico anhelo por superar la limitación nacionalista que impedía la integración de la gran patria americana, definieron un instante del mundo en que una apasionada esperanza hizo entrever que las nuevas generaciones iban a ser protagonistas de una historia que lograría para el hombre un mejor destino.

Muy poco tiempo fue necesario para que se desvanecieran nuestras ilusiones. Las décadas de este siglo han deparado al mundo acontecimientos de trascendencia inusitada y a pesar de ello nuestro pobre Continente no puede todavía salir de su ado-

lescencia política ni superar las crisis de su crecimiento. Ahuyentemos la retórica que nos permite muchas veces disimular nuestros fracasos amparándonos en la evocación de grandezas que no nos pertenecen, pero tampoco exageremos nuestro complejo de inferioridad declarándonos incapaces de disponer de nuestro propio destino. Pretendemos sustentar nuestro orgullo recurriendo a la evocación de los grandes hombres que nos legaron un tesoro moral que hemos dilapidado y ocultamos en cambio las zonas oscuras de nuestra historia en la que se mueven los tiranos, los traidores, los ladrones de la cosa pública, y cuya herencia sí atesoramos para construir este presente oscuro y contradictorio. Nos manejamos con falsedad y por ello no nos entendemos: la historia distorsianada nos la enseñan en la escuela, nos la repiten los hombres públicos y los líderes políticos y de tal manera nos movemos sobre una trama falsificada que no nos conduce por buen camino. Creo que es por ello que nuestra pobre América vive confundida y desintegrada espiritual y políticamente. No existe una conciencia continental —perdónenme los que opinan lo contrario— y no es verdad que formemos una unidad integrada. Somos un continente ingenuo "que aun reza a Jesucristo" "y aun habla en español" —con bastantes excepciones— pero partido en veinte pedazos que se desconocen entre sí y cuya comunidad deriva más de sus sufrimientos que de sus triunfos, de la constante postergación de sus clases empobrecidas, del engaño y el fraude de sus grupos dirigentes que invocando a grandes voces el patriotismo venden la soberanía nacional al mejor postor de cualquier imperialismo. Nuestros hombres públicos proclaman su amor a los pueblos hermanos con excesiva frecuencia, pero cuando quieren ponerse a prueba, lo que mejor se les ocurre es entenderse con el "antipueblo" de cada país para consolidar el sistema continental de retroceso político. (Ya que advertí que soy argentino y tengo que decir algo de mi patria, puedo contarles que después que nuestro nuevo presidente, liberal y progresista, cumplió una gira de amistad por los países vecinos, lo que resolvió hacer como más oportuno para demostrar su amor a la hermandad latinoamericana, fue condecorar con la orden del General San Martín al dictador del Paraguay en su propio domicilio y reanudar relaciones con el tirano de Santo Domingo en el deseo de no aparecer distanciado de uno de los grandes de nuestro "mundo libre").

La vida democrática ha tenido precarios florecimientos. Nuestras dictaduras últimas o bien se inspiraron en las fórmulas criollas del siglo XIX o en las más elaboradas del fascismo europeo. Tuvieron todas un signo común: fueron encumbradas inevitablemente por el esfuerzo patriótico de nuestros gloriosos ejércitos libertadores, que con sacrificios constantes negociaron la entrega del país con el representante más conspicuo del Departamento de Estado o con el directorio del más generoso de los trust internacionales. Dominaron a sus pueblos rebeldes con la cárcel, la muerte y la miseria. En los últimos cinco años la curva de la historia marcó la etapa del descenso de la fuerza y siete dictadores fueron abatidos. ¿Cómo? Nuestros comentaristas de la historia contemporánea están divididos en dos bandos: unos afirman que los siete dictadores cayeron por la decisión y el deseo de los Estados Unidos; el otro bando sostiene que fueron maniobras comunistas las que provocaron los acontecimientos. Entre los dos sectores quedamos los ingenuos, los optimistas, los que consideramos que el pueblo de América no está formado por marionetas sin alma ni corazón, que puedan ser llevados y traídos por la exclusiva voluntad de los de fuera.

Yo creo que es un agravio para nosotros mismos el creernos fatalmente ajenos al proceso de nuestra vida pública. Somos víctimas —qué duda cabe— de esas fuerzas del imperialismo que triunfan muchas veces y otras son derrotadas. Cuando ellas triunfan —las más de las veces— nuestros países se hunden en la ignominia y los grupos dirigentes gozan sus privilegios porque hay dólares suficientes para pagar el precio de su entrega. Cuando el pueblo se cansa —¿qué 10, 12, 15 años no son suficientes para cansar a un pueblo?— se decide a pelear y a morir. Y pelea y muere y el imperialismo pierde la partida recibiendo en sus casas o en sus colonias al dictador en desgracia. Es natural que 24 horas después el mismo señor representante del Departamento de Estado o el que lo sustituya, ha de intrigar de nuevo para reconquistar la posición perdida, repitiendo así la táctica de los enviados del Vaticano, que con el mismo hisopo bendicen al dictador que cae y al libertador que entra.

Pero entiendo que cometemos una injusticia inexplicable cuando con esquemas sencillos interpretamos la historia de nuestro tiempo. Cuando uno ha visto y tocado la sangre de los pueblos que han luchado y sufrido por su liberación, siente

vergüenza al ver que se les quiere retacear la dimensión de su aventura, señalándolos como ciegos instrumentos de fuerzas extrañas, cuando ellos han arriesgado todo por esa cosa tan poco cotizada que es la libertad. Y quiero que esta afirmación que aquí formulo, sea un homenaje a quienes con sacrificio y con grandeza han liberado a América, en los últimos tiempos, de dos de sus más grandes vergüenzas: los pueblos heroicos de Venezuela y de Cuba.

No quiero prolongar lo que quisiera ser un diálogo que, como es natural, no ha de ser necesariamente, coincidencia. Los hombres que anhelan la liberación del hombre, los que se inquietan por el destino de esta parte del mundo en que vivimos deberían acercarse para un mejor entendimiento. Por eso es que tiene valor auténtico esta constante hospitalidad que durante 17 años nos ha ofrecido —puntual y generoso—, don Jesús Silva Herzog, uno de los pocos grandes ciudadanos con dimensión continental, que nos da ejemplo con su conducta y nos alienta con su fe. Compartamos esa fe en el gran destino de nuestra América que algún día ha de lograr salir de la zona de sombras en que hasta ahora va cumpliendo su destino.

A su turno, ARELLANO BELLOC pronunció las siguientes palabras:

Escojamos un tema que nos permita soslayar siquiera, algunas observaciones sobre una época de la historia mexicana; sobre una generación dispersa que, en un momento dado, congrega su pensamiento, su capacidad crítica y su aptitud creadora en relación con un suceso trascendente de nuestra vida colectiva; con un hombre ejemplar o con una fundación sin paralelo en las letras españolas.

Nuestro tema puede llamarse: Jesús Silva Herzog y "Cuadernos Americanos".

Propongamos nuestras interrogaciones:

Sobre Jesús Silva Herzog:

¿De qué material humano está construido; qué significa su presencia; qué vale su pensamiento; cuál es el sentido de su conducta y cuál la intención y la extensión de su doctrina?

Sobre "Cuadernos Americanos":

¿Qué representa en el movimiento intelectual del continente, qué en el proceso de las ideas y qué en la atracción de los mejores hombres de todas las latitudes?

He aquí nuestras observaciones, para fijar —lo que diríamos— "el peso específico" del primero y "la calidad esencial" de la segunda.

Examen de antecedentes.

Los dedos de las manos no alcanzan para contar a los intelectuales que inspiraron, entendieron o simplemente se afiliaron a la Revolución Mexicana hasta 1916. En 1917, apenas empiezan a colaborar en el examen de su programa y en su definición.

Son muchos los que opinan y no siempre se aprovechan las mejores ideas.

Prevalece el oportunismo y la demagogia. La inestabilidad económica y política de la Nación es tal, que un sentido primario de supervivencia inmediata subordina los mejores impulsos, y aplaza las tareas fundamentales para otras ocasiones en que los vientos fueran menos adversos.

Para construir —en el plano de la sociología— es necesario derribar; saltar los fosos; destruir las murallas; acabar con las resistencias feudales o imperialistas que siempre están unidas en un solo frente de intereses creados y seguras de su poderío económico y de su fuerza de dominación.

Los intelectuales buscaban, pero no encontraban aún su trayectoria. Seguían dispersos: encerrados en sus torres de marfil; viendo caer la lluvia sin mojarse; sin atreverse a salir a la plaza pública, a llamar a las cosas por sus nombres; a señalar a los ladrones como tales; a los pícaros; a los farsantes y a los traidores como cuales. Lo que les hubiera permitido integrar el perfecto binomio que pudiera identificarlos: "tales por cuales".

Y los políticos, en una actitud mimética. Sin opiniones propias; actuando por delegación de las insinuaciones ajenas.

En esa atmósfera de irresolución y de extravío, llega al Poder Público un ilustre gobernante que no salía de la Universidad sino del pueblo. Vástago del Pueblo y de la Revolución. Decidido a que fuera realidad su programa y no una simple colección de frases retóricas que estallan ruidosamente en el

aire, como resultado de la pirotecnia oratoria, con guiones prefabricados.

Se percibe entonces el soplo de la Revolución. La desconfianza popular se galvaniza. Una corriente de indudable simpatía enlaza a los gobernados con el gobernante. Y éste, puede sentir así, la fuerza telúrica acumulada durante 400 años de miseria, de caciquismo, de dictadura y tiranía.

Esa sensación, le lleva a dar los pasos más trascendentales en la Crónica mexicana: reparte la tierra, hace sentirse dignos y respetables a los hombres; les abre nuevos carriles luminosos hacia horizontes promisorios; nacionaliza la industria de los hidrocarburos...

Las masas le comprenden, le interpretan y le siguen. Se agrupan alrededor del hombre y de la obra. Ha nacido una nueva esperanza; una fe, al margen de la mitología.

"Hice habitar entre ellos la ciega esperanza —dijo Prometeo— ...puse el fuego en sus manos".

"Por mí dejaron los mortales de mirar con terror a la muerte".

Se adivina un México distinto, fecundo, optimista, íntegramente nuestro.

Echados los cimientos de la estructura económica, puede superarse nuestra deficiente economía agraria por otra de planificación industrial.

Los últimos 20 años confirmaron los augurios.

Los intelectuales egoístas, vacilantes y dispersos se encontraron de súbito con un extraño factor de emulación y de entusiasmo y se dieron a la tarea de afinar su sentido crítico, resolviéndose a trazar, con mayor fidelidad, el perfil de nuestras vidas. La tribuna, la cátedra, el libro y todos los instrumentos de divulgación, comprueban la presencia de esa inquietud. Una inquietud, hasta entonces, inédita.

Se trataba de un ciclo nuevo. De un nuevo tiempo. De un tiempo diverso. Ya no podíamos permitirnos el desdén de ignorarlo. Lo habíamos descubierto y ya no lo perderíamos más.

"...la mayor parte de la vida se va en hacer el mal —sentenciaba Séneca—; gran parte en no hacer nada y toda ella en hacer otra cosa distinta de la que se debería".

Aunque aprendamos una doctrina diferente, su regla primaria es trabajar.

Es el tiempo en que el intelectual debe olvidar la placidez de la indolencia y encaminar sus pasos hacia la vida fértil del espíritu. El tiempo en el límite y en la frontera. El tiempo en que dejamos la obscuridad del ocio para ingresar a la dinámica centelleante del sol al mediodía. El tiempo, en que el mejor, el más bien orientado, el más convencido, el más generoso y sensible, el más persuasivo y el más cordial, debe ser el conductor.

¡Es y fue el tiempo de Jesús Silva Herzog!

Silva Herzog, había sido el último intelectual anterior a 1938; más exactamente: el último, inmediatamente anterior a una fecha inolvidable, el 18 de marzo; y el primero de los intelectuales modernos, después de esa fecha.

El verdadero intelectual tiene que ser indiscutiblemente un reformador. Se dirige a su mundo para señalarle nuevos derroteros. De la Razón o de la Justicia mana su pensamiento. Combate y se defiende. Conmueve y tranquiliza. Ama la verdad y la expresa.

"...amar es combatir, es abrir puertas".

"la luz nace frotando hueso contra hueso, hombre contra hombre, hambre contra hambre, hasta que surja al fin la chispa, el grito, la palabra..."

"hundo la mano y cojo el grano incandescente y lo planto en mi ser: ha de crecer un día".

(Es "La estación violenta" de Octavio Paz).

Y Silva Herzog, crea "Cuadernos Americanos", con la más limpia de sus convicciones, con su más íntimo fervor.

Se trata de la Tribuna más alta en defensa de la dignidad del hombre. Es un altavoz en permanente rebeldía, exigiendo siempre, sin descanso, una irrestricta libertad humana.

Su patrono no es un simple animador; más que éso, constituye en el ambiente intelectual americano el enlace entre la vida vegetativa y el movimiento luminoso de las ideas.

Su seducción deriva de la claridad con que expone su doctrina; de la sencillez con que nos invita al trabajo intelectual. No puede, quien se precie de serlo, mantenerse inactivo, su

obligación es hacer algo, trabajar, defender, crear, descubrir, intentar —cuando menos, intentar—.

Es el tipo del intelectual que persuade a todos los demás de que también pueden serlo. Una zarza ardiendo y sin quemarse que nos congrega a su alrededor como si nos atrajera a la llama interior de un pensamiento.

Estos son los elementos con que podemos medir "el peso específico" de Jesús Silva Herzog.

Y "la calidad esencial" de "Cuadernos Americanos" en el tiempo en que vivimos, resulta comprensible: se trata de un aglutinante cordial, de un horizonte definido, de una época y una conducta, de la voz de una generación, de la mística del arrebato y de la rebeldía...

Nuestra Revista ha sobrevivido a pesar de la incomprensión de muchas gentes; de la penuria con la que hemos tenido que enfrentarnos; de las limitaciones para distribuirla, forzadas por la falta de libertad de expresión y de divulgación del pensamiento propio, en varios países de Nuestra América.

A pesar de los Pérez Jiménez, de los Somozas y de los Trujillos, hemos sobrevivido y sobreviviremos.

Si en el curso de estas palabras citamos a Esquilo, a Séneca y a Octavio Paz, no sé por qué, no podríamos hacer otra paráfrasis, citando al Senador Mr. Hubert H. Humphrey, demócrata por Minesota; el que, según las informaciones periodísticas de esta misma mañana, aseguró haber recibido de Nikita Khruschev esta jubilosa afirmación:

"Hemos sobrevivido a muchos Secretarios de Estado".

También nosotros.

Y es éste el Evangelio ardiente, la doctrina invariable de Jesús Silva Herzog y de CUADERNOS AMERICANOS.

Aventura del Pensamiento

¿QUÍMICA O FILOSOFÍA?

DOS CAMINOS A LA ATARAXIA

A Manuel Martínez Báez

Por *Arturo ALDAMA*

DESDE hace algunos años la industria farmacéutica ha venido ofreciendo ciertos medicamentos, llamados "tranquilizadores", que, como ocurre con frecuencia, además de ser empleados para casos patológicos por prescripción médica, son utilizados indiscriminadamente por muchas personas. En los Estados Unidos el empleo de tales medicamentos ya ha producido gran número de casos de intoxicación; no es esto, sin embargo, lo que constituye el mayor peligro de esas drogas, sino su acción sobre las formas de proceder de importantes sectores de población en ese país y acaso en muchos otros.

Los medicamentos tranquilizadores han obtenido éxito extraordinario a base de una publicidad que ha llevado al ánimo tanto del médico como del público la convicción de que mediante esas drogas puede llegarse al estado de feliz beatitud conocido con el nombre de "ataraxia".

Las casas farmacéuticas emplean muy diversos medios, sumamente ingeniosos algunos, para su publicidad. Las de mayor prestigio blasonan de hacer uso únicamente de lo que llaman "propaganda ética", es decir, la que se dirige de modo exclusivo al médico y es presentada siempre como información científica. No obstante, sin mencionar marcas a menudo difunden popularmente los efectos de los medicamentos que fabrican, con la intención de que el público general consuma esas drogas en abundancia, por automedicación, al suponer que identifica en sí mismo los síntomas descritos en revistas y diarios de gran circulación. Es así como casas sumamente respetables han difundido entre el público de gran parte del mundo productos multivitamínicos, medicamentos contra la tos y los resfriados,

sulfonamidas y antibióticos, excitantes y sedantes de la corteza cerebral para combatir o provocar el sueño, y, más recientemente, los tranquilizadores o atarácticos que ahora nos ocupan.

Estos medicamentos están destinados a combatir la angustia y otros estados anímicos que se hallan dentro del complejo sintomático de algunas neurosis y psicosis, pero también de gran número de reacciones normales y cotidianas del ser humano: la ansiedad, la intranquilidad, la indignación, el temor.

La angustia

DESDE Freud, se ha definido la angustia como una mezcla de temor e incertidumbre que se presenta con manifestaciones somáticas como reacción del *ego* ante una situación, real o imaginaria, de peligro. Freud encontraba el origen de la angustia en la frustración o la descarga incompleta del organismo sexual. Conforme a su concepción inicial, la sexualidad frustrada con frecuencia se convierte fisiológicamente en angustia. Freud separaba entonces completamente la angustia del miedo y la mantenía fuera de los dominios de la técnica psicoanalista. Consideraba al miedo como una reacción contra peligros conocidos, principalmente exteriores, en tanto que la angustia era una reacción exclusiva contra peligros no conocidos, de origen interno. Pero más tarde, en 1923, Freud llegó a la conclusión de que también había angustia frente a peligros conocidos, de carácter interno; este tipo de angustia presenta afinidad con el miedo, no obstante su origen endógeno. Sin embargo, el origen de la angustia primitiva, esencial, quedó sin explicación dentro del sistema original de Freud. Ulteriormente otros autores, y especialmente Rank, encontraron el origen de esa angustia en diversos procesos traumatizantes de la primera infancia, sobre todo el parto, y luego el destete, el miedo a perder a la madre, el miedo a la castración, etc.

Más recientemente, el psicoanálisis cultural ha sostenido que la angustia se produce cuando algo en el interior del individuo amenaza con perturbar su relación con las personas que para él son importantes. Para estos psicoanalistas ya no son tan indomables los instintos congénitos del sexo y de la agresión, que para Freud eran en extremo poderosos.

Además, Freud y los psicoanalistas de la escuela cultural difieren principalmente en su forma de concebir la angustia

secundaria. Según Freud, ésta es únicamente una señal pero no la amenaza de un peligro antiguo, puesto que se mantiene aún el mismo peligro, es decir, la fuerza del instinto. En cambio, para el psicoanálisis cultural, de la propia personalidad proviene el peligro de que se origine la angustia secundaria.

Desde Freud, todos los psicoanalistas aceptan que la hostilidad reprimida es también causa de angustia. Si durante la infancia hacemos frente a un rechazo y sentimos que algo amenaza nuestra seguridad personal, nos vemos obligados a reprimir la ira producto de nuestra frustración, puesto que tampoco se nos tolera esa ira, y entonces principia a germinar una hostilidad peligrosa. Al desarrollarse cada vez más nuestra hostilidad reprimida, nos hacemos más susceptibles a encontrarnos con la hostilidad de otros, con lo cual aumenta nuestra hostilidad, y así sucesivamente.

Otra causa de angustia se encuentra igualmente en las situaciones interpersonales prolongadas; de ellas, la más frecuente y mejor conocida es la de la madre protectora que le niega independencia a su hijo so pretexto de mantenerle su seguridad. La frustración y el resentimiento se producen en el niño y amenazan su seguridad, con lo cual aumentan más aún su resentimiento y su temor. Cuanto mayor sea el temor más grande será la hostilidad y, recíprocamente, al aumentar la hostilidad habrá un incremento del temor.

Las escuelas psicoanalíticas, en términos generales y con variantes poco significativas en sus detalles, consideran que puede producir angustia todo aquello que amenace la relación satisfactoria con nuestro prójimo, lo mismo que cualquier amenaza contra la expresión de nuestras potencialidades. Además, que la angustia secundaria surge frente a factores que se oponen a nuestras aspiraciones, éstas frecuentemente muy superiores aunque a veces difíciles de diferenciar de nuestras potencialidades.

Indican, por otra parte, que el conflicto angustioso puede producirse por la necesidad que tenemos de relacionarnos con el prójimo y de expresar al mismo tiempo nuestra personalidad. De allí resulta que se conviertan en factores de peligro, primero, las exigencias irracionales de la sociedad, que comienzan a experimentarse por actitudes especiales de los padres, y, después, la acumulación de las dificultades internas que derivan del proceso de adaptación a esas exigencias irracionales.

Una serie de contradicciones inherentes al ser humano condicionan también su angustia. En efecto, por su propia calidad humana, el hombre lleva dentro de sí el sentimiento de la inevitabilidad de su muerte futura y siente de igual modo la desesperación angustiosa de desconocer lo que le está reservado para después de la muerte. Esta contradicción aparece en cuanto el hombre tiene conciencia de que existe. Lógicamente tiene que haber sido mayor en el hombre primitivo, rodeado de fuerzas y fenómenos para él inexplicables y por tanto sobrenaturales. Lógicamente tiene que haber ido disminuyendo con el avance de la ciencia y el desarrollo del pensamiento, que ofrece para algunos al menos el consuelo de la trascendencia...

Fromm señala, además, un gran número de contradicciones peculiares del ser humano y productoras de su angustia, pero, muy atinadamente, en precisa síntesis las diferencia en dos tipos: "La distinción entre dicotomías existenciales e históricas es importante porque su confusión tiene implicaciones de trascendencia. Aquellos que han estado interesados en perpetuar las contradicciones históricas han sostenido que se trata de dicotomías existenciales y, por consiguiente, inalterables. Tratan de convencer al hombre de que "lo que no debe ser no puede ser" y que el hombre debe resignarse a aceptar su destino trágico. Pero esta tentativa de confundir estos dos tipos de contradicciones no fue suficiente para que el hombre desistiera de su intento por resolverlas. Es una de las cualidades peculiares de la mente humana el que al enfrentarse con una contradicción no puede permanecer pasiva, movilizándose a fin de resolver la contradicción. Todo progreso humano es debido a este hecho. Si se ha de impedir al hombre que reaccione a su conciencia de contradicción con la acción, debería negarse la existencia misma de estas contradicciones. Armonizar y, por consiguiente, negar las contradicciones es la función de las racionalizaciones en la vida individual y de las ideologías (racionalizaciones socialmente modeladas) en la vida social. Sin embargo, si la mente del hombre pudiera satisfacerse solamente con respuestas racionales, por la verdad, quedarían sin efecto estas ideologías. Pero es también una de sus peculiaridades aceptar como verdad los pensamientos que comparten la mayoría de los miembros de su cultura o que son postulados por autoridades poderosas. Si las ideologías armonizantes están respaldadas por el concenso general o por la autoridad, la mente del hombre es apaciguada

aunque él mismo no quede completamente convencido". (Erich FROMM, *Ética y Psicoanálisis,* Fondo de Cultura Económica, México, 1957, págs. 53 y 54).

En el mundo moderno, a los restos más o menos grandes, según los individuos, de la angustia primitiva, se suma la angustia consciente de la inseguridad que ofrece el mundo actual. Todo ser normal tiene razón y derecho de sentirse angustiado ante la inseguridad de sus ingresos económicos, del porvenir de su familia, del destino de la sociedad y del país en que vive, y, en definitiva, ante la inseguridad de su propia vida en un mundo amenazado constantemente con la aniquilación por la barbarie de las fuerzas nucleares a punto de desencadenarse en cualquier momento.

En otras palabras, la angustia primitiva cambia constantemente su fisonomía. El "salvaje feliz" de Rousseau ha avanzado mucho en el camino del pensamiento lógico y se ha alejado de la magia. Pero en esa marcha ha aumentado su soledad con la pérdida de dioses y héroes escudriñados, analizados y aun psicoanalizados por el raciocinio que ha conseguido demostrar tanto su inexistencia como su inutilidad y sobre todo la inadecuación de tales elementos frente a la realidad actual.

A la ataraxia por la filosofía

OPUESTA a la angustia está la tranquilidad de ánimo, la paz del espíritu, la verdadera ataraxia que constituye en cierto modo ese bienestar físico, mental y social que en el mundo moderno es la expresión con la que se ha querido definir el ideal de la salud. Contra la angustia sólo puede oponerse eficazmente una seguridad, interna y externa, derivada de un orden social justo y progresista, de una distribución económica equitativa, de una paz mundial estable fundada en un nivel de vida humano en todos los países. Utópico e inalcanzable se antoja a muchos ese mundo, aunque su realización ya sería factible en la actualidad mediante el aprovechamiento racional de los recursos y medios tecnológicos existentes.

Sin embargo, mientras continúan vigentes los factores de inseguridad y con ellos la angustia, el hombre necesita elementos para combatir ésta y mantener el equilibrio psicosomático indispensable para conservar satisfactoriamente cuerpo y espíritu, liberado éste de la neurosis y la enajenación.

En su lucha contra la angustia, y asimismo en su anhelo de perfección, el hombre encauzó su pensamiento por los caminos del dogma y la magia, pero también por los de la ciencia y la filosofía. En la explicación sobrenatural trató de encontrar primero el pensamiento humano, el ansiado consuelo para compensar su angustia y creó la magia, que ha querido utilizar para sus fines inmanentes mediante las prácticas de hechicería; creó también las religiones, que ha querido aprovechar para fines trascendentes mediante el ritual y el culto al servicio del dogma.

Por definición, el dogma es eterno, inmutable e imperfectible; y ello no sólo el dogma religioso, procedente de la revelación divina que exponen los teólogos; también el dogma que proviene de la razón exclusivamente, según pretenden los filósofos racionalistas. Pero inherente al hombre y a la naturaleza humana está la imperfección, que naturalmente da origen a la perfectibilidad y proporciona así al ser humano una característica superior a la perfección, que es la imposibilidad absoluta de perfeccionarse. La imperfección —es decir, la perfectibilidad— humana, aunque por sí misma provoca también angustia por el contraste patente que ofrece al hombre cuando advierte en la naturaleza que le rodea una perfección para él inalcanzable, acabó también por llevarlo a buscar soluciones más armónicas con su propio espíritu. Con la evolución del pensamiento, el dogma, por perfecto insatisfactorio y en definitiva inútil, ha ido cediendo ante los elementos de perfectibilidad humana. El hombre creó la ciencia, con la que maneja el mundo externo y que cierra sus límites hasta donde llega la experiencia actual o posible. Y para el mundo interno y personal ha creado la filosofía, con la que investiga los problemas que exceden de los métodos y límites científicos.

Para combatir la angustia, hace 23 siglos dio Epicuro a la humanidad por primera vez una filosofía que señalaba un camino a la ataraxia. La obra de Epicuro, perdida para nosotros en su mayor parte, fue magistralmente expuesta por Lucrecio en el poema *De rerum natura.* Los romanos tenían en muy alta estima a esta obra, como lo demuestra Tácito, entre otros, cuando afirma que en su tiempo no era raro que se diera preferencia a Lucrecio sobre el propio Virgilio.

Ningún sistema ha sufrido tantas deformaciones calumniosas como la filosofía de Epicuro y de Lucrecio. Los partidarios del idealismo han desfigurado a estos héroes del pensamiento

presentándolos entregados sin resistencia a los apetitos sensuales y haciendo de ellos los representantes del egoísmo extremo, desprovistos de todo ideal social. En realidad, tanto Epicuro como Lucrecio se propusieron explicar los fenómenos de la naturaleza (el trueno, las tinieblas, el sueño, etc.) que constituyen el origen de la superstición religiosa, a la que quisieron vencer mediante hipótesis racionales. Aunque en su conciencia persistió la necesidad de tener dioses, eliminaron toda relación directa entre el mundo divino y el humano. Fue este inmenso esfuerzo por el progreso el que dio a la filosofía epicúrea su carácter perdurable.

Epicuro nació, de padres atenienses, en la isla de Samos a principios de febrero del año 341 a. de J.C. En esa fecha Platón tenía seis años de muerto y hacía dos que Aristóteles estaba en la corte de Filipo de Macedonia como tutor del joven Alejandro.

El primer texto que Epicuro colocaba en manos del principiante era el Pequeño Epítome, conocido como una carta dirigida a Herodoto. Consta de unas veinte páginas y ofrece lo que Epicuro llamaba "la imagen condensada del estudio en su totalidad". En él sólo están esbozadas las características principales del sistema; los átomos y sus cualidades; la naturaleza de los atributos, como el color, el alma, la sensación; la evolución de la sociedad y de la cultura; los fenómenos celestes. Al mismo tiempo se destaca el objetivo del estudio, que es la ataraxia, la tranquilidad de espíritu que surge de la fe en la certidumbre del conocimiento. Incidentalmente, por primera vez se reconoce allí a la fe como factor de la felicidad.

Cuando el estudiante había dominado el Pequeño Epítome, pasaba al Gran Epítome. Este segundo libro, aunque escrito antes, servía como ampliación del primero y para nosotros está representado por el poema de Lucrecio, *De rerum natura.*

Todo lo que tenemos de los textos originales de Epicuro está comprendido en sesenta y nueve páginas, aunque se complementa con el poema de Lucrecio. Por el contrario, la literatura secundaria es abundante y hostil en su mayoría: pinta a Epicuro como a un Tersites de la filosofía, un ingrato, un ignorante, un torpe, un renegado de toda cultura, un sensualista y un ateo. Diógenes Laercio, cuya excelente biografía de Epicuro es nuestra principal autoridad, consideraba que "carecían de juicio" los críticos antiguos que dieron origen a esas calumnias. No obstante, nuestros estudiosos modernos prefieren en general sumar-

se al montón y, con ligereza desenfadada e ignorante frente a los textos originales, califican a Epicuro de quietista, amigo de la anarquía, pensador incoherente, inválido moral y hedonista egoísta, enriqueciendo el vocabulario de los denuestos con el arsenal de la filosofía moderna.

En realidad, Epicuro fue, por encima de todo, un partidario acérrimo de aumentar la felicidad humana. Esta circunstancia lo llevó a hacer una interpretación pragmática de la analogía entre la filosofía y la medicina. Señaló que *para curar las enfermedades del alma era útil la filosofía,* por lo que no había necesidad de mezclar ésta con la política. Por otra parte, si todos los seres humanos necesitaban tanto la salud del alma como la salud corporal, entonces la filosofía curativa debía constituir un sistema de utilidad universal y como tal ofrecerse a toda la humanidad. Resolvió, por tanto, "proclamar el tipo de oráculo que fuese a beneficiar a todos los hombres, aunque no hubiese un alma que lo entendiera".

Igual origen tuvo el impulso que despertó su celo misionero: "Donde hay amor por la humanidad hay amor por la curación". Cierto es que las instituciones griegas habían propugnado desde tiempo atrás el poder del amor y de la amistad, pero Epicuro fue el primero que extendió el amor fraternal a toda la humanidad y lo exaltó como el motivo impulsor para revelar a los hombres el camino de la felicidad.

Era propio del epicureísmo un tranquilo espíritu de cruzada que rápidamente se extendió por el mundo contemporáneo y le dio una persistencia no igualada por los credos rivales: floreció durante casi siete siglos. Apenas dos duró la boga del estoicismo como credo militante.

El sentimiento de solidaridad humana, por sí solo el más poderoso en el desarrollo de la moderna teoría social, es epicúreo tanto como menandriano: "Homo sum: humani nihil a me alienum puto". Por esto es asombroso encontrar a Epicuro clasificado fríamente en los tiempos modernos como "hedonista egoísta"; acaso este juicio tenga su origen en la probidad absoluta de Epicuro. Por esa probidad no se abstuvo de elegir el sospechoso nombre de placer para designar la finalidad de la vida. El nombre mismo de placer acumula rápidamente una carga semántica de reprobación, como lo expresó muy bien Cicerón cuando declaró que nadie osaba proclamar el credo epicúreo "en el Senado, en el foro ni en el campamento". Tanto en el arte

antiguo como en el medieval, se representó a Epicuro como un tipo de sensualista, equiparado en ocasiones a Sardanápalo. En el Infierno de Dante se colocó una sección especial con un castigo singular para los hombres de su credo. En el siglo XVII sus doctrinas experimentaron un renacimiento tardío en Francia y pasaron a Inglaterra durante la Restauración para disfrutar de boga intensa pero efímera y caer luego en el anonimato, condenadas por los puritanos. En el siglo XIX los círculos doctos renovaron el estudio de la filosofía griega pero la limitaron demasiado exclusivamente a Platón y Aristóteles, en tanto que el epicureísmo apenas si mereció una mención renuente sujeta a la censura derivada de los prejuicios antiguos. Más aún, cuando se hizo una distinción entre hedonismo egoísta y hedonismo universalista, fue demasiado tentador el impulso de clasificar al epicureísmo en el primer grupo. Por ello es que en nuestros días el epicureísmo no alcanza generalmente más que una ligera mención a la que sigue el calificativo de "hedonismo egoísta" que se atribuye a esta doctrina.

Sin embargo, una breve reflexión basta para rechazar el injusto cargo puritano: cuando un filósofo escoge el papel de misionero y emprende una campaña "para mostrar al mundo los grandes beneficios de la vida feliz", puede seguir siendo un hedonista, pero deja de ser un egoísta. Para describirlo correctamente hay que considerarlo como un hedonista altruísta, lo que no expresa una contradicción de términos sino un hedonismo de tipo superior.

Muy poco es lo que se sabe acerca de Tito Lucrecio Caro. Probablemente nació poco después del año 100 a. de J.C., en vísperas de la sangrienta guerra civil entre el aristócrata Sila y el líder popular Mario. Tal vez ya había muerto Lucrecio cuando se dio a conocer su poema, aproximadamente en el año 55 a. de J.C., durante el intranquilo período de paz que precedió al recrudecimiento de la guerra civil entre Pompeyo y César. Tennyson ha inmortalizado el relato tradicional que describe a Lucrecio suicidándose después de haber enloquecido por un filtro amoroso. Es sumamente dudoso que exista siquiera un ápice de verdad en dicho relato. Cierto es que hay omisiones y cabos sueltos en el poema, especialmente en sus partes finales, que indican que el autor no tuvo tiempo de terminar la labor de revisión. Pero difícilmente puede aceptarse la afirmación, expuesta por el biógrafo Jerónimo, de que esta obra maestra

de coherencia lógica fue creada por un demente en sus intervalos lúcidos. La lectura del poema *De Rerum Natura* despierta ahora la misma admiración que provocó a su primer crítico, Cicerón, expresada en una carta a su hermano Quinto: "Los poemas de Lucrecio muestran muchos destellos de genio, pero además mucho arte".

Conviene recordar que Lucrecio realizó una labor por demás ardua y complicada: exponer todo un sistema filosófico en un idioma carente aún de vocabulario filosófico y, más aún, exponerlo en versos hexámetros.

A lo largo de su poema, en diversas ocasiones, Lucrecio señala caminos a la ataraxia epicúrea. Pero su actitud general resulta para nosotros insatisfactoria: se lanza indignado contra las instituciones romanas, especialmente contra la religión, y al mismo tiempo recomienda alejarse de la vida social. Examinemos algunos de sus juicios relativos a la sociedad y a la conducta del hombre.

Lucrecio estigmatizó la crueldad y la infamia de los poderosos, "el amor a las riquezas, el ciego deseo de honores" que llevan a los hombres al crimen. En una sociedad eminentemente esclavista, los epicúreos se negaban —lo mismo que los estoicos— a aceptar la esclavitud como una ley de la naturaleza. Aunque fuese evidente que el estado de servidumbre a menudo era el resultado de una pobreza inmerecida o de la captura por piratas o de la derrota en el campo de batalla, los griegos habían sostenido que la distinción entre el hombre libre y el esclavo era no un hecho artificial, convencional y accidental, sino una ley de la naturaleza. Así lo afirmó Platón y lo reiteró Aristóteles en la famosa definición del esclavo como máquina sin alma: "El esclavo es un útil viviente, como el utensilio es un esclavo muerto".

La historia oficial de la literatura y de la filosofía ha difundido la idea de que Lucrecio rechazaba la actividad social y la lucha política, pero tal juicio es demasiado absoluto. Se sabe bien que Lucrecio aconsejaba la abstención de los asuntos públicos para preservar la calma del espíritu; pero, al lado de esto, ¿cómo interpretar sus ataques contra la principal defensa espiritual de la sociedad romana, la religión? La religión en Roma era una institución del Estado; toda la vida pública estaba sometida a las fórmulas y a las ceremonias del culto; todo fenómeno natural y todo acontecimiento social estaban ligados

a los dioses. Por eso es que la ofensiva antirreligiosa de Lucrecio, ataque contra la muralla moral de la aristocracia, no puede considerarse de otra manera que como una ofensiva política.

Tengamos en cuenta la opinión juiciosa del buen ciudadano romano en tiempos de Lucrecio. Contamos para ello con el testimonio de Polibio: lleno de admiración ante los métodos romanos, este historiador sostiene que la superioridad de Roma proviene de que se ha logrado inculcar a su pueblo los dos errores combatidos por el epicureísmo: el temor a los dioses y la creencia en la vida de ultratumba. Afirma que el escrúpulo religioso, introducido en todos los dominios de la vida privada y pública de los romanos, "en proporción insuperable", es el que "sostiene al Estado Romano":

"Si fuera posible constituir un estado únicamente con sabios, tal vez no habría sido necesario recurrir a este expediente; pero teniendo en cuenta la ligereza, la codicia desenfrenada, la cólera insensata y las pasiones violentas de las masas, no queda otro recurso que contenerlas mediante los terrores de lo invisible u otras ficciones del mismo género. Por eso es que los hombres de otros tiempos, con toda razón, y persiguiendo objetivos bien precisos, han inculcado a las masas esas creencias relativas a los dioses y a los castigos del más allá". Y concluye diciendo que sus contemporáneos cometerían un grave error si tratasen de disipar ilusiones tan útiles. (Polibio, Libro VI.)

El talentoso Cicerón no temía que los miembros de las clases dirigentes se adhiriesen al epicureísmo; entre sus amigos había una decena de epicúreos. Pero temía la difusión del epicureísmo en los estratos inferiores de la sociedad, donde se divulgaban escritos que él simulaba despreciar a causa de su estilo popular, pero que conmovían a toda la península itálica. Sin embargo, en la Roma de Lucrecio no existía una oposición organizada contra el epicureísmo; la verdadera oposición procedía principalmente del esnobismo cultural y social de los aristócratas, floreciente entonces como ahora. Fue ese esnobismo el que hizo declarar a Cicerón que "prefería concordar con Platón y estar equivocado que concordar con Epicuro y tener la razón"; esta actitud era sumamente difundida: imposible colocar al hijo de un oscuro profesor isleño a la altura de Platón, cuyo linaje se remontaba hasta la familia de Solón.

A la clase dirigente de Roma estaban íntimamente ligados

los estoicos desde la mitad del siglo II a. de J.C., y mediante sus doctrinas habían acostumbrado a los políticos a considerar la religión dividida en tres partes: una política, otra mística y la última natural. Unos cien años más tarde, hacia el tiempo en que la muerte interrumpió la obra de Lucrecio, la influencia estoica, que había fecundado por un largo período el pensamiento romano, producía una obra muy rica: los dieciséis últimos libros de "Antigüedades" de Varrón, que dieron a los romanos el conocimiento de su pasado religioso y del papel útil de lo que Platón llamaba "la noble mentira". En esos mismos años Cicerón escribía *La República,* iniciada en 53, y *Las Leyes,* comenzadas dos años después. Estas dos obras, provistas de títulos platónicos y largamente inspiradas en Platón, exponen francamente la técnica del control del Estado por medio de la religión: la vida pública y privada debe estar envuelta en una red de ceremonias religiosas; el sacerdocio debe estar en manos de la aristocracia; el pueblo, mantenido en la ignorancia del ritual necesario para las ceremonias públicas y privadas, tiene que pedir instrucciones a los sacerdotes. Cicerón indica claramente la razón de este sistema: el Estado se mantiene con la autoridad de la aristocracia merced a la necesidad constante que el pueblo tiene de consejos.

Lo anterior explica por qué Cicerón, después de haber comentado con entusiasmo los méritos del poema de Lucrecio en una carta del año 54 a su hermano Quinto, se negó varios años después a admitir en público que conocía dicha obra. La intención de los dos grandes escritores es diametralmente opuesta: con una sinceridad candente, empleando un tono profético, Lucrecio denuncia las ideas que Cicerón juzga oportuno sostener.

La filosofía epicúrea implicaba una propaganda activa orientada directamente contra el aspecto preciso de la religión que el Estado consideraba que debía estimular. Todos sus esfuerzos tendían a destruir la creencia en los dioses del Estado y en la función política esencial que les correspondía. Y esto ocurría en Roma, donde el creador más grande de supersticiones era el gobierno mismo. Puede concluirse por ello que la lucha de Lucrecio contra la religión constituye indudablemente una acción de carácter político y de interés actualizado. No se limita a repetir a Epicuro. Lo mismo puede decirse de su lucha contra la ignorancia y por la educación de los ciudadanos, de

su empeñosa voluntad de convertir el pueblo entero al conocimiento científico.

Puede afirmarse también que Lucrecio no adoptaba una actitud pasiva respecto a la vida social. En el seno de la sociedad romana en crisis, no fue el testigo resignado de la difusión de las peores concepciones místicas, de la astrología, de la demonología, etc. No permaneció indiferente cuando vio imponerse en filosofía el eclecticismo (fundado sobre el idealismo platónico, con la afirmación de la inmortalidad del alma). No pretendió ser el único poseedor de la última palabra de la ciencia antigua. Con razón indica Blanchet en su *Etude sur Lucréce:* "La especulación científica era para él casi un combate. Para asegurar el triunfo de la verdad y disipar los prejuicios que lo retardan, no temió ni las molestias de la discusión ni los peligros de la temeridad filosófica".

El propio Epicuro conoció el goce íntimo y verdadero que obtiene el investigador y lo expresó muy vívidamente: "En todas las demás actividades el goce llega después de laboriosa consumación, pero en la filosofía el placer va aumentando junto con la comprensión, porque el goce no se alcanza después de aprender sino que aprendizaje y goce son simultáneos". Lucrecio fue un buen epicúreo gracias sobre todo a la amplitud de sus lecturas. En menor proporción, uno de los Asclepíades, médico epicúreo contemporáneo de él en Roma, dejó profunda huella en la teoría y la práctica de la medicina.

Como alma de su filosofía y base de su conducta, los epicúreos preconizan una sabia moderación, un arte de la felicidad mediante el disfrutar razonable ("eudemonismo"). Distinguen tres clases de deseos: unos son naturales y necesarios, como el deseo de comer; otros son naturales, pero no necesarios, como el deseo de amar; los terceros no son ni naturales ni necesarios, por ejemplo la ambición del poder y de la riqueza. La satisfacción de los deseos elementales es fácil ("Mi cuerpo, decía Epicuro, se satura de placer cuando tengo pan y agua"); por eso el bienestar es accesible a todos. No conviene satisfacer a toda costa los deseos del segundo género. Los del tercero no deben tomarse en consideración en ningún caso.

Se trata, en suma, de limitar los deseos y, por una disciplina prudente, lograr la felicidad mediante una serie de abstencio-

nes, un adormecimiento de los sufrimientos y de las pasiones. La sabiduría está en la serenidad, en la ausencia de pena y de molestias, es decir, en la "ataraxia".

La moral de Lucrecio presenta en suma un doble carácter. Por una parte ofrece rasgos positivos: la tendencia antimística, la lucidez científica del sistema, la difusión novedosa de ideas básicas: que una de las condiciones del bienestar es la paz del alma obtenida por la victoria sobre la superstición religiosa; que la ciencia emancipa; que la independencia de espíritu debe asegurarse en primer lugar; que la moral verdadera es ajena y opuesta a todo misticismo; igualmente, la exaltación de la amistad, de la bondad y de la filantropía, así como de los demás rasgos que imparten un aire de cordialidad humana y de benevolencia a la doctrina. A este respecto debe recordarse que la "amistad" epicúrea tenía seguramente un sentido oculto, relacionado con las sociedades políticas secretas. El Jardín de Epicuro fue un centro no sólo filosófico sino político; fue un foco de la lucha de los patriotas griegos por la independencia. Epicuro proclamó la liberación de los esclavos (violando la paz de Corinto), se pronunció por la igualdad de las mujeres con los hombres y dio a toda su actividad un carácter de conspiración.

Por otra parte, la moral epicúrea ofrece gran número de aspectos negativos. Hay algo de estrecho y desesperado en esa misma búsqueda de la armonía y de la serenidad *personales* ante todo, en la primacía acordada a la salud y al equilibrio interiores. El ideal de vida es esencialmente individualista y contemplativo. En el Libro II, versos 17 a 33, escribe Lucrecio:

"¿No oyes lo que grita la naturaleza? ¿Reclama otra cosa que la ausencia de dolor para el cuerpo y un sentimiento de bienestar, sin inquietudes y sin temores, para el espíritu?

"Así para la substancia corporal vemos que se necesita bien poca cosa: todo lo que puede suprimir el dolor es capaz de procurarle también muchos goces. En cuanto a la naturaleza, no reclama nada más agradable: si en nuestros hogares no hay estatuas doradas de jóvenes que sostienen en las manos antorchas para iluminar las orgías nocturnas; si nuestra casa no brilla cubierta de plata ni es un ascua de oro; si las cítaras no hacen resonar los salones artesonados y lujosos, nos basta con el placer de estar tendidos entre nuestros amigos sobre un suave césped, cerca de un arroyo, bajo las ramas de un gran árbol y sentir la satisfacción de restaurarnos con un poco de frescor, más aún

cuando el tiempo sonríe y la estación salpica de flores las hierbas verdeantes".

En las condiciones en que se desarrollaba la vida política de Roma, sacudida por violentos factores sociales, el poeta protestaba indignado contra los vicios de los poderosos y exhortaba a su lector a abandonar la vida social, a refugiarse en la naturaleza, a buscar la calma de la aldea. Persuadido de que la tierra envejece, que es como una madre agotada, este ideólogo impregnado a pesar suyo de las opiniones de una sociedad esclavista decadente cesa en ocasiones de creer en un porvenir mejor y en los progresos de la especie humana, y ésta es una de las grandes debilidades de su concepción moral.

El poema *De Rerum Natura* comienza con un himno apasionado a la vida y termina con la descripción desesperada de la peste en Atenas. Estos dos temas se alternan en el sistema filosófico de Lucrecio y el autor vacila frecuentemente entre uno y otro. Sin embargo, al parecer domina la nota optimista. Se oscurece la doctrina de la decadencia gradual del mundo, las más de las veces frente a la afirmación del progreso. La filosofía de Lucrecio ha perdurado esencialmente como un himno a la vida, a la eterna evolución de la naturaleza, a su impulso ascendente.

LA "ataraxia" desapareció como expresión de un objetivo en la forma que lo expresaron los epicúreos, pero su significado persistió dentro de la mayor parte de los sistemas filosóficos materialistas, en una forma o en otra, durante casi todo el curso de la historia. John Locke revivió la doctrina epicúrea sin mencionar el nombre de su autor; Thomas Jefferson, en cambio, epicúreo declarado, fue su defensor, y por esto no es extraño que en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos figuren como objetivos del gobierno términos y conceptos netamente epicúreos: Seguridad, Felicidad, Libertad.

A la ataraxia por la química

VEINTITRÉS siglos después de Epicuro se ha vuelto a proponer la "ataraxia", no ya como objetivo filosófico sino como finalidad terapéutica. Para alcanzar esta finalidad se están empleando algunas substancias (especialmente la clorpromazina

y la reserpina) llamadas comúnmente drogas "tranquilizadoras" o ataráctícas. Estos preparados se administran a personas de todas las edades para tratar no sólo una amplia variedad de trastornos psiquiátricos sino también muchas otras afecciones, entre ellas algunas formas de hipertensión arterial. Pero además, los ataráctícos están adquiriendo popularidad cada vez mayor como sedantes utilizados en gran número de casos sin previo examen ni prescripción médica.

En su monografía *(Facts Needed to Assess Public Health and Social Problems in the Widespread Use of the Tranquilizing Drugs,* Public Health Monograph Nº 41, editada por U.S. Public Health Service), dice Morton Kramer lo siguiente: "Nadie podrá negar que estas drogas constituyen una fuerza capaz posiblemente de hacer mucho bien y de iniciar una nueva era en la psiquiatría. Pero, fundándonos en los hechos registrados en la literatura médica actual, debemos también tener presente que: a) faltan datos obtenidos de estudios bien controlados que nos permitan evaluar la importancia de muchos de los resultados consignados; b) algunos de los hechos comunicados respecto a complicaciones indican que estas drogas son una causa potencial de peligro; y c) faltan estudios de control ulterior bien planeados que permitan la evaluación de muchos problemas sociales y de salud pública que acaso se hayan planteado. Lo menos que puede decirse es que el uso extendido de estas drogas y la publicidad que se hace respecto a sus virtudes está aumentando mucho la confusión de una situación ya sumamente confusa". Recuerda Kramer también la gran diversidad de efectos tóxicos bien conocidos que producen los tranquilizadores en el hombre: la clorpromazina origina hipotensión, dermatitis, parkinsonismo, ictericia, agranulocitosis, etc. La reserpina es causa de síntomas parkinsonianos, reacciones depresivas (que han llegado a conducir al suicidio en algunos casos), confusión mental, pérdida del apetito, estupor, escalofríos, temblores, congestión nasal y diarrea. "Dos de los efectos secundarios importantes son la producción de síntomas parkinsonianos en los psicóticos y la aparición de reacciones depresivas graves en enfermos en los que se ha empleado la droga como agente antihipertensor y en quienes el objetivo primordial de tratamiento no era un desórden mental". (Kramer, *op. cit.)*

Los medicamentos ataráctícos reducen la actividad motriz, moderan las manifestaciones anormales de conducta, la tensión

emocional y la ansiedad sin producir sueño. Se dice que su acción tranquilizadora es útil en el tratamiento de enfermos psicóticos porque mejora su conducta sin impedirles continuar con la psicoterapia, la ergoterapia, la recreación y otros medios terapéuticos. También se afirma que mediante los tranquilizadores puede hacerse susceptibles a la psicoterapia a enfermos que antes eran totalmente inabordables. Hay muchos ejemplos de las grandes diferencias que presentan los frenocomios desde la introducción de estas drogas, con las que se ha logrado reducir notablemente y aun eliminar no sólo la excitación motriz de los enfermos sino también la necesidad de confinarlos y sujetarlos. Asimismo, con el empleo de los atarácticos ha disminuido el de la electroterapia convulsiva, el *shock* insulínico y la lobotomía.

En suma: la inmensa mayoría de los psiquiatras ha encontrado en los atarácticos una nueva arma terapéutica, poderosa y de indiscutible utilidad *para los psicóticos, para los enfermos mentales propiamente dichos.* Pero entre los mismos psiquiatras la opinión sensata está contra el empleo en gran escala, difundido sin discernimiento entre el público general, de esas mismas drogas.

Es perfectamente legítimo emplear todos los medios para reducir la angustia patológica del demente, para calmar al maníaco y hacerlo accesible a formas eficaces de tratamiento y, sobre todo, al arma suprema del psiquiatra: la palabra. Los atarácticos —como todos los medicamentos— tienen indicaciones precisas en casos de enfermedad. Pero los atarácticos —también como todos los medicamentos— no tienen indicación alguna en casos no patológicos.

El uso de atarácticos por personas normales —"normales" de acuerdo con los patrones tácita o expresamente establecidos, por supuesto— es un disparate más dentro de la conducta disparatada del hombre moderno. Dentro de esa conducta que lo está alejando precisamente de la normalidad. Porque, cuando no padece enfermedad alguna, el individuo que regula su vida y sus actividades a base de pastillas se aparta por eso mismo de las normas del vivir humano.

Todos conocemos personas que toman drogas para dormir o para permanecer despiertas; para tener apetito o para no tenerlo; para retardar su metabolismo (y engordar) o para acelerarlo (y adelgazar); y, actualmente, en abundancia, para "cal-

mar los nervios", para sentir euforia o para llegar a la ataraxia. Generalmente son esas mismas personas las que igualmente ingieren pastillas "con muchas vitaminas y minerales" a fin de suplir deficiencias, reales o imaginarias, de su alimentación.

Muchos factores contribuyen a la formación —o más bien a la deformación— de esa personalidad del consumidor de tabletas. Este sujeto, en síntesis, es víctima y sostén de diversos mecanismos negativos de algunas empresas industriales. Dominado por la publicidad, es llevado a seguir un régimen alimentario desequilibrado y nocivo para su salud por la ingestión de productos desprovistos de algunos factores nutritivos. Después, esa misma publicidad lo induce a comprar, y a pagar a precio de oro, una parte de esos factores perdidos en la elaboración de sus alimentos, y que ahora le presentan los laboratorios en forma de tabletas envueltas en celofán.

Esto, por lo que hace al soma del sujeto. En cuanto a su psique, la situación es más trágica aún. Los llamados medios de comunicación en masa, empleados casi exclusivamente para la propaganda de bebidas, tabaco, brassiéres y aparatos eléctricos y mecánicos, constituyen los recursos de mayor eficacia que ha conocido la humanidad para lograr el embrutecimiento y el desequilibrio colectivos. La radio, el cine, la televisión y las publicaciones populares difunden constante, pertinazmente, los máximos engendros del mal gusto y de la chabacanería.

El consumidor habitual de tabletas (atarácticas o no) es también consumidor habitual de oscuros refrescos de sabor repulsivo a paladares no degenerados; de discos con innobles e idiotas canciones; de bebidas alcohólicas destiladas más o menos dudosas; de leches condensadas, caras y malas; de "paquines" y revistas *pochas*. Es, igualmente, asiduo, embobado espectador de los repugnantes endriagos del cine nacional y de algunos extranjeros, principalmente el estadunidense; y, por supuesto, espectador de las horrendas, lamentables producciones que le ofrece el monopolio mexicano de la televisión.

Que estos medios masivos de imbecilización hayan contribuido a darnos un indiscutido e indiscutible primer lugar en el mundo como autores de homicidios no es sino natural. Lo extraño es que todavía no alcancemos lugares similares en otras manifestaciones del desequilibrio y la debilidad mentales.

El mundo actual desequilibra al hombre-masa y le provoca angustia. La religión como ataráctico es sólo suficiente para espíritus culturalmente demasiado deformados o estructuralmente demasiado elementales; además, por sí misma es también con frecuencia factor productor de angustia. La industria, ávida de mercados, ofrece al público unas tabletas tranquilizadoras para alcanzar el anhelado equilibrio espiritual. No es ésa, a mi juicio, la solución.

Muy lejos estamos de los tiempos de Epicuro y ¿es eso, unas tabletas, la expresión del progreso de la humanidad en 23 siglos de lucha por la ataraxia? Puede un ser humano sentirse satisfecho de orientar y equilibrar su vida con productos farmacéuticos? ¿No es esto un índice del fracaso total de un modo de vida, de una ética, de una filosofía —o de una falta de filosofía—, de una organización social, en suma?

La indiferencia química provocada por las drogas atarácticas no es selectiva. De ahí el peligro de que su uso extendido sirva para provocar un desinterés público hacia los grandes problemas que interesan o deben interesar a la humanidad: la guerra o la paz, la discriminación racial, las luchas políticas, sociales o económicas. La ataraxia filosófica, epicúrea, intentó llegar a la indiferencia frente a las elementales mezquindades de satisfacción material inmediata. Fomentó la frugalidad, la vida sencilla. Pero no pretendió atrofiar los sentimientos de protesta frente a los grandes problemas de la humanidad.

Actualmente resulta incompleta y defectuosa la filosofía epicúrea para orientar al hombre moderno. He tratado de presentar una síntesis de ella solamente para hacerla recordar y subrayar la antigüedad de la solución filosófica ofrecida al hombre como camino hacia la ataraxia. Creo que debe conocerse y difundirse el epicureísmo para encontrar en él una de las fuentes de una sana filosofía materialista apoyada en las ciencias, especialmente en las biológicas y en las sociales: un neoepicureísmo a la altura del hombre moderno y que salve a éste del desequibrio y la angustia.

EN EL LABERINTO DE ESPAÑA

Por *Florentino M. TORNER*

La lectura, reciente aún, de *The Spanish Labyrinth,* del escritor inglés Gerald Brenan, suscitó en mi ánimo, como suscitará en el de cualquier lector español medianamente despierto, toda la multitud de cuestiones y de angustias que desde hace mucho tiempo constituyen el fondo de nuestras reflexiones. Brenan vivió en España durante muchos años. La prolongada estancia en un pueblecito andaluz de las Alpujarras le permitió entrar en relación muy directa con la vida de sus vecinos. Al mismo tiempo, fue lector muy activo de historia y de literatura españolas. Ambas cosas se aunaron para hacer de él un conocedor profundo de la realidad española y le capacitaron muy bien para recorrer e interpretar el laberinto español en sus interioridades más sinuosas con una penetrante comprensión que no es rara sólo entre los escritores extranjeros que se ocupan de España, sino también entre los españoles más asiduamente ocupados en los problemas de su tierra. Consecuencia de esa provechosa lectura son las notas, rápidas y breves, que siguen.

Si en la vida de un pueblo hay algo efímero y variable, son las denominadas "situaciones políticas". Derecha e izquierda, acción y reacción, progreso y retroceso se suceden en la dirección de las naciones con rapidez quizás abrumadora y muy capaz de burlar toda previsión. Y esa danza siempre abierta hunde y levanta al mismo tiempo entusiasmos y adhesiones, ya que hacia todos los puntos de las brújula se orientan las varias y contradictorias voluntades de los hombres. Pero se me figura que hay en cada pueblo calidades substanciales, peculiaridades características que condicionan sus posturas transitorias y su conducta cotidiana e imprimen en ellas un sello y un matiz diferenciales, es decir, un estilo. Y al lado de esas virtudes y fuerzas actuantes señálanse ausencias que poderosamente contribuyen también a caracterizar el ser de una colectividad, como inevitables condi-

ciones de su comportamiento. De esta suerte, la historia de un pueblo, el itinerario que recorre en su milenaria caminata por los campos del tiempo, es consecuencia tanto de lo que ese pueblo *es* como de lo que *no es*, porque no existe conducta que no aparezca integrada y definida por acciones y omisiones. Unas y otras son parejamente fundamentales en cuanto elementos de juicio. En las siguientes líneas he intentado averiguar, siquiera provisionalmente, cuáles son las presencias y cuáles las ausencias por cuya operación en el psiquismo español podría explicarse la conducta histórica de ese pueblo, a causa de la cual ha venido a yacer en un estado que definimos con la palabra "decadencia".

En sentido amplio es política, pues, la intención de este ensayo de ensayo, puesto que trata de inquirir los medios por cuya virtud pudiera ser robustecida y rectificada la vida colectiva de la gente española, es decir, su vida en cuanto corporación nacional, asistida y orientada por un Estado. Pues únicamente el Estado posee —o debe al menos poseer— aptitudes y recursos para canalizar la acción de la comunidad hacia fines previstos y para conseguir que el hábito adquirido logre la relativa estabilidad de una segunda naturaleza. Todo gran estadista es un educador de su pueblo, y en sus manos es el Estado la gigantesca y flexible institución que con sistemática persistencia educa a la totalidad nacional, o la ineduca y corrompe. Porque el enorme problema de España consiste, a lo que entiendo, en descubrir un modo de existencia en que se armonicen y equilibren la básica entereza espiritual del pueblo y la eficacia práctica que es precisa para vivir sin desdoro en el mundo de nuestros días. Lamentaba Unamuno la "voluntad" española, y es palmario que a un pueblo cuya voluntad anda hoy tan extremadamente deprimida no se le puede estimular con el peso de un régimen torpemente autoritario y estúpidamente negativo. Un déspota es el empresario de una turba en quien se ha extirpado el espíritu, o el verdugo de un pueblo contra quien se intenta el monstruoso crimen.

Es el hombre, en verdad, una criatura extravagante y pintoresca. Todos los seres vivos, impulsados por un instinto certero, huyen del dolor como de su más grande y dañoso enemigo. El hombre es el único que ha dado con el modo de convertir en placeres sus propios dolores, o —digámoslo mejor— de divertirse con el sufrimiento, en tal manera que cuando éste no acude con espontánea solicitud, él se dedica a fabricarlo ya para

uso personal, ya para el uso general de sus prójimos. Por eso, al lado de dolores auténticos, hemos conocido infinitas falsificaciones. El hombre sano, que para algunos viene a ser lo mismo que el hombre tonto, rehuye el dolor, igual que los animales inocentes. Mas ocurre que en determinados momentos, acometido de malignas fiebres el espíritu, o fatigado de un pasable vivir, experimenta una extraña satisfacción en buscarlo, arrebujándose con delicia en un aire de desolación y tristeza, en un ambiente de oscura desesperación, donde acaba por encontrarse como la trucha en el río; y no digo, ensanchando los términos, como el pez en el agua, porque alguien podría argüir que también el agua de la mar, como la vida, es densa y amarga.

En tales momentos abandona el hombre la alegre luz del día y busca motivos de inspiración en los espectáculos tenebrosos y macabros. Como los espectros legendarios, sale a medianoche para gozar la muda compañía de los muertos entre suspiros de ciprés y lejanos aullidos de perros a la Luna. Así surgieron al mundo literario las noches lúgubres. No es en ellas la nocturna tiniebla lo más negro, sino las ideas y los afectos que por inevitable modo aquélla hace surgir en las almas asombradas. Ya no basta con reconocer que el hombre es un aprendiz y que su maestro es el dolor, según dijo Musset; paso a paso se llega a convertir el dolor en el aliciente de la vida.

Hubo un tiempo en que la satisfacción de vivir era una pura vergüenza, algo como la inequívoca marca de la perfecta vulgaridad. En plena juventud se padecía, o se afectaba, prematura vejez espiritual, desencanto precoz de todo. "De pura pena envejecí temprano", cantaba la infeliz Miñón. Así fue el temperamento romántico. Aun en la orgía, ¿cómo habría de divertirse un alma desolada si en el fondo de la copa no hallase las consabidas heces? El hombre vulgar bebe vino sencillamente porque le agradan el vino y sus espíritus amenos. El romántico lo bebía para amargarse la boca con las heces. Mas las noches lúgubres y la desesperación romántica pasaron, y el hombre volvió a encontrar —sin hacerse cuentas demasiado galanas, pues la prudencia es consejera de pies de plomo— cierta satisfacción en el vivir. Un impulso vital lo conduce hacia los aspectos positivos de la existencia, cuyo goce le urge precisamente porque son fugaces. ¿A qué viene el empeño de empobrecernos negando nuestra sensibilidad a la mitad más gustosa de la vida? Como si el pobre ser que somos tuviera a su disposición mil

tesoros, ¿habrá de desdeñar los más valiosos que la vida le ofrece? Y cuando en todas partes se ha consumado la rectificación, aparece un tipo de español que pone su prurito en cerrar el alma a las facetas claras y placientes y se entrega al goce vicioso de pintar de negro denso y mate su mundo. Así surgió a la literatura y al arte, como antes las noches lúgubres, la España negra. Pero ha de entenderse que esa España no es una creación *ex nihilo* de mentes tenebrosas. Lo que éstas hicieron fue acentuar como nota única lo que no es sino una de tantas notas, aunque muy destacada desde luego, en el concierto tantas veces discorde de la vida española.

Los máximos artistas españoles han mirado siempre con entrañable adhesión la realidad ambiente y se han complacido en llevarla sin claudicaciones al libro y al lienzo. Pero supieron verla toda y sentirla en su integridad innumerable. En Fernando de Rojas y en Cervantes, en Velázquez y en Goya, la realidad española vive con singular riqueza de matices. La naturaleza y el hombre aparecen allí con ceños y sonrisas, con torvas crudezas y deleitosas suavidades. Es un arte anchamente humano, porque es un arte sin parcialidad. Mientras en otros lugares del planeta el arte ha seleccionado y escogido, en España la realidad entera, grata e ingrata, fue acogida en su orbe. Sin duda abundan en ese arte las zonas sombrías; mas sobre ellas vuelan incesantemente o un vigor de espíritu que las supera o un humor acre que las humaniza al descargarlas de rencor y amargura. No se descubre en aquellos maestros la intención de levantar al plano de lo esencial los rasgos que definieron después la España negra. Esa intención comenzó a manifestarse inequívoca a fines del siglo pasado y alcanzó la pleamar en torno de la generación del 98, en algunos de cuyos hombres la literatura y el arte toman cierto cariz etnográfico y sociológico y se transforman en bisturís que buscan el tumor para sajarlo.

A partir de ese momento, varias actitudes se hacen ostensibles ante la realidad española. Hay quienes no se satisfacen con la apariencia pintoresca, sino que interrogan en lo profundo y quieren ver el gran problema español en toda su integridad. Unamuno, y después Ortega y Gasset, tan radicalmente diferentes en todo, se parecen, sin embargo, en haber intentado una visión inclusiva, totalitaria, de la vida española. Ellos han hecho la crítica más honda y acerada de cuanto en España es limitación y déficit; pero en ninguna de sus obras asoma la

estampa macabra de la España negra, tendida de bruces en la muerte bajo un cielo de borrasca. Castilla, por ejemplo, no deprime a Unamuno, antes lo exalta y estimula: "Tú me levantas, tierra de Castilla, — en la rugosa palma de tu mano", dice en unos versos muy conocidos. Y Ortega y Gasset, ¿no habla de la *delicia* de andar por los humildes caminos de aquellos campos peraltados? La aspereza, la mísera desnudez de la tierra, la pobreza en que viven sumidas extensas comarcas castellanas, le impresionan con agrio vigor. No obstante, su visión del paisaje, clara y transparente, rebrilla en delicadas irisaciones. "No es verde, sin duda; pero es, en cambio, un panorama de coral y de oro, de violeta y de plata cristalina". Y en vez de sentirse convocado a la danza de la muerte, experimenta ante él un sobrecrecimiento de vitalidad: "Aquí, los campos rojos y áuretos ponen los pulsos al galope". El panorama de Castilla es una punzante incitación a dispararse en acciones extremas. Ni hallamos tampoco lúgubres tintas en Azorín, que ha escuchado con oído sutil las voces de las tierras y de los hombres —ese coro interminable en que el mundo canta en los pueblos diminutos, remansados, recogidos, donde el ritmo de la vida se desarrolla como al margen del tiempo. Sentimos en ocasiones cierta pesadumbre silenciosa; mas por debajo de ella percibimos el flujo de la vida, pausada, con sordina, y no por eso menos jugosa y rica en fruiciones recatadas. Antonio Machado sintió a España y a Castilla en anchura y profundidad, vivió su tristeza y respiró sus alientos lejanos. Escuchamos en su música el bordón quejumbroso que resuena en las honduras y a la vez las notas discretas de la vida esperanzada.

La visión y el sentimiento omniláteros vense limitados en otros escritores y artistas por una sensibilidad más polarizada. La vida española quizás gana en ellos dramatismo; pero se empobrece en demasía la gama de sus coloraciones. Baroja nos ofrece en cada página el espectáculo del mundo sin una sola emoción estimulante. La vida es un vacío absoluto que va engullendo tiempo y hombres sin un para qué. Todo es sin objeto. El escritor proyecta su irritabilidad insana, su congénito desencanto, sobre el ambiente, de manera que al lector sólo llegan los sabores ácidos y amargos a través del filtro que es la sensibilidad del gran novelista. Pero en Baroja, el mundo lamentable es el mundo interior, el de las almas, y éste le parece aproximadamente igual en todas partes. No concede a España

ninguna exclusiva en este aspecto. Valle-Inclán se divierte en estilizar el desgarro y la plebeyez de los momentos y de los medios más abatidos de la historia de España. La vida es en sus manos una fantochada grotesca y áspera.

Pero donde más se adensan las sombras siniestras es en los lienzos de un grupo de pintores en quienes la literatura más acerba influyó decisivamente. Darío de Regoyos, de la mano con Emilio Verhearen, pasea por el mundo las estampas de su "España negra", las cuales, más que de la tierra española, surgen del alma atormentadamente ascética del poeta flamenco, que soñaba con

> una existencia en un claustro de hierro,
> quemada en ayunos, y seca y raspada por los cilicios,
> en la que mudos suplicios aboliesen
> al fin toda la carne, por puro ardor del alma.

Ignacio Zuloaga seleccionaba sus motivos con un criterio que alguien llamó "pintoresquismo de exportación": famélicos torerillos de capea, viejas beatas a quienes hemos visto ya en algún aquelarre, y al fondo paisajes de Castilla despiadadamente lóbregos y aborrascados. Su España es punto por punto el reverso de la España llamada de pandereta, y es ni más ni menos falsa y parcial que ella. Un personaje de Baroja —¡precisamente de Baroja!— dice del pintor eibarrés: "Zuloaga cree, o hace como que cree, que España es un país de enanos, de brujas, de monstruos, de cosas extraordinarias. Y esto no es verdad". El mismo novelista nos presenta a una de sus criaturas con estas palabras: "Únicamente le parecía digno de sus pinceles y de ser trasladado al lienzo... lo trágico y lo grotesco, lo verdaderamente dionisíaco: escenas de toros, bacanales de Carnaval, procesiones de pueblo, Cristos sangrientos, adoraciones nocturnas". Semeja un anticipo de Gutiérrez Solana, pintor de tópicos exacerbados con furia casi genial, a quien suministra temas un macabro turismo de velatorio y cementerio.

Tratándose de España, con decir la verdad basta y aún sobra. Desde hace siglos vienen lloviendo sobre ella desdichas y calamidades, y en estos tiempos es víctima de una incalificable dictadura que no puede tener justificación posible por su ineficacia y estupidez. Pero hay aún lugar a la esperanza. Un pueblo que ha sufrido y sufre todo eso sin haber perecido definitiva-

mente, por fuerza ha de ser un pueblo de vitalidad milagrosa. Así le pareció a Gerald Brenan, y así me parece a mí también. El español no es un pueblo en fuga ante la vida, sino un pueblo a quien el abominable Estado-Iglesia que lo sojuzga le ha cegado todos los accesos a una vida grata, libre y culta. Quizás ningún pueblo de Europa ha mostrado a la vida adhesión tan incondicional. Por eso, aquella "extraña fracción" que, según Goethe, queda siempre al dividir la suma de nuestra existencia por la razón, posiblemente es en España mayor que en otras partes. El español se adhiere a las cosas vitalmente, o, como él suele decir, "en cuerpo y alma", y esa manera de adhesión total puede explicar muchos rasgos de la vida española. La violencia española, la intolerancia también, son como la ceguera que produce en el espíritu el exclusivo afincamiento en una causa, el cual actúa como una venda que conserva el calor bajo ella, pero no permite que la luz penetre; que protege lo que cubre, pero que no le deja airearse. Así parece que el pueblo español se adhirió en otro tiempo al catolicismo. Hay quienes, con apreciación ya simplemente errónea, ya claramente interesada, afirman la identidad absoluta entre españolidad y catolicismo, de manera que nos presentan la religiosidad católica como consustancial con el alma española. Es éste un abuso nacido en parte de malicia y en parte de insuficiencia mental, pues hay quien se lo cree en buena fe. El catolicismo es un accidente en la vida de España, aunque sea un accidente de excepcional tamaño y significación tanto por lo que se ha prolongado en el tiempo cuanto por la magnitud de las acciones que en él buscaron ímpetu y justificación. Pero lo peor que en este orden de cosas ha ocurrido en España es la identificación absoluta que tácticamente se ha operado entre lo religioso y lo eclesiástico, cuando lo cierto es que, si se admite que el pueblo español es acendradamente religioso, cosa que quizás es cierta, también hay que admitir que es, al mismo tiempo, el pueblo más anticlerical de Europa, como se lo revelará a cualquiera la lectura de esa literatura de malas costumbres que llamamos novela picaresca. Otros han intentado imponer como verdad inconcusa la consubstancialidad de la nación española y de la monarquía, de suerte que aquélla resultaría inconcebible sin ésta. La superchería es demasiado notoria para que necesite examen detenido. El catolicismo, en cuanto creencia sincera de muchos millones de criaturas humanas, es absolutamente digno de respeto; pero

ya no puede decirse lo mismo ni del clericalismo ni de la monarquía, cosas que, éstas sí, son consubstanciales entre sí en la vida histórica de España, y de ahí nació el que con gran exactitud se llamó Estado-Iglesia, que últimamente se ha enseñoreado más que nunca de la vida nacional española.

Cuando Unamuno prefería ser un africano de primera que un europeo de segunda, se me figura que, en el fondo, su idea era ésta: es mejor ser hombre cabal, persona íntegra y verdadera, espíritu vivo, ardoroso y libérrimo, bajo cualquier advocación espontánea y substancialmente propia y autónoma, que no dejarse encuadrar en estructuras disciplinarias impuestas desde afuera, por medio de las cuales el hombre progresará quizás en determinadas direcciones, pero al precio de anularse, o de disminuirse gravemente cuando menos, en sus dotes más valiosas. En cierto modo, formulaba Unamuno en términos originales el famoso "sé el que eres", como mandamiento de fidelidad a la propia naturaleza. Y lo que cada uno de nosotros naturalmente es, es *hombre.* En consecuencia, nuestro deber primero y esencial consiste en ser hombres del todo, es decir, criaturas en absoluto humanas y, por lo tanto, en absoluto libres. Pues resulta palmario que el que no es libre no puede ser fiel a su naturaleza, ya que la "no libertad" es, fundamentalmente, la suplantación de la propia naturaleza por otra naturaleza que desde afuera se ha hecho prevalente en el hombre mediatizado.

Naturaleza no es vocación ni es destino. La naturaleza le dice al hombre: sé hombre. La vocación quizás lo dice: sé poeta o albañil, santo o bandido. El destino no le dice nada: se realiza sin contar con él. Naturaleza y vocación andan por lo común en ostensible divorcio. Aquélla pone las aptitudes, ésta pone la voluntad, y no es preciso insistir en la frecuencia con que unas y otra tiran por caminos diversos o aun opuestos. El hombre que peca contra su esencial naturaleza tiene sus nombres: es el *desnaturalizado,* el *inhumano.* El hombre que peca contra sus aptitudes no suele llegar a tanto: suele ser, sencillamente, un *fracasado.* Contra el destino no hay pecado posible, porque el destino no es asunto de elección ni puede ser previsto. Cualquier cosa que hagamos, hacerla era nuestro destino, el cual se teje en su mayor parte con lo que nos sobreviene sin quererlo. Ordenar a alguien que sea fiel a su destino es ordenarle fidelidad a lo desconocido. Por otra parte, ordenar a uno que sea fiel a su vocación, muy bien puede ser ordenarle fidelidad precisa-

mente a su gran error. Recomendar a uno que proceda según sus aptitudes es cosa inteligente y de plausible prudencia.

Al tratarse de pueblos, todo lo que se refiere al destino se complica y embrolla desmesuradamente. La historia de un pueblo es, en cierto aspecto y en cierto grado, un registro de aptitudes e ineptitudes colectivas. Pero aptitud e inepcia, ¿son una fatalidad, es decir, algo que rebasa por completo el ámbito de la acción voluntaria? ¿Es que la disciplina continuada y el cultivo persistente y metódico una generación tras otra no pueden crear en un pueblo aptitudes originariamente ausentes, vigorizar las que al comienzo eran débiles o templar la tesitura de las que querrían entonar siempre su agudo solo? La historia señala con pronunciado énfasis aquellos aspectos en que España se hizo notoria. No es la española una estirpe que haya querido dirigir su vida por la razón. El pueblo español es más inteligente que razonador y me parece dotado de una suerte de inteligencia primaria que le basta para captar con segura penetración la vida en torno y gozarse en ella como en un espectáculo que sin cesar se renueva con inexhaustible fecundidad. Si el arte español es, en efecto, realista, quizás sea porque se erige y ejercita sobre esta intuición vital. En cambio, las actividades abstractas nunca parecen haberle caldeado el alma. Y nuestro individualismo, del cual tanto se dice, quizás es también floración de la inteligencia y la sensibilidad para la vida espontánea y concreta, que es siempre individual. Pero lo peculiarmente individual no puede realizarse por la razón, que es abstrayente y generalizadora. Lo peculiarmente individual se expresa por la voluntad y la acción, y el pueblo español, según dictamen de quienes lo han estudiado de cerca, ha sido un pueblo eminentemente voluntarista y de acción. Este temperamento activista se manifiesta de modo clarísimo en la literatura. Los grandes géneros españoles, los que más hondamente conmovieron la sensibilidad popular, fueron géneros en que la acción predomina: el romance narrativo y el teatro, rebrotado este último casi en su totalidad sobre el romancero. La mística española, mucho más que una mística contemplativa fue una mística de acción. Las dos figuras mayores de la religiosidad española, Santa Teresa y San Ignacio, representan la pasión religiosa al servicio de la acción religiosa. Ambos fueron fundadores, organizadores y estrategas a lo divino. Nuestro libro máximo, el *Quijote,* es el libro de la voluntad. Afirma el héroe que los encantadores enemigos podrán

arrebatarle con sus malas artes el lucimiento de la victoria, pero el ánimo y el esfuerzo, nunca. La voluntad heroica pervive a pesar de las adversas circunstancias generadoras del fracaso. En la novela española moderna son manifestaciones activistas las que toman la gran ventaja, desde Pérez Galdós con los *Episodios nacionales* y Ángel Ganivet con sus dos grandes novelas, *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid* y *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid,* cuyos títulos por sí solos ya sugieren la acción más sostenida y tensa, hasta Baroja con las *Memorias de un hombre de acción, Zalacaín el aventurero* y, en realidad, casi toda su obra. También la inclinación épica encontró en Valle-Inclán sobresalientes expresiones, así en el teatro *(Voces de gesta)* como en la novela (las tres *Comedias bárbaras,* las series de *La guerra carlista* y de *El ruedo ibérico).*

Parece que Nietzsche pensaba de los españoles que eran gentes que habían querido ser demasiado, es decir, que se caracterizaban históricamente por una desmesurada capacidad de *querer.* Mas he aquí que lo que el español quiso alcanzar por pura voluntad, otros pueblos europeos lo buscaron por los caminos de la previsora inteligencia. El saber científico, ese saber que Max Scheller llamó con exactitud "saber de dominio", fue cultivado por ellos con ejemplar continuidad. Una especie de disciplina colectiva sustentada sobre una inspiración en última instancia utilitaria acreció los recursos y la fuerza de esas naciones. España permaneció casi ausente por completo en la nueva era de los descubrimientos científico-técnicos.

Es innegable que, al hacer el recuento de las aptitudes españolas, se advierten ausencias fundamentales. La primera ausencia de gran volumen, de capital significación, que se advierte en España es la de un Estado eficaz, después del que levantaron los Reyes Católicos. Y como sobre un pueblo vivaz gravita desde hace siglos un Estado inepto, todo él freno y nada acicate, el pueblo intentó liberarse cuanto pudo de su incómoda presión viviendo al margen, desentendiéndose, ya que de ningún rumbo le llegaban estímulos para otra cosa. En lucha tenaz, silenciosamente agotadora, el pueblo español ofreció resistencia a la sordidez que desde arriba le vertían, semejante a la lluvia dantesca que en uno de los círculos infernales tornaba fétida la tierra que la recibía. Y lo que el pueblo hizo hubieron de ha-

cerlo asimismo las minorías mejor dotadas: vivir ajenas al Estado y, con frecuencia, contra el Estado.

Doy también por seguro que el pueblo español, apreciado en el conjunto de su diversidad, acusa una impresionante carencia de sentido de lo útil. Ni riqueza, ni bienestar, ni salud sirvieron de acicates a una acción colectiva. La aptitud económica le ha sido negada casi por completo. A lo confortable prefirieron lo suntuoso los "soberbios grandes" españoles, y es caso que refieren los manuales de historia cómo en días de extremada pobreza de la nación hubieron de dictarse leyes suntuarias para limitar la insensata ostentación con que se arruinaban y destruían las casas más poderosas. Jerarquía y dignidad nobiliaria se avenían con la pobreza en formas muchas veces grotescas y lamentables. El hidalgo español, de hablar altisonante y gesto imperatorio, apegado a los títulos de su prosapia y desnudo de bienes materiales, sirvió de tema a la caricatura en España y en Europa. Por *Trabajos de amor perdidos,* de Shakespeare, anda bajo el nombre de don Adriano de Armado, un caballero español para quien los números, expresión acabada de lo económico, eran bajeza. Cuando otro personaje de la obra le pregunta cuántos son tres por uno, don Armado responde: "Cuento mal. Eso se queda para un espíritu de mozo de taberna". ¡Y ya vivía vencido y humillado por los "mozos de taberna"!

Pero detrás del saber de dominio se vinieron también abajo todos los demás saberes. Las Universidades españolas, sometidas a la censura de teólogos que, a la postre, ni teología sabían, fueron centros de franco retroceso intelectual. Allí donde en otros tiempos se había sabido mucho y bien de todo, llegó a no saberse nada de nada. En una graciosísima obrita de Voltaire titulada *Histoire de Jenni ou 'Athée et le Sage,* dialogan un señor Freind y un español de nombre más grotescamente altisonante aún que el del personaje de Shakespeare, pues se llama nada menos que don Íñigo y Medroso y Papalamiendo, bachiller por la Universidad de Salamanca. Dice el bachiller: "¡Pero, señor mío, me está hablando usted de *theotocos!* ¿Qué significa eso, hágame el favor?" Freind le contesta: "Significa madre de Dios. ¡Pero cómo! ¿Es usted bachiller por Salamanca y no sabe el griego?" La respuesta de don Íñigo es concluyente: "¡El griego, el griego! ¿De qué puede servirle eso a un español?"

El intento de las dos Repúblicas españolas, la de 1873 y la de 1931, fue el mismo: darle al pueblo español un Estado nuevo, estimulante, liberal, culto, capaz de acabar para siempre con el monstruoso anacronismo que es España, paralizada en la miseria y la ignorancia en medio de un mundo que no es justo ni feliz precisamente, pero que sí es activísimo creador de riqueza y de cultura. Las dos Repúblicas cayeron victimadas por las mismas manos: las de los usufructuarios del secular Estado-Iglesia.

CLASES SOCIALES EN EL URUGUAY: MITO Y REALIDAD

Por *Carlos M. RAMA*

UNA parte sustancial del "mito uruguayo" es que en el Uruguay no hay clases sociales.

Todo este libro está destinado a estudiar la estratificación y movilidad social en el Uruguay, por lo que no corresponde siquiera la refutación frontal de tal tesitura. La verdad es que, ya se crea —como Pitirim Sorokin— que las clases sociales son inherentes a todo tipo de sociedad humana,[1] ya se sostenga con el pensamiento socialista que están ligadas a la existencia de la propiedad privada y del Estado, el Uruguay del siglo XX no tendría especiales razones para excepcionarse de un fenómeno universal tan importante y capital para el conocimiento de lo social.

En cambio es interesante explicarse el porqué de esa difundida negativa, que posee —así creemos— características muy locales y dignas de estudio.

Todas las comunidades o sociedades globales, como diría Gurvitch, tienen una suerte de *"ideal de sí mismas"*, su super-yo colectivo, que obliga a un derrotero a la comunidad auténtica. Incluso un espejo amable dispuesto a devolver una imagen mejorada de la sociedad real.

En algunos pueblos es la eficacia comercial, en otros la capacidad de acción práctica, en muchos una ambición imperialista sobre comunidades más débiles, etc. Para el Uruguay, y debemos objetivamente reconocer que no es la peor de las ambiciones colectivas, es constituir un *welfare state,* una sociedad democrática, culta y pacífica.

Las razones que han llevado a la adopción de ese ideal colectivo (por lo menos adoptado por sus capas cultas, y la im-

---

[1] PITIRIM SOROKIN, *Estratificación y movilidad social,* México, Inst. de Investigaciones Sociales, 1956, pág. 23. "Para resumir: la estratificación social es una característica permanente de cualquier sociedad organizada".

portancia que ello tiene para el Uruguay verdadero), merecerían tratarse en extensión separadamente. Aquí nos interesa consignar que constituye un ingrediente capital para la comprensión de la sociabilidad uruguaya, y explicar en qué sentido este trabajo científico no pretende negar aquel ideal —ni siquiera su viabilidad— sino simplemente estudiar objetivamente las estructuras sociales contemporáneas, en la medida que derivan de situaciones históricas.

Cuando el *hombre uruguayo* típico dice dudar de que en el Uruguay existan clases sociales, porque *como el Uruguay no hay,* y descartados quienes por intereses creados o por ignorancia puedan sostener tal aserto, se apoya en ciertos hechos reales.

En primer lugar porque el Uruguay es un país muy pequeño (387,000 kilómetros cuadrados), poblado con solamente .... 2.600,000 personas, aunque de población muy homogénea. Este país es el único de América Latina que no tiene indios libres (desde 1832 en que fueron exterminados los últimos), y la esclavitud, que en su momento fue relativamente importante, ha dejado como huella humana, un pequeño grupo de descendientes convertidos en asalariados hace un siglo aproximadamente.[2]

"Los contrastes económicos, políticos y de otras clases que se presentan dentro de los organismos políticos pequeños son, en general, menos notables que los que aparecen en los organismos mayores, a pesar de las influencias perturbadoras de diferentes factores que a menudo desfiguran o debilitan los efectos del factor que discutimos", nos enseña P. Sorokin. Si esto se manifiesta simultáneamente con la homogeneidad social, la estratificación de la sociedad en cuestión tiene un perfil menos acusado.[3]

---

[2] El surgimiento del "moderno Uruguay" corresponde a las décadas 1830-50, como está estudiado en el Cap. V de nuestro *Ensayo de sociología uruguaya,* Mont., Medina, 1957.

[3] SOROKIN, *ob. cit.,* pág. 99, incluso ejemplifica en Europa en esta forma: "algunos organismos políticos... tales como Suiza, Noruega, Suecia, Finlandia, Dinamarca y los Países Bajos, Servia, Bulgaria y algunos otros, son tan reducidos, que da por resultado que su estratificación política sea, de hecho, considerablemente inferior a la de organismos políticos mayores, tales como el Imperio Británico (con sus colonias), Alemania, Francia (con sus colonias), Rusia, Turquía (antes de la separación de Servia, Bulgaria, Rumania y otras partes de la misma)". Cabría sin embargo observar —como lo hacemos más ade-

Ciertas referencias permitirán ubicar la incidencia de esos factores en el Uruguay. La estancia en el universo por excelencia del ambiente rural, y en la *estancia patriarcal* del siglo pasado las *distancias sociales* entre patronos y peones —determinadas fundamentalmente por la propiedad y el prestigio— se veían amenguadas por el trato personal, la misma ocupación, y la participación en comunes creencias. Las ciudades del interior se caracterizan por un tipo de sociabilidad cotidiana basada en que *todos se conocen.* La situación que la sociología europea o norteamericana muestra como típica de las sectas, o de pequeñas comunidades campesinas de labradores, aquí se repite en las capitales departamentales, ciudades de 20,000 o más habitantes.

Es usual el trato para amplios sectores de la clase media, con los jerarcas administrativos y políticos. Los organismos políticos, incluso a través de su faz burocrática, son más complicados que complejos. Son excepcionales los ricos poseedores de más de un millón de dólares. Ya sea porque la pequeñez y homogeneidad del ambiente no permite lo que los sociólogos llaman un perfil de estratificación muy alto, y por tanto la altura del cono social tiene un relativo formato; ya sea por una suerte de ilusión óptica que si no supera las diferencias de clase, las hace menos marcadas y dolorosas, lo cierto es que hay aquí un elemento comprensible a retener.

Un segundo elemento es que en todas las sociedades humanas la estratificación social como tendencia dinámica, está sostenida por los órdenes, castas o clases privilegiadas que encuentran en su misma existencia su razón de sobrevivencia.

El privilegio propicia la estratificación, la vitaliza constantemente y la defiende llegado el momento de peligro. Pero cotidianamente se libra una lucha contra la estratificación social a cargo de las tendencias niveladoras, representadas por aquellos integrantes de las mismas clases privilegiadas que por razones altruístas, humanitarias, religiosas, morales, racionales, o simplemente idealistas, cooperan con los esfuerzos de los estratos inferiores que procuran participar en los bienes monopolizados por las minorías.

El sistema político de ideas que conocemos bajo el nombre

---

lante— que algunas de las comunidades citadas, además de pequeñas, tienen sistemas políticos democráticos, lo que multiplica los posibles efectos de la homogeneidad y el reducido tamaño.

de democracia, es justamente una expresión de esas fuerzas niveladoras o igualitarias, y su manifestación en el Uruguay, constituye un elemento de su historia desde el principio del siglo XX y asimismo un factor social a considerar. La posibilidad de acceder, aunque sea indirectamente, por la representación política en el poder ha trastocado el cuadro de estratificación social uruguaya del siglo XIX, y ha permitido a su vez, la edificación de un nuevo y más amplio cuadro de estratificación.

La incidencia de las medidas políticas en la estructura de la sociedad, o para decirlo en amplios términos marxistas, la acción de la supraestructura sobre la infraestructura, ofrece en el Uruguay un amplio campo de estudio.

Cotidianamente —y multiplicado por la circunstancia de tratarse de un país pequeño y homogéneo— se puede observar cómo medidas de tipo administrativo y político, alteran las formas en que se presenta el status, o colocan la fuerza de la sociedad política al servicio de determinados estratos.

Esto podría ejemplificarse por dos situaciones, que en la actualidad presentan tratamientos distintos, a saber: la incidencia que sobre la educación ha tenido la Administración Pública cuya acción ha permitido ponerla al alcance de las clases medias; y, por otra parte, su pasividad en materia de sanidad, en que la Administración malamente atiende a algunos sectores de las clases bajas.

Un último planteo a tener en cuenta son los efectos de la movilidad. Aunque las clases siempre existieron, sus efectos se disimulan tradicionalmente por el dinamismo de la movilidad social.

Cabe anotar que aparte de los temas tradicionales de la sociología europea clásica, un país de colonización como es el Uruguay, ofrece circunstancias, situaciones históricas y estructuras sociales muy particulares a ciertos países nuevos, para cuyo estudio nos serán utilísimas las precisiones cumplidas por la reciente sociología norteamericana sobre movilidad social.

El reverso de la negativa en la creencia sobre las clases sociales por muchos uruguayos es la efectiva falta de conciencia de clase de sus estratos.

Quienes dudan de las clases sociales, no se sienten identificados usualmente a la clase social a que pertenecen, y consideran la sociedad como un universo de átomos individuales. Pensar más en individualistas que en *obreros, profesionales, ri-*

cos o *pobres,* es la forma usual de millares de uruguayos. La posibilidad real o imaginaria de hacer *carrera* en cualquier sentido, se abre como una perspectiva individual o a lo sumo familiar, para la cual los demás miembros de la colectividad son exclusivamente potenciales *amigos* o *enemigos.*

Este individualismo —acérrimo rival de la conciencia de grupo, de estrato o de clase— aunque se ha sostenido a menudo que es usual en las clases medias,[4] podría demostrarse su extensión en los extremos de la pirámide social de los países rioplatenses.

Todos estos aspectos son pasados, pero siguen presentes en buena parte de los uruguayos, y muy especialmente en aquellos que integran la promoción de los *seniors.*

Nuevos hechos han mostrado recientemente que el eglógico escenario de los sueños, de las ambiciones, de los ideales, no corresponde con la realidad cotidiana. Nunca coincidió, pero pudo ocultarse antes mejor. Siempre hubo clases sociales en el Uruguay, pero actualmente ciertos hechos lo recuerdan brutalmente, y aumentan la cantidad de desencantados, fortifican las tensiones sociales y suscriben la conciencia de clase (en ambos extremos por lo menos de la clase social), y posiblemente expliquen la vigencia de trabajos como el que emprendemos.

En algún sentido la égloga resultaba del estancamiento económico, pues las generaciones de este siglo heredaron un sistema nacional económico, y terminaron con considerarlo inmutable, y hasta posiblemente descubrieron la manera de atemperar sus inconvenientes.

Pero en los últimos años se vienen produciendo ciertos fenómenos económicos cuya significación les muestra entre los primeros y más grandes problemas que tiene el país.

Algunas cifras, a las que tendremos que volver, son bastante elocuentes. Así por ejemplo, las que resultan del Registro Industrial:

	1936	1956	Ind. de crec.
Población de Uruguay	2.066,000	2.600,000	0.25%
Población de obreros . .	64,000	195,000	307 %
Total de empleados de la industria	8,600	33,000	383 %

[4] Por ejemplo, SERGIO BAGÚ, *Materiales para el estudio de la clase media en América Latina. Argentina,* Washg., Unión Panamericana, 1952, *La clase media en la Argentina,* t. 1, págs, 61-62.

En otras palabras, mientras la población del país ha aumentado en veinte años solamente un 0.25%, sus habitantes que trabajan como obreros se han multiplicado casi por tres, y sus empleados de industria casi por cuatro. Son entonces muchos más, en números absolutos y relativos, los uruguayos que ganan su sustento en las fábricas y talleres.

Simultáneamente en la sociedad rural uruguaya se aprecian las consecuencias sociales de la nueva chacra o estancia concebida como empresa capitalista, lo que supone la introducción del concepto de riguroso lucro, el uso de maquinaria, reducción de personal asalariado, y ausentismo de los propietarios de la tierra. Un peón rural trabaja hoy a menudo para una persona jurídica, como es una sociedad anónima, o para patrones que conoce ocasionalmente en el verano.

También Sorokin ha enseñado que la regla más evidente es que "en las primeras etapas de la evolución económica de un grupo, hay una marcada tendencia al aumento de la estratificación".[5] Los conflictos sociales menudean, los sindicatos actúan constantemente y comienzan a representar una forma de poder, y en la actualidad se dedican hasta vastos sectores de las clases medias, antes reacias a *actuar como obreros.* En las altas clases especialmente campesinas como reacción, aparecen movimientos y grupos tendientes a organizar la defensa del privilegio, recurriendo a todos los medios que pone a su alcance la *conciencia de clase.*

Los grandes partidos políticos de informes agrupaciones tradicionales tienden a transformarse en grupos más o menos complejos de intereses ocupacionales.

Seguramente, los *juniors* que inician su experiencia vital en esta última década (1948-1958), estarán más dispuestos a admitir que la generación precedente, la existencia de una estratificación social uruguaya, y necesitarán estudiarla científicamente.

---

[5] *Ob. cit.*, pág. 73.

EL INGLES — ¿FUTURO IDIOMA UNIVERSAL?

Por *Robert G. MEAD, Jr.*

¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar después?

Los conocidos versos que cito son del poema "Los cisnes" que Rubén Darío incluyó en *Cantos de vida y esperanza,* publicado en 1905. En ellos el cantor modernista hace un eco lírico de un sentimiento que sin duda acosaba a muchos miles de iberoamericanos antes que naciera el vate, y que después de su muerte seguramente ha seguido preocupando a los millones de hispano-parlantes del Nuevo Mundo que meditan sobre el destino de Iberoamérica. La "influencia perniciosa" del inglés y de la vida norteamericana ha sido y es todavía un tema de viva actualidad en los países hispanoamericanos, sobre todo en los más cercanos a los Estados Unidos. Con frecuencia se leen en los periódicos y en las revistas populares e intelectuales artículos que denuncian la "norteamericanización" lingüística y cultural de una u otra nación de habla española. Este vigoroso y saludable descontento, cuyos voceros a veces no nos convencen pero siempre nos impresionan por su brío, continúa, con nuevo enfoque (puesto que los tiempos y los problemas cambian), las campañas antiamericanas del argentino Manuel Ugarte y del uruguayo José Manrique Rodó, que amonestaban contra el imperialismo político del Coloso norteño y contra su cultura materialista y carente de espiritualidad. Huelga decir que Ugarte y Rodó no son más que dos miembros destacados de toda una banda de pensadores análogos procedentes de los países hispánicos. Y quizá ningún país ha contribuido con mayor número de censores a esta banda que México.

Permítaseme, antes de entrar en materia, una pequeña reflexión muy personal. Hace ya varias décadas que conozco a

México, he vivido en el país largos años y lo he visitado con frecuencia. Estimo mucho al pueblo mexicano y admiro a los mexicanos que me honran con su amistad. Sé algo de la historia y la cultura mexicanas, mucho más —y lo digo sin jactancia— que la inmensa mayoría de mis compatriotas norteamericanos. Con el transcurso del tiempo he notado los grandes cambios materiales que se han efectuado en México, y las alteraciones a veces menos obvias pero no menos importantes en el ambiente vital del país. Y, por lo tanto, cuando oigo a un mexicano inteligente quejarse de esta "norteamericanización" de la vida nacional, ganas me dan de decirle que no hay tal, en el sentido más profundo de la palabra. Claro que hay indicios de superficiales influencias norteamericanas en algunos aspectos de la vida socio-económica y hasta en el idioma. Pero estas mismas influencias, al ser asimiladas a la vida mexicana, dejan de ser norteamericanas y poco a poco se hacen mexicanas. Y esto es inevitable, puesto que la cultura es un proceso dinámico, en cambio constante.

Lo que pasa, me parece, es que algunos mexicanos creen que la única manera de conservar su *mexicanidad* pura e intacta es rechazar todo elemento extraño, y tildar de anti-mexicano todo influjo que pudiera sacar a esta *mexicanidad* de su cauce tradicional. Es decir, creen que la nacionalidad se conserva congelándola. Error comunísimo. Este México de hoy que no les gusta no es el de ayer ni será el de mañana. Es un México que cambia perpetuamente, sí, pero no por eso dejará de ser México. Las raíces del ser mexicano existirán siempre, la forma del árbol, o sea su aspecto externo, podrá variar infinitamente.

Lo escrito hasta ahora, sin embargo, no pretende negar ni disminuir la importancia de la preocupación actual por la influencia del inglés en Hispanoamérica y en otras regiones del mundo. La pregunta de Darío queda en pie: "¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?" Y esta pregunta no se hace sólo al sur del Río Bravo. Poco ha la hicieron y la contestaron a su manera dos maestros de inglés estadounidenses (que seguramente nada saben de Darío, Ugarte, Rodó y sus partidarios). En los párrafos siguientes me propongo examinar la tesis de estos dos maestros.

Ruth S. Bentley y Sheldon Grebstein en su artículo "English—Tomorrow's International Language" ("El Inglés—Idioma Internacional de Mañana"), publicado en *The English*

Journal de octubre de 1956 (vocero nacional de los maestros de inglés) presentan, como lo indica el título, una proposición que apoyará hasta cierto grado todo hombre cuya lengua natural sea la inglesa. Me encantaría si este idioma anglo-norteamericano llegara a ser la primera lengua verdaderamente internacional o universal que haya visto nuestro mundo. Cierto que los autores citados no emplean la palabra "universal" en su título, pero quién duda que una vez un idioma haya sido "internacional" por un período bastante largo dicho idioma tendería a convertirse en universal. Y vale la pena notar que el mismo director de la revista, en su prefacio al artículo, sí habla del inglés como una "lengua mundial". Bentley y Grebstein parecen creer que el inglés está a punto de hacerse idioma internacional, posiblemente universal, y ofrecen su exposición del tema, una exposición bastante optimista, cabe añadir. Menos esperanzado que ellos, yo me inclino a pensar de otra manera. No me propongo refutar su escrito punto por punto porque algunas de sus aseveraciones me parecen bien fundadas y otras no se prestan a un análisis impersonal. Lo que sí me propongo es examinar varios aspectos del problema que ellos parecen haber ignorado o paliado con una ligereza arriesgada y descuidada.

Mi principal reparo al artículo es sencillo: no es más que un análisis superficial y muy incompleto de un tópico extremadamente sugestivo, v. g. —¿cuáles son las perspectivas para un idioma universal? El nacionalismo lingüístico, el chauvinismo inconsciente de los autores no nos deben extrañar, pues tales defectos no son privativos de ningún país sino que se encuentran en todos. Pero lo que no caracteriza a muchísimos otros pueblos es el grado tan intenso de aislamiento lingüístico que uno descubre entre los anglo-parlantes.

Este monolingüísmo, esta actitud desdeñosa hacia los otros idiomas del mundo, se ha estudiado recientemente en los Estados Unidos. Los investigadores llegan a la conclusión que la hostilidad se debe a muchos factores, y entre los más importantes señalan el creciente etnocentrismo norteamericano. Nuestra vida se orienta en *una* lengua, en *una* cultura y, como consecuencias de este provincialismo, nacen el anti-intelectualismo, la noción que todo extranjero "debe aprender inglés" si quiere comunicarse con nosotros, nuestra política aislacionista tan persistente, la idea errada que somos malísimos lingüistas, etc.

También recalcan estos investigadores la falta de competencia lingüística de parte de muchos de nuestros educadores profesionales y de otras personas destacadas de nuestra sociedad, una falta que afecta negativamente su disposición hacia otros idiomas. Y, para terminar, es forzoso admitir que nuestra instrucción pública, en cuanto a las lenguas, es insuficiente y dada generalmente por maestros incapaces. Parece innecesario observar que todos los que hablamos inglés (inclusive los autores del artículo citado y el que esto escribe) estamos influenciados en mayor o menor grado y a sabiendas o no por uno o más de estos factores.[1]

Creo que las mayores barreras al desarrollo del inglés como una lengua verdaderamente universal son de naturaleza social. La población de las regiones mundiales donde no se habla inglés, por ejemplo, crece más rápidamente que la de los países de habla inglesa. En la América latina el aumento es dos veces más rápido que en los Estados Unidos. Los mejores cálculos actuales prevén una continuación de esta tendencia en las próximas décadas, y aún una posible aceleración. El efecto probable de tal fenómeno demográfico sobre la extensión del inglés por el mundo es tan patente, opinamos, que no necesita mayor explicación.

La mitad de los niños del mundo de edad escolar (de los seis a los diez y seis años) no asiste hoy a la escuela, sólo cuatro en cada diez niños reciben más que una rudimentaria educación elemental, y sólo uno en cada diez termina la educación secundaria.[2] Estos datos deprimentes, trágicos en realidad, constituyen un impedimento obvio y casi insuperable a la rápida extensión por el mundo sobre una base organizada del inglés *o cualquier otro idioma* porque se conseguirá un aumento de la población escolar mundial sólo a raíz de esfuerzos formidables y persistentes por parte de muchos gobiernos del mundo.

Otros elementos que afectan el uso del inglés en el mundo son comerciales, políticos y culturales.

El inglés debe su amplia extensión hoy básicamente al vasto movimiento colonizador del imperio británico y al dilatado

---

1 Resumen de lo que escribe William R. Parker, Secretario Ejecutivo de la Modern Language Association of America en "The Situation", *PMLA,* septiembre, 1952, pág. xx.

2 *UNESCO Courier,* diciembre 1956, número dedicado a la educación mundial, pág. 26.

comercio, todavía el mayor del mundo, que era la sangre misma de la inmensa red imperial centralizada en Londres. No cabe duda, aunque muchos norteamericanos lo ignoran o lo olvidan, que éste es el fundamento histórico del lugar que ocupa actualmente nuestro idioma. El efecto de las películas norteamericanas y británicas sobre la extensión del inglés, citado no sin orgullo por Bentley y Grebstein, es casi imperceptible en comparación, pues el público extranjero al ver una de estas cintas fija la atención en los subtítulos en su propia lengua o escucha el diálogo doblado, y apenas aprende más que una palabra o frase aisladas de inglés. A menos que los Estados Unidos, hoy la región anglo-parlante más grande, continúen y aumenten mucho en el porvenir este comercio establecido por la Gran Bretaña, muy oscura en verdad será la perspectiva del inglés de ser un idioma universal. Pero resulta que la gran mayoría de nuestro comercio exterior se hace en buques extranjeros, y que éste ha sido el caso desde hace varias décadas. Además, aún en las áreas donde ha dominado largamente el tráfico británico, los habitantes que se dedican a este trato ordinariamente no hablan más que un inglés "pidgin", o sea una lengua franca de un vocabulario escaso, muy especializado y casi ininteligible al angloparlante.

El empleo actual del inglés en tantas partes del mundo, sobre todo en los campos científicos y técnicos, es un hecho indiscutible del cual los que hablamos esta lengua podemos enorgullecernos con alguna justificación. Bien hacen Bentley y Grebstein en recalcar este factor. Este uso tan extenso es patentemente un resultado del interés en los países extranjeros por los inventos y avances técnicos e industriales producidos en Inglaterra y Estados Unidos durante el último siglo y medio. El destacado lugar internacional de los Estados Unidos y el prestigio que proporciona esta eminencia, debidos en alto grado a nuestro poder militar e industrial, también contribuyen a la fama del inglés. Pero, como un número creciente de nuestros científicos más distinguidos y nuestros mejores educadores han estado amonestándonos públicamente, la superioridad en la ciencia, en la tecnología, en la industria y en las armas es un atributo muy efímero y muy capaz de perderse por infinitas razones.[3] Estas advertencias han llegado a un crescendo en los

[3] Véase el estudio de la National Science Foundation de la educación norteamericana y rusa, publicado en el *New York Times,* 15 de

meses posteriores al lanzamiento del primer *sputnik* ruso. ¿Podemos estar seguros, entonces, que la "superioridad" técnico-científica que disfrutamos ahora será nuestra para siempre? Y si la perdemos, ¿no cambiaría rápidamente el lugar que ocupa el inglés en el mundo?

El inglés, como el francés y algunas otras lenguas europeas, está vinculado con colonialismo en la memoria del pueblo de vastas áreas del mundo. Esta connotación es funesta a cualquiera hora, y sin duda significa mucho más de lo que se dan cuenta los norteamericanos en los países que pasan hoy por una fase de exacerbado nacionalismo en su desarrollo histórico. En la India, por ejemplo, a pesar de que se ha escrito la constitución nacional en inglés, este mismo documento ostenta una cláusula que ordena la abolición del inglés como idioma oficial de la nueva nación dentro de quince años después de la fecha de ratificación de la constitución. Y en otros países del lejano Oriente, también, hay mucha agitación popular contra el uso del inglés, sobre todo en las clases sociales más altas. En la América hispana, excusado es recordar que con muchísima frecuencia el empleo del inglés despierta el rencor siempre vivo (pero a veces sólo latente) contra el imperialismo yanqui, o sea el recuerdo de toda una serie de acontecimientos históricos olvidados casi totalmente en los Estados Unidos. Debe tenerse presente, además, que este mismo fenómeno se nota en otros continentes, donde el inglés evoca ecos de un imperialismo parecido.

Bentley y Grebstein citan, no sin cierta ingenuidad, las declaraciones de un periodista estadounidense quien, después de una jira vertiginosa por la América del Sur, escribió que la diferencia entre nuestro idioma ahora no es más que una barrera mínima en las relaciones comerciales entre su país y las naciones hispanoparlantes del hemisferio. Evidentemente hay cierta dosis de verdad en lo que afirma este señor porque hay miles de hombres de negocios hispanoamericanos que han dominado a fuerzas el inglés comercial. Pero esto se debe a que hasta hoy en el mercado interamericano el vendedor, o sea el Tío Sam, ha llevado la ventaja. Bien puede ser, sin embargo, que mañana no goce dicho señor de una situación tan provechosa. Además,

---

enero de 1957, y el *Report on the Impact of Science on Social Forces* de la American Association for the Advancement of Science, *New York Times*, 31 de diciembre de 1956.

creo que aun el paladín más empedernido del inglés admitiría que algún conocimiento de la lengua del comprador constituye una ventaja positiva para cualquier vendedor. Todavía, entre los *salesmen* o agentes de venta norteamericanos, el dicho predilecto es *"You gotta talk the other fellow's language!"* ("¡Tienes que hablarle al otro (o sea el comprador) en su propia lengua!". ¿Quién sabe si el mismo señor Nixon no hubiera tenido mejor fortuna en su último viaje por Sud América si pudiera haberse expresado directamente en español? Su infeliz jira, y su desdichado recibimiento en Caracas, forman un contraste obvio con las acogidas benévolas que les tocaron en la misma capital venezolana a Nelson Rockefeller y Leonard Bernstein, director de la Orquesta Filarmónica de Nueva York. Ambos de estos últimos supieron expresarse en castellano, lo que era una agradable sorpresa para el público caraqueño.

Parece que un número considerable de nuestras más importantes empresas industriales se dan cuenta de la necesidad de "hablar el idioma del comprador", porque envían a centenares de sus empleados al American Institute for Foreign Trade, ubicado en Phoenix, Arizona, para que aprendan algo acerca de la vida y las costumbres de las otras naciones americanas. Y otras compañías mantienen sus propios programas de instrucción orientados hacia el mismo fin. Tan importante parece ser este problema lingüístico a algunos de nuestros líderes industriales que en abril de 1957 se celebró una junta en Nueva York (costeada por una conocida compañía petrolera) entre prominentes hombres de negocios y profesores de español, con el propósito de encontrar medios para mejorar el entendimiento y la cooperación entre los directores de la industria norteamericana y los que enseñan las lenguas extranjeras en nuestro sistema educativo.

Para los autores del artículo que examinamos los norteamericanos que viajan al extranjero constituyen "misioneros lingüísticos" que ayudarán mucho en la difusión del inglés por el mundo. Hay sin duda alguna verdad en esta noción, pero no debe olvidarse el otro lado de la medalla. Un norteamericano o un turista de cualquiera otra nacionalidad tiene trata principalmente con gente que habla su idioma por necesidades económicas. Tal turista si emplea sólo su propia lengua y llega a tratar con muchos habitantes del país al que visita que no hablan su idioma particular, seguramente disgustará a muchos de

ellos, sobre todo los que nada tienen que ver con él en calidad de turista. Después de todo, en cualquiera nación la inmensa mayoría de la población no se compone de guías, meseros y empleados de hoteles.

Otro factor importantísimo, quizá el más trascendental de todos, cuyas implicaciones para su tesis pro-inglesa nuestros autores parecen haber ignorado, se vincula con una característica fundamental de la lengua misma. Se trata de la lengua concebida como una manifestación de la cultura o, como un antropólogo la ha llamado hace poco, "la forma más pura de una cultura". Nunca debe olvidarse que el idioma que emplea una nación es innegablemente el componente más arraigado y penetrante de su cultura propia o *ethos,* y que dicha lengua refleja en su desarrollo, la historia, las tradiciones, el ambiente vital y mudable, o sea la vivencia de la región donde se habla. Un modo de ser no cambia rápidamente en ningún pueblo, aun en estos tiempos de "progreso" vertiginoso, aunque muchas veces ciertos adelantos técnicos y materiales pueden ser asimilados a la vida nacional. Esta es una verdad muy fácil de olvidar, sobre todo en un país de una historia relativamente corta como los Estados Unidos, y parece que Bentley y Grebstein son víctimas de este trillado error. Así, aunque a una nevera eléctrica se le llama *frigidaire* a menudo en México, y una máquina de coser ha sido bautizada con el nombre de Singer desde hace más de medio siglo en el mismo país, nadie pretende que estos neologismos han convertido a multitudes de mexicanos en angloparlantes. Es instructivo también el caso de Francia, la región extranjera que con toda probabilidad se ha visto más abierta al influjo lingüístico del inglés. Una encuesta pública efectuada allí hace pocos años reveló que el 70 por ciento de los interrogados afirmó no saber ni pizca de inglés.[4]

Este nacionalismo en el idioma, esta tenacidad lingüística, ha sido la valla más notable al uso extenso de las muchas lenguas "universales" propuestas en nuestra época y antes. Muy probable me parece que también estorbará la difusión del inglés. Las lenguas universales, artificiales, han sido inventadas por eruditos y las clases superiores de varias naciones las han usado como un medio de pronta y fácil comunicación. Nunca han sido lenguas vivas y nunca han suscitado mucho interés entre las

[4] Encuesta realizada por el Instituto Francés de la Opinión Pública y citada en *PMLA,* diciembre 1955, pág. ii.

masas populares. Hasta ahora, la situación del inglés en los países extranjeros donde se usa en el comercio o para comunicar conceptos técnicos ha sido muy parecida si no enteramente igual. Pero para ser atrayente a la masa de la población de los países que no lo hablan, el inglés tendría que ser viable y corriente en todas partes, debería formar parte de la misma fábrica de la vida diaria en cualquiera nación, debería ser una función de sus creaciones artísticas, sus tradiciones, su historia, su política, sus deportes, etc. Creo que es patente que nuestro idioma no ha alcanzado plenamente esta etapa o estado de penetración en ninguna área extranjera, y parece que la situación no cambiará pronto.

Nadie puede oponerse al artículo de Bentley y Grebstein si se le concibe solamente como un saludo a la expansión del inglés en el mundo moderno. Visto como algunos lectores seguramente lo han de ver, sin embargo, y entendido como una demostración del destino inevitable del inglés de llegar a ser el idioma mundial del futuro y que, por lo tanto, las otras lenguas del mundo se hacen menos y menos importantes para los que hablan inglés, dicho artículo puede tener consecuencias lamentables para los Estados Unidos, sobre todo en el campo de la educación pública, orientada desde hace mucho tiempo hacia una visión monolingüística de la cultura.

Presencia del Pasado

SEMEJANZA DE ALGUNOS CONCEPTOS FILOSÓFICOS DE LAS CULTURAS INDÚ Y NÁHUATL*

Por *Ángel M. GARIBAY K.*

I

Los textos que voy a presentar y las reflexiones que voy a hacer no tienen como finalidad deducir conclusiones de ningún orden. Se limita mi intención a proponer los hechos y a sugerir a los estudiosos mayor y más profundo estudio.

El tema, si no es nuevo, ha quedado en receso, o ha sido tratado con demasiada ligereza. El tema es, en su general expresión, la relación que puede haber entre las culturas de Asia y las de América. Se tiene por probado, mediante la prehistoria y la arqueología, que la población primitiva de este Continente provino del que llamamos Antiguo, por el uso únicamente y no por razón alguna de exactitud. Si tal afirmación es verdadera, nada más natural que se hallen paralelismos de cultura entre ambos continentes. La proposición es casi apodíctica, si se tiene la teoría, que parece la mejor fundada en los hechos, del hombre único y no auctóctono de cada continente. Pero postular y presuponer no es probar. Y la ciencia exige pruebas convincentes para hacer afirmaciones, tanto más aventuradas cuanto más complejas en sus términos. Acaso a esta misma complejidad se deba la poca atención que se ha dado al problema. Como no es ahora mi oficio tratar de esta atención, omito voluntariamente todos los datos que pudieran proponerse.

Censuro, como muy prematura, la pretención de algunos estudiosos en sacar conclusiones de parentesco, identidad y correlación de culturas a base de dos o tres —doscientos o trescientos, que es lo mismo para el caso— datos y hechos que, con alguna violencia, pueden darse como pruebas. Mi juicio es, en lo tocante a la llamada Mesoamérica, que no ha llegado la hora

* Exposición presentada en el Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos.

de sacar conclusiones ni en pro ni en contra del parentesco de las culturas asiáticas y las americanas. Dejo la América del Sur a un lado, en cuya historia cultural acaso puedan hallarse mayores fundamentos para establecer estos paralelismos.

Más que el cotejo de artefactos de la cultura material creo que ayudan a esta investigación las comparaciones de conceptos. Una natural propensión del hombre, ante un común hecho de exigencia pide que reaccione del mismo modo. Si necesita un artefacto para transportar sus objetos es natural que eche mano de los medios de que dispone en su sitio y los componga y prepare con capacidad para lograr el fin que se propone. Por esta razón, la canasta, las angarillas, las vasijas, para dar un ejemplo, se han inventado en muchos rumbos del mundo, sin enlace de unos pueblos con otros. El hecho de que en México y en Australia haya canastas no concluye enlace cultural entre ambas regiones. Pero cuando se trata de concepciones del universo, más elaboradas y más precisas, si se halla alguna semejanza, el hecho es digno de consideración y de estudio.

Esta es mi posición en el trabajo presente. Voy a proponer ante los oyentes o lectores la doble manifestación de algunos conceptos que parecen tener, o de hecho en lo exterior tienen, semejanza unos con otros y pertenecen a dos culturas en realidad lejanas en el mundo. La conclusión será alguna vez afirmativa o negativa. Pero ese día no ha llegado a mi parecer. Para que en algo contribuya a la solución voy a limitarme a dar aquí algunas consideraciones.

2

Escojo para este intento dos conceptos que son de la mayor divulgación y fundamentalmente filosóficos: son los de *tiempo* y *espacio*. La manera de considerar el tiempo y el espacio en estas dos culturas tiene similitudes que hacen pensar en la posibilidad de alguna implicación cultural. De dónde a dónde, en qué grado, hasta qué límite, son cuestiones en que por ahora no me entretengo y con toda intención las omito.

Resumiré el concepto de espacio en la filosofía de los antiguos mexicanos, tal como la podemos deducir de códices y documentos antiguos, y que doy por pertenecientes a las concepciones nahuas, sin prejuzgar de su origen y procedencia, porque en lengua náhuatl fueron recogidas en su etapa final y por-

que en documentos procedentes de esa cultura se hallan consignados.

El *concepto de la disposición espacial del mundo* puede resumirse en estas afirmaciones:

1 — El mundo está constituido por cinco zonas. Una central, que es como punto de convergencia de las otras. Cuatro hacia los cuatro sectores que resultan de una doble línea: vertical, que pasa por el centro y va desde el *ilhuicatl inepantla,* que podemos equiparar al "cenit" de los árabes, hasta un punto indefinido e inominado, que es lo que llaman "nadir" los mismos árabes, en concepto por otra parte no suyo, sino del lejano oriente. La línea horizontal es como la proyección del camino o ruta del sol por el espacio. Va de oriente a poniente, siendo estos mismos puntos variados todo el año, como muy bien pudieron advertir los peritísimos investigadores de la astrografía de aquellos tiempos. Pero esta línea a su vez está partida en forma perpendicular por otra línea que parte de norte a sur.

2 — Quedan así las zonas reducidas a una mínima y casi ideal, que es la del centro que tiene una serie de nombres que no viene al caso examinar ahora, pero cuya mejor expresión acaso es la de *tlalli ixco,* como hallamos en los Huehuetlatollis varias veces mencionado al centro del mundo. Los cuatro ámbitos son espaciales en su totalidad. Se extienden al infinito y no dan, como en la concepción moderna, puntos cardinales, sino zonas del universo, o dicho acaso con más exactitud, cuatro espacios independientes y entrelazados. Independientes en su interior y complicados para formar el solo universo.

3 — Es claro que esta forma abstracta no se halla en términos precisos tal cual le he enunciado. Está hecha perceptible mediante símbolos, figuras, emblemas, dioses y colores. En cada serie se impone la misma calidad del rumbo terrestre, pero trasciende a esferas que no son ya las de lo puramente material. Una somera aplicación de los múltiples datos que hallamos esparcidos y que distan mucho de haber sido sistematizados me ayudarán a dar la precisión a esta forma de expresión de que usaron los antiguos.

A — *El rumbo oriental* —con el cual inician su relación, por ser el de la procedencia del sol— está caracterizado por color rojo. Su nombre mismo da la razón: *tlappcopa, tlauhcopa:* de donde la luz. Es la zona de la vida, de la alegría, de la juventud, y tiene por símbolo en su complicación con el tiempo

de la caña —*acatl*—. Todos los años que en tal signo ocurren son orientales. Un ave simbólica de esta zona es el quetzal. Los númenes que se aplican a esta parte del universo son variados, pero todos ellos en su aspecto de relacionados con la vida y la juventud y renovación de los seres. Por esto se hallan Quetzalcoatl y Xochipilli, pero también Tláloc. Lo mismo se diga de la situación de los mundos ultraterrenos: el Tlalocan, centro originario de la vida y el *Tonatiuh ichan,* casa del sol, mansión del astro que de allá viene y a allá regresa cada día—. Téngase en cuenta la idea, diré de paso, de la esfericidad de la tierra vagamente afirmada con este concepto, en parte mítico, en parte filosófico.

B — El *rumbo septentrional* —pues el modo común de describir es rodeando a la derecha—, se llama lado derecho del mundo: *imayauhcan tlalli,* como el sur se llama el lado izquierdo: *iopuchcopa tlalli,* tenida cuenta de la personificación del sol, que va de oriente a poniente—. El color de esta zona del universo es negro. La muerte, la sequedad, el frío, la noche, todo lo que es adverso a la vida y a la alegría está situado en este rumbo. De ahí su nombre más común *mictlampa:* del rumbo de la muerte, y su signo para los años: *tecpatl,* el instrumento de la muerte ritual. El ave simbólica es el águila, como signo de la muerte también. Los númenes, si no se toman los cuatro colores para los cuatro rumbos, son principalmente Tezcatlipoca, Mictlantecutli, que no es sino una forma de este mismo. La morada de los seres humanos alejados del mundo es la llamada Mictlan, o sea "región de muertos", en que se hallan muertos comunes.

C — *La zona occidental,* término de la marcha solar, está caracterizada por el color blanco. La casa es el signo de sus años *calli.* La habitación de la vida en su forma receptiva. Las nociones encerradas en este rumbo son la fecundidad maternal, la abundancia de sustento, la paz y la quietud. Es el rumbo femenino en su integridad. Por esto son diosas las que habitan allí: Cihuacoatl, Coatlicue y sus variantes, que en suma no son sino personificaciones simbólicas del principio femenino, receptivo y potencial del universo. Por esto se llama esta zona *Cihuatlampa:* del rumbo femenino. Los seres que allí moran son los niños, los por nacer y venir a la vida, y el nombre de su estancia es Cihuatlán, Cincalco, Tamoanchan. El ave es la guacamaya roja.

D — *El rumbo meridional,* lado izquierdo del universo, como se dijo, tiene por color el azul. Por ave el colibrí. Los dioses que moran en esta zona son los de la alegría, la vida, la salud, la abundancia. Xochipilli, Huitzilopochtli, que no es sino el sol de la izquierda. La zona tiene por nombre Huitztlampa, o Amilpampa. Es mejor el segundo, que habla de exuberancia. El símbolo de los años es *tochtli,* el conejo, que da la mejor figura de la movilidad y de la alegría.

Tal es en su general exposición la más común fórmula de atribuciones. Hay muchas variantes en los datos. Los colores son a veces otros, otros los númenes, otros los símbolos, las aves. Los del tiempo son siempre idénticos.

4 — Es cierto que esta serie de figuras es puramente esotérica para la comprensión general. Algo podemos atisbar de la doctrina que se contiene en los símbolos, pero no tenemos plena seguridad de dar los conceptos en su plena significación. Toda interpretación resulta aventurada.

5 — Lo que resulta cierto es que el universo es comprendido en cuádruple esfera, como aspectos de un solo todo y que en cada una de estas esferas, zonas o rumbos se sitúan nociones de la fundamental concepción del mundo y el hombre. El doble dualismo de la antigua cultura tiene en este doble par de espacios su expresión.

i) Una forma del dualismo nahua es la de noche y día; luz y tiniebla, vida y muerte. Ésta aparece concreta en la dualidad norte-sur. El norte es negrura, muerte, frío: su emblema es el pedernal, instrumento de muerte. El sur es luz, cielo limpio, calor, vida: su emblema es el conejo, como animal vivaz, ágil y aun astuto y sagaz para la concepción náhuatl.

El dúo *tecpatl-tochtli* encarna el primer dualismo, o la primera forma de concebirlo.

ii) La otra es la contraposición del principio masculino al principio femenino y esa es expresada con la dualidad oriente-poniente. La caña es una estilización del falo, símbolo masculino; la casa es estilización de los órganos femeninos.

El dúo *acatl-calli* encarna el segundo modo de concebir el dualismo náhuatl para la idea del universo.

Las deducciones anteriores tienen por sostén tanto textos de los antiguos documentos, como principalmente el examen de los Códices que quedan, en especial los que están libres de infiltraciones europeas. Como en esta sumaria exposición no es posible

hacer una larga exégesis me limitaré al examen de una plana de uno de los Códices más genuinos que es el llamado Códice Borgia, hoy día en la Biblioteca Vaticana.

3

VARIAS son las representaciones de los rumbos o zonas del universo en este precioso manuscrito. En alguna de ellas se agregan elementos que no tomé en cuenta al hacer el resumen del concepto. Tal como son los árboles de estas regiones. Para el intento presente me basta hacer una descripción y breve análisis de la plana 72, en que hallamos una de las mejores formas de la representación simbólica del mundo. Lo reconoce así Seler en su precioso comentario de este documento. Por mi parte, no coincido con el sabio alemán en la identificación de cada rumbo. Por ofrecer notables variantes con la descripción dada arriba —variantes que no cabe razonar ahora, dada la brevedad de este trabajo, en que es asunto puramente tangencial— haré una descripción de este tipo del mundo, útil para percibir la amplitud del concepto y sus posibles implicaciones diferentes.

Toma como centro el sol, representado por una cara rodeada de rayos, en número de catorce, y con lengua bífida alargada desde la boca. La postura de este rostro hace que podamos identificar los diversos rumbos. Tomando en cuenta que se agrupan en torno del sol, tenemos esta disposición:

Comenzamos la lectura o examen por el cuadro superior derecho, teniendo la plana colocada en sentido de la dirección del rostro solar hacia abajo. Cada cuadro está formado por una serpiente que se repliega en forma rectilínea sobre sí misma. El cuadro en esta disposición es el que Seler señala como cuarto. La serpiente es amarilla claro, con marcas redondas rojas. El numen que se halla en el centro, como presidiendo el rumbo es Xochipilli, con su tintura roja en todo el cuerpo y con la franja amarilla y la mano blanca en el rostro, que son características de esta deidad. Se halla totalmente desnudo y en un ademán de baile, como todos los demás de esta plana, con excepción de Cihuacoatl. Los signos del Tonalmamatl que se le asignan son cuetzpalin, tochtli, malinalli, cozcacuauhtli y xochitl. Y los miembros del dios a que se hallan asignados son, en el mismo orden pene, pie, oreja, mano y boca. Para mí representa el rumbo

oriental —Seler lo asigna al sur— y es un símbolo de la vida, en sus implicaciones de fecundidad, alegría, exaltación, superación y arte en todas sus fromas. El rojo y el amarillo que predominan en el cuadro dan la noción de la zona de donde la luz procede: *tlauhcopa.*

Seguimos hacia la derecha —que en tal caso indica el norte— y hallamos una serpiente que Seler identifica con la mítica serpiente emplumada o sea, Quetzalcoatl, como antecedente del numen que lleva este nombre. El dios encuadrado en este cuadro no es sin embargo el dios así llamado, sino Tláloc. El color verde es el de esta región en el Ms. No hay que olvidar que el verde se halla en muchos documentos como indicativo del norte, acaso por la semejanza con el negro, Seler asigna el oriente para esta sección del gran cuadro general. Los signos del Tonalamatl son cipactli, coatl, atl, acatl, ollin. Y sus miembros señalados en el dios, por el mismo orden, dan pie, oreja, mano, ojo y boca. Es raro hallar esta asignación al norte, que se tiene por funesto, cuando Tláloc es dios de vida, fecundidad y reproducción. Pero no debe olvidarse que el mismo Tláloc es dios destructor, como se ve claro en la famosa *tlequiahuitl,* que es lluvia de fuego, que dio fin a uno de los períodos cósmicos, de que se hablará adelante. En esta forma tendríamos el *tlalocan* como símbolo implicado de muerte y vida. Nada rara implicación en tan compleja concepción filosófico-religiosa de los nahuas.

Del anterior cuadro bajamos al que está inferior a él. Ahora la serpiente es de color amarillo, con círculos rojos. La diosa es Tlazolteotl, una de las variantes del principio femenino, que se atribuye a la región de la Huasteca de nuestras etapas hispánicas. Está también teñida de amarillo, y como Xochipilli, que es su comparte, totalmente desnuda. Se halla reposando sobre el cruce de los caminos. Una X o cruz de S. Andrés, como suele llamarse esta figura, le forma su asiento. Que son caminos lo declaran las huellas de un pie, que como todos saben, indica en la escritura náhuatl viaje y dirección. La encrucijada de los caminos es muy ilustrativa. La mano derecha de la diosa está sobre el camino rojo; el pie derecho toca el verde; el izquierdo, el amarillo; la mano izquierda el azul. Tenemos en esta forma, la repetición de los colores de todo el cuadro:

rojo al oriente —mano derecha,
verde al norte —pie derecho,
amarillo al occidente —pie izquierdo,
azul al sur —mano izquierda.

Aunque la diosa está desnuda —lo he dicho ya— tiene sus joyas: un collar con jades, la luneta de la nariz —*yacameztli*— y una gorra, al parecer de piel, con remate de plumas. Los signos tonalamatlicos son Ehecatl, miquiztli, itzcuintli, ocelotl, y tecpatl. Los miembros, o partes del cuerpo, de la diosa aludidos o signados por tales emblemas son: ano, entrepierna, boca, oreja, ojo. La designación del cuadro para el poniente es muy clara, dado que la Mujer es la dominadora de tal zona cósmica. No alcanzo a ver las razones que tuvo Seler para situar a la Mujer divina en el norte. Si es una deidad funesta, como ciertamente lo es, no se manifiesta en esta representación como tal, y el poniente es casi en forma general atribuido a las diosas. La faz femenina fue situada definitivamente por los nahuas en la zona donde muere el sol.

En la disposición que hemos interpretado esta plana nos resta solamente el cuadro de la izquierda del anterior, que es derecha del espectante. En el comentario de Seler corresponde a la zona occidental. Los elementos son así: La serpiente es una xiuhtotocoatl. Es decir, una serpiente azul. La deidad es el mismo Quetzalcoatl, con la circunstancia de hallarse teñido de negro en todo el cuerpo y con la consabida máscara de Ehecatl. Los signos del Tonalamatl son en su orden: calli, mazatl, ozomatli, cuauhtli, quiahuitl. Los miembros tocados por estos simbólicos atributos del calendario son: boca, pie, corazón, oreja, ojo. Es notable la pintura del numen de color negro. Dos conjeturas doy: la más simple, que el color era azul y por el curso del tiempo se hizo negra la pintura. O mejor, que el dios aparece en esta zona como dador de atributos de vida, pero en el orden puramente mágico. Los magos en la simbólica náhuatl están signados con el color negro. La atribución al sur —contra la interpretación de Seler que le señala el poniente— me parece fundarse en la razón de ser un numen de vitalidad indudable. Los signos del Tonalamatl dan la clave. La casa, fuente de la fecundidad; la pata del ciervo, signo de vida y agilidad; el mono, que es un emblema de la agilidad y el movimiento; la potencia del águila, significativa

del sol y la lluvia equívoca, que lo mismo puede ser representativa de la vida que de la muerte.

En resumen: tenemos en este cuadro de la plana 72 del Cod. Borgia una forma gráfica de la concepción del universo en relación con los dioses, con los días del calendario, con los colores cósmicos, y con los miembros del cuerpo.

Cuando se haga una investigación plena, deberán ser examinados los demás Códices prehispánicos de cultura náhuatl y dar en resumen sus diversas aportaciones. Para mi propósito por el momento, creo que es bastante lo dicho.

Debemos pasar a muy remotos territorios de la cultura humana. En lo que vamos a examinar ahora hallamos la principal originalidad de esta disertación.

4

En la historia de la especulación metafísica tiene la primacía en tiempo y en amplitud la filosofía indostánica. Nombres éstos que son puramente aproximativos, pero, con sus deficiencias, tenemos que usarlos para ser entendidos. Porque ni es una filosofía al tenor de las definiciones modernas —si es que la filosofía puede definirse— ni es indostánica, porque rebasa el ámbito geográfico.

Haría mucho más bien a la humanidad una estudiosa información acerca de sus milenios de evolución de pensamiento que la persistente planeación de una paz efímera siempre, porque se funda en lo exterior y no desciende a las raíces. Para el pensamiento europeo, que impone norma al mundo, los polos que oscilan entre Sto. Tomás y Kant, como cumbre, han sido muchas veces tenidos por piedras cimentales. Es discutible el grado en que pueden serlo.

Dejo estas disgresiones de orden general y regreso a mi tema de hoy.

La más primitiva información acerca de los gérmenes de la filosofía indú se halla en los Upanishadas. Más de doscientos tratados —aunque no se ponen los estudiosos en acuerdo perfecto sobre el número— dan la recopilación de muy antiguas discusiones acerca de la doctrina oralmente trasmitida y discutida en las asambleas de los discípulos, bajo la mirada de los maestros. El nombre mismo sugiere esta proce-

dencia, ya que según la etimología más aceptable no es sino "sesión devota junto a alguien".[1] Las raíces son las que aún percibimos en inglés *sit-up* —"sitting upon". La data de la más antigua es de cerca de principios del milenio anterior a nuestra era. Y esta cifra es más bien conservadora que radical. De hecho, contienen doctrinas mucho anteriores, como es normal en la fijación por escrito, tras larga trasmisión mediante la palabra, en toda cultura histórica.

No es solamente su antigüedad la que me hace preferir esta serie de documentos. Hay la circunstancia de una especulación encerrada bajo los atavíos de la metáfora. La primitiva en todos los pueblos y la única atestiguada por los documentos de la cultura náhuatl. Es la frescura del pensamiento primitivo que, antes de toda abstracción, habla con "flores y cantos", como únicos medios asequibles a la mayoría de los individuos del género humano. Metáforas y figuras hallamos en estos libros y de ellos obtendremos los textos que parangonar con las metáforas y figuras de los documentos nahuas de que hemos hablado.

Por otra parte, debe tenerse muy en cuenta el juicio de los peritos en esta materia. De ellos citaré dos solamente:

El Dr. Mahadevan escribe: "No hay exageración en decir que los Upanishadas constituyen la fuente básica del pensamiento y de la cultura de la India". En ellos hallan inspiración, no solamente los sistemas ortodoxos de esta región, sino también las escuelas filosóficas divergentes, tales como el budismo".[2] "Similar es el juicio de Bloomfield, en su "Religion of the Veda". "No hay forma del pensamiento indú que no tenga sus raíces en los Upanishadas, aun incluyendo al budismo".[3] La influencia de estos escritos en el pensamiento de occidente apenas ha comenzado a ser estudiada y se cree hallar huellas muy precisas de ellos en las corrientes filosófico-místicas que conocemos con los nombres de Neoplatonismo, Sufismo, Gnosticismo, Maniqueísmo, etc.

En esta fuente hallaré los textos que, con sobriedad máxima, voy a presentar ahora. Los traduzco directamente de su

---

1 MAHADEVAN, T. M. P., en *History of Philosophy Eastern and Western, I*, p. 55.

2 *Id. ib.*

3 BLOOMFIELD, *The Religion of the Veda*, p. 51.

original, con ayuda de versiones, cierto es, porque mis conocimientos del sánscrito son muy rudimentarios.

I — Upan. Chandogya, (dic. Khandoggia), *IV, ss.* 5-7.
"—Deja que te explique el cuartel de Brahma.
—Señor, explícamelo.
—El oriente es un cuartel, el poniente es un cuartel;
El sur es un cuartel y el norte es un cuartel.
Estos son, señor mío, los cuatro llamados resplandecientes. *prakaśavan*
—Deja que te explique el cuartel de Brahma.
—Señor, explícamelo.
—La tierra es un cuartel, la atmósfera es un cuartel;
el cielo es un cuartel, el océano es un cuartel.
Estos son, señor mío, los cuatro llamados inacabables. *(nantavan).*
—Deja que te explique el cuartel de Brahma.
—Señor, explícamelo.
—El fuego es un cuartel, el sol es un cuartel,
la luna es un cuartel, el relámpago es un cuartel.
Estos son, señor mío, los cuatro llamados luminosos. *(jyotisman).*
—Deja que te explique el cuartel de Brahma.
—Señor, explícamelo.
—El aliento es un cuartel, el ojo es un cuartel,
el oído es un cuartel, la mente es un cuartel.
Estos son, señor mío, los cuatro llamados apoyos de los pies de Brahma, *(brahmana ayatanavan).*

El término que hemos traducido "cuartel" es el *kala.* Su comprensión es mucho más amplia. En su concepto pueden entrar nociones como las nuestras de "límite, definición, demarcación, precisión, elemento final de la reducción del análisis de la materia, el tiempo que limita el ámbito temporal indefinido" y otras muchas ideas más. Hemos vertido "cuartel", por atención a la división cuatrimembre.

Como es fácil percibir a la pura lectura, tenemos una división de zonas cósmicas, en que se implican mil elementos, todos ellos como precisivos del único ser, denominado en esta cita Brahma. Saben los estudiosos lo que implica tal nombre. Entre sus mil nociones la fundamental es la del ser en su inte-

gridad y en su persistencia sin límite de tiempo y de espacio, de medida, de definición o cerco. La misma tendencia a dar los diversos aspectos de limitación nos indica cuál es la noción interna que subyace.

Hemos hallado como signo de la definición del universo estas diversas nociones.

Los puntos cardinales, o rumbos de la unidad cósmica: oriente, sur, poniente y norte: *praci, pratici, daksina, kalaisa.* (prachi, pratichi, dakssina, kalaissa).

En segundo lugar, los elementos de persistencia: tierra, aire, cielo, océano, *prthivi, ntariksam, dyauh, samudrah* (prithivi, ntariksam, dyauh, samudraj).

Tercera serie: fuego, sol, luna, relámpago: *agnih, suryah, candrah, vidyut* (agnij, suryaj, chandraj, vidyut).

Finalmente, la cuarta serie de limitaciones del cosmos como realidad única está formada por aliento, ojo, oído y mente. O sea en sánscrito: *pranah, caksuh, srotam, manah* (pranaj, chaksuj, srotam, manaj).

Sea el segundo texto este que tomo del mismo libro en *II-III, 18.*

"Brahma tiene cuatro categorías:

La palabra es una, el aliento es otra, el ojo es otra, la oreja es otra.

Esto es tocante a uno mismo. Pero en cuanto a lo divino:

El fuego es una categoría, el aire es una categoría, el sol es una categoría, el conjunto de las direcciones es otra categoría".

En este texto, que seguiré dando después, hallamos algunas novedades. La primera es la palabra que se toma ahora para las definiciones de la limitación de la realidad. No es ya *kala,* sino otra que contiene mayor riqueza semántica: *padaj.* En esta palabra se encierran las nociones de "soporte o sostén". Basta recordar que está fundada en el semantema *pad* que hallamos en casi todas las lenguas indoeuropeas para significar "pie": *podos* Gr. *pedis* lat. *fut,* germ., etc. Pero *pada* es una base de clasificación aquí. El ser sumo tendría estas expresiones: palabra, aliento, ojo, oído, como formas de comunicación de su limitación al individuo. Con orden a la noción universal es fuego, aire, sol, y complejo de categorías. Examinemos esta clasificación.

El fuego no ofrece dificultad, dado que es tenido en to-

das las iniciales mitologías, madres de toda especulación filosóficas, como principio de la realidad. Tampoco el sol, que da la vida y es el sostén del universo en todas las viejas culturas. El aire y las direcciones del universo se contraponen. Las palabras usadas en el texto sánscrito son:

Agnij- fuego, sol, vida. El numen por excelencia.

Vayuj- aire, atmósfera, medio vital en que los seres se mueven. Está relacionada esta raíz con la noción de "juventud".

Aditya es el nombre del sol. Pero en éste se encierran mil complejos de concepto y emoción. El sol como centro, como móvil, como fuente de vida.

La última definición es la que nos atañe. *Dishaj* es de mucha riqueza en el concepto. Indica la extensión del espacio, pero también la disposición atributiva a sus divisiones humanas. La complejidad de sus direcciones queda encerrada en su noción. La palabra inglesa con que tradujo Radrakrishnan este término "directions" es tan vaga, pero tan plena como el mismo original. Todo lo que es señalar derrotero, todo lo que es marcar meta, entra en este complejo semántico. Es la razón de que el fatum latino, o la *moira* helena puedan ser expresados por este vocablo. Es el que da la noción de "destino, sino, fallo inapelable de los seres que imperan en los seres inferiores".

En el lugar citado de las Upanishadas queda expuesto con gran amplitud el cuatrimembre atributo. No es posible dar más tiempo a esta consideración. Vamos a dar un texto que será el último, pero a mi juicio de los que mejor pueden iluminarnos.

Hallamos en la parte Tercera de la Upanishada *Khandoggya* esta hermosa sistematización del concepto cuatripartito.

En ella se abarca la realidad cósmica y la realidad humana. Esta circunstancia la hace compleja, pero en la complejidad está su valor más importante. He aquí sus líneas fundamentales:

III — Chand. III, 13

El corazón tiene cinco aberturas hacia lo divino.
La del oriente es "respiración hacia arriba": *pranaj*
Ésta es el ojo; ésta es el sol. (prana)
Con ella se medita como con brillo, como con salud.

El que la conoce se hace resplandeciente y sano.
La abertura meridional es respiración difusa: *vyanaj*
Ésta es el oído, ésta es la luna.
Con ella se medita como con prosperidad y fama.
El que la conoce se hace próspero y famoso.
La abertura occidental es respiración hacia abajo: *apanaj*
Ésta es la palabra; ésta es el fuego.

Con ella se medita como con brillo de sabiduría y de salud.

El que la conoce se hace dueño de sabiduría y salud.
La abertura septentrional es respiración equilibrada: *samanaj*
Ésta es la mente, ésta es la lluvia.
Con ella se medita como con fama y belleza.
El que la conoce se hace famoso y bello.
La abertura cenital es respiración hacia abajo: *udanaj*
Ésta es el aire, ésta es el espacio.
Con ella se medita como con fuerza y grandeza.
El que la conoce se hace fuerte y grande.

Estas son, por cierto, las cinco personificaciones de Brahma *(pañcha-Brahma purussan)* (pañcha-Brahma prussan). Quien conoce estas cinco formas guarda las puertas del cielo y tiene un héroe en su casa. Quien conoce estas cinco puertas, guarda puertas del cielo y él mismo está en el cielo.

Sin detenernos en pormenores, podemos hacer esta sistematización del texto anterior, que aunque en posición anterior, parece ser posterior, por más elaborado. Con esta forma de resumen hago la parte de comparación con el concepto de espacio y sus particiones de los nahuas.

Tenemos, por tanto, de acuerdo con el texto anterior:

Oriente: *pranaj:* ojo, sol, salud,
Norte: *samanaj:* mente, lluvia, belleza,
Occidente: *apañaj:* habla, fuego, saber,
Sur: *Vynaj:* orden, luna, fama.
Centro: *Udanaj:* aire, espacio, fuerza.

Como éstos pudieran aducirse más textos. No hay necesidad, menos en estudio como éste, que solamente presenta el problema en su general aspecto.

No puede negarse que hay alguna semejanza de distribución del espacio en una y en otra forma de pensamiento. Si hay o no enlace; si hay o no dependencia, no pretendo deducirlo. Examinen, estudien y fallen los peritos. Notable sí es la circunstancia de que, a distancia tan lejana, y acaso con tal distancia en el tiempo, tengamos puntos que parecen ser acordes. La solución la dejo a otros.

El aspecto de *espacio* es el que se ha examinado hasta aquí. Debemos pasar, con la misma sobriedad, al de tiempo.

5

Los nahuas concibieron el espacio en relación con el tiempo. La noción del tiempo aparece entre ellos como una demarcación tan precisa como la del espacio. Para examinar aquí la *filosofía del tiempo* vamos a dar puramente generales nociones y postulados que exigieran una larga exposición y comprobación que no es posible hacer.

El tiempo se concibe con división de períodos, que a semejanza de los espacios están presididos por una deidad.

Entre tantos documentos que pudieran aducirse me voy a limitar a insertar aquí una página del Ms. de Cuauhtitlan, que tiene la ventaja de haber sido elaborado con documentos antiguos a la vista y por personas peritas y conocedoras de la doctrina antigua. Verdad es que los redactores del Cod. de Cuauhtitlan fueron jóvenes de la Escuela de Tlatelolco, imitadora remota del Calmécac, pero también es cierto que los asesoraron y ayudaron los viejos de esa villa, que antes en su paganía habían sido formados en aquellos institutos de la antigua sabiduría. Por otra parte, este documento tiene el apoyo de muchos otros. Razón de elegirlo es más bien afectiva.

Traduzco en seguida la historia de las etapas de duración del universo de acuerdo con este Códice (redactado finalmente hacia el 1570).

La forma en que el tiempo ha corrido se explica así en este documento:

"Así lo sabían los ancianos:

En 1-conejo se cimentó la tierra, el cielo. Y así lo sabían: Cuando la tierra y el cielo quedaron establecidos, ha habido cuatro géneros de hombres, cuatro modos de vida. ———

El primer sol estuvo durando en su principio:

Su signo fue 4-agua. Se llama "sol de agua".

En éste fue cuando todo se anegó en el agua, todo se trocó en gusanillos de libélula, todo se transmutó en peces.

El segundo sol estuvo durando: su signo fue 4-Tigre.

En este aconteció que el cielo se vino abajo. El sol entonces no caminaba. Era puro mediodía. Luego se hacía oscuro. Cuando se hacía oscuro, las gentes eran comidas de fieras. En este sol vivían gigantes. ———

El tercer sol estuvo durando: su signo, 4-Lluvia. Sol de lluvia. En este aconteció que hubo lluvia de fuego. Los habitantes ardieron y hubo lluvia de arena. Fue entonces cuando quedaron esparcidas las piedras de arenisca que vemos y cuando hirvió la piedra porosa y en este tiempo se constituyeron las piedras rojas enhiestas.

El cuarto sol: su signo, 4-Viento. Sol de viento.

En esto aconteció que las cosas fueron arrebatadas por el viento: hubo transformación (de hombres) en monos. Echó a esos hombres monos por los bosques.

El quinto sol: su signo 4-Movedor. Se llama así porque va siguiendo su camino, se va moviendo.

Según dicen los viejos en ésta habrá terremotos, hambre general con que nos acabaremos".[4]

Cinco etapas de tiempo; una por acabar, como han acabado las otras cuatro. Tal es la general noticia que se desprende, dejando las variantes de orden, de duración y de númenes asignados que hallamos en otros diversos documentos. No entra en mi programa presente hacer una comparación de ellos en sus diversidades. Hago solamente notar que todos hablan de "períodos de tiempo". Éstos se suceden unos a otros, tras una consumación de las cosas por diversos modos.

Han discutido los estudiosos si esta serie es de carácter cósmico y objetivo o se trata de una transposición de períodos de medición de los tiempos y por tanto son períodos cronológicos y subjetivos. Para el fin del estudio presente nada supone una u otra solución. En todo caso estamos ante períodos que terminan en catástrofe en que las cosas todas, o la mayoría de ellas, quedan destruidas.

[4] *Cod. de Cuauhtitlan,* Ms. en el Museo de Antropología, p. 2, lin. 19 s.

De otro documento tomó la duración de estos períodos. Es el que forma la parte tercera del Códice de Cuauhtitlan y que su editor Del Paso y Troncoso nombró "Leyenda de los Soles", precisamente por iniciarse con una descripción semejante a la anteriormente leída.

Pone esta fuente la duración de los períodos en esta foma:

Sol 4-Tigre	676 años
Sol 4-Viento	364 años
Sol 4-Lluvia	312 años
Sol 4-Agua	676 años[5]

El hecho de que la suma de estas cifras y cada una de las asignadas a los períodos sean múltiplos exactos de 52, número de años del ciclo temporal hacen sospechar vehementemente que el sentido de los soles sea cronométrico. Dan 13 períodos para 676 años; 7 períodos de 52 para 364 años y seis períodos de 52 para 312 años. Aún así, la división en períodos tiene relaciones cósmicas. No concibe el tiempo el náhuatl sino en funciones de espacio. Para nuestro intento nada hay que obste a la comparación que se intenta aquí.

En el conocido documento que llamó su editor García Icazbalceta *Historia de los Mexicanos por sus pinturas* y que pertenece a las fragmentarias obras de Olmos, hallamos la misma división con el aditamento de los dioses asignados a cada etapa. Resumo así:

Tezcatlipoca sol 4-Tigre.
Quetzalcoatl sol 4-Viento
Tláloc sol 4-Lluvia
Chalchiuhtlicue sol 4-Agua.[6]

En que volvemos a hallar la repartición de cuatro entre tres varones y una mujer, como en los rumbos cósmicos.

Es tiempo de concretar esta información que me parece un tanto confusa. Creo estar pecando contra el precepto de Horacio: *Brevis esse laboro: obscurus fio.* En tanto que procuro brevedad, la oscuridad me domina. No se puede menos en tiempo tan limitado, para tan compleja cuestión.

---

5 *Id. ib.* F 39 R O p. 75.
6 *Historia de los mexicanos por sus pinturas,* Ed. 1943, p. 212 ss.

Había en la mentalidad nahua una disposición a ver el universo existiendo en etapas condicionadas por diversos agentes y todas ellas terminadas en un cataclismo. Cuatro habían pasado, una estaba corriendo, pero todas habían de terminar en un período de oscuridad —muy semejante al caos— de los indogermánicos, o la *tohu wabohu* de los semíticos. La misma frase idiomática de que se servían daba la pauta del concepto: *in oc yohuayan, in ayamo tona in ayamo tlathui:* "cuando aún es de noche, cuando aún no hay luz del sol, cuando aún no amanece".

Vamos a tratar de ver qué conceptos hallamos en la filosofía indostana similares a éstos.

6

Ya en los Vedas podemos hallar rastros de esta teoría de un mundo que existe en sucesión de etapas temporales y que se manifiesta en evoluciones e involuciones. Pero como textos poéticos, es mejor dejarlos a un lado, como hemos dejado para esta disertación los de los nahuas.

En tan reducido ámbito hemos de recurrir a los Upanishadas también. De ellos nos da la sección llamada Svetasvatara (*sveta:* puro, *asva:* sentidos) de tardía fecha, según los especialistas en esta filosofía, pero no tanto que no mantenga el pensamiento más antiguo, muchos conceptos que pueden asimilarse a los de las tradiciones nahuas.

El concepto de los *kalpas* es uno de ellos. Daré la definición de Kastberger en su reciente léxico, por ser bastante exacta y clara,[7] y, como todo lo de este autor, fundada en las fuentes.

"Nombre con que los brahmanes designan la creación sosteniendo que, al término de cada creación, todo 'invuelve' otra vez en la esencia de la divinidad... Cada creación dura un día de Brahma, o mil revoluciones de los cuatro períodos "*yugs o yogs* (e. d. uniones).

Se llaman *satya-yug, treta-yug, dvapar-yug y kali-yug.*

El primer período dura 2.200,000 años.
El segundo, 2.400,000 años.
El tercero, 1.600,000 años.
El cuarto, 400,000 años".

[7] Ed. en Buenos Aires, 1954, *Vid.* Bibl.



Códice Borgia

La explicación del sentido nos ayuda a precisar los conceptos.

Sayta-yug es "unión de verdad", o verdadera en su existencia.

Treta-yug es "unión triple", o tres veces afirmada, o de sacrificio.

Dvapar-yug es "unión de entrega".

Kali-yug es "unión de enlace".

Estos términos varían a veces con la sucesión de *krita, tedra, dvapara y kali.*

En forma rudimentaria podemos decir que corresponden a una etapa de egreso de Brahma; el mundo sale del ser único,

etapa de progreso de Brahma; el mundo hace esfuerzo por regresar,

etapa de ingreso en Brahma; el mundo regresa y entra al sér.

etapa de congreso con Brahma; el mundo se funde en el ser.

Cuatro períodos de salida y regreso al ser, por parte de los diferenciados seres finitos.

Nótese el paralelismo en las etapas, en duraciones, en tendencia a la unidad que hallamos, aunque confusas, en los testimonios del pensamiento náhuatl.

La raíz fundamental *kalp* encierra el concepto de "hacer, fabricar, forjar". Pero tenemos también la reminiscencia griega de la misma raíz en *kalpe, kalpis.* La primera palabra con el sentido de "carrera de caballos" y con el de "vasija, urna, continente de alguna cosa". En latín mismo está la voz *calpar,* con similar significación, principalmente con referencia al vino.

Una creación en progreso o carrera, y una realidad que contiene a otra en sucesión es la noción que hallamos en este vocablo sánscrito.

Como ha dicho con precisión Radakrishnan,[8] esta concepción es "un compromiso entre dos doctrinas. La de los Upanishadas en que se da una noción de procedencia aparente de los seres con orden a la realidad única y el de la interminable duración del samsara". Esta palabra *samsara* es una forma de decir el ser sin término, sin mudanza, en sucesión de renovación de sí misma. El ser concebido en forma dinámica de actuación constante y sin mudanza, pero con nueva realidad siempre.

Es la doctrina de los períodos cósmicos digna de ampliarse

---

8 *Indian Philosophy,* I, 513 ss.

brevemente, por lo que pudiera tener de semejanza con los conceptos nahuas.

Hallamos la evolución de esta doctrina desde la tardía serie de discusiones que se llama Svetasvatara Upanishad; en el Bhagavad Gita y en los Épicos.

Por ejemplo, de la primera base testimonial leemos:

"De cierto Rudra es uno: no hay lugar para un segundo:
Él rige todos estos mundos con sus poderes de mando.
Es contrapuesto a sus creaturas. Es el protector.
Pero después de crear los mundos, todos,
Los reabsorbe al fin de los tiempos".[9]

En otra de sus obras vierte Radakrischnan con mayor poesía este texto: "Él mora en todas las creaturas y arde con furor hacia el fin de los tiempos. Como un amo hace trizas las cosas todas creadas".[10]

Lugares semejantes se pueden dar, ya sin comentarios para no alargar este trabajo sin medida.

"Después de hacer salir una red en pos de otra en los espacios,
Otra vez los recoge hacia dentro".[11]

De un Upanishada posterior tomamos esta otra sección en que pueden hallarse involucrados los dos aspectos considerados en esta disertación. La realidad del espacio y la realidad del tiempo en su relación con lo infinito:

"Verdaderamente en el principio este mundo era Brahma:
El único infinito: infinito en el oriente, infinito en el sur,
infinito en el poniente, infinito en el norte,
infinito arriba, infinito abajo: en toda dirección.
Para él el oriente y las demás direcciones
no existen, ni a través, ni arriba, ni abajo.
Incomprensible, sin límite, sin nacimiento:
no se puede razonar sobre él; no se puede pensar de él:
su intimidad es espacio sin limitación.
Cuando todo se disuelve, él sólo permanece en vela.

---

[9] *Svetasvatara-Upan*, III, 2.
[10] *Indian Philosophy*, I, 514.
[11] *Svetasvatara-Upan*, V, 6.

Del espacio presenta él despertó este mundo:
este mundo es puro pensamiento.
Por él solo todo es ideado
y en él todo viene a disolverse.
Él todo lo explaya y todo lo resume.
Da luminoso ardor al sol, la luz sin semejante de un fuego sin humo.
Da ardor a las entrañas para cocer el alimento.
Es el que está en el fuego, es el que está en el sol;
es el que está también dentro del corazón.
Él es la unidad única y quien conoce esto
viene a ser también uno con la suma unidad".[12]

Es curioso que mentes ligeras hayan visto una manera de panteísmo en esta doctrina, como han creído hallarlo también en los residuos del pensamiento cósmico de los nahuas. Si de éstos tenemos muy poco, por falta de escritura de fácil trasmisión y por la pérdida de los antiguos documentos, de la filosofía indostana en su primera etapa —única que por ahora me ha interesado— tenemos tan abundante mies doctrinal que podemos hallar respuesta a todas las soluciones.

Citaré de otro documento la afirmación de la misma doctrina:

En el Canto del Bendito Señor, o sea el Bhagavad Gita, que es al mismo tiempo poema y especulación filosófica leemos:

El universo todo es pervadido por mí
en mi forma eterna que no es manifiesta a los sentidos:
Todo ser está en mí, aunque yo no estoy comprendido por ninguno.
Como el aire está en movimiento sin fin y abarcado por el espacio
[que lo contiene siempre,
así todos los seres errantes de mí están en mí.
Cuando el ciclo de edades se ha cumplido,
hago tornar a mí la semilla del ser.
Y vuelvo a echarla fuera
cuando llega la hora de la expansión.[13]

El término usado por el autor como abismal existencia es *prakriti*, uno de los más plenos de sentido en la filosofía indú. Hallamos la misma raíz en nuestro "concreto", "secreto", "cre-

---

12 *Maitriti-Upan*, VI, 17.
13 *Bagavad Gita*, IX, 4-7.

cer". Es la faz de la realidad como fuente y origen de todo. Naturaleza original activa, ejecutiva del cosmos, subyacente realidad a toda manifestación de realidad y otros conceptos similares.

Una cita final cerrará la serie de las que sucintamente se han propuesto. Es del mismo Canto Filosófico: tiene la solemnidad de un himno y la precisión de una fórmula:

También en el universo hay noche y día:
El que lo sabe es sabio.
El día es de mil *yugas,* la noche es de mil *yugas*
En la aurora del día todo vive saliendo de su sueño
en que estaba escondido en lo Inmanifestado.
Cuando la noche cae todo queda disuelto
vuelve a dormir el germen de la vida en lo Inmanifestado.[14]

¿Es poesía, es filosofía? ¿Quién puede decirlo, cuando los límites de una y otra son imprecisos? La verdad en sí es concreta. Las abstracciones son hijas de la mente. Vamos a la realidad por todos los caminos. Si la razón construye sometida a los férreos moldes de una lógica no siempre humana, la mente atisba y percibe, entre lo misterioso, con una luz que si no puede hacer entrar en los módulos de la regla y de la fórmula sus reflejos, no dejan de ser por ello fecundos para elevar al hombre sobre sí mismo. Tal, es en fin de cuentas, el don del progreso.

Hallamos, así, un punto más de contacto entre las dos corrientes del pensamiento. La de aquella milenaria cultura que ha florecido en mil racimos; la de ésta, que murió bajo el peso de una opresión, tanto mental como física. Murió, pero como las plantas oprimidas por la mole de un edificio que se derrumba, brota aquí y allá en ramas que anhelan elevarse y en flores que dejan la nostalgia de lo que se perdió.

La conclusión es deber estudiar más hondamente lo que nos ha quedado para ver en la sombra de los siglos luces de eternidad. Todo muere en el mundo, menos el pensamiento.

---

[14] *Ib.,* VIII, 17-18.

7

Concluyo. Como dije al comenzar, no es mi intención deducir nada. Tenemos hechos que deben considerarse:

1 — La concepción cósmica y la concepción temporal, en función conjunta, ofrecen semejanzas en los datos que tenemos de nahuas e indús.

2 — ¿Hubo alguna dependencia antigua de los primeros con orden a los segundos? ¿Es un patrimonio común muy antiguo, o es la pura casualidad la que hace estas similitudes?

3 — ¿Hubo alguna infiltración del pensamiento de Indostán en el pensamiento de Anáhuac, en una época remota?

Dejo voluntariamente sin respuesta estas preguntas.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

En materia tan amplia no es posible dar una verdadera Bibliografía. Nos limitamos a apuntar aquí los libros o documentos de mayor importancia. Dos secciones: una para los referentes a la cultura náhuatl, otra para los que ayuden a la introducción en la cultura indú.

I — *Náhuatl*

Anales de Cuauhtitlan, Ed. de la UNAM, con versión de Primo F. Velázquez y reproducción facsimilar, México, 1945.

Codex Borgia, en Kingsborough, *Antiquities of Mexico,* en ed. del Duque de Loubat, Roma, 1898, con fascimilar reproducción.

Codex Vaticanus A, Códice Ríos, Duque de Loubat, Roma, 1900.

Historia de los mexicanos por sus pinturas, texto de Olmos (fr. Andrés). Ed. García Icazbalceta, México, 1891, Ed. Chávez M., México, 1943.

Del Paso y Troncoso, *Biblioteca Náhuatl,* Florencia, 1903.

Soustelle, Jacques, *La Pensée Cosmologique des Anciens Mexicaines,* París, 1940.

II — *Indú*

History of Philosophy Eastern and Western. Varios bajo la dirección de S. Radakrishnan, Londres, 1952, 2 vols.

Kastberger, F., *Léxico de Filosofía Indú,* B. A., 1954.

Radakrishnan, *The Principal Upanishads,* Londres, 1953, texto, versión y notas.

Radakrishnan, *Indian Philosophy,* 2 vols., Londres, 1928.

Bhagavad-Gita, Ed. Sw. Prabhavananda, y Ch. Isherwood, N. Y., 1958.

Burtt, E. A., *The Teachings of the Compassionate Buddha,* N. Y., 1958.

ALGUNOS DE LOS TEXTOS EN SU ORIGINAL

1 — Cita de los *Anales de Cuauhtitlan*, pág. 2.

In yuh quimatia huehuetque:

In ipan in Ce Tochtli ipan moman in tlalli in ilhuicatl, ihuan yuh quimatia - in icuac omanca tlalli in ilhuicatl oyuh nauhtlamantli onoca in tlaca nauhtlamantli in nemiliztli omochiuh.

In ic ce tonatiuh on manca in itzinecan 4-atl in itonal. Mitoa Atonatiuh. In ipan ye icuac in omochiuh in atocoac in anenetihuac in tlacamichtihuac.

In ic ome tonatiuh on omanca 4-ocelotl in itonal catca motenehua Ocelotonatiuh. Ipan mochiuh tlapachiuh in ilhuicatl in tonatiuh in icuac ano tlatocaya zan nepantla tonatiuh mochiua niman tlayohuaya. In otlayohuac, niman tecualoya. Auh in ipan quinametin nemia. ———

In ic ey tonatiuh on manca 4-quiyahuitl in itonal mitoa Quiyauhtonatiuh. Ipan in mochiuh ipan tlequiyauh in onoca ic tlatlaque ihuan ipan xaltequiyauh. Conitohua icuac motepeuh in xaltetl tic itta ihuan popozocac in tezontli ihuan icuac moman in texcalli chichichiliuhticac.

In nauhtonatiuh 4-ehecatl itonal. Mitoa.
Ehecatonatiuh. Ipan in ecatocoac ozomatihuac cuauhtla toca quintepehuato in onoce tlaca ozomatin.

In ic macuilli tonatiuh 4-ollin in itonal, Mitoa.
Olintonatiuh. Impapa molini in otlatoca auh in yuh conitotihui in huehuet que ipan in mochihuaz tlaloliniz mayanaloz in ic tipolihuizque".

Upanishad Khandogya, IV, 5-7.

—Brahmanaśca te padam bravaniti.

—Bravitu me, bhagavan, iti.

—Tasmai hovaca: praci dik kala, tpratici dik kala, daksina dik kalodici dik kalaisa vai, saumya catus kala pado brahmanah prakaśavan nama.

—Brahmanah saumya te padam bravaniti.

—Bravitu me, bhagavan iti.

—Tasmai hovaca: prthivi kal ntariksam kala, dyauh kala, samudrah, kala, esa vai saumya catus-kala pado brahmano nantavan nama.

—Brahmanah saumya te padam bravaniti.
—Bravitu me bhagavan iti.
—Tasmai hovaca aghih kala, surya kala, candrah kala, vidyut (kala. esa vai saumya catus-kala, pado brahmano jyotisman nama.

—Brahmanah saumya te padam bravaniti,—
—Bravitu me bhagavan iti.
—Tasmai hovaca pranah kala, caksuh kala, śrotam kalah, manah kala, esa vai saumya te pado brahmano ayatanavan nama.

Upanishad Khandogya, III, 18.
Tad etac catuspad brahma:
vak padah, pranah padaś caksuk pada śrotam pada yti adh- (yatman.
Athadhidaivatam agnhi pado, vayuh padah, adityah paso (díśah,
pada yti ubhayam evadistam bhavaty adhyatman caivadhi- (daivavatm ca.

Upanishad Khandogya, III. 13:
1 — Tasya ha va etasya hrdayasya pañca deva-susayah
sa yosya pran susih sa prranah, tac caksuh sa adityah, tad etat tejo'nnadyam ity upasita ...tejasvy annado bhavati ya evam veda.
2 — Atha yosya daksinah susih sa vyanah,
tac chrotram sa candramah, tad etac chriśca yasas upasita
śriman yasasvy bhavari ya evam veda.
3 — Atha yosya pratyan susih so panah
sa vak so gnih tad etad brahma-varcasam annadyam ity
upasita brahmabarcasi annado bhavati ya evam veda.
4 — Atha yos yodam susih sa samanah,
tan manah sa parjanyah tad etad kirtiś ca vyustis
vety upasita kirtiman vysutiman bhavati ya evan veda.
5 — Atha yo syordhav susih sa udanah sa vayuh sa (akasah
tad etad ojaś ca mahas cety upasita ojasvi mahasvan bhavati ya evam veda.

Upanishad Svetasvatara, III, 3. 2:
Eka hi rudro na dvitiyava tasthur
ya iman lokan iśata iśanibbhi.

Ptaryan janan tisthati sañcukocanta-kale
samsrjya visva bhuvanani gopah.

Upanishad Maitriti, III, 17, Brahma ha va idam agra asit,

Eko nantah, prag ananto daksinato nantah, practicy ananta udicy ananta urdhvañ ca vañ ca servato nantah.

Na hy asya pracyadi-disah kalpantetha tiryagvan cordhvam (va.
anuhya esa paramattma parimito jo tarkyo cintya esa akasa tma.

Evaisa krtsna-ksaya eko jagartiti etasmad akasad esa khalv (idam
cetamatram bodhayati, anenaiva cedam dhyayate asmin ca prat- (yastam yati

asyaitad bhasvaram rupan yad amusminn aditye tapati agnau cadhumake yak jyotiś citrataram udarstho tha va yah pacaty annam ity evam hy aha yaścaizo gnau yaś cayam hrdaye yaś casav aditye sa eka ity ekasya haikatvam eti ya evam veda.

ASPECTOS ECONÓMICOS DE LA HISTORIA ARGENTINA

Por *Dardo CUNEO*

II

El siglo XVII, que consume la mano de obra indígena que contenía el N. O., desespera de la que falta en Río de la Plata. Para improvisar albañiles, Buenos Aires importa indios. Reincidente trámite de importación. A mediados del siglo se traen a la ciudad desde la reducción de Quilmes un lote imprescindible para ocupaciones domésticas y labores campesinas. En la segunda década, entre los indios empadronados por el gobernador Góngora ha habido quienes se desempeñaban como oficiales zapateros y sastres. Mas, ese empadronamiento ha revelado que la población de indios en la ciudad se reducía a 91 varones y 12 mujeres. En el año 67 —hará ya un siglo que la ciudad ha recibido a los primeros negros—, la carestía de mano de obra se hace tan manifiesta y angustiante que el Cabildo eleva súplica ante la Corona: "no hay labradores ni trabaxadores que cultiven la tierra", con la que explica la urgencia de algunos navíos cargados de negros. Y es índice de esta carestía el precio que van asumiendo las piezas morenas. Por un negro que es maestro herrero se llega a pagar, en subasta pública, en los últimos años del siglo, la suma desusual de 1,600 pesos.

El siglo XVIII transcurrirá bajo el mismo rigor de carestía de mano de obra, de proletariado insuficiente. En 1744 se registran sólo 33 agricultores entre 10,000 habitantes, de los cuales apenas 327 son propietarios. Un censo de oficios del 776, cuando la ciudad ha doblado el número de sus habitantes del 744, cuenta en 25 a los plateros, en 7 a los lomilleros, en 4 a los talabarteros. La población de la ciudad —público mostrador de contrabando— aumenta al punto que el siglo se cierra duplicando la del 776. Todo ese período la ausencia de mano de obra ha sido, sin embargo, pronunciada. No se le ha saldado en la medida

que la población aumenta y menos en acuerdo con el desarrollo de los negocios de la ciudad, siendo en época de cosecha cuando el problema se evidenciaba en forma casi absoluta. Entonces, el poder virreynal obligaba a los hombres de los oficios urbanos a que abandonaran éstos a cambio de hacerse cargo de las tareas agrícolas. A ese efecto no se ahorraban violencias. Cien azotes para el indígena, o mulato, o negro libre que no consintiera agregarse a las labores de la cosecha. Los jueces de campaña, por su parte, forzaban con mayor rigor al paisano desocupado a transformarse en proletario bajo amenaza de responder con prisión a su resistencia. Mas, para que la carestía no elevara los precios de la mano de obra que se pudiera contar, un bando del Virrey Ceballos, en noviembre de 1777, fijó los salarios y reglamentó el trabajo en las cosechas. A los peones "no se les dé más de cuatro reales al día, y a los muchachos dos reales". Los días sin siesta, como son los días de trilla "y otros en que es preciso aprovechar el viento", se les aumentaba un real por día. Para los así pagados, este era el horario de labores: levantarse a las 4, "para beber mate y entrar inmediatamente y a la hora y media que estén en él, se les dará otro mate y media hora después el almuerzo, y a la hora de éste otro mate —y de ahí en adelante hasta que salgan del trabajo todo el agua fresca que quisiesen". A las 11.30, descanso de media hora. Almuerzo, a las 12. Siesta hasta dos horas después, "que se les despertará dándoles mate, y volverán sin demora otra vez a la faena". Finaliza la jornada: una hora después "de entrado el sol". En todo el día, seis mates con los dos que toman a la mañana y tarde antes de ir al trabajo. Pan, no, porque no lo hay; en cambio, maíz o trigo de Chile. A los trabajadores a destajo, se les paga cuatro reales por cada fanega de sembradura; para ellos, ni mate, ni comida. "Por ningún motivo ni pretexto —no olvidaba advertir el bando— se le pague adelantado, ni pueden los peones pedirlo con la voluntariedad que acostumbran amenazando, y aun afectivamente yéndose si no les dan todo lo que piden". En ese caso, pena de cien azotes por las calles, y un año de destierro a los presidios, si fuese indio, mulato o negro; si fuese español, dos años de destierro "por lo que debiendo dar éstos buen ejemplo, son por lo común los que pervierten las demás gentes".

A comienzos del 779, suscribe el Virrey Vértiz un bando en que, ante la falta de peones para levantar oportunamente la

cosecha de trigo, dispone "que cesen todas las obras que hay en la ciudad, y los obrajes de hacer ladrillo y texas hasta que acabe la ciega, y que todos los peones que se ocupan en esto y los indios, mulatos y negros libres, salgan a las chacras a conchavarse para la referida recogida de Trigo..." Si no lo hacen, pena de diez azotes. "Que los Cavos Militares y Jueces de Comisión de la Campaña —agrega el bando— obliguen a todos los gauderios cagabundos y gente ociosa a que se conchaven para segar y lo mismo se les obligará a los que se hallaren en esta ciudad, sus arrabales y quintas... aprehendiendo a los que no lo hiciesen". El bando se reproduce en diciembre de 1779 y en el mismo mes el año siguiente.

En abril de ese 1780 se hace expediente donde consta que más de sesenta maestros zapateros reclaman, con toda energía, que se formalice su gremio, impidiéndose así que el aprendiz u oficial pueda habilitar tienda en perjuicio de los maestros que son los depositarios de las justas artes. El reclamo alude a los "innumerables vagabundos que por no tener arte ni profesión perjudican a la sociedad". En octubre, ya tiene reglamento el gremio; ha sido redactado por el Cabildo por resolución que el Virrey ha tomado el mismo día de abril en que los sesenta maestros hicieron su presentación. "Siendo de la obligación de los Maestros el satisfacer los Plazos estipulados a los dueños de los oficiales esclavos los jornales que se concertaron", establece el reglamento que de "la paga de ellos queda responsable subsidiariamente el fondo del gremio para que de esta suerte los dueños de Esclavo no padezcan el injusto perjuicio de la mala fe de los Maestros...".

En julio de ese mismo año, un bando del Virrey Vértiz advierte que "para el mejor orden y arreglo de esta República conviene precisamente reducir a gremios y por clases a todos los Artistas y Oficiales mecánicos que haya en ella y en su distrito", por lo cual ordena que comparezcan los Relojeros, Doradores, Oribes, Plateros, Labrantes y Clavadores de piedra, Estatuarios, Tallistas, Carpinteros, Silleteros, Toneleros, Armeros, Herreros, Cerrajeros, Bronceros, Caldereros, Faroleros, Herradores, Sastres, Cordoneros, Tintoreros, Sombrereros, Zapateros, Guarnicioneros, Lomilleros, Curtidores, Albañiles, Cateros, Barberos y Peluqueros. No todos comparecieron y entre aquellos que lo hicieron no todos integraron gremio. El empadronamiento de los plateros reveló que 25 eran americanos, 15 portugueses, 5

españoles, pero ni en esa oportunidad —1788— ni en otras ninguna alusión a ese gremio permite suponerlo constituido con las rigurosas convenciones de tal.

La difícil integración de los gremios traslucía la pobre vida económica —productiva— de la ciudad, sus casi totales déficit de técnica y su constante ausencia de mano de obra, revelando, además, que donde esta última se daba era entre los esclavos de color que por tales eran excluidos de los privilegios gremiales. Por otra parte, acudía a impedir la posibilidad del gremio el hecho —ya apuntado— de que no se reproducían aquí los panoramas medievales que en Europa lo habían hecho posible. La actuación o reflejos de elementos de tipo feudal no tenían fuerza suficiente como para trasladar, de cuerpo, presente, sus instituciones. La escena tenía sus propios caracteres, sus propios conflictos; era —ya lo hemos advertido— escena de yuxtaposición de formas económicas y jurídicas, aun cuando éstas aparecieran, siempre, reprimidas o condicionadas por ganadería primaria y contrabando en desempeño cada vez mayor.

Mientras el mestizo del Noroeste es labrador, tintorero, tejedor, carpintero, constructor de carretas y en el Noroeste es, también, constructor de embarcaciones, en Río de la Plata es pastor. Mientras, en casi todo el Noroeste, a pesar de la devastación llevada a cabo por el encomendero, se traman lienzos, elaborándose vinos en Cuyo y construyéndose carretas y cultivándose arroz en Tucumán, y en el Paraguay se construyen fragatas y bergantines y en Corrientes se trenzan cinchas y vergas, Buenos Aires salda en la barbarie ganadera sus grandes déficit. La ganadería no necesita ni crea la mano de obra de que se angustia la vida urbana. Ni crea sociedad. El pastor es minoritario protagonista ahistórico y el orden de relaciones de la estancia supone el refugio de los ecos del orden feudal. La esclavitud a cambio del salario asegura, en ella, la multiplicación de los beneficios del amo ganadero. Juan Agustín García dedujo: "Con cien pesos plata se compraban los quince o veinte años de trabajo que podía dar un negro, el equivalente a tres o cuatro mil pesos de jornales". La estancia resiste al salario. Con lo que la barbarie del sistema de producción —o dígase mejor de recolección— de la primaria ganadería, se unía la barbarie y la infamia de rudimentarias relaciones sociales fundadas en la sobrevivencia de la esclavitud. Todo lo cual va desarrollando esta contradicción: en la barbarie, Buenos Aires funda

su sentido económico. Con la barbarie hará su civilización. No es la menor seña de bastardía del capitalismo argentino.

El negro es, en verdad, el primer personaje de esta sociedad, el más completo valor económico. En la escala rioplatense de intereses figura en turno inmediato a la ganadería y el contrabando. Esclavo, artesano o proletario —esclavo-artesano, esclavo-proletario—, suyos son todos los oficios de la ciudad y se desempeña por igual en los oficios de la campaña. Concolorcorvo sólo quiso verlo en los oficios domésticos del lavado y almidonado de la ropa, visión parcialísima con respecto a sus numerosas funciones. Si las mujeres son lavanderas en la ribera del río, achuradoras en los mataderos de los arrabales y cocineras y planchadoras en las casas del amo, ellos son albañiles, carretilleros, poceros, escoberos, zapateros. En vano que en la tentativa de integrar los gremios, se les excluya o resolviéndose en todo caso que tendrían licencia para constituir gremio aparte. La constante descalificación social por parte del blanco propietario no indispone a su riguroso aprovechamiento. Belgrano los querrá apartados, pero en las razones que expone para quererlos así va implícita la condena del blanco ocioso y explotador: "los blancos prefieren la miseria y la holgazanería antes de ir a trabajar al lado de negros y mulatos". Obrero preferido. Buen negocio el negro de los oficios. El negro reditúa jornal de artesano o proletario: "...diferentes personas —dice el *Telégrafo Mercantil*, en julio del año 2 del siglo que será republicano— que queriendo llevar una vida ociosa vienen a buscar quien trabaje por ellos. Para esto emplean cada uno mil o dos mil pesos en estos fardos racionales, y partiendo muy satisfechos a sus casas, a los pocos días obligará a sus nuevos Esclavos, a que anden vagando por estas calles a fin de adquirir el jornal de quatro o cinco reales diarios". Los cuatro o cinco reales diarios harán el capital del amo, a razón de un interés de hasta diez pesos mensuales que reditúa cada uno de ellos. De esa masa humillada y explotada en su doble humillación y explotación de esclavo-artesano y esclavo-proletario, surgirá una categoría de servidores especiales. Son los profesores de música y de baile y los sastres finos, indispensables para el refinamiento social de las hijas de un patriciado negrero, acaparador de tierras, especulador de ganados, contrabandista de cueros, incapaz de ejercer oficio y fundar sociedad. Esos servicios hicieron un camino

por el cual, también, se diluyeron las sangres de África en estas zonas.

La explotación del negro —que, además de rendir servicios personales produce renta— es fuente en la formación de capitales en la ciudad colonial. No importa que ello signifique el sacrificio de esa zona de humanidad. El sacrificio se consuma con paralela impiedad a la que el encomendero alardeó con respecto al indio. "Es uno de los tantos crímenes del terrateniente argentino —consintió en decir Juan Agustín García— haber mantenido en la abyección, sumido en la miseria moral, cooperando en la ruina definitiva, de una raza bella, viril, inteligente y con serias cualidades de carácter". Las rentas de ese sacrificio formaron fortunas y permitieron retener en la ciudad una buena cuota de las piezas de platería que bajaban del Alto Perú para tomar en el puerto el camino europeo.

Desde el siglo 18 venía acreciendo el patrimonio —capitales, créditos, bienes de uso y de lujo— del capitalismo colonial que opera en esta triple escala: negros, ganadería y contrabando. El ganadero ha venido ascendiendo a decisivo rol económico en el precario mapa de la economía rioplatense; mas, las fortunas mayores pertenecen al comerciante que importa y especula dentro de las redes del monopolio metropolitano o que, desbordando las fronteras de éste, admite que el desarrollo de los negocios de la ciudad se hagan por el canal suficientemente fácil y abundantemente lucrativo del contrabando. Se contrabandean los llamados frutos del país —cueros y lanas, sebos y cecinas—, mercaderías europeas y negros africanos. Mas, todo esto tiene de contrabando sólo la clasificación jurídica de la metrópoli y las disposiciones de reglamentos y ordenanzas que lo persiguen; luego de ello no hay sino comerciantes que con él acumulan capitales y ganadería que con él se desarrolla, lo que indica que el contrabando era el canal natural por el cual se sustentaba la deficitaria economía rioplatense. En torno de la perspectiva que él habilita sostiene duelo el comerciante y el ganadero. Y el duelo de esos dos intereses constituye la dinámica de los últimos períodos coloniales y animará la de los primeros tiempos republicanos.

Ausente las jerarquías de una nobleza de tipo europeo imposibles de reproducir, correspondió a comerciantes y ganaderos, los empresarios de la economía colonial, componer, sobre un primer alarde de pureza de sangre que no pudo ni tenía

por qué sostenerse, pero sí sobre un permanente monopolio de privilegios con respecto al resto de la población, una clase de *gente decente* que en actas y crónicas aparece definida como "la parte más sana y distinguida del vecindario". Si en el Norroeste, la *gente decente* procura remedar a la nobleza española en las prerrogativas que se atribuye, en Río de la Plata presenta las señas indisimulables del advenedizo, lo que no impide que ponga rigor en las distancias que establece entre ella y el pueblo pobre, descartando siempre la existencia de una clase media.

La perspectiva habilitada por el contrabando agudiza las distancias entre *gente decente* y pueblo pobre, y hace más profundo el vacío sin alternativa que la recorre. La guerra contra el *vago* y el *ocioso* de las campañas advierte al paisano que el ganado con que hasta ahí se ha alimentado no es ofrecimiento gracioso de la llanura generosa; ya es ganado *robado*, porque sobre aquella se han extendido y persistirán en extenderse las jurisdicciones policiales de los propietarios, alentadas por la posibilidad de negociar los frutos fáciles de la ganadería. Si un bando virreynal de mediados del siglo XVIII —1755— reprimió —desvalorización social y condenación económica de la agricultura— la extensión de las chacras, debiendo ser reintegradas todas las tareas comunes a ellas a las tierras concedidas para ese fin en los repartimientos iniciales, otros bandos —1747, 1748— han insistido —valorización económica de la ganadería— en limitar las vaquerías y prohibir las matanzas anti-económicas. Quien contravenía caía bajo el rigor del bando de 1752: seis años de prisión en Montevideo y pérdida de bienes si los hubiere. En 1755, el gobernador Andonaegui propuso un servicio especial de policía. En 1790, se menciona entre las causas de la disminución del ganado la abundancia de *vagos* y *ociosos,* cuyo alimento era el ganado *robado*. El siglo XVIII termina con la persecución por el bando y poder virreynal de los ladrones de ganado. En su memoria de 1800, el Administrador de la Aduana de Buenos Aires alude al ladrón de ganado, vagabundo de la llanura, al mismo tiempo —convencional obligación de funcionario— que al contrabandista, como enemigo cierto del desarrollo de la economía exportadora de cueros y del aprovechamiento de la riqueza ganadera. Mas, otro documento típico de ese final de siglo lo constituye la presentación que hacen —en 1794— los hacendados. Habilitado —en 1778— el puerto para traficar

con los de España y los de otras colonias del continente, la salazón de carnes de exportación necesita de mano de obra. Los hacendados estiman que se requiere un centenar de operarios maestros. También urge, conjuntamente con naves que trafiquen los productos, la mano de obra de su tripulación. Según el *Telégrafo Mercantil* serían ocho mil los obreros del mar. Además, el aprovechamiento del cuero está exigiendo mano de obra de expertos curtidores. La ciudad no cuenta con mano de obra suficiente ni para salar carnes, ni tripular naves, ni curtir cueros.

El pueblo pobre de la ciudad que hasta ahí había sabido de una sola ventaja —carne barata— ha comenzado a verse alejado de ella. Los precios que obtiene la carne marcada por el contrabando y por el puerto liberado para la comunicación con España y las otras colonias, aparta al pueblo urbano de su consumo, al par que el habitante de la campaña lo es por el bando del virrey como lo será luego por los decretos de la República que eran, al fin, la consecuencia impaciente de aquellos precios. El pueblo urbano quedaba sometido, más que nunca, a la precaria posibilidad —imposibilidad— de su salario. La colonia ha tenido, desde un principio, economía monetaria, típico de la colonización capitalista, siendo la moneda de plata más que la de oro —dado que la metrópoli procuraba vaciar de este metal al continente— la que tuviera vasta circulación; pero, evidentemente, gran sector de pueblo quedaba al margen de esa economía monetaria, pues al prestar servicios no recibían salario en moneda alguna, sino en especies convencionales, mientras otro sector era prisionero, a su vez, del frecuentísimo fraude monetario, pues moneda fraudulenta era la de su salario: ni oro ni plata de las minas americanas en cuños de buena ley, sino ya el vellón o la *macuquina,* que eran los agentes de los fraudes financieros de la Corona, de sus funcionarios y de los empresarios de los negocios coloniales. Mas, no faltaba el tercer sector: el que disponiendo de metal —de buena o mala ley, generalmente de esta última—, recibía del pulpero un vuelto de *señas* que sólo mantenían la relatividad de su valor para obligadas compras en su negocio. Eran las formas complementarias de la esclavitud del salario que, por lo demás, oscilaba desde los 6 u 8 pesos mensuales que a principio del siglo 17 se pagaba al peón de la inmediata campaña hasta los 6 pesos diarios que reciben —mano de obra calificada— los albañiles que intervienen en la reconstrucción de la Catedral en el último siglo colo-

nial. Por otra parte, el pueblo de la ciudad colonial no sabía siempre para qué podía servir su salario, por la sencilla razón de que los precios de los artículos indispensables a su vida oscilaban al ritmo de la más excesiva especulación. Primera circunstancia de especulación: el pan. Reprimida la agricultura, al mismo trabajador que se ocupa en la cosecha no siempre se le facilitaba pan —tal como nos lo revelara el bando del Virrey Cevallos, de 1777— porque se asegura que él no existe. Cuando se daba buena cosecha, la harina quedaba retenida —monopolizada— por los vecinos ricos, para la elaboración casera del pan que se negaba al pueblo. O la retenía, por su cuenta, el panadero para elevar el precio de las piezas. Responsabilidad de vecino rico o panadero especulador, con buena o mala cosecha, el salario no representaba siquiera una constante cantidad de pan, sino que éste queda, con demasiada y cruel frecuencia, al margen de la posibilidad de aquel y el hambre se generalizaba haciendo de las suyas.

La nueva burguesía ganadera que asume conciencia de sus intereses a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX recelará de la posible elevación de los salarios en la misma medida y tiempo que sobre la economía urbana se refleja el éxito de sus negocios. No admitirá, en forma alguna, que participe de él el asalariado para quien propone, por el contrario, un plan pauperizador. Se trata —lo enuncia el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*— de forzar al pueblo de los oficios a vestir el "grosero vestuario" que sus propias mujeres y pequeños hijos habrían de confeccionar en el telar, el torno y la rueca: "entonces sí, que sobre desaparecer enteramente la vergonzosa ociosidad, veríamos baxar de improviso el trabajo de las manos". El recelo burgués hacia el pueblo de los oficios se expresaba en Moreno, su intérprete, cuando se sorprende y lamenta: "¡Qué concepto tan desfavorable formarán los demás pueblos de nuestros comerciantes, cuando sepan que puestos en el empeño de influir sobre un proyecto económico relativo al comercio del país, no encontraron gremio a quien asociarse sino el de los herreros y zapateros! ¡Qué mengua sería también para nuestra reputación —agregaba— si llegase a suceder que en los establecimientos económicos de que pende el bien general... se introdujesen a discurrir los zapateros!". Levene sostuvo que Moreno no aludió a herreros y zapateros con el sentido de aristocracia que hizo notar Justo, sino que su disgusto se fundaba en que aquellos estaban

enrolados en el partido monopolista en defensa de los intereses de su artesanía. Lo que no es disculpa ni explicación suficiente, pues era lo propio y cierto de nueva burguesía, apresurada por la irrupción de sus intereses, abusar de recelos con respecto a la clase que habría de someter. Justo hizo inventario, a través de la prensa que expresaba a aquella nueva burguesía y a sus intereses, de las calificaciones tanto recelosas como condenatorias que salían al encuentro del paisano que no acataba las nuevas fases de la colonización: para los de Tucumán, *bandoleros, malentretenidos, holgazanes;* para los de Santa Fe, *cuatreros;* para los de los alrededores de Buenos Aires, *bandas de forajidos;* para los de la campaña uruguaya, las generalizadas de *vagos* y *ladrones.*

La constitución del mercado internacional, bajo la impronta de la revolución industrial inglesa y a través del cual se definirá el siglo liberal, apresuraba el ascenso del hacendado criollo al comando de la economía rioplatense, desde el momento que el desarrollo del negocio ganadero, que aquel auspiciaba, hacía comparecer a éste como corresponsal colonial del imperio moderno. Se van los cueros, las lanas y las carnes al llamado de las enérgicas exigencias de ese mercado y con mayor rigor exigente el Río de la Plata recibe las manufacturas de producción británica. 1810 equivale a puerto libre. Mas 1810 ya estaba radicado en el 6 de noviembre de 1809 en que se abre legalmente el puerto al tráfico inglés como en las licencias de 1778, como en el ejercicio regular del contrabando que cubre casi todos los tiempos del coloniaje español. De la relación entre estancia colonial y puerto libre, surgirá la República pastora. Las nuevas fases de la colonización mudarán —mas, no siempre— de actores, marcándose, en cambio —signos inalterables— varias constantes que enlazan los procesos de la economía rioplatense y emparentan a sus personajes. La más cierta de ellas es el monopolio de la tierra a los efectos exclusivos de la explotación y negocios ganaderos. A medida que se incorporan nuevas zonas al territorio económico, la República se apresurará a cumplir el trámite que la colonización española había inaugurado: conferirle a la tierra un precio improvisándole propietarios, y forzar al paisano sin necesidades económicas a devenir en proletario, servidor y consumidor dentro de las jurisdicciones capitalistas.

Las variantes decisivas son dos. Se manifiesta la primera en las zonas del Noroeste y está constituida por la ruptura de la

castigada unidad agrícola e industriosa de su mestizo, invadida por la manufactura británica que Buenos Aires negocia y que tiene fuerza suficiente para paralizar telares nativos, desalojar mano de obra de sus ocupaciones habituales, despoblar la región, inutilizar sus energías y establecer nuevas formas de relación económica. La segunda variante se pronuncia en la zona rioplatense. Es ésta: el pueblo no comerá ya carne ni abundante ni barata. El precio que le consigna el mercado internacional la aleja —definitivamente— de su alcance. Juan Álvarez dedujo la carestía de la vida pobre, su pauperización, de estas circunstancias: "Las ganancias procedentes de la subida de precios en el litoral quedaron a favor de los dueños de campo, no de los jornaleros. Para estos últimos, la carestía de la carne y el pan resultaba hasta más perjudicial que cuanto pudiera beneficiarle la rebaja de las telas, quincallas u otros productos del exterior. Sus jornales no aumentaron. Conforme aumentaba la salida de productos para el exterior, hacíase más y más difícil a los pobres vivir con el salario de antes...". La nueva burguesía obligaba —con las violencias que desata una nueva clase— al pueblo pobre a enrolarse en la esclavitud del salario. El 3 de agosto del 10 se ha circulado a los pulperos de la campaña la prohibición de comprar sebo, grasas y cueros a las personas que no acrediten, a su vez, haberlas comprado de hacendados conocidos y en caso de que de ello no dieran pruebas fueran requisados. Razones: "Desde que tomó alto precio el sebo por las frecuentes extracciones que de él hacen los extranjeros —impone la circular que alude a anteriores bandos prohibicionistas— son repetidas las quejas dadas de varios partidos sobre la matanza de vacas que se hacen en ellos principalmente por los vagos y ociosos". La Primera Junta apuraba la creación de propiedad y proletarios. A comienzos de noviembre, se reglamentan en detalles decisivos no sólo la matanza de ganado, penando la que se haga sin autorización directa de alcalde y Ayuntamiento, sino que se determina, también, su introducción en la ciudad, teniéndose por robado aquel que no viene con los certificados del hacendado que las hubiera vendido. En septiembre del 11, se sanciona la extinción del tributo. Durante el inmediato 1812, se prohibe la introducción de esclavos, siendo declarado libre el que llegara al territorio a partir del año del decreto, y se cancelan los privilegios gremiales, ya sin vida efectiva, obligándose a los maestros a transmitir las habilidades del oficio —definiti-

vamente abierto— a los aprendices nativos. Mas, la nueva oligarquía porteña, que legisla tendiendo a crear clase proletaria, procurará hacerlo ya en una doble perspectiva. Si la asamblea del año 13, que se definirá como intérprete histórico de los intereses de esa nueva oligarquía, se propone transformar en trabajador libre a quien desde entonces nazca de esclavo como también al esclavo que desde ese momento se incorpore al país, derogando la legalidad de los sistemas de mitas y yaconazgos, con lo que se apresura el método en curso para crear servidumbre proletaria, el decreto anterior del 4 de septiembre de 1812 que aparecía suscripto por el Triunvirato y no por casualidad rubricado por Bernardino Rivadavia, iniciaba una nueva perspectiva decisiva en la integración del proletariado argentino: llamaba a la inmigración europea para que hiciera los aportes de su mano de obra.

A esa hora, la política monopolista de Buenos Aires hacía depender de sus intereses exclusivos y excluyentes los del resto de las regiones del territorio. Sus intereses importaban tiranía económica con su consiguiente despotismo político arropados con frecuentes enunciados de filosofía liberal y jacobina. Mas, estos enunciados no podían disimular que las nuevas fortunas del capitalismo colonial porteño estaban cimentadas en la pauperización de los centros de antigua labor agraria e industriosa al par que en la pobreza de la misma ciudad. Para pagar las abusivas importaciones se queda la ciudad sin moneda. El oro y la plata amonedados se va. ¿Cuál es el signo de la economía popular? Terry consigna: "Hubo escasez de medio circulante hasta el caso que los comerciantes al menudeo emitían vales y discos con sus sellos y firmas". Y deduce el historiador de las finanzas republicanas: "Escasez de moneda importa encarecimiento en el precio de las cosas, y, en definitiva, miseria de las clases menesterosas y privaciones en las clases acomodadas".

Las nuevas relaciones económicas que, necesariamente, promoverá en la ciudad la función de corresponsal de imperio moderno, no se constituyen sino lentamente. "Antes del 10 —recontará en su inventario del segundo número de la *Revista del Plata,* octubre del 53, el ingeniero Carlos E. Pellegrini—, no teníamos ni maquinistas, ni gravadores, ni carroceros, ni fundidores, ni joyeros, ni quincalleros..." Eran desconocidos "los saladeros, las fábricas de grasa, de jabón blanco, de aceite, de prensas hidráulicas, los molinos de viento, de vapor, las lavanderas

de lana; lo eran las máquinas aratorias perfeccionadas, las de limpiar vellones, preparar argamasa, gas, yerba, de hacer calzados, amoldar velas, ladrillos, fideos, de fabricar mil otros pequeños renglones domésticos". Las demoras tenían estos índices: Apenas se transformaba el sebo en jabón y el primer saladero era de 1793. La tentativa de curtir cueros encontraba dificultades. Hacia 1790, habían llegado dos oficiales con misión de adiestrar a obreros criollos en esa tarea. En el primer año del siglo, un fabricante de botas recababa autorización para trasladar al país, desde Estados Unidos, unos pocos curtidores hábiles. Belgrano al siguiente año solicitaba que se trajeran maestros curtidores desde Irlanda. Los saladeros eran de galpones de paja, corrales rústicos y piletas inmundas, en donde los primitivos medios de matanza, las destrezas bárbaras de los cuchillos proletarios, las sangres de los animales mal depositadas y el abandono de los desperdicios de las reses componían escena tal que Carlos E. Pellegrini podría advertir que "recuerda a David en la fosa de los leones". El saladero, funcionando en esas condiciones de total barbarie y empleando a mestizos y mulatos en sus labores, era un centro difusor de costumbres y estilos de vida primitivos en el suburbio. La ciudad, mientras tanto, debía descartar mano de obra en sus oficios, pues con los ejércitos se iban talabarteros y herreros para prestar servicios entre las tropas; mano de obra que los campamentos hurtaban a la ciudad.

Recién en 1829, el saladero que persistía como el núcleo de trabajo que reunía al más numeroso contingente de trabajadores, habría de ser modificado en su estructura de funciones y en sus sistemas de tareas. "El torno reemplaza al lazo —reseña Manuel C. Chueco, en *Los pioneers de la industria nacional*, t. II, 1890, teniendo presente los apuntes de Carlos E. Pellegrini—; el animal en lugar de ser arrastrado por entre el lodo, es conducido por una zorra sobre rieles, no a la plaza descubierta, sino a galpón pavimentado, techado y rodeado de canaletas de desagüe". Tan importante como esas innovaciones es la de charquear la carne y conservar los tasajos impregnados con sal seca, en lugar de tratarla con salmuera. A esta técnica correspondería otra innovación de consecuencias sociales: ya nada se desaprovecha de la res, lo que confiere precio a aquellos deshechos que hasta ahí formaban parte graciosa de la alimentación del pueblo más pobre de los últimos patios y de los arraba-

les. De los huesos, mediante su cocimiento a vapor, se extraen grasas y aceites que representan una fuente muy importante de riqueza. Ahí, donde funcionan los saladeros innovados y se cuecen los huesos, se concentra población obrera como la que al sur de la ciudad se irá constituyendo en barrio, Barracas, pero en el cual, avanzando sobre la segunda mitad del siglo, no serán factores preeminentes el mestizo y el mulato, sino el obrero de la inmigración que se ha plegado a esas tareas que representan, según Carlos E. Pellegrini, "los únicos talleres nacionales de que podemos vanagloriarnos".

Fue, precisamente, Carlos E. Pellegrini quien proponiéndose marcar progresos en la vida económica de la ciudad a partir de 1810, dio a publicidad en su *Revista del Plata,* a fines de 1853, un inventario de actividades industriosas hacia 1830. Su estimación no tiene en cuenta la del censo de 1822 que sumaba en 724 a los pequeños talleres. Pellegrin suma 590, cifra más realista. Si antes del año 10 no contaba la ciudad con químico alguno, ni con fundidor, ni con carrocero, veinte años después, de acuerdo con la *Guía de Forasteros,* de Blondel, que orienta a Pellegrini, sólo hay un químico, un fundidor, un mecánico, tres carroceros, seis tintoreros. Los quincalleros eran catorce; los lomilleros, dieciséis; los curtidores, diecisiete; igual número de agrimensores; dieciocho los hojalateros; veintiuno los joyeros; veintitrés los alfareros; treinta los maestros albañiles; treinta y tres los sombreros; igual número los sastres y los cerrajeros; treinta y cinco los zapateros; treinta y nueve los panaderos; sesenta y ocho los carpinteros; setenta y nueve los pulperos; ciento sesenta y uno los tenderos; ciento sesenta y ocho los comerciantes.

El estado de los hacendados no había desistido de despojar de su libertad elemental a su enemigo, el paisano sin necesidades económicas de la llanura. Por el contrario, la legalidad de la oligarquía porteña insistía en extenderse, con tenaz rigor, hacia esas zonas en que pudiera subsistir la presencia del resistente. Los jueces de paz y vecinos propietarios eran intérpretes en la campaña de los llamados decretos sobre vagancia como el que —octubre de 1815— suscribe el gobernador-intendente de la Provincia, Manuel Díaz de Oliden. Disponíase por él que todo individuo que no tuviera propiedad legítima de que subsistir,

debía hacerlo constar ante el juez territorial de su partido y ser, por consecuencia, considerado como de la clase de sirviente. Todo sirviente debía tener papeleta de su patrón, visada por el juez del partido cada tres meses, requisito sin el cual la papeleta carecía de valor. Cuando el paisano de la *clase de peón* era sorprendido sin su papeleta pasaba a ser considerado como *vago;* se le remitía prisionero a la ciudad para ser destinado al servicio de las armas durante un período de cinco años; mas, si no era apto para este servicio se le obligaba a tomar patrón, a quien debía servir, necesariamente, durante dos años "por su justo salario"; si reincidía, el período en que debía servir en el ejército se extendía a diez años. Indicaba, además, el decreto del gobernador Oliden que ningún paisano podía transitar por la campaña sin autorización expresa del juez del partido, no sirviendo para ello el hecho de poseer su papeleta en regla, con lo que se lo forzaba a permanecer recluido dentro de las jurisdicciones de la estancia. Cualquier vecino propietario quedaba autorizado, en cambio, por el decreto para detener al paisano que transitara por sus tierras y en caso de que no llevara consigo la venia del juez habría de remitirlo a éste para someterlo a castigo.

La persecución se extiende por los territorios donde la propiedad necesita beneficiarse con sus fueros. La legalidad del interés del ganadero no admite demoras. Así se da —uno de los tantos ejemplos—, la circular del gobernador enterriano que en julio del 24 avisa a los comisionados de la campaña y a los comandantes de los Departamentos que el gobierno ha advertido que ellos no se empeñan en aprehender y remitir los ladrones y vagabundos de la campaña, urgiendo a que "todos los malentretenidos de la campaña y población de la Provincia sean perseguidos con celo y remitidos luego de aprehenderse a esta Capital, para destinarlos de manera que no repitan los delitos que ya han cometido".

Por entonces, la firma de Bernardino Rivadavia aparece rubricando las decisivas medidas del ordenamiento capitalista del país sobre la base de otorgar, por decreto, precio y propietarios a la tierra y someter a proletarización a las clases pobres. Sólo sometidas, sólo proletarizadas, será posible su vida, su media vida. El ordenamiento capitalista, que se va extendiendo con la energía de su interés avasallador, no dejará margen para que ellas puedan subsistir en otra zona que no sea la del some-

timiento. Las nuevas fases de esta colonización revisten los efectos de apremiante encerrona para aquellas clases. El paisano rebelde será aniquilado económica y físicamente por la República exportadora de cueros y carnes. "Cuanto más ésta se adelanta —refería a la industria, y con ella a la civilización, el decreto de julio del 23 que suscribe Rivadavia—, tanto más objetos se presentan a las clases laboriosas en que ejercitar su industria y tantos más medios de salir por sus propios esfuerzos de la dependencia del trabajo del día. Esto es mucho más cierto hablando de un país como el nuestro, en que los jornales son tan altos, que, bastando a satisfacer más que las primeras necesidades de los que viven de ellos, les puede dejar un sobrante con que preparar una fortuna propia, que los constituya alguna vez independientes". "Pero nada se opone tanto a la asecución de esos fines —agregaba el decreto rivadaviano—, como la inmoralidad de las mismas clases que deben esperar de su industria aquellos beneficios. Esta inmoralidad —especifica— llega a tal extremo en los peones de la campaña... que los precipita hasta negar a sus patrones los trabajos que les son deudores, mediante el jornal en que se han ajustado con ellos". Por lo tanto, el estado intervencionista se disponía a exigir de los asalariados el cumplimiento de sus servicios, dando fuerza de ley a este requisito: "Nadie podrá admitir a conchavo a peón que no lleve certificado del patrón a quien antes ha servido", debiendo constar en él su conducta anterior y las causas por las que ha dejado de servir. Mas, para forzarlo a permanecer bajo patrón y a servir, se insistía en advertir que aquel que fuera hallado fuera del campo del patrón sin papeleta firmada por éste justificando la salida, conjuntamente con las fechas y plazos de la misma, "será tenido por vago y forzado a contratarse por dos años en el servicio de las armas". Si para ello no fuera apto, revistará en trabajos públicos. Si reincide, doble es la pena.

En agosto del 21, había decretado Rivadavia la necesidad de que se cumplieran los contratos de trabajo y en noviembre de ese año extiende esa obligación a los aprendices para su admisión en fábricas y oficios: "El aprendiz contratado que sin causa justificada huyere de la fábrica o taller, será obligado a trabajar a más del tiempo estipulado, tantos meses como semanas tuviese de falta. La misma pena sufrirá en el caso que el aprendiz sea

detenido por el padre o tutor, sin el consentimiento del maestro o fabricante".

El estado de los hacendados era activo intervencionista a favor de propietarios y empresarios al punto que el decreto de septiembre del 24, originado en la Junta de Representantes de la Provincia, disponía que cuando un *vago* fuera aprehendido no se admitiera más prueba que el informe verbal del juez de paz o alcalde de barrio a los efectos de destinarlo al servicio de las armas, y otro decreto de julio del 25 exigía la matriculación del acarreador de ganado en pie bajo inmediata inspección policial y la certificación de sus buenas costumbres por dos vecinos propietarios en papeletas renovables cada seis meses.

Dentro de ese ordenamiento, el paisano sometido y proletarizado se verá acosado por la esclavitud de un salario en constante depreciación. Las dos primeras emisiones de papel moneda que se realizan en urgencias originadas en la inestabilidad política (el año 20) y en la guerra con Brasil (el año 26), pero, en verdad, se fundaban en la no menor urgencia que experimentaba la oligarquía porteña de reducir los costos de la materia prima que exportaba. "En Buenos Aires —remarcó Juan Álvarez— esa desvalorización de los billetes agravó el viejo problema del reparto de las ganancias entre los dueños de estancias o saladeros, y sus peones: aquellos seguían pagando a papel la mano de obra con los salarios nominales de antes. Durante muchos años la industria ganadera rioplatense iba a competir ventajosamente con la de otros países en el mercado mundial, favorecida por ese abaratamiento extraordinario del costo de producción y dando cada vez menor parte del precio de venta a los jornaleros". El desarrollo de la exportación dependerá —siempre y en gran parte— de que la materia prima que negocia la oligarquía porteña lleve en su bajo precio el sello de la estafa de los salarios del pueblo trabajador y de su bajo nivel de vida. Esa sería la política de Rivadavia y de Rosas, de Caseros y de la Organización. Las abusivas emisiones, con que se cercena la economía monetaria y se imposibilita un signo estable, encubre o evidencia la finalidad de enriquecer a la oligarquía del cuerpo y de la carne depreciando salarios y cultivando los bajos niveles de la vida popular.

Hacia aquellos años decisivos del ordenamiento capitalista del país, un hacendado de las llanuras del sur hacía lo suyo, desplegando plena conciencia de sus intereses. En 1819, Juan

Manuel de Rosas había propuesto la fundación de la *Sociedad de Labradores y Hacendados.* Entre sus funciones primeras estaba la de asegurar la propiedad con respecto a los vagabundos y a los indios. En esas llanuras del sur, en tierras de pastoreo fronterizas con los indios, el hacendado Rosas "perseguía la embriaguez, la ociosidad y el robo —son palabras de Adolfo Saldías— expulsando o entregando a las autoridades a los que incurrían en esos vicios...". El hacendado del sur era vanguardia del orden capitalista y de su operación mayor, la persecución del paisano, cuyo acto dramático de rebelde y perseguido quedaría reflejado en las crónicas de Martín Fierro:

—Y luego, si a alguna estancia
A pedir carne se arrima
A punto le cain encima
Con la ley de la vagancia.

Alejarse de las estancias e integrar la montonera. Es la alternativa de los resistentes. Y esa alternativa era una parte principal de la explicación de las guerras civiles.

Las guerras civiles tienen este origen: en la campaña rioplatense la elevación de los precios de la carne que consigo trae la valorización de las tierras y la persecución del paisano despojado de su mundo elemental e instintivo; en el Noroeste, la presencia de la mercancía de importación que despoja al habitante industrioso de sus unidades de labor. En la campaña rioplatense es aniquilada, definitivamente, esa relativa Edad de Oro de primarias libertad y abundancia para su paisano pastor. En el Noroeste, cae abatida la antigua unidad agraria que fundó sociedad en los ciclos indígenas, que recibió a la colonización española que bajó del altiplano o atravesó la cordillera, habilitando con ella la nueva sociedad del mestizo productor.

El mestizo productor del Noroeste, desalojado de los cuadros de su propia economía y sociedad, y el mestizo pastor de la llanura rioplatense, perseguido por la legalidad de los hacendados, son los personajes de la montonera en las distintas escenas de su irrupción y su drama.

La montonera es el órgano de reacción popular frente a las nuevas fases radicales de la colonización capitalista. Sus capitanes abusan en hacerse cargo de sus instintos para mentir banderas que no podían aparecer ni suficientemente claras ni

limpias por las circunstancias del escenario bárbaro en que, frecuentemente, se mueven. Sin expresar sino una rebelión instintiva, abusivamente traicionada; forzada, incluso, a darse batalla entre sus propios hombres desesperados y confundidos, la montonera era el país alzado que por no estar en condiciones de deletrear una explicación para los problemas de la Nación, es aniquilado por la minoría propietaria de la tierra y empresaria de la economía vaquera con asiento en Buenos Aires.

Limitados los significados de su representación histórica por las circunstancias anotadas, la montonera es, sin embargo, el primer sindicato argentino de resistencia.

Las guerras civiles en que la montonera fuera protagonista de impreciso sentido, sirvieron a la oligarquía de los hacendados como método para someter al país y acomodarlo a las exigencias del mercado mundial capitalista. La consecuencia —el triunfador— de ellas fue Rosas. Y el orden capitalista que triunfaba con Rosas era el de la estancia que completará el circuito imperial de la economía británica.

LAS estancias. Saladeros. Una limitada serie de oficios urbanos. Y un orden militar en la campaña.

Los proletarios de las estancias de Rosas suelen devenir en soldados; mas, el agrupamiento de ellos no es, en ningún momento, el de la montonera, sino el orden de un ejército regular. Propietario y comandante, cuando apareció en la ciudad para decidir a favor del directorial Martín Rodríguez y en contra de los caudillos y del partido federal, la crisis del año 20, haciendo posible de esa manera a Rivadavia, ha pagado a los hombres de su tropa los salarios que les pagaba como hombres de labor en sus estancias. Maza hizo constar ese pago de "los salarios a la gente de la estancia, desde que salieron a campaña hasta que regresaron, cuyos salarios exceden para la mayor parte de ellos de doce pesos, que es el salario más ínfimo". En sus *Instrucciones a los mayordomos de estancias*, de 1825, no había referido a salarios sino para advertir que los mayordomos debían llevar escrupulosa cuenta de los días del mes que faltaran a tarea los peones "para descontarles al tiempo del pagamento". Detalló, en cambio, el pago de los cueros y la entrega semanal de las raciones. La de los peones sería de yerba. La de los

esclavos, de plata, tabaco, papel y jabón. Le negaba yerba al esclavo, pero lo satisfacía de tabaco que le negaba a aquel y le aseguraba las otras tres raciones. El esclavo, cuya venta no había dejado de anunciarse en los periódicos con la enunciación de sus oficios de jabonero, velero, marinero o albañil, constituía en las estancias de Rosas segura mano de obra en toda labor. Cuando el dictador-propietario promueve las necesarias actividades industriosas que provean a sus tropas, creando una típica industria para consumo militar, es de los últimos patios de la ciudad de donde salen los proletarios morenos que trabajan en los talleres de zapatería, ropería, talabartería, herrería y carpintería del ejército.

El trabajo seguía siendo —en gran parte— africano en Río de la Plata.

El peón componía, mientras tanto, una borrosa transición en la que se definía el proletario, pero en la cual sobrevivían todas las formas de servidumbre propias del trabajo campesino. La ausencia de desarrollos económicos, que hace siempre más confuso un cuadro social y más borrosa, a fuer de deficitarias, las relaciones tramadas dentro de él, hacía en este caso, igualmente imprecisa la caracterización de este personaje, en el que tomará símbolo el pueblo pobre de la República pastora. El peón es, con frecuencia, marginado del salario para recibir a cambio de la utilización de sus energías y destrezas una paga de alimentos en las cocinas de las estancias. Con mayor frecuencia, es objeto del fraude de un salario en pésima moneda que se ve obligado a devolver al mostrador de las estancias a cambio de necesidades que no siempre se consiguen pagar del todo, quedando pendiente la deuda y la obligación de seguir sirviendo. Siendo obrero de una economía de mercado, las formas rudimentarias con que ella se manifiesta retienen junto a él los ecos bastardos de elementos de tipo feudal que no pudieron integrar en América un feudalismo a la europea. Su oficio masculino estaba, por otra parte, constantemente avecindado a episodios de guerra. El interés del hacendado se hacía fuerte en la medida que, fraguándole un pleito racial, le hacía reñir con el esclavo moreno o lo sacrificaba en la lucha armada contra el indio, con lo que, a la vez que le alejaba de posibles aliados lo hacía herramienta de su dominación. Sobre él se proyecta, en fin, la yuxtaposición de formas económicas y relaciones sociales

que perduran en el panorama de barbarie de la ganadería rioplatense. Él es el prisionero de esta barbarie. Y en esta barbarie que lo oprime, que lo aniquila, se seguirán fundando los poderes de la oligarquía porteña, responsable de la pre-historia a que es confinado el país.

RADIOGRAFÍA DEL "MEDIO OESTE"

Por *Manuel DURÁN*

El generalizar, ha dicho William Blake con rudeza muy propia de su carácter arrebatado y violento, es actividad propia de idiotas, y los conocimientos y definiciones de tipo general son precisamente los que caracterizan al idiota. En lugar de detenernos a examinar si tal observación contiene un ataque, velado o no, en contra del cientificismo del siglo XVIII o de las ideas aristotélicas sobre la ciencia, parece más provechoso aceptar provisionalmente tan sentenciosa afirmación y aplicarla a un caso concreto. Es cierto que vivimos de frases hechas, de *clichés,* de generalizaciones apresuradas. Parece igualmente cierto que en ellas nos ahogamos, que son máscaras con que nos ocultamos la líquida y huidiza concreción de lo cotidiano, del contacto inmediato con las cosas y los hombres. Entre las "cosas" y los hombres del mundo contemporáneo ocupan los Estados Unidos un lugar importante, y las generalizaciones sobre dicho país abundan abrumadoramente. Penetremos en un rincón concreto de Estados Unidos, en el "Medio Oeste", "Centro Oeste" o *Middle West,* en la región centro-norte que delimitan al oeste el Misisipí, al sur y al este el Ohio, al norte los Grandes Lagos, y desde la que escribo estas líneas, la región que ha dado vida tanto a Lincoln como a Babbitt, de Chicago y los campos de maíz de Iowa, la región de Willa Cather, de Sherwood Anderson, de Sinclair Lewis, de Carl Sandburg. Intentemos hacer una radiografía de esta región, a modesta semejanza de la compleja y cuidadosa radiografía con que Martínez Estrada penetra hasta el corazón de la Argentina. A ver qué pasa. A ver si conseguimos evitar las generalidades, hallarnos, aunque sólo sea un momento, y muy imperfectamente, ante algo vivo y concreto. A ver, también, si los escritores, los artistas, los poetas, nos ayudan a entender este fragmento de cosas y de hombres, lo cual, a la larga, es quizá más importante, y sin duda más fácil, que el aplicar lo que sabemos de una región a la obra

de sus poetas para tratar de entender dicha obra. La realidad histórica colectiva, más vasta e informe que la obra de arte, se resiste con mayor vigor a nuestro esfuerzo por penetrarla.

Hay algo que llama inmediatamente la atención cuando nos ponemos a comparar el Medio Oeste con otras regiones norteamericanas: la ausencia casi total de pasado legendario y novelable, de orígenes heroicos o románticos. La Nueva Inglaterra, por ejemplo, posee sin duda este glorioso pasado: la llegada de los Peregrinos, sus primeras penalidades y luchas contra los indios, la poderosa personalidad de los pioneros que combinaban, como lo ha mostrado Perry Miller, las tradiciones inglesas locales con las obsesiones intelectuales de la nueva teología calvinista. El Sur es la plantación con sus palacetes de blancas columnas, la sociedad refinada y semifeudal que la guerra civil obligará a refugiarse en la literatura. El Oeste tiene su épica novelable y novelada hasta el exceso, su "quimera del oro", y a lo lejos brilla el mar de California. Al pobre Medio Oeste le ha tocado la peor parte. Apenas si consiguen moverse por los espesos bosques de la región, en sus primeros tiempos, unos cuantos personajes de Fenimore Cooper, que más tarde D. H. Lawrence satirizará con crueldad que parece excesiva. Ni siquiera consiguen destacar sus pioneros: la lucha contra los indios la deciden las tropas federales en las batallas de Fallen Timbers y Tippecanoe. El período de "vida de frontera" —en que la palabra *frontera* tiene el mismo sentido que en los *romances fronterizos* del siglo XV español— se halla en realidad exento de peligros, aunque no totalmente de penalidades. El desarrollo, rapidísimo, no deja tiempo para la reflexión ni para el heroísmo.

Nos hallamos, pues, en cierto sentido, ante una región sin historia, sin historia dramatizable, sin aportación heroica o significativa al destino de la nación en su período formativo. Esto es importante, y la primera consecuencia de este hecho es una ausencia de localismos, de tradiciones de orgullo local, estatal. No es que al norteamericano nacido en Ohio o en Illinois no le importe lo que pasa en su estado; pero no consigue formarse una visión histórica de las glorias de este estado en el pasado comparable, por ejemplo, con la visión que el hombre de Massachusetts o de Virginia tiene de la importancia de estos estados en la vida nacional. Ni la leyenda del gigante Paul Bunyan ni los relatos sobre los primeros tiempos de Chicago tienen, en ri-

gor, validez actual. El norteamericano nacido hoy en el Medio Oeste se encuentra viviendo en el seno de una región próspera, riquísima, de vitalidad y recursos casi infinitos, pero creada al amparo de la formación total del país, y demasiado tarde para haber podido participar, como otras, en la fundación política de los Estados Unidos. De ahí cierto resentimiento frente al poder central, federal, al que tanto le debe esta región, y precisamente por esto, por deberle tanto. El aislacionismo del Medio Oeste es uno de los fenómenos más complejos, explicable en parte —solamente en parte— por la vaga sensación de que esta región está en deuda con el resto del país. Una deuda impagada tiende a hacernos odiar al acreedor.

La aparente facilidad con que se lleva a cabo la colonización de esta zona durante la primera mitad del siglo XIX lleva aparejada, por tanto, una dificultad psicológica que no tardará en aparecer en la segunda mitad del siglo. Las tierras, ricas y llanas, no ofrecían mayores obstáculos, a diferencia de las pedregosas colinas de la Nueva Inglaterra y de las interminables y secas llanuras del oeste. Al orgullo ante la rápida victoria sobre la naturaleza se unía una vaga sensación de inferioridad, que no ha desaparecido todavía. Ni siquiera el más noble y vigoroso de los "middle-westerns" de aquel tiempo, Lincoln, fue en verdad un auténtico pionero, aunque se le haya tenido por tal. (Un pionero abogado, como Lincoln, es casi una contradicción en los términos). "Lo que preocupa en el calificativo de pionero aplicado a Abraham Lincoln —escribe Roy Basler— es que a partir de los veinticinco año de la vida de Lincoln resulta totalmente inaplicable, y otro tanto se puede decir de la mayor parte de sus contemporáneos en aquella región; pocos de ellos lo fueron durante más que un corto período de sus vidas, y el período de la "frontera" en aquellas tierras fue tan breve que casi parece ser un mito histórico si observamos detalladamente cualquier biografía o la vida de una población concreta". La civilización llega al Medio Oeste de golpe, y, en parte, ya elaborada.

La prosperidad y el resentimiento no suelen darse juntas. Tal es, sin embargo, lo que sucede en el Medio Oeste en la segunda mitad del siglo pasado. Se multiplican las ciudades, las industrias, las universidades, los campos cultivados. Triunfa el Partido Republicano, nacido en el Medio Oeste. Pero nada puede acallar la inquietud, las voces de protesta, el exasperado ne-

gativismo frente a la marcha de los acontecimientos. Surgen por todas partes confusos movimientos de reforma económica y social: el enemigo es el capitalista del Este, el gerente del banco neoyorquino que decreta a la vez los precios de los fletes de ferrocarril y la venta de las granjas hipotecadas. Tras estas protestas había, desde luego, una innegable realidad económica: las cuantiosas inversiones de los capitalistas del este llevaban aparejada una intervención en la vida económica regional, con frecuencia desfavorable para los intereses locales. Los ferrocarriles cobraban fletes exagerados; la resistencia a abandonar el patrón oro mantenía los precios de los productos agrícolas anormalmente bajos. Lo significativo no es la existencia de movimientos de protesta, sino el carácter contradictorio y ambiguo de estos movimientos. El movimiento de la *Grange* combinaba ciertos ritos algo ridículos propios a las organizaciones secretas con una aguda ignorancia de la situación política y los más feroces ataques contra los políticos de todo el país. El Partido del Pueblo era a la vez ultra-nacionalista, racista, y liberal en cuestiones económicas (liberal significa aquí contrario al liberalismo del *laissez faire*). El candidato Bryan defendía el pacifismo, el anti-imperialismo, los impuestos graduados sobre los ingresos personales, la elección popular y directa de los senadores, el voto femenino, la reglamentación de los ferrocarriles, y el fundamentalismo bíblico con sus ataques en contra de las ideas darwinistas. Poco a poco, los ataques en contra de la política interior del gobierno de Washington, dominado por los grandes intereses financieros del Este, fueron desviándose, a partir de 1914, al campo internacional: el Medio Oeste, que recibió una importante inmigración alemana, escandinava e irlandesa, se manifestó hostilmente ante la política intervencionista que la guerra del 14 suscitó en el Este y el sur, de tradiciones anglófilas y francófilas firmemente arraigadas, y el movimiento contra la política de Washington y Wall Street se convirtió en ultra-nacionalismo, anti-intervencionismo y aislacionismo. Mientras tanto, la política interna de Teodoro Roosevelt y sobre todo de Wilson había conseguido frenar los excesos de los *trusts* y de los ferrocarriles, sin disminuir por ello la violencia de los reformistas del Centro Oeste. La región había adquirido ya fisonomía propia y conciencia de su posición victoriosa y resentida a un tiempo. El "sueño norteamericano" tomaba cuerpo y volumen, la riqueza se multiplicaba, incluso los

enemigos de Wall Street quedaban satisfechos en principio gracias a las leyes wilsonianas en contra de los *trusts*. Y sin embargo se extiende entre los reformistas una extraña desilusión: el movimiento liberal queda destruido por dentro, cae en la apatía y en la desesperación, con la sola excepción de La Follete; la victoria parcial no lo fortifica, lo desintegra. Hacia 1921 se inicia el colapso; cuando, tras la guerra mundial, triunfan los conservadores y sube al poder Harding, los centros locales de resistencia en el Medio Oeste se hallan paralizados, sin programa. El optimismo oportunista de los reformadores desemboca en el escepticismo y el desengaño. Escepticismo y desengaño son actitudes nuevas en la cultura norteamericana de aquella época; su difusión entre ciertos escritores suscita una literatura extrañamente distinta, más afinada, sensible y serenamente melancólica que la del siglo XIX, crítica y amarga sin gesticulaciones, sin excesos de sentimentalismo. Hay una nota común en las obras de Willa Cather, de Sherwood Anderson, de Sinclair Lewis: es una objetividad casi tierna, un deseo de entender la vida cotidiana sin caer en el melodrama o en el caos, de limitarse sin imponerse reglas o normas demasiado fijas; una desconfianza activa y casi resignada ante la mecanización creciente de las relaciones humanas y el fracaso de los idealismos reformistas.

Los reformistas habían pecado por exceso de optimismo. Todos los males parecían corregibles si conseguía aprobarse la legislación adecuada. El movimiento político de reforma, iniciado con fuerza hacia 1890, consigue extenderse y pasar del Medio Oeste al resto del país hacia 1912, en que el liberalismo de la región Este empieza a virar hacia la izquierda; pero precisamente hacia esa fecha empieza a perder fuerza en su región de origen. Las reformas de Wilson llegan, pues, demasiado tarde, cuando la vitalidad básica que les dio origen se había debilitado y decrecía el entusiasmo de las masas. La gran cruzada reformista termina con la parálisis de Wilson, la subida al poder de los conservadores y el cinismo de los años "veintes". A diferencia de los movimientos de reforma iniciados hacia 1848, los disidentes del Medio Oeste querían cambiar al hombre desde arriba, mediante leyes más justas; el movimiento no era espiritual y religioso, como el de la época romántica, sino económico y pragmático. Los escritores que en 1929 ven desde el Medio Oeste el completo cambio de clima y el fracaso de las reformas se sienten curiosamente tironeados en dos direcciones

diferentes: la simpatía y la solidaridad les llevan a estudiar la sociedad en que se formaron, pero el desengaño y el abatimiento les impiden identificarse plenamente con ella. A través de su amargura y frustración aparece claramente el hecho de que la reforma social, como tal, no les interesa mayormente. Las novelas sociales como *The Octopus* de Norris o *The Jungle* de Upton Sinclair pertenecen a la época pasada, en que abundaba el optimismo y el entusiasmo, en que la indignación hacía fácil tomar partido sin más averiguaciones, o al futuro, a la generación de Steinbeck y de los "treintas"; se trata ahora de algo más complejo, de estudiar ciertos tipos humanos que revelan las fallas sociales no en forma genérica y abstracta sino a través de su propia individualidad. Y la literatura del Medio Oeste, la región en que mayor fue el entusiasmo y más aguda la desilución, pasa al primer plano.

La primera obra de importancia de Sherwood Anderson, *Winesburg, Ohio,* aparece en 1919, en el umbral de la era del *jazz* y del cinismo. Es una colección de bocetos inspirados por la vida de provincias, por una pequeña ciudad del Medio Oeste, en que la sordidez y la monotonía quedan transfiguradas por un observador minucioso y tierno. Ternura amarga, tristeza callada la de los incidentes triviales con que nos va revelando la vida interior de sus personajes, insignificantes socialmente pero no humanamente. Sus otras colecciones de cuentos —sobre todo *The Triumph of the Egg* y *Horses and Men*— van ampliando el campo de la observación y precisando la técnica del cuentista. Su obra es una especie de epílogo melancólico a la gloriosa leyenda del éxito y el poder que los Estados Unidos habían ido forjando a lo largo del siglo pasado y principios de éste. No trata de profetizar el futuro ni de defender el pasado, sino de mostrar que una zona muy vasta del presente muestra señales de desaliento y de fracaso, y que esta zona está ahí, al alcance de la mano, justo debajo de las apariencias de la vida cotidiana. Basta con hurgar un poco bajo esa superficie, con talante entre curioso y distraído, para que aparezcan las lesiones emocionales que la vida cotidiana produce en los hombres sensibles. Hay algo, afirma Sherwood Anderson, en el modo de vida del norteamericano del Medio Oeste, que es profundamente hostil al amor en todas sus formas. Los personajes que valen la pena de ser estudiados son precisamente aquellos en que el conflicto entre las fuerzas que los llevan al amor y las fuerzas hostiles a

éste ha determinado una herida, una cicatriz imborrable. Los otros, claro está, se habían condenado a sí mismos de antemano. Pero aquéllos que hubieran podido amar y cuyo primer impulso ha sido reprimido, mutilado o mecanizado, son personajes trágicos sin saberlo, ignorantes de su tragedia por torpeza o por inocencia. Y la huella de la lucha es la señal de que hubieran podido llegar a la plenitud humana. Abundan en sus cuentos los adolescentes frustrados y humillados, los niños sometidos a una experiencia demasiado temprana y violenta. Pero todo ello con un dramatismo mínimo, sumergido en una masa gris de experiencia cotidiana, de gestos iniciados pero no terminados, de sentimientos latentes, incoherentes y no expresados, que Anderson nos deja entrever, con imprecisión y torpeza voluntarias. La tristeza, la melancolía, están ahí, como un vaho leve sobre un cristal, desdibujando un poco las formas con que vemos los objetos y las personas, pero sin molestar jamás, sin entrometerse jamás entre la mirada del escritor y la escena descrita. Lo que desaparece totalmente es la retórica novecentista, las fórmulas dadas a lo O.Henry, los finales previstos o demasiado artificiales y de sorpresa; el cuento adquiere nuevas dimensiones artísticas, se transforma en una forma libre, poderosa, concentrada. El estilo, descuidado y familiar, se adapta al nivel de personajes y situaciones sin pretender imponerles normas artísticas externas. Todo queda sacrificado a la observación momentánea y fugaz, que cobra lentamente sentido al incorporarse a la masa del relato.

El epígrafe de la obra total de Anderson podría ser no sólo "Las ilusiones perdidas" sino también "Las emociones perdidas". La emoción resulta con frecuencia, en el ambiente en que se mueve el autor, un lujo inútil e imposible, que condena a los que la sienten a innumerables privaciones y penalidades sociales, como en el caso del personaje que huye y cuyas manos tiemblan, antiguo maestro cuyo exceso de afectividad le lleva a caricias mal comprendidas y a la ruina. La simpatía y el amor son peligrosos en un mundo mecanizado. Este es también, naturalmente, el mensaje de D. H. Lawrence, y por las mismas causas. Pero Lawrence —artista más completo en muchos sentidos— es también más enfático, más engreído y ególatra, y moraliza sin cesar en forma que a veces llega a molestar. Anderson, hombre modesto y tímido, ignora el encanto de los bosques sagrados y exóticos, la manera de espiritualizar los pai-

sajes paganos. Se contenta con presentarnos su pequeño mundo de seres torpes y malheridos, de seres que siguen viviendo monótonamente sin darse muy bien cuenta de lo que les pasa y de lo que les falta, que se quejan a veces, un poco, sin saber de qué. Y en su falta de pretensiones estriba precisamente el secreto de su fuerza y su poder evocativo. No es cósmico; es un provinciano inteligente, sensible y un poco triste. No le interesa el destino de la civilización, sino lo que le pasa a cada uno de sus personajes. Y el lector lo siente, se da cuenta y es a su vez dominado por una ola de simpatía discreta, contenida, impotente, casi serena.

El contraste entre los personajes confusamente dolientes y los temas que incitan el entusiasmo de Anderson es revelador. A Anderson le encantan los negros. Y le entusiasman los animales, sobre todo los caballos de carreras. Es como si nos dijera que a ellos no llega el poder esterilizador de la vida sin sentido del Medio Oeste; pero es porque están al margen de ella, porque no participan plenamente de ella. Y si queremos hallar la salvación no son ellos los que nos podrán señalar el camino, porque no podemos hacernos iguales a ellos. También a Walt Whitman le entusiasmaban los animales. De los negros casi no habla. Pero Whitman pertenece a otra América, la América gloriosa y optimista del siglo XIX, y no es posible volver a ella.

Una última nota significativa: en una época que aparece, retrospectivamente, impregnada por las enseñanzas de Freud y de la psicología anormal, Anderson escribe como si no se hubiera enterado de todo ello. Quizá no conocía directamente tales teorías. Lo probable es que las conociera pero no las necesitara directamente. El subconsciente le interesa, pero no en forma exclusiva, no como descubrimiento importante; con frecuencia las heridas afectivas que aquejan a sus héroes se habían hecho ya conscientes antes de que empezara la acción de sus cuentos. Otras el sentido de tales heridas queda revelado —discretamente, sutilmente— al lector, pero no a los personajes. En último término, nada hay en él que dé la impresión de que está aplicando una enseñanza, una tesis. Ni diagnóstico ni receta: simplemente observación y ternura.

"Hay que entregarse a la situación, entregarse sin reservas", la fórmula de Willa Cather, podría también haber sido la fórmula de Anderson. No hay ni gestos ni trucos en el arte de

Sherwood Anderson, como no los hay tampoco en el de Willa Cather. La autora de *Una dama perdida* analiza igualmente la pobreza espiritual de la vida de provincia en el Medio Oeste. Pero —incapaz de hacer frente a los resultados de su análisis— Cather no tarda en volverse deliberadamente hacia el pasado, en tratar de hallar sus raíces en una tradición casi inventada, pero en todo caso necesaria. Si el presente no puede nutrir al artista no quedan más caminos que un retorno hacia el pasado o la "science fiction". Alfred Kazin, en su brillante ensayo sobre Willa Cather, ha descrito el caos dinámico del Estado de Nebraska al que Cather es llevada por su familia a la edad de ocho años, arrastrados por la gran ola de inmigrantes —nativos y extranjeros— que hacia 1880 depositó en Nebraska cerca de medio millón de personas en una sola década. Los inmigrantes europeos aportaron en muchos casos una rica tradición cultural; la nueva sociedad de las praderas se hallaba empeñada en una lucha eminentemente creadora, tenía que vencer las dificultades opuestas por la naturaleza y estructurarse a sí misma. Nebraska, aunque parte del Medio Oeste, era en aquella época todavía casi *terra incognita,* descubierta al mismo tiempo por infinidad de inmigrantes. Cather vivió, pues, en parte, la vida gloriosa de los pioneros. "Durante la juventud de la escritora —escribe Kazin— el Oeste (el horizonte de los colonos) se desplazaba continuamente hacia adelante, pero estaba muy lejos de parecerle carente de raíces; sugería una clara permanencia en medio del cambio, una "cultura de las praderas" que impartió a su educación un carácter a la vez tierno y vívido. Inconscientemente, quizá, los inmigrantes llegaron a simbolizar una tradición, y esa tradición le dio a Cather un punto de apoyo y una creencia casi religiosa en la santidad del pasado. Aunque creció durante un período de cambios sociales muy bruscos, no dejó por eso de quedar influida por una especie de tradicionalismo casero. Más tarde transformaría elegíacamente estos sentimientos, lo mismo que toda América contemporánea habría de sentir elegíacamente la tradición de la energía y las penalidades de los pioneros; pero sólo porque el pasado le proporcionaba una sólida imagen de orden y —lo que tan pocos han asociado con la tradición de los pioneros— de humanismo". Los pioneros del siglo XIX casi no habían escrito nada en el Medio Oeste; los de Nebraska, rincón occidental y "nuevo" del Medio Oeste, más numerosos, cultos y dinámicos, presentan, a fines del siglo pa-

sado y principios del presente, una reedición corregida y mejorada de las mismas condiciones, antes desfavorables y ahora favorables a la literatura. Knut Hamsun se movía por allí cerca, justo al lado de la frontera, en South Dakota; Amiel escribía a un sobrino que murió de granjero en Nebraska; la música —Grieg, Liszt— florecía por todas partes. Willa Cather aprenderá leyendo a Henry James el arte de la observación lenta, minuciosa, y lo aplicará a resucitar los recuerdos de su infancia pionera. Pero no hay que olvidar que la famosa serenidad de Willa Cather es un sentimiento fabricado pacientemente, y motivado ante todo por su rechazo de la sociedad contemporánea del Medio Oeste. El legado de un pasado tan glorioso y tan rápidamente destruido es la mediocridad y la frustración: "En las noches estrelladas solía pasear por aquellas calles largas y frías, haciendo ligeras muecas de desagrado ante los pequeños pórticos con alcobas a derecha e izquierda, con sus ventanas dobles y miradores traseros techados. Eran albergues deleznables, la mayoría construidos aprisa y torpemente, de maderas ligeras, con columnitas de soporte horriblemente mutilados por el torno. Y sin embargo, a pesar de tanta fragilidad, ¡cuánto resentimiento y envidia, cuánta tristeza parecían contener algunos! La vida que en ellos se llevaba parecía hecha de evasiones y negaciones; de atajos para ahorrar energía en el cocinar, en el lavado y la limpieza, de recursos para propiciar las lenguas maldicientes", escribe en *My Ántonia.* En los cuentos que publica hacia 1920 nos muestra la estrechez y la futilidad de la pequeña ciudad o la aldea; no ha hallado todavía su gran tema, el de la vuelta al pasado, pero se prepara a describirnos el final desolado de una época heroica. En *A Lost Lady* (1923) y *The Professor's House* (1925) la amargura y la sátira iniciales desaparecen, aparece la serenidad —todavía precaria y vacilante— y Cather se prepara para el regreso al pasado contándonos en detalle cómo ha declinado y ha quedado paralizada la gran tradición, cómo se han desvanecido las promesas y las visiones. Los valores esenciales del mundo de los pioneros dejan en la autora, al desaparecer, una resignación serena, y el deseo de volver a ellos a la primera ocasión, aunque sólo sea desde las páginas de una novela. *Una dama perdida,* en particular, es quizá la obra maestra de esta etapa central de Cather. Es la historia sutil y melancólica de una serie de degradaciones, vista desde la sensibilidad de un adolescente, y colocada históricamente en la so-

ciedad ya decadente de los pioneros del *Middle West* occidental que tan bien conocía Cather: "Ahora todo aquel vasto territorio que habían conquistado iba a quedar a merced de hombres como Ivy Peters, que nunca se habían atrevido a nada, nunca habían arriesgado nada. Se beberían los espejismos, disiparían la frescura matinal, arrancarían de raíz el vasto y solemne espíritu de libertad, la vida generosa y sin trabas de los grandes terratenientes. Iban a destruir el sentido del espacio y del color, el principesco descuido de los pioneros y cortarlo todo en pedacitos provechosos, como la fábrica de fósforos convierte en astillas el bosque milenario. Desde Missouri hasta las sierras, aquella generación de jóvenes astutos, adiestrados en economías mezquinas por tiempos difíciles, haría exactamente lo que había hecho Ivy Peters".

La elegía se basa en una actitud muy antigua, que puede resumirse en pocas palabras: la pérdida o degradación de la Edad de Oro. Claro está que para destruir un mito hay que construirlo primero, y es lo que Cather hace a lo largo de estas dos novelas, y, en forma más consistente todavía, en sus obras posteriores, en *Death Comes for the Archbishop,* situada en el Nuevo México del siglo XVIII o en *Shadows on the Rock,* la novela del viejo Quebec. Huida, fuga sistemática en el tiempo y en el espacio. Ruptura con la civilización industrial contemporánea. Lo mismo que Sherwood Anderson, pero oponiendo al naturalismo algo descuidado de éste un amor al estilo trabajado, a la frase bien equilibrada, que indica la fe no totalmente apagada en un reino de valores artísticos absolutos, en un clima más propicio, en un paraíso perdido, un "valle feliz", una cultura de oro de las praderas del Medio Oeste. Ya en su ensayo "The Novel *Démeublé*" publicado en 1922 proponía arrojar bien lejos del arte del novelista todo el "moblaje social" en que se habían movido ciertas corrientes realistas y naturalistas. "¿Vale la pena escribir acerca del sistema bancario y de la Bolsa de Valores?" Lo que el Medio Oeste no había podido conseguir directamente, el triunfo completo sobre Wall Street, iba a llevarlo a cabo Willa Cather en forma indirecta en sus últimas novelas. La elegía es, por esencia, anti-realista, anti-contemporánea.

Sherwood Anderson y Willa Cather parten de la observación de lo cotidiano, condenan el mundo limitado que les es contemporáneo, en forma sutil o abierta, y acaban marchándose

a vivir —y a morir a otra parte. El mismo fenómeno acontece a Sinclair Lewis, para quien la sátira, más brutal y despiadada, menos exenta de matices humanitarios y de valores reconstruibles, lo conduce muy pronto a la ruptura, a ensanchar sus horizontes vitales, a marcharse incluso del país a acabar viviendo en Italia, como Santayana. *Main Street* y *Babbitt* son las dos mejores sátiras con que Lewis ataca a la aldea y la ciudad del Medio Oeste. La crítica se convierte en caricatura. "El Medio Oeste de Sinclair Lewis —señala la *Literary History of the United States* de Spiller, Torph, Johnson y Canby— es el Medio Oeste de Willa Cather, pero en que el período con frecuencia heroico de los pioneros ha quedado más lejos todavía. Sus personajes se han ido a vivir a la ciudad. La tierra ha sido conquistada, y ya no les interesa sino como fuente de renta o provecho. Son burgueses, no agrarios. La auto-satisfacción, la estrechez de miras y la vanagloria han degradado su estilo de vida, lo cual era también cierto de los personajes provincianos que constituían el elemento irritante en los relatos de Willa Cather". Pero la rebelión contra el presente no significa aquí tampoco una ruptura con el pasado. En Estados Unidos, país de cambio continuo pero no de revoluciones bruscas de tipo político, hay lugar para la elegía, como en Cather, o para la sátira, como en Lewis, pero no para un cambio de rumbo total. Sinclair Lewis no renegaba de los ideales del siglo XIX cuyo desastroso final contemporáneo iba a satirizar. Moral protestante, idea de progreso, escrúpulos cristianos, modales propios de un caballero liberal: todo ello sigue presente como modelo ideal que hay que confrontar con la caricatura del presente. Reforma, restauración, pero no ruptura con el pasado, es lo que parece pedir Lewis. Mientras tanto, el presente le incita con sus grotescas discordancias, y los "villanos" materialistas ocupan el centro del escenario. *Main Street* es la historia del fracaso de una muchacha estetizante, de ideas vagas y valores superficiales, que se propone reformar una pequeña población cuyos habitantes, vulgares y groseros, aunque bien intencionados, acaban obligándola a aceptar la norma colectiva. *Babbitt* es la caricatura del agente de ventas, entusiasta y enérgico, patético en sus esfuerzos por conseguir la felicidad y el éxito, especie de precursor (menos motivado psicológicamente, pero mejor descrito en su ambiente social) del personaje central de *Death of a Salesman* de Arthur Miller. Inconsecuente, de ideas estereotipadas, acaba sin em-

bargo, por comprender que toda su vida ha sido una farsa sin sentido y que jamás consiguió hacer lo que de veras quería: de ahí su aspecto trágico.

Solemos creer que los poetas construyen mitos, y los prosistas los destruyen. Nada más fácil que hallar pruebas de lo contrario. Si nos fijamos en dos grandes poetas del Medio Oeste, Edgar Lee Masters y Carl Sandburg, veremos que con frecuencia su idealismo político, su fe en la posibilidad de un cambio social, no consiguen ocultarles la creencia en la raíz personal, individual, del éxito o el fracaso, y lo precario de nuestros esfuerzos por conquistar un mito que dé sentido a nuestra vida. Los dos fueron entusiastas de Bryan, los dos creyeron en la reforma, Sandburg incluso en el socialismo; pero el mundo de lo cotidiano apaga, una y otra vez, sus entusiasmos. La *Spoon River Anthology* es una colección de epitafios con que los muertos de un mítico pueblecito revelan sus secretos. El libertino y el fanático, el idiota y el usurero, aparecen brevemente, escriben su propio epitafio, y ceden la palabra a otros personajes. Los norteamericanos de la época (el libro aparece en 1915) creían que la corrupción expuesta por los periodistas de la *muckracking era* (libremente traducido: época de los escándalos políticos y administrativos), era un fenómeno típico de las grandes ciudades, y que el campo permanecía puro. Masters los desengaña.

Pero ahí va una broma de tamaño cósmico:
El impulso de la naturaleza que obligó al hombre
(¡oh milagro del mundo!)
Se sacara del cerebro una vida espiritual,
Del mismo cerebro con que las abejas y el lobo
Se consiguen comida y abrigo y procrean.
La naturaleza se lo ha hecho hacer al hombre,
En un mundo en que no le da nada que hacer,
Después de todo (aunque la fuerza de su alma
gira en redondo, en un fútil derroche,
Unciéndose a la noria de los dioses),
Sino conseguir comida y abrigo y procrear.

Sandburg es, sin duda, el más esperanzado. Cree que todavía vendrán hombres como él, "con imaginaciones libres, introduciendo cambios en un mundo que rechaza el cambio". Visionario y generoso, inquieto, gran viajero, buen conocedor del país

(y no sólo del Medio Oeste), es un testigo de excepción, y su voz poderosa nos dice que no se ha perdido todo; cree, como creía Lincoln, que la sabiduría colectiva del pueblo acabará por salvarnos. Pero el impulso épico, similar al de Whitman, con quien frecuentemente se le ha comparado, flaquea de pronto, extrañamente, al concentrarse en un solo personaje:

> Mamie se golpeaba la cabeza contra las rejas de una pequeña ciudad de Indiana y soñaba con aventuras románticas y grandes cosas allá a lo lejos hacia donde corrían los trenes del ferrocarril.
>
> Podía ver cómo el humo de las máquinas se iba perdiendo allí donde los relámpagos de acero brillaban al sol y cuando llegaron los periódicos con el correo de la mañana supo que había una gran Chicago a lo lejos, a donde iban todos los trenes.
>
> Se cansó de los empleados de la barbería y de la charla en Correos y de los chismes en la iglesia y de las viejas piezas que la banda tocaba el Cuatro de Julio y el Día de la Bandera.
>
> Y lloró por su vida triste y se golpeó la cabeza contra las rejas y se iba a matar.
>
> Cuando se le ocurrió que si se iba a matar bien pudiera morir luchando por un pedazo de aventuras románticas por las calles de Chicago.
>
> Ahora tiene una chamba a seis dólares por semana en la bodega de la Boston Store.
>
> Y sigue golpeándose la cabeza contra las rejas de la misma manera que antes y se pregunta si no habrá una ciudad más grande, a donde vaya el tren que sale de Chicago y donde quizá haya aventuras románticas y cosas grandes y sueños de verdad que nunca se hagan pedazos.

"Engaño" y "desengaño", mito y gris realidad cotidiana, "edad de oro" y "edad de hierro" son dos polos absolutos, entre los cuales se mueve la obra literaria —y no sólo ella, sino también la conciencia política y social, el clima de cada época—, y la elegía, que va de un presente caduco a un pasado glorioso, no es sino uno de tantos modos de unir entre sí a los dos polos, de tenerlos en cuenta. Con más frecuencia ocurre que las dos tendencias se entrechocan y confunden. Hemos insistido sobre todo en la corriente negativa, crítica, que le permite al Medio Oeste norteamericano tomar conciencia de sus propios problemas a partir de la "crisis de confianza" que determina el final del mo-

vimiento liberal y progresista y a lo largo de la era de cinismo que se inicia en 1919. Pero no olvidemos el contrapeso: Lincoln y el mejor Sandburg, por ejemplo, el inolvidable Sandburg de *Chicago Poems* y *The People, Yes.* No olvidemos tampoco que "engaño" y "desengaño" son fenómenos generales, no limitados a una sola región, ni a un solo país. Tras Lincoln, por ejemplo, viene la época de cinismo de Grant, la "reconstrucción", la explotación del Sur. Pero Whitman sigue escribiendo. Hoy mismo —período de "desengaño moderado", de cinismo camuflado y discreto— tenemos al lado de un Nelson Algren (desde el Medio Oeste), de un Arthur Miller o del *Zoo de cristal,* docenas de visiones más optimistas de la vida norteamericana. ¿Por qué verlo todo del mismo color negro? ¿A qué negar que estamos *in a dubious battle,* como el título de la novela de Steinbeck, y que "el sueño norteamericano" ni se ha cumplido efectivamente ni ha desaparecido del todo como fuente de inspiración y de esperanza? Las olas de entusiasmo y de depresión seguirán, pues, muy posiblemente, sucediéndose y entremezclándose. Lo único que nos interesa señalar es, por una parte, lo que el fenómeno de la literatura crítica y pesimista de los años "veintes" en el Medio Oeste pueda tener en común con el resto de la literatura norteamericana. Y por otra la diferencia específica, lo irreductible.

Lo general es, posiblemente, lo elegíaco, el mito del "valle feliz", obvio en Willa Cather, algo menos en los demás escritores. No en vano América empieza por ser una utopía antes de ser un país. El mito de la inocencia primitiva hollada por la civilización, del paraíso perdido en que era joven la sociedad y joven el escritor que la recuerda, está presente en todas partes; inspira las novelas de Faulkner y su descripción de la lenta decadencia de la sociedad sureña; las descripciones que Hemingway hace de Michigan y F. Scott Fitzgerald de Minnesota; brilla tras el paisaje de Thoreau o en la California de Frank Norris y, sobre todo, de Steinbeck. Es uno de los temas centrales de Mark Twain en *Huck Finn.* El fracaso de las últimas novelas de Steinbeck, la amargura del Mark Twain anciano, la crisis de locura de Fitzgerald nos muestran que el tema es a la vez vital y difícil de conllevar, que la actitud elegíaca conduce con frecuencia a la parálisis.

La elegía nace de una relación otrora armoniosa, perdida en el presente, entre el hombre y la naturaleza, o entre el hom-

bre y una sociedad tan sana y equilibrada que se puede decir que forma parte de la naturaleza. En la sátira social que aparece en los escritores del *Middle-West* a partir de 1919 hay, sin embargo, otra nota, que nos parece específica, por lo menos para su época: la oposición entre el individuo y una sociedad no armónica, antinatural. Ahí es precisamente donde este corto intento de radiografía del Medio Oeste debería dar sus frutos; no en vano se ha dicho que esta región, "el corazón del país", se anticipa a veces en diez años a lo que ocurrirá socialmente en el resto de los Estados Unidos. Y este punto nos obliga a volver atrás, a la "cuestión política" y a los problemas sociales. Ni la literatura se produce en el vacío, ni dejan de hallar expresión —en circunstancias de prosperidad— los fenómenos de "clima social". Como ha indicado Bernard Duffey, en el progresivismo del Medio Oeste no había ante todo una rebelión ante la injusticia política, ni siquiera primordialmente ante la injusticia económica; se trataba de una rebelión anárquica, personalista, sin un conjunto de ideas comunes. La personalidad de los líderes —Jerry Simpson, Ignatius Donnelly, Teodoro Roosevelt, incluso Eugene Debs, La Follette, y sobre todo Bryan— era intensa, innegable. Hablaban de hombre a hombre, se dirigían al individuo, a ese individuo que todo norteamericano cree ser con máximo vigor; exaltaban el culto del héroe. Y ello se producía tras un largo período formativo en que los norteamericanos, por razones muy complejas que señala Philip Rahv en *Literature in America,* no habían tenido en verdad ocasión de llegar a un individualismo completo: por una parte la influencia moralizadora y gris de la "moral de abstención" del puritanismo; por otra, la urgencia, la falta de tiempo y de oportunidad, de la vida difícil de los pioneros. El individualismo era un dios lejano, jamás puesto a prueba hasta entonces, producto mítico de un romanticismo tardío y mal asimilado. La ocasión surge —y se pierde— en el terreno político, el más desfavorable, en un país complejo, urbanizado, industrializado, para este tipo de actividad. Y entonces principia un "reexamen agónico" de la situación, llevado a cabo bajo la fría luz de los "veintes". El individuo concreto del Medio Oeste es examinado, pesado, y rechazado por falta de peso. Pero los escritores van a examinar al individuo con cariño, casi con esperanza, no con el fatalismo de un Faulkner, no desde afuera, como Mencken lo hace, ni permitiéndoles adquirir heroísmo mediante el truco —o casi truco—

del contacto con un clima exótico y heroico, como pasa en Hemingway; son vistos en sus relaciones con la sociedad, con el pasado y presente de esta sociedad, con las raíces —algo secas y amarillentas, pero todavía funcionando como raíces— hundidas en el suelo, y agitándose todavía en la ilusión —con frecuencia fugaz— de ser un individuo de veras, de moverse independientemente, no como un títere.

La reforma social y política de Wilson, la única eficaz —antes del New Deal— vino desde arriba, burocráticamente, sin raíces locales, sin grandes héroes. Tras ella, Babbitt, y después, Franklin Roosevelt y el liberalismo burocrático: el culto tradicional al individuo muere en el Medio Oeste, y en los años que hemos descrito, a partir del 1914; de su destrucción sale el fénix de la gran literatura contemporánea norteamericana dominada en los "veintes" por el Medio Oeste. Una dramática escena de *The Ambassadors* de Henry James ilumina —antes de que se produzca— el entusiasmo por la autenticidad de la vida individual, por la "propia experiencia", que muchos escritores europeos dan por descontado, pero que los norteamericanos exaltan, y que ha de culminar en el triste final de *Babbitt:* "Haz lo que quieras con tal que no cometas mi error —dice Lambert Strether, el viejo caballero de la Nueva Inglaterra al joven Bilham—. ¡Vive!... No importa mucho lo que hagas en concreto, con tal de que vivas tu propia vida. Si no cuentas con eso, ¿con *qué* puedes contar?" El individualismo norteamericano, ídolo glorioso y distante a lo largo del siglo pasado, muere lentamente, y no sin quejarse. Empieza a morir —paradójicamente— cuando Wilson impone la justicia y la decencia. El New Deal lo remata (o quizá más probablemente la depresión del 29, que es fracaso típico del individualismo egoísta, imprevisor y torpemente optimista). La sociedad de masas de hoy hace que los últimos representantes del individualismo se refugien en el hampa o semihampa de la *beat generation* de Jack Kerouac a vivir subterráneamente al margen de la sociedad, como humildes "proletarios exteriores". Pero antes de morir el individualismo se examina, larga y dolorosamente. Lo hace, sobre todo, en el Medio Oeste, vasto "corazón del país" cuyos latidos nos llegan en las obras de toda una generación de grandes novelistas y poetas.

Dimensión Imaginaria

POEMAS

Por *Jorge* *CARRERA ANDRADE*

La Semilla

EN su cueva de tierra la semilla interroga
prisionera inocente, la razón de su encierro.
Es oscura su cárcel transitoria.
Por salir a la luz todo en ella trabaja
y al fin su brazo verde agujerea el suelo.

Brazo verde que buscas el aire de la altura,
la libertad del sol, la embriaguez de la vida:
mi corazón imita en su clausura
tu florecer secreto, tu labor silenciosa
y sólo es una planta rastrera que germina.

Semilla: eres la imagen del hombre en cautiverio
el tiempo de un suspiro o de un sueño terrestre,
una estación apenas de la flor y del beso
hasta que un brote asoma a la luz alta
y el limo se transforma en una tumba fértil.

El corazón y el grano se extinguen en el surco,
mas de nuevo en su fruto se esconde otra semilla.
¡Oh ciclo de la vida: fin y comienzo juntos!
En la semilla un dios vive encerrado,
el dios que multiplica los frutos y los días,

El Río de la Ciudad Natal

MACHÁNGARA de menta: eres mi río.
Atraviesas mi pecho y no los prados.
Aguas de historia y lágrimas de siglos,
mortaja de crepúsculos ahogados.

Entre casas y huertas, pasajero
caminas y murmuras entre dientes.
Tus monedas escondes en las guijas
y te vas a dormir bajo los puentes.

¡Oh río de mis años mozos: curso
de geografía azul y arte amoroso!
Aprendí en tus remansos la ternura,
la ciencia del abrazo silencioso.

Suspiros de Matilde entre las ramas;
cristalina gramática viajera
de las ondas; primaria ortografía
de una escuela de juncos en hilera.

Exploración azul en las orillas:
Nuevos mundos del oro y de la gloria.
El Imperio del Sol de las abejas
labraba su panal para la historia.

¿Van los conquistadores por el río?
Los penachos ondean en la bruma:
¡oh verde infantería de carrizos,
morriones de cristal, cotas de espuma!

¡Oh novelas amadas como novias!
Aventura mental, descubrimiento

del universo en flor, pronto agostado:
¡hojarasca de libros en el viento!

Primer dolor y soledad primera
y primeras preguntas pavoridas:
¿La vida es sólo un río hacia la muerte?
¿Acaso viviremos otras vidas?

Sólo estamos de paso... ¿para dónde?
Dime, río Machángara sapiente:
¿Tanto esfuerzo y labor son para nada?
Seguir quiero tu ejemplo transparente.

Río que te alimentas de las nubes,
me enseñas a morar sobre la tierra
pero a mirar el cielo. En tu remanso
el granero astronómico se encierra.

Todos los astros y constelaciones
de los dos hemisferios: ¡oh tesoro
para el hombre sediento que interroga
bajo las luces del celeste coro!

Machángara de paz: recorres mi alma
—país estéril, patria de la espina—
y tus arbustos con gorriones crecen
sobre mi corazón, yerma colina.

Mujeres escapadas de los Cuadros

HAY la mujer prisión, la mujer templo,
la mujer selva y la mujer molino,
la mujer alquimista que transforma
en oro hasta el suspiro.

La mujer galería de mujeres,
mujer obra maestra de un museo,
mujer circo de fieras
y hasta mujer cordero.

Témpano con dos piernas y dos brazos,
el Gran Hielo Polar forrado en tela,
o el trópico vestido
con galas de doncella.

La mujer tribu ardiente y emplumada
o gran fiesta caníbal
alrededor del poste
donde sangra la víctima.

Hay la mujer de sombra a mediodía,
la mujer continente inexplorado,
mujer isla de flores,
mujer bosque de pájaros.

La mujer muro y la mujer espejo,
la mujer horizonte
o camino desnudo entre la niebla.
Hay la mujer orquesta a medianoche.

Autómata del cielo,
domadora de tigres y relámpagos,
mujer de nidos y mujer colmena
o cueva de tesoros ignorados.

Arrecife de rosas, faro oculto,
mujer de luz casera,

mujer jardín de estatuas,
mujer troje sin puertas.

Mujeres escapadas de los cuadros,
            los parques y las fuentes,
hermanas de Raquel, luz en camisa,
        música más secreta que la muerte.

A UN ASTRO, A UNA ROSA

Por *Emilio ORIBE*

- I -

AQUEL astro,
esta rosa,
no sabrán nunca que ellos son nada más que formas
de un pensamiento puro, todo enigma,
que los vierte en lo eterno.

- II -

También los hombres
en alguna época vivieron en lo instantáneo
de sus pensamientos, como vosotros,
oh, astro siempre temible!
oh, rosa nunca expresable!

Confundían el vivir con las ideas
en coincidencia absoluta,
de suerte que el horror de ser mortales
no existió para ellos.

El acto de brillar que enorgullece al astro,
como el acto de arder que enajena a la rosa,
como el acto de existir que enaltecía al hombre,
fueron, en un Tiempo, lo mismo.

Un algo sin cambios percibidos,
una simultaneidad deliciosamente suave
en una melodía infinita e invariable,
y el éxtasis del existir
se agotaba en sí mismo,
así el oleaje de una alta mar serenísima
renovándose,
permaneciendo.

- III -

Algunos,
que ya fueron considerados como poetas,
y tuvieron la suerte de nacer mucho antes
de que nacieran y vivieran los muertos,
sólo en aquellos instantes,
cuando vivían ciegamente confiados
de que eran eternos,
pudieron gozar sin nunca saciarse
la inmortalidad de sus más bellos cantos.

- IV -

Lástima que después ciertos seres humanos
empezaron a asombrarse
frente al propio deleite de existir,
y en vagas instancias
iniciaron la osadía
de interrogarse:
—¿Qué soy? ¿Quién soy, Dios mío?
—¿Qué es aquello con lo cual coexisto?
—¿Por qué me extraño ahora
de que todo sea como es y no es?

Entonces desgarraron la doble máscara
de lo real y aparente,
en un animal cambiante en el cual ocurren
esos pensamientos,
mientras que en el resto de lo existente
una realidad que no piensa nunca
afirmábase en una eternidad anónima,
en donde las piedras, los árboles, las bestias,
seguían subsistiendo,
    sumergidas en la más dura tiniebla.
que no es otra que la sabia ignorancia
                del propio existir,
que de ellas fluye.

- V -

Entre tanto, el astro y la rosa que yo confío que me escuchan,
no sabrán nunca que yo soy tan sólo la forma
de un pensamiento impuro, todo enigma,
que al verterme en mi muerte
me proporciona de lo eterno la nostalgia en este canto.

JAIME TORRES BODET: SU PRESENCIA Y POESÍA

(MADRID 1929 - MÉXICO 1958)

Por *F. CARMONA NENCLARES*

Introducción

ERA por los años del veinte, quizá en 1929, en Madrid. Quien esto escribe comenzaba entonces la sorprendente aventura literaria: el escritor es un individuo para el que las cosas de la vida tienen un palpitar nuevo, un acento e interrogación que él descubre, desconocidas antes de él. ¡A él se dan, sin que sepamos por qué, y el acontecimiento inicia la aventura! El descubrimiento se produce entre deslumbramientos y torturas desconcertantes, imprevisibles, que afloran en el mismo momento vital de su experiencia. No surgen, por cierto, en orden sino en caos, lo cual exige la lucha con la palabra, vehículo y gozne entre el descubrimiento y la interna emoción, el eco interior del nuevo palpitar cósmico. La palabra introduce una especie de equilibrio entre aquéllo y esto, un equilibrio no preformado, pues carece de antecedentes. La palabra, para decirlo de otra manera, no es la causa del efecto de equilibrio; es causa y efecto, a la vez, suyos. Recordemos que "el alma es la llave del Universo, y la palabra es la llave del alma", según la sabiduría más antigua. Evidente. Sin embargo, las palabras son intransparentes, pétreas, mostrencas: sólo se hacen translúcidas cuando se logra proyectar en ellas, en su remoto protoplasma, la nueva sensibilidad descubierta; antes, no. Recordemos también que el símbolo griego de la vida humana, en lo que tiene de creador, es la enorme roca que Sísifo empuja hacia arriba y que rueda hacia abajo cuando el héroe se distrae en la contemplación de sí mismo, al apuntar el goce narcisista. Pues bien, la roca de Sísifo es, para el escritor, la inerte y terca palabra.

Ya se hizo, por tanto, el descubrimiento de la nueva luz del mundo. Se hizo, él, en el escritor; conste así. ¿Qué hay en ese descubrimiento, donde alienta una nueva melodía, un acorde inédito de las cosas, que empuja al escritor a reconocerle por el sentido de su existir, a incorporarle, por ello, la categoría de principio invisible, perceptible sólo por él, y entregarle la norma y dirección de su individual existir? Toda vocación es, naturalmente, entrega y compromiso, misión y promesa; tanto, decimos, la del investigador de la ciencia, la del educador, etc. Sacrificará las fáciles voluptuosidades anexas al existir, al dejarse vivir. Pero, debe añadirse, la entrega y misión del escritor, derivada del descubrimiento, hará de él inmediatamente un ser aparte, nunca un ser de excepción. Distante quizá, en la proximidad física, de su semejante, lo que en ninguna forma significará, además, distancia moral. Soledad llámase la soledad moral. Puede darse, y están dados en el escritor, el aislamiento físico y la plena intimidad del ser humano; distancia e intimidad a la par. La literatura, cuando no se trata de arte decorativo, es el documento cardinal de la conciencia humana articulada en el drama de su destino: tiene que encontrarlo, construirlo, no para el individuo sino para el hombre, en el nuevo fulgor que las cosas proyectan sobre el escritor; lo hará siguiendo el quebrado curso —¿ascendente, descendente?— del relámpago, pues lo que en éste deslumbra, en cualquier línea, es la revelación del hombre.

Ya sabemos que la soledad es un imposible. Algo utópico en la convivencia, que es *vivir-con*. Quizá se trata, en ella, del imposible más radical del hombre. El radicalismo de la imposible soledad se muestra con horror y belleza únicos en la tarea del escritor pues confluyen en ella; tarea que consiste en descubrir, en él, al ser humano. Primero ha descubierto la luz inédita de las cosas y sobre ese horizonte, la existencia humana y su propio existir; ahora, en el segundo paso, perfilados en su mismo ser. La tarea requiere, ella, una forma, un estilo de vida congruente; una especie de ponerse al margen del individuo llevando dentro, empero, el drama de nuestro ser. Lo cual obliga al escritor a un desafío a la amargura, la desnudez, la pobreza, etc. Porque sólo desde el margen físico del individuo, insistimos, se está, por decirlo así, en el centro del hombre. En el epifoco de lo humano.

Madrid 1929: presencia de Jaime Torres Bodet

¿QUIÉN teje, y dónde, los hilos del destino? Una pregunta que nos deja, ciertamente, en suspenso, pues hay varias respuestas y, por tanto, no hay una respuesta concreta. El caso es que un día encontré, en el Madrid del veinte, quizá en 1929, a Jaime Torres Bodet. Era la época de *La Gaceta Literaria,* ya en decadencia por la fecha, y de la *Revista de las Españas* donde, en compañía de Ernesto Jiménez Caballero, hacíamos la crítica literaria. La última de las publicaciones mencionadas constituía el órgano de la Unión Ibero-Americana, institución creada en tiempos de Rafael María de Labra (por 1896), que defendiera en el Parlamento el derecho de Cuba a la autonomía político-administrativa, sufriendo las persecuciones de rigor. Andando el tiempo, y careciendo ya de la substancia nutricia original, convirtióse en un centro social sufragado por el Ministerio de Estado para restablecer —decía el reglamento— la cordialidad hispano-americana. Organizaba, por ejemplo, aparatosas recepciones el 12 de octubre de cada año, etiqueta obligatoria, donde se pronunciaban ambiciosos discursos estériles sobre la Fiesta de la Raza. El barroquismo de la dinastía borbónica gustaba, en los últimos años, de instituciones así, solemnes y un poco raídas y polvorientas. Elegantes y pobretonas.

Pues bien, en *La Gaceta Literaria* dirigida a la sazón, si mal no recuerdo, por Guillermo de Torre, y en la *Revista de las Españas,* dirigida la Unión por José Antonio de Sangróniz y Ros de Olano, que más tarde fuera mi jefe en el Ministerio de Estado, un hidalgo monárquico de raza y buena persona, cuya mano amistosa habría de encontrar, en un momento grave, en Caracas —Embajador de España en 1942—, publiqué dos trabajos sobre Jaime Torres Bodet que, sin duda, propiciaron nuestro encuentro y mutuo descubrimiento; uno de ellos, por cierto, sobre "La educación sentimental" que no era Flaubert otra vez, sino Jaime Torres Bodet. Para mí, vale la pena decirlo, el descubrimiento de Jaime Torres Bodet fue un acontecimiento cuyo eco aún perdura. ¿Por qué? La amistad aumenta y afina en quien la siente, no en quien la recibe, la resonancia humana para la plenitud de la vida. En la fecha mencionada tratábase, en Jaime Torres Bodet, de un mozo bien proporcionado en el cuerpo, de cabello negrísimo, con alguna guedeja suelta en los juveniles aladares, frente amplia —lo primero que

sorprendía en el rostro. Una barbilla redonda, poco pronunciada, partida en medio; labios carnosos de corte preciso. Un rostro diáfano, terso, transparente, ¡ay!, sin arrugas. La mano, de ademán sereno y seguro; mano abierta y benigna. Pero eran la frente y la voz los rasgos más destacados, siendo los demás —el cuerpo, los labios, la mirada analítica y cordial— el fondo donde se destacaban su doble y unitario ritmo. Sí. La voz, de trémolo cálido, de acento un poco velado, que parecía proceder de una remota profundidad. Voz de amor por las cosas del mundo y de ese su extraño huésped, el ser humano.

1958. ¿Cuántos años han pasado? Vale más no hacer la cuenta, que no coincidiría nunca con la nuestra, pues aquélla es la cuenta que llevan los hados que tejen el destino, no la nuestra. Digamos, para ser discretos, que han pasado muchos años. He vuelto a encontrar a Jaime Torres Bodet. Es, a primera vista, el mismo de 1929. Acerquémonos, empero. Más recio de cuerpo, sin duda. La misma frente, más despejada. Los mismos labios, de corte preciso, fruncidos en sospecha de decepción. La misma barbilla redonda, partida en medio, recortándose ahora como un trozo de inmóvil roca. La misma voz, con un dejo de impaciencia. Sí. La misma apostura facial, tersa y limpia, pero con algo distinto, algo que no es discordante sobre la imagen del recuerdo, aunque acentúa y subraya, por su erosión dramática, el cambio de los rasgos. Erosión, ¿es esta la palabra pertinente? No, no lo es. Pues se trata de un proceso sin origen externo, superficial. No. Jaime Torres Bodet, de presencia clara y diáfana en 1929 como en 1958. ¿Qué se ha interpuesto, en la vida de ese hombre, entre su mundo interno y la externa circunstancia? ¿Qué ha pasado, entonces? La comprensión del hombre es el más grande misterio de la vida. Dondequiera que nos encontramos con un semejante se ofrece ante nosotros una diversidad de rasgos que implican un sentido unánime. El mundo interior del hombre escapa a la comprensión de éste en cuanto a las fuerzas propulsoras; es, sin embargo, un mundo que, formándose por la interacción conjunta del destino, de las vicisitudes y experiencias, de los deseos y pesares reprimidos, sumido todo ello en las profundidades del ser, habla por sus rasgos. La biografía se escribe en la fisonomía.

Y está escrita, efectivamente, en Jaime Torres Bodet. Vista su persona en conjunto nos percatamos de ello. Ahora, sentado junto a él, limpio, terso y fino de apostura, como se evoca por

la imagen del recuerdo, que no ha sido borrada por los años sino pulida y recortada de raíces adventicias, confronto la imagen en la nueva presencia. Ya hay en su rostro, por ejemplo, arrugas; ya hay, también, canas innumerables. El hombre no ha envejecido, ni está enmascarado; ha madurado, simplemente, y la madurez tiene a nuestros ojos algo de la mejor juventud; es quizá la juventud más la solera, el sedimento dejado en nuestro corazón y en nuestro cerebro, en nuestras vísceras y nuestra sensibilidad, por la conjunción del destino y la odisea del existir. ¡Esa inescrutable gigantomaquia conjunta! Madurez significa fuego, pero ya sin llama y sin ceniza todavía. Junto a Jaime Torres Bodet, en esta presencia de ahora, sentimos un remoto acento de melancolía; remoto porque viene de muy atrás, de lo más entrañable y recóndito de la persona, quizá del punto de sutura del existir y el destino. Ahí es donde duele la vida. El hombre puede abrigar en sí mundos recónditos enteros que no se manifiestan nunca directamente. ¿Qué quimera es, pues, el hombre?, que preguntara Pascal. ¿Estará hecho, el hombre, del material de sus sueños? Interrogantes que surgen, como chispazos, sobre el pentágrama del diálogo, que fluye por el sendero innumerable del tiempo.

El cuerpo refleja siempre el alma propia, pero también nos participa noticias de las almas ajenas al través del propio cuerpo. Estoy sentado junto a Jaime Torres Bodet. Fuera, en la calle, el cielo de una sola nube, color de papel mojado. Un salón amplio y silencioso. Atmósfera grata y acogedora; un rincón excelente para ver pasar la vida. ¡Ah, ese espantoso teléfono, que precipita sobre el instante la invisible presencia ajena! Ver pasar la vida: cosa que nunca ha hecho, por cierto, Jaime Torres Bodet. Nunca. Ha intervenido en ella para crearla. ¿De dónde proviene, entonces, la indefinible melancolía que se respira en su presencia actual? Detrás de este sentimiento se esconde, sin duda, una actitud ante la vida, cuyo sentido expresa la relación del individuo consigo mismo. ¿Decepción, cansancio? El hombre tiene que llevar sobre la espalda el pesado bagaje de la decepción: "el hombre, ese soñador cargado de cadenas", que decía el padre Esquilo. Cosa inevitable porque lo comporta su ser. Luego la decepción no equivale a cansancio ni desilusión. ¡Decepción es el reverso de la Creación, tanto para Dios como para el hombre! No tiene remedio. ¿Acaso proviene esa melancolía del impacto cósmico, telúrico, de la tierra mexicana?

—pues nuestras venas y nervios están hechos de la substancia de la tierra y del soplo de los dioses. Entonces, si esto es así, tendríamos que concluir: la alegría, la seguridad vitales de Jaime Torres Bodet en 1929 se han transformado, mientras se tejía la urdimbre del destino, en la indefinible melancolía de 1958.

Digresión sobre la melancolía

DETENGÁMONOS aquí.

Melancolía. No es un deseo, un deseo frustrado o burlado, pues los dioses tienen un raro sentido del humor, ni un sueño imposible, ni viene de la horrible condena al futuro que la muerte flecha hacia nosotros. No procede de nada orgánico, ni de nada psíquico individual. Procede de que, remontando en nosotros mismos el camino del individuo al ser humano, bogando contra la corriente del tiempo, ese flujo de curso incoercible y fatal, esa eternidad en movimiento, se llega a descubrir, sin quererlo, la frustración radical del ser humano. La descubrimos porque se hace presente en nosotros de forma inesperada. El ser humano: un ente cargado hasta la entraña de inútil futuro, o sea, de anticipada frustración. La melancolía, que no es un estado psíquico concreto, particular, aislable por el análisis, no proviene entonces de uno mismo, como de su manantial, ni de los sinsabores coanexos al existir, pues el dolor constituye el fermento que pone en pie la capacidad creadora de la existencia, la posible inmortalización de lo mortal, por ejemplo, en el arte, la ciencia o la religión. Sólo el dolor da sentido al vivir; el placer lo destruye, lo aniquila o, cuando menos, lo merma. La melancolía resulta ser, por tanto, el invisible acompañante de nuestros días y se origina de haber descubierto en nosotros la radical frustración del ser humano. Tampoco tiene parentesco alguno con la "vanidad de vanidades" porque el hombre no es una vanidad, ni en juego que se permite el universo, ni un lujo. No lo es, en absoluto. Podríamos, incluso, hacernos responsables frente a Dios de que no lo sea. No queremos serlo aunque Él tuviera la veleidad de enredarnos a nosotros, sus criaturas, en semejante broma. Lo que hay en nosotros de criaturas del Creador se rebela frente a la posible veleidad.

Melancolía. Pues en el descubrimiento de nuestra radical frustración avistamos también el grito, el anhelo de eternidad inscrito en el hombre y el Universo. Esto es, por decirlo así, el

alvéolo de lo otro. Y de este contraste, del violento encuentro entre nuestro ser frustrado y el implícito anhelo del ser absoluto, implícito en el sentimiento de frustración, surge la melancolía, anudada en cada instante del tiempo. A partir del descubrimiento constituirá el temple de ánimo profundo, irrevocable, agazapado y tenso en el individuo. Temple de ánimo de Jaime Torres Bodet en 1958.

Pero, ¿y en 1929? Lo recuerdo en forma nítida y aguda. Días después de conocernos almorzamos juntos en algún sitio de las afueras de Madrid, allí donde la estepa manchega —uno de los paisajes esenciales de España— se introduce en los desérticos aledaños de la ciudad. Teníamos delante, en el horizonte, la línea uniforme del páramo de Castilla la Nueva; arriba, un cielo alto, joven, navegado de ligeras nubes impolutas. Jaime Torres Bodet hablaba, por el momento, de su vida; la Escuela Nacional Preparatoria, los grupos literarios de la capital mexicana, los versos y prosas primeros... Yo estaba recibiendo, por el cauce de las palabras, el impacto primerizo del ancestral sortilegio de México que, años más tarde, en el exilio, me envolvería también. ¡Una sorpresa inolvidable! Quise que conociera un rincón de la tierra española y viajamos a Rascafria, al pie de la Sierra de Peñalara. Pinares, el monasterio del Paular, del siglo XIII, el río Lozoya, que baja de las serranías murmurante y cuajado de espumas, espumas de la nieve virgen de los picachos. Paisaje que, ¡ay!, sirviera de fondo a mi propia existencia y que ya no es, ahora, un simple trozo de geografía sino un estado de alma. Algo a que nunca podré renunciar y cuya nostalgia es una con mi ser.

Volvamos a 1958. No vemos con los ojos ni oímos con los oídos, sino al través de ellos. Vemos y oímos con nuestro ser entero, donde encarna nuestra propia biografía. En este momento, pues, no tengo delante sólo a Jaime Torres Bodet; tengo su existencia entera hasta el presente. Entre 1929 y 1958 la misma anatomía, por decirlo así, y distinta fisonomía, que antes parecía tallada en relieve y, ahora, horadada en surco. ¿Estaré equivocado? Decepción, melancolía: no están fijadas en los rasgos ni en el gesto —en ningún rasgo, en ningún gesto aislado. No. Son el marco expresivo de todos los rasgos y gestos, pues nada existe dentro del individuo que no esté fuera y patente. Basta mirar.

Abandono la casa. Un abrazo, promesa de volvernos a

encontrar. Camino bajo la menuda lluvia, en busca de un vehículo. El cielo es una sola nube color de papel mojado. Atravieso calles y avenidas solitarias. Una pregunta, varias preguntas encontradas, me surgen no sé dónde, pues no las siento en la frente sino en algo más profundo, como agudas lancetas. "¿Qué es esto de la vida, Dios mío? ¿Es un castigo o es una gracia?"

Literatura y destino

CUANDO el semejante entra en el marco de la propia existencia y surge la amistad, se abre un ángulo de visión más en nuestro existir y adquirimos un nuevo sentido de él. Así, la amistad hace trascendente nuestro ser; rompe sus límites físicos y espirituales, lo libera y franquea por el trascender. Ensancha el corazón, como quien dice. ¿Qué hay en la amistad, entonces? Sus efectos no constituyen su causa. Hay, sin duda, una ratificación de nuestra autenticidad esencial aportada desde el amigo; el testimonio, pues, de que nuestro propio destino, todavía incompleto, no es un error ya que lo encontramos, también, en el amigo. Amistad es, por tanto, interrelación en un destino común. Y el amigo, otro *yo* que alumbra el nuestro. Tal fue nuestra experiencia en 1929, en el orden de amistad, con Jaime Torres Bodet. Conocimos en él una sensibilidad humana y literaria diferentes, enhebradas al sortilegio ancestral de un pueblo misterioso e inclasificable. Un joven fino y sereno, ya maduro por la cultura y la creación, dotado de sensibilidad diferente, inédita. Por eso, "La educación sentimental" produjo en el ambiente literario de Madrid una gran conmoción. Presentaba una forma de expresión, un *ethos* literario desconocido, sin antecedentes, y que no era posible prever, al menos en dicho ambiente, bronco y áspero, lleno de inverosímiles resentimientos y difícil de penetrar. Pues en la España de 1929, escribir, ser escritor, equivalía aún, como en tiempos de Larra, a llorar. Lo será siempre.

La nostalgia es la vivencia clave, para mí, de aquellos años. Jaime Torres Bodet está presente, por decirlo así, en el cuadro de esa nostalgia, articulado en ella, involuntariamente para él, por el sentido implícito en la articulación misma. Era una experiencia nueva de la vida, era otra experiencia. Presencia que me urgía entonces, y de insubstituible significación. Entregarse

al amigo es necesario para el testimonio de nuestro propio destino. Encontré en él, en Jaime Torres Bodet, no un escritor más sino "el escritor"; es decir, el ser humano metido en el trance de una búsqueda interminable por el anhelo de algo incondicional. Trance que define, para mí al menos, la condición estética de su obra. Sólo chocando con la urgencia de lo incondicional adquiere la obra literaria porte estético, seguridad en sí misma y libertad interior, libertad expresiva, lo cual pone de manifiesto en ella, además, el entrelazamiento de dos fuerzas polares: el movimiento creador de la vida y la vigilante tensión de la voluntad para realizarlo. El horizonte vital de Jaime Torres Bodet parecía, por la fecha, infinito; con la infinitud de la tarea en que se había metido. ¿Es que ahora ha comenzado a cerrarse? ¿Y por qué? No sabemos responder. En el escritor, el destino es más un proceso interno, un proceso de autodevelación, que es también —correlativamente— develación de las cosas y del hombre, que un proceso exterior de aventura cotidiana. Jaime Torres Bodet no ha cambiado de tarea ni, en consecuencia, de actitud; ésta se ha hecho más compleja en cuanto a la densidad porque, como es de suyo, en la tarea de descubrir lo incondicional absoluto —y el único rastro que tenemos a mano es el hombre mismo— el mundo interior se cava y ahonda, logrando mayor profundidad y nuevos ecos. Este factor de ahondamiento, que dilata el mundo interior a costa del externo, explica la desviación de la curva de la vida personal respecto de la biológica, el equipo puesto en nosotros por el capricho genésico. Y la desviación se escribe en el rostro. ¿Dónde, si no? Cada arruga es, por tal razón, biografía; es, en suma, espíritu.

Pero de estos puntos trataremos más adelante. Ahora hay que insistir en otro. Cuando Jaime Torres Bodet surge en el marco de nuestra circunstancia se trataba, sin duda, del momento más plástico y formativo de quien esto escribe, pero también más perplejo: no había podido elegir, con el arrojo necesario, su destino, todavía no, dividido entre la enseñanza —para afirmarse, para encontrarse—, la diplomacia —para ir viviendo—, la teología y la ciencia. ¡Dios, qué caos! Cada estímulo tiraba de él y los demás hasta el desconcierto, paralizándolos todos, invitando a la inacción de afrontar cualquiera. Quería escribir, y de hecho ya lo hacía, siendo un joven más entre los que, con la pluma en la mano, intentaba poner el reloj de España a la

hora del mundo. Éramos, por lo que es echa de ver, un extraño grupo de mozos insensatos y extravagantes, pues el ser de España es mineral, impenetrable a la aurora. Un grupo que no había pactado con el duque, el barbero, el licenciado Sansón Carrasco, el canónigo, los yangüeses, etc. No había pactado y, lo que es más, no pactaría nunca. Conviene agregar que fue un grupo sin maestros, aparte de la milenaria amargura española, nuestra común matriz. Ganivet se había suicidado, ciertamente, por razón de esa amargura, lo mismo que Larra, pero los que en nuestro tiempo debían ser los maestros —Ortega y Gasset, D'Ors, Marañón, Baroja, Azorín, etc.—, nos empujaron a la rebeldía y luego, a la hora cero, a la hora de la tormenta, nos arrojan por la borda y se lavan las manos. ¡Qué incomparable estupidez la nuestra! Pues hubo un *Delenda est Monarquia* y no hubo nunca, en cambio, un *Delenda est Franco;* D'Ors encubría un granuja, Marañón un indeciso, Baroja un miserable resentido, y Azorín, bueno, Azorín... ¡Cómo nos burlaron! Decíamos —no hay que perder la compostura— que en el marco de estas circunstancias se presentó un día la figura física y moral de Jaime Torres Bodet. Ahora se comprenderá por qué su conocimiento representó una sorpresa; la sorpresa de un modelo inesperado e íntegro. Convirtióse desde el primer momento, por tanto, en un fragmento de la biografía de quien esto escribe. Así, él no es un simple recuerdo; es, aún, la presencia operante del destino que quiere elegir. Él había elegido ya, y había elegido lo que prefería.

Y concluimos donde empezamos. Por la amistad, por la luz en que trasciende, se nos revela nuestra forma de vida. El amigo desata el hecho de nuestra decisión por aquella forma de vida latente, potencial en nosotros, siendo él —el amigo— ajeno al proceso. Un amigo es una confrontación y una resolución.

Tres aproximaciones a la poesía de Jaime Torres Bodet

I

El *qué* de la poesía de Jaime Torres Bodet viene, desde hace años, desde 1929, pues, llamando nuestra atención. O sea, la gran vivencia central de ella. Pero una de las condiciones ge-

nético-morfológicas de esa poesía —la unidad viva, diamantina, de la intuición y la expresión exige que, ahora mismo, dibujemos la perspectiva general de su estructura: desde la primera poesía que conocimos, el primer poema, hasta *Trébol de cuatro hojas* (1958), es una espiral que apunta y camina hacia lo hondo e intransferible del ser del poeta; a cada nueva vuelta se contempla aquella vivencia central desde una altura más despejada. El mundo interno del poeta se ha ido excavando, ahondando con los años, mientras que el mundo externo iba cerrando delante de él sus incontables senderos. Pues llega un momento en que ya no interesa la adquisición de nuevas experiencias, en cualquier orden —amor, amistad, conocimientos, etc. En el mundo interior, cavado por el azadón del tiempo, ¿acaso no está contenida para ese momento toda la experiencia deseable? Lo cual no significa cansancio, fatiga, del *placer experiri* sino interna plenitud y mediodía.

Sigamos. El *qué* y el *cómo* de la poesía de Jaime Torres Bodet son inseparables. Léase, por ejemplo, *Río,* en *Sin Tregua.* La trabazón interna es adecuada a la conformación externa, recubriéndose mutuamente. Están fundidos el contenido ideal y la forma de tal modo que el poeta no hace, él, hablar a las cosas; su poesía, ella, es el habla de las cosas. De cada palabra, de cada verso, surge un universo totalmente nuevo, con su contenido ideal y su primativo encanto de emoción. Ese contenido ideal, y la referencia sensorial que lleva ínsita, son factores que no se excluyen; ninguno existe por sí solo. Característica que, para nosotros, representa el punto unitario interno que informa el todo de la obra de Jaime Torres Bodet. Punto arquimédico, agregamos, cuya cima y culminación es, para el presente de la poesía bodetiana, *Trébol de cuatro hojas.* Sin duda de ningún género.

Hay, por decirlo así, dos tipos de espontaneidad en la creación poética. En la primera, surgen antes las palabras que su intuición significativa, su contenido ideal. El escritor procede entonces al ajuste del contenido a la palabra anticipada. Esto es, naturalmente, poesía verbal. En el segundo, surgen al propio tiempo, en el ámbito mismo del instante, con fulgor de llama, la intuición y su palabra ajustadas desde el misterio de su propia génesis. En esta segunda forma de la creación poética tienen su raíces, para nosotros, los poemas de Jaime Torres Bodet. Y debe añadirse: no son labor de un día. No. Preten-

demos adivinar que sobre ellos se ha inclinado muchas veces el desvelo. (Una ventana, un balcón, iluminados en la noche. Ojo cuadrado de pupila inmóvil sobre el enigma estelar del universo-isla, en Madrid, Bruselas, México, París. ¿Quién sabe dónde?) Sí. Hace falta haberse enredado, confundiendo y mezclando —¿por qué mano, por la nuestra?— los hilos del destino, haber sentido el fango natural de la existencia, donde nos fuera soplado el hálito divino, para escribir, por ejemplo, *Primavera.* Ahí la palabra transparente, lúcida, con sonoro timbre de cristal palpitante, corresponde a un alma transparente y lúcida también.

Pero las palabras no tienen por sí mismas esa sonoridad cristalina. No la tienen por naturaleza semántica; esta dimensión semántica no es otra cosa que el espíritu remansado en ellas, que se manifiesta inerte, confuso, mientras no haya sido recreado. O sea, mientras no se logra la potenciación e interiorización últimas de las fuerzas expresivas directas de las palabras. El proceso se encuentra, sin duda, en el fondo de la poesía genuina; léase, por ejemplo, la *Elegía a Bernardo Ortiz de Montellano* —¿dónde fuiste, don Bernardo?— en *Trébol.* Sorprende, en el poema citado, la palabra diáfana, translúcida, ingrávida, cristalina, decíamos, que sólo de un substratum de luchas y congojas, de dudas y contradicciones, puede emerger como cifra que las sintetiza y contiene. El cristal sonoro y transparente, palpitante, necesita de más fuego y lumbre creadores que el vidrio, sordo y opaco. ¿Lo hemos dicho todo al respecto? Aún no. Pues el cristal translúcido se elabora por necesidad con los materiales más deleznables y comunes, con la común arena mortal. Fundidos por el fuego creador logran transformar su pesada y turbia bastedad, depurándose, en diáfana pureza y reflejo.

Por lo anterior podemos darnos cuenta de que la poesía implica un proceso de autodepuración, de catarsis. La vida es naturalmente opaca y sorda, representa una acumulación fortuita de elementos, de experiencias, y una suma externa de cosas; la transparencia y lucidez no está en ellas sino en nosotros; en el poeta. Tampoco radica en las nudas palabras. El poeta eleva todo lo que capta al plano del ser, pues ha recibido por el *ethos* mismo de la poesía el rayo de luz necesario, el rayo de la luz esencial, por decirlo así. Léase, por ejemplo, *Tierra,* en *Sin Tregua.* El contenido ideal de la obra poética sirve de armazón

al nuevo mundo creado por la poesía; al través de él las cosas hablan por el poeta. De aquí se deriva, entre otras características, la más singular y difícil, la ingravidez de la sintaxis; las palabras han perdido —mejor, han transmutado— el plomo sintáctico. ¡De plomo en diáfana y alada tersura! En la luz esencial de la poesía se mantiene la sintaxis básica, creadora, que no procede de la gramática sino del espíritu. La gramática aparece después. Sirva de prueba *Aurora,* también de *Sin Tregua.*

II

Está claro, y vale ahora de primera conclusión, que en la poesía de Jaime Torres Bodet nos sale al paso la relación arquetípica del hombre con los fundamentos del mundo y del ser cristalizada en una forma expresiva que no incluye sólo virtuosismo verbal —que eso es oficio, artesanía— sino transmutación del lenguaje por el crepitar incandescente del fuego interior. Doblar el espinazo gramatical de la palabra para que desborde de su roto esqueleto el contenido ideal de la significación es capacidad creadora. Autenticidad poética.

Demos aquí, pues resulta la ocasión propicia, la diferencia entre la actividad poética y, por ejemplo, la actividad científica, vista a la luz que aportan los citados poemas de Jaime Torres Bodet. También la ciencia culmina en metáforas, también es poesía, pero lo es de una manera distinta a la poesía literaria. La ciencia trata de encontrar en los fenómenos el principio de orden que los engendra y jerarquiza. Es una tarea de desdivinizar el Universo. La causa de la lluvia expresa su principio y naturaleza. Quiere decirse, entonces, que la ciencia excluye del sistema, que le es propio, al hombre en cuanto tal, al ser humano como totalidad concreta. En cambio, el poeta encuentra el principio de orden en sus propias vivencias; es decir, en su mundo interno. La poesía supone, por ende, redivinización del Universo, redescubrimiento de lo inescrutable. Es aquella forma de expresión que encarna la relación del transfondo resonante de la existencia humana con lo universal y radical. Reconstituye, desde el mundo interno del poeta, la unidad y totalidad originarias del ser humano. (Léase, a propósito, *Ultima Necat.)* Horizonte inaccesible, desde luego, para la actividad científica.

Otra cosa. La poesía de Jaime Torres Bodet no pretende ser copia de nada, sino señal de un estado interior. A la realización verbal ya nos hemos referido; esa forma verbal suya es interioridad pura: el *qué* de la poesía ha absorbido el *cómo*. La palabra aparece en ella penetrada de una significación emotiva inagotable conceptualmente. Jaime Torres Bodet ha rescatado así la virginal plenitud del vocablo utilizado en cada caso. ¡Reverberante virginidad! Una luz sin lujuria cromática se desprende de ellos. Luz, sin chispas ni relámpagos, cuyo hechizo nos envuelve y penetra, haciéndonos transparentes en su propia transparencia. Poesía que enraiza en el fondo prístino del ser humano. Ilumina la esencial profundidad de la existencia. No hay nada que no esté sentido en ella como acaecer, como tránsito, como devenir, como fugitivo y transitorio, en fin, en el marco de su propio requerimiento de eternidad. Y llevados de lo anterior, tenemos que preguntar: esta poesía de Jaime Torres Bodet, ¿es una revelación del ser, en el sentido de Heidegger, o un deslumbramiento del ser, en el sentido de Jaspers? Nos excusamos de mediar en la polémica porque así planteada, es decir, planteada para conceder que la metafísica de razón de la poesía, no la entendemos. Francamente, no. La poesía es la obra primigenia y original del espíritu, creación de la Creación; creación, también, de la nada: de la arena mortal del hombre. El ser humano está en el mundo entre las cosas y sí mismo; por aquéllas y por éste se conjugan en él las cosas y el hombre, conjunción que cristaliza, al ser descubierta, en poesía. Primero fue la poesía. ¿Acaso se nos ha olvidado, o se trata de un prurito académico, que la Filosofía aparece como Poesía? ¡Platón reflexionaba sobre los mitos, señores profesores! No hay, por tanto, que invertir los términos de la ecuación histórica. Analícese, por ejemplo, los temas de la poesía de Jaime Torres Bodet. ¿Es que, por ventura, no son los temas de la tortura eterna e inacabable del hombre? La vida, la muerte, el tiempo, el sentido de la rosa y la estrella, la puerta del destino, que se abre hacia dentro de uno, etc. Los temas simples y elementales a cuya reflexión sistemática suele llamarse Filosofía. La poesía no puede tratarlos, claro es, como lo haría la biología, la astrofísica o la teoría del conocimiento o de los valores. Imposible que lo haga porque implica la doble dimensión conjunta de verdad y belleza. Léase, por ejemplo, *El barco*. La verdad, tal como compete a la poesía, se alcanza en la

forma: ilumina, debemos repetir una vez más, el recóndito punto esencial de la existencia, su raíz originaria, su incógnita genésica, y por eso la poesía auténtica es verdadera; por otra parte, al iluminarla por la plasmación es también belleza. La forma vivifica la verdad implícita en ella cuando se trata de la poesía, no al revés.

Fijémonos ahora en el estilo de Jaime Torres Bodet. ¿De dónde surge su cuño estilístico? Sabemos decirlo de una sola manera, ésta: representa el punto de fusión, la temperatura de la ardiente forja interior. Pero se trata de una relación creadora, no causal. (Siempre es lo mismo al referirse uno a la actividad del hombre, al humano hacer.) Y, ¿fusión de qué? Pues —sencillamente— de cuanto adviene a nuestro existir por el cotidiano cauce diario, turbio y revuelto; también, de cuanto salta del pasado al presente, en la evocación, perfilándose todo ello sobre nuestra propia presencia, sobre el hecho de nuestro individual aquí y ahora. Por el presente del existir nos hacemos presentes a nuestra propia presencia. La conjunción aludida es, digámoslo con respuesta fulminante, una transubstanciación: o sea, la conversión total de la substancia del existir en otra cosa, en espíritu; la conversión del pan y el vino cotidianos en el pan y el vino cuyo esencial sabor —sabor: saber— inmortaliza al hombre, haciendo de su existir un eterno presente. Algo que ni Dios siquiera podría destruir. ¿Está claro ya? La transubstanciación es el estilo. Así, por el proceso de transubstanciación, el dolor, mi dolor de criatura, por ejemplo, puede convertirse en alegría y, a su vez, la alegría, mi alegría, en una herida irrestañable; porque ya no se trata, naturalmente, del dolor y alegría individuales, que se dan en los límites de la individualidad concreta, sino de la substancia, en ellos, del hombre y el Universo y que no me atañen a mí. Atañen al reverso constitutivo del hombre y el Universo.

III

RESULTA evidente, y está exento de mayor prueba, que de la mutua colisión y choque entre el descubrimiento de nuestra frustración y del requerimiento del ser total, que levanta el encuentro, se deriva el temple del individuo: no sólo el temple moral sino el anímico y, por ende, la actitud ante el mundo y

ante sí mismo del individuo a quien le cupo en suerte —¿en suerte?— la experiencia descrita. Temple que simboliza la cifra de nuestra personalidad, la manera concreta en que somos. Hemos creado la verdad, la bondad y la belleza, y ellas revierten sobre nosotros para conformarnos. Pero si el ser del hombre es frustración, ¿qué sentido tienen entonces? ¿Son también frustración? Procedemos de ellas por haberlas creado; nos han creado al crearlas... Cada uno podrá responder como quiera a las dos preguntas anteriores; allá él. Pues lo que ahora importa es otra cosa: declarar que la poesía de Jaime Torres Bodet lleva en su seno el perfil del descubrimiento. Cuajado en su prístina ecuación.

Esa es su fuente: el descubrimiento que corre a lo largo del filo de un cuchillo. Pero hay más. En el descubrimiento tocamos el amor; el amor sí, hijo de la pobreza, o sea, de nuestra frustración, carente del ser por tanto, y de la riqueza o abundancia del anhelo del ser total —Platón, sin duda— erigido en su descubrimiento. ¿Cómo decirlo de otra manera? El choque de la abundancia y la pobreza en una misma intuición, en una misma vivencia, nos inunda de amor; de amor a las cosas, al mundo, al prójimo. Sabemos que se ha interpretado de maneras distintas; por ejemplo, San Agustín, que lo entiende como el drama esencial de la criatura humana; San Buenaventura, como la presencia en nosotros de la escala mística hacia la Divinidad; Santo Tomás de Aquino, como el misterio de la revelación; Suso y el Maestro Eckhart, como la alegría del hombre que descubre en el encuentro la posibilidad de acceso a Dios; Nicolás de Cusa, como la docta ignorancia, en su única coyuntura visible; San Juan de la Cruz, como soledad; Pascal, como índice de la miseria consubstancial del ser humano, de su inconmovible cimiento de perversidad y cerrazón frente a la Luz inmortal; Cervantes, en cambio —¡ese malicioso castellano, costal de jocunda sorna!— juega con el descubrimiento en la locura por la acción de Don Quijote; Kierkegaard, como angustia; Heidegger, como el ser para la muerte inscrito en el existir; en fin, Sartre, como náusea... Un breve itinerario traído al papel, pero que —sin embargo— resume las respuestas dadas por el hombre al núcleo develado por el descubrimiento. Que para nosotros, repetimos, es amor; fundamentalmente, amor. Comporta pesadumbre, decepción o melancolía, si se quiere. Está bien, pues, al fin y al cabo, al tocar el gozne entre nuestra de-

ficiencia y su implícito requerimiento del ser incondicionado, ¿qué podíamos esperar? Un *Dies irae* permanente. ¡Tocar el fuego que arde sin llama y sin ceniza! Y, con todo, amor. Fuente misma de la poesía de Jaime Torres Bodet.

Despedida sin adiós

Ante el momento en que, por ahora, debemos despedirnos de la poesía y presencia de Jaime Torres Bodet —momento que ya ha llegado, lástima— ¿qué añadiríamos para su resalte? Insistiremos sobre un punto: el cuño estilístico de aquélla. Es transubstanciación y, por tanto, liberación de la pesadumbre e inercia implícitas en las cosas y el hombre. Liberación que corta el múltiple cordón umbilical que nos ata a cuanto existe, que franquea el acceso a nuestra propia substancia y nos sitúa, en ella, libres. Esto da el principio central de intuición, arquitectura y sentido en la poesía de Jaime Torres Bodet.

Otra cosa. ¿Es, la suya, poesía auténtica? Claro que lo es. Lo es por lo anterior inmediato y por lo que sigue. ¿Que la vida se deja engañar por el tiempo, según decía Shakespeare? Bueno, ¿y eso qué importa? Hay que aceptarlo aunque evitando la corrompida humildad genuflexa de la resignación. Resignación es silencio cobarde. Mutismo imposible, por ende, porque el encuentro, en el ser individual, del ser de lo humano, exige para nosotros el ponerse en pie dentro del propio destino, la rebelde verticalidad, sea tonta o no lo sea, el tú por tú con Dios. En efecto, ni la ciencia, ni la cultura literaria, ni la actividad política, sacan al hombre fuera del tiempo; sólo la poesía puede hacerlo. Sólo ella. ¡Ella, que es el tú por tú con Dios precisamente! La vida de la poesía es vida fuera del tiempo, vida perceptible en su esencial y eterno principio. ¡Visión de las cosas y del hombre puestas en vilo! ¿Por qué? Pues por el conocimiento unitivo —unitivo, cuidado, unitivo por sobre el abismo— que encontramos, que encuentra el poeta al remontar, por el camino interior del individuo, hasta el ser del hombre. Invisible camino en cuyo andar —autenticidad poética— se ha hecho, se está haciendo, la poesía de Jaime Torres Bodet.

CINCO CUENTISTAS VENEZOLANOS

Por *Pascual PLÁ Y BELTRÁN*

Hoy, al penetrar en esa zona para mí hasta hace poco totalmente inédita, en ese mundo metafórico y desgarrado, real y alucinante que significa la más reciente cuentística venezolana, voy a hacerlo, concretamente, sobre cinco jóvenes: Oscar Guaramato, Antonio Márquez Salas, Alfredo Armas Alfonzo, Carlos Dorante y Adriano González León. La elección de estos nombres no obedece a un azar. Hay entre ellos, dentro de su radical personalidad distinta, cierto paralelismo en la concepción de tema y estilo. Los cinco narran en una especie de frenético realismo mágico, cuya particularidad más esencial podría consistir en un gusto por la palabra desgarrada, viva y viviente, interpretando un fondo o como trasfondo en el que se entremezclasen a la vez magia, furia, rabia, asco, amor, ternura, agonía y piedad; los cinco manejan una prosa sin artificios, vigorosa y plástica; en los cinco, más que escepticismo y descreimiento, late un amor desgarrado y una fe irremediable hacia los animales y los hombres, hacia los seres vivos que pueblan las tierras de Venezuela. Su mérito fundamental estriba, a mi manera de ver y entender, en haber intentado y logrado dar a los elementos nativistas categorías y dimensiones universales.

OSCAR GUARAMATO

> "Yo tengo mucho de este pueblo triste. Mis pies conocen muchos caminos de esta tierra ancha. He sido estudiante y peón, agricultor y vagabundo. Sé de las noches sin techo y de los días sin pan. Desde muy niño me enfrenté a la vida, sin temerle, y he despilfarrado mi juventud a manos llenas, sin tenerme lástima...". OSCAR GUARAMATO.

Según Azorín, el cuento debe ser un resumen de novela y poema. Para otros, el cuento es un relato breve cuya dimensión

no debe medirse tanto por su intención como por su tensión, por su intensidad. Para mí, valga la paradoja, un cuento es un cuento. No creo en teorías. Creo en el hallazgo, en el logro. Mihai, el rumano inventor de *la bicicleta voladora,* no se cansaba de repetirme: "No tienes talento". Y Bernardo Clariana: "No sabes escribir". Pero yo no hacía caso y seguía escribiendo. Escribía como podía: con la sangre, con los dientes, a rajadiablos. Y esa torpeza mía, hasta cierto punto, me ha dado fuerza; algunos de mis cuentos han sido leídos y hasta traducidos a varios importantes idiomas.

Mas no es de mí de quien ahora deseo hablaros, sino de Oscar Guaramato; él es un poeta, un domador de la palabra, un forjador de imágenes, un creador de mundos; una imaginación poderosa, intensísima, disparada hacia el mismo centro del hombre.

Estas palabras me las sugiere un libro de relatos: *La niña vegetal.* (Otros libros suyos son: *Biografía de un escarabajo* —1949— y *Por el río de la calle* —1953). Bajo este título se agrupan seis cuentos. Cada uno de ellos es una estampa viva, original y única; un clima poético logrado a fuerza de sincopados trallazos metafóricos.

En Oscar Guaramato, por encima del excelente narrador, fluye siempre el poeta. Le sugestiona, más que la trama del relato, la unidad plástica del relato. Cada cuento suyo, en sí y de por sí, es un poema, una idealidad y una realidad mitológicas, con sangre de nativas supersticiones, fundiéndose en un cuerpo, en un clima hecho enigma.

Ejemplo de ello puede ser *La niña vegetal,* la más simbólica y metafórica de estas seis narraciones; Guaramato consigue dar en ella la intensidad dramática y poética de un García Lorca. (Lorca, ya lo dije un día, es lo mágico popular andaluz, como Guaramato es o puede ser lo mágico popular venezolano). Aquí sus palabras son como dardos: "Ahora que la niña duerme, le daremos zumo de manzana ardiente". "Rociaremos pelos de macho cabrío entre sus dos senos". "Y echaremos hiel de víbora en su sexo, para que grite por las madrugadas". "Y le dejaremos por almohada un tulipán de fuego... y en su sangre pondremos cien arañas negras..." Un fulgor lírico, una como ramazón misteriosa flota en la atmósfera. Los personajes son insinuados o levemente esbozados. Los deja en el destino. Pero su humanidad y su palabra van siempre, van

siempre más allá de la razón a clavarse en el mismo centro del enigma.

Otros dos relatos, *Luna llena* y *Dolores,* pertenecen, como *La niña vegetal,* a una tendencia esencialmente mágica; los demás —*Los nudos, Vecindad* y *Paredón*—, sin romper la unidad del libro, son de tendencia más realista, más sujeta a la trama y a la integridad psicológica de los personajes y del ambiente. *Los nudos* tiene un matiz social, no desprovisto de cierto despiadado tremendismo. En *Vecindad* es un ratón quien enjuicia la vida desastrosa en un hogar moderno. *Paredón,* posiblemente, es el más intensamente dramático: un episodio de lucha, de angustia y de muerte, donde la vegetal ramazón de Oscar Guaramato se hace raíz, sangre, pasión de espíritu.

Pienso que Guaramato, como cuentista, no tiene antecedentes. Viene desde sí mismo y va a sí mismo. Es una nueva modalidad narrativa, como una nueva dimensión imaginaria. Una magia, un temblor... Algo tan nuevo y tan viejo como el girar del mundo.

ANTONIO MÁRQUEZ SALAS

> "Él comprende que bastante estamos recompensados con saber que la tierra nos sostiene. Con poder sangrar y llorar sobre ella. Que bastante estamos recompensados con ello aunque supiéramos que todo lo demás habría de sernos quitado, cercenado. Aunque la misma tierra nos negara sus raíces y sus alimentos y su calor, estaríamos bien recompensados sabiendo que nos resiste, que nos resiste indefectiblemente. Porque cuando vemos cómo pueden ser destruídos todos los ranchos, todas las casas, todos los palacios, nos consolamos sabiendo que sólo la tierra, la casa última del hombre, permanece". ANTONIO MÁRQUEZ SALAS.

PUEDE decirse que Márquez Salas une a la magia expresiva de un Guaramato el vigor y la violencia de un Armas Alfonzo. Sus relatos, en lo medular, sugieren la sinuosidad de los ofidios: son como una vivacidad ondulante, telúrica, con enigmas de ciénaga y realidades febriles, trabajadas en pleno delirio. Todo en ellos está construido a base de vivencias o sensaciones, con palabras que siempre van más allá del mismo significado de las palabras.

Igual que en Arturo Uslar-Pietri y en Carlos Eduardo Frías, o como en lo más representativo de la cuentística norteamericana moderna (un Faulkner o un Caldwell, por ejemplo), la humana tipología de Márquez Salas es como un muestrario de seres locos: criaturas frustradas, semejantes a llamas violentas, moviéndose en el caos de una atmósfera alucinante. Seres cuya única referencia de la vida es el dolor. Son criaturas de dolor. Viven en un perpetuo aturdimiento, en una horrible poza, en un espasmo de sexo, en un fatalismo insalvable. Son, a veces, gentes de tierra, pegadas a la tierra como garrapatas o costras; otras, mendigos sarnosos como Cachupo, como el Llagoso, como el idiota Autilo. Estas criaturas jamás son conciencia. Más que una voluntad, ellas representan una terquedad. El hombre aquí es solamente la expresión de la tierra, una forma de la tierra, de lo que está por encima y por debajo de la tierra. Así el indio Genaro, mutilado y sintiéndose morir, imaginará confusamente a la tierra como a un verde caballo, "su único y auténtico caballo de belfo sangriento". "La tierra, su verde caballo sin fronteras. Ancha, extensa, hasta donde llaman el mar, para él, Genaro, moribundo y para todos, todos, hasta para las negras hormigas que beben los líquidos de su pierna podrida". "Él, Genaro, marcharía entonces con su pierna sana y firme, llevando a su mujer y a sus hijos sobre el lomo de su verde caballo, al encuentro del sol glorioso de la noche".

La obra literaria de Márquez Salas se reduce a dos títulos: "El Hombre y su Verde Caballo" y "Las Hormigas Viajan de Noche". En el primero van incluidos once cuentos; en el segundo, seis. Todos ellos están concebidas por una imaginaria fiera, poderosa, apasionada, deslumbrante.

Sobre "El Hombre y su Verde Caballo" ha escrito Fabbiani Ruiz: "El cuentista logra dar una sensación plena de miseria y de horror: la exacta miseria y el horror pleno del campo venezolano, del desierto venezolano, de la angustia venezolana, angustia de hombre, de desnudez, de siembras arrasadas, no intelectual. En ese logro, radica la fuerza narrativa del escritor".

Márquez Salas, desde luego, desnuda cruelmente y hasta el espanto una cara de Venezuela; cara que él sufre, que él padece en toda su miseria y horror y que, por encima de toda conciencia, el escritor ama con una gran borrachera de odio.

Algunos de sus relatos cobran la altura y el acento de los grandes profetas bíblicos. Son una objetividad metamorfoseada,

subjetivizada, esencializada, entrándonos al alma, más que por los ojos, por huesos y poros. Esto puede observarse en "¿Vuelves, Ordenanza?", "El Hijo", "El Hombre y su Verde Caballo", "¡Cómo Dios!" En ellos tocamos al hombre en su total escalofrío, como un elemento natural y viviente, como una obstinación inconsciente y loca. Aún el paisaje, aquí, está siempre en función eminentemente humana.

"El Hijo" es, seguramente, una de las narraciones más despiadadas de este maestro del horror. En ella cuenta una historia de violencia y de pecado. Cointa, violada por un sacerdote, tiene un hijo de éste. El niño crece tarado y ruín. Pasan años. La madre se siente un día agonizar ante la piltrafa humana del hijo. Entonces se presenta el padre, el sacerdote, y Cointa, moribunda, le escupe: "Usted me corrompió el cuerpo. Usted me corrompió el alma". Pero el verdadero mensaje del relato puede ser éste: "En la vida de los seres —dice Márquez Salas— todo pasa y se olvida. Sólo los que sufren mantienen en carne viva sus recuerdos dolorosos. La carne no olvida, goza con recordar los más duros sufrimientos. Todo el pasado queda impreso en ella. Si queremos olvidar allí está ella para recordarnos. Ella es nuestra pasión, nuestra venganza y nuestro destino".

En "Cumpleaños" es el poder de la superstición y de la fatalidad, la furia del sexo empujando desde abajo a Francisca a lo misterioso de la ciénaga, donde Caballo Negro tiene su inexpugnable imperio. Ese tema de la sexualidad se repite en "Sospecha" y en "Adolescencia". En estas pequeñas narraciones, las cosas y los seres sudan sexo. El cuentista suele expresarse en ellas así: "La luna parecía un globo de semen en el cielo". "Olía a noche caliginosa, a yegua, a hombre deseoso de mujer".

En "Hacia los bellos días", especie de confesión delirante, el personaje afirma: "Todo lo que de mí nazca ha de ser alucinante: poseer el temblor primario de la tierra, el arranque elemental y puro de los seres". Y ahí, en esas palabras o bramido, se encierra el maravilloso secreto de la creación, de la gran cuentística de Antonio Márquez Salas —más de la tierra o de las vísceras que de la mente—, en su horror, en su furor, en su total alucinante impresionante temblor.

ALFREDO ARMAS ALFONZO

"El pueblo venezolano viene haciendo cuentos desde sus orígenes. Y muestras las hay en cada aventura, en cada paso, en cada emoción, tristeza, gozo, alegría o sufrimiento del pueblo. El todo es que alguien se proponga escuchar. Que es lo que he hecho yo, sencillamente. Porque nada de lo mío es mío, es producto mío, de mi cabeza. Es producto de la gran cabeza, de las grandes manos, de los pequeños momentos de mi pueblo". ALFREDO ARMAS ALFONZO.

ARMAS Alfonzo —una, sin lugar a dudas, de las figuras más representativas dentro de la moderna cuentística venezolana—, tras la publicación de sus libros anteriores *Los Cielos de la Muerte, La Cresta del Cangrejo* y *Tramojo,* nos da ahora *Los Lamederos del Diablo.* Reúne aquí, bajo tan fiero título, nueve relatos apasionantes. Nada más abrir el volumen, nos patentiza así su impía y amorosa ironía: "A Lucía Victoria Alfonzo Rojas, mi tía Tura, a quien dejamos en el cementerio de Barcelona. Y a Rocío, su perrito sarnoso, que cuidará las mandarinas y los jazmines del patio. Hoy con su ama, en la gloria".

Este humorismo sarcástico, un tanto irritante, podría inducirnos a error. Podría hacernos pensar, falsamente, que *Los Lamederos del Diablo* era un libro cruel, una modalidad de la carroña tremendista. No es así. De ninguna forma es así. Lo que sucede es que Armas Alfonzo no desea moverse en el vacío. Se nutre de tierra y tradición. Y tierra y tradición son sus gentes: su tía Tura, Clelia Clelia, Pacífico Tarache... Él mismo, en la entrevista que incluye aquí a manera de prólogo, lo confiesa: "El pueblo venezolano viene haciendo cuentos desde sus orígenes. Y muestras las hay en cada aventura, en cada paso, en casa emoción, tristeza, gozo, alegría o sufrimiento del pueblo. El caso es que alguien se proponga escuchar. Que es lo que he hecho yo, sencillamente. Porque nada de lo mío es mío, es producto mío, de mi cabeza. Es producto de la gran cabeza, de las grandes manos, de los pequeños momentos de mi pueblo..." O sea que los cimientos de Armas Alfonzo son firmes, se apoyan en la tierra; su corazón, en el ser y en el existir de su pueblo.

Alma y sangre del pueblo, eso son sus relatos; una profunda ligazón de drama y ternura, de dolor y coraje, de miseria

y de gloria; una fusión de sentimientos encontrados haciéndose carne de destino, trascendiendo de la mera realidad objetiva para hacerse maravilloso cuerpo de arte.

Todos los cuentos incluidos en *Los Lamederos del Diablo* son igualmente excepcionales. Mis preferencias, sin embargo, se inclinan hacia los aparentemente más sencillos: "La sonrisa de Abraham" y "La estrella del abuelo", patéticos, conmovedores en su estremecedora ternura; "Las alpargatas vacías", visión popular y poética de los Reyes Magos; "La hora y punto", escena de la muerte; "La hora que no llegó", "La espalda de la muerte" y "La deuda" —tres relatos, tres impresionantes capítulos de novela—, en los que Pacífico Tarache, el Mayor, un héroe del pueblo, paga su deuda de lucha y heroísmo bajo las balas de sus verdugos.

En Guaramato la tierra no es la tierra: es sólo la memoria de la tierra. En Márquez Salas, más que la tierra percibimos el escalofrío y los estallidos de una naturaleza salvaje. En Armas Alfonzo tocamos la tierra, nos apoyamos en la tierra, nos identificamos y nos sentimos y nos reconocemos seres de tierra.

La palabra de Alfredo Armas Alfonzo es magia y es drama; pero esa magia y ese drama no son tanto de él como de su pueblo. Y su verdadera grandeza, como hombre y como escritor, consiste esencialmente en haber hecho lo que no han podido hacer los otros: devolverle al pueblo, en sangre y en arte, lo que es privativo del pueblo.

CARLOS DORANTE

> "Éramos hombres ceros. Pero nuestra inutilidad consciente, nuestro hartazgo del no ser, se corporizaba en una dulce y amorosa indiferencia. Ya ni siquiera nos dolía el dolor. Y el honor, si alguna vez lo tuvimos, era una cosa olvidada". CARLOS DORANTE.

ESTOS relatos de Carlos Dorante restallan, crugen como las iras gesticulantes de la tierra, son como el sudor y la agonía y la ferocidad inquebrantable de la tierra. La tierra, su húmedo o crepitante dominio, manteniendo en pie al ser, al hombre, su sofocada o irremediable turbulencia, como algo fatalmente dado, insoslayable, irrevocable. "Él no supo nunca de su en-

cuentro con la tierra —se lee en "Las horcas cuelgan del cielo"—. En ella, vieja heredad fraccionada, había nacido. Y ya sobre ella estaba el padre. Y el padre del padre". Así la tierra le había sido dada con la vida, y sobre ella, como una costra, había él vivido y crecido. Pero él ahora resultaba algo tan inevitable como la misma tierra. "Era ineludible con sus pies descalzos, agrietados; con su dedo gordo del pie empujando los granos en la morena mansedumbre". "Pasó frente a la puerta sin tocarla. Pasó junto al pozo, cerca del pequeño establo, y se internó en las sombras. Había pequeños huesos relucientes, desperdicios semipodridos esparcidos sobre la tierra. Las plantas, con tallos maltratados, mostraban sus raíces magras o los cadáveres estrujados de sus hojas. Él caminó sobre ellas, recto, al centro del sembrado". Y poseso de la tierra o de su mandato ineludible, feroz de simbología y ancestro, hincará su puñal en la garganta de ella, la mujer, gozándose en la horrible descripción de su muerte. "Había sentido una breve resistencia bajo la mano —dirá Dorante. Después la piel se desgarró con suavidad. Él sintió que la hoja se iba hacia adentro, hacia donde debía vivir la voz de la mujer dormida. El hierro era también su mano. Lo sintió estremecerse con las rojas salpicaduras calientes y buscar hacia adentro, más adentro, hacia las fuentes de las ondas rojas que sonaban como chamizas resquebrajadas".

Dorante no oscurece los acontecimientos de sus relatos; pugna mejor, desde el mismo centro de ellos, por ordenarlos y aclararlos. Tiene su mecánica y su metafísica: su particular manera de expresarse. Escribe todavía sobre la agonía y el sudor, pero no confunde misterio con oscuridad. A veces cae (¿voluntaria?, ¿involuntariamente?) en una especie de virtuosismo y entonces la palabra rabiosa y crepitante se le vuelve dura, metálica. Mas siempre, como creador, tiende a la expresión de su personal metafísica y de su insobornable orden poético. Dorante es, de alguna manera, una especie de irrefrenable pasión biológica disparada hacia el mismo centro del hombre, del enigma. Porque crear es, en buena parte, eso: penetrar los reductos del enigma, elaborar lúcidamente el caos.

¿Quienes son "Los Amos del Cielo"? Desde luego, imagino, no estas desoladas criaturas de tierra, en su pasión por integrarse o desintegrarse, telúricas, rebosantes del oscuro misterio del ser. Pero si "lo malo es siempre lo malo de un espí-

ritu", como apuntaba Heidegger, y lo malo no está ni en lo sensible ni en la materia, estos fabulosos seres del narrador Carlos Dorante (una Georgina, un Danú o un Glamis asesinando al sueño), hechos de furiosa aunque centelleante materia, ¿pueden ser moralmente responsables de sus pasiones y de sus acciones?

Cabría destacar en Carlos Dorante, como hacedor de cuentos, dos vertientes bastante acusadas: un fiero predominio de lo cerebral sobre lo emocional y una como rabiosa desesperanza. Pero "Los Amos del Cielo" no es el fin de la esperanza. ¿O lo es?

ADRIANO GONZÁLEZ LEÓN

> "Esto fue hace tiempo, cuando las noches se volvían rojas. Un resplandor vivo cubría al pueblo. Y todo parecía un domingo y una fiesta. Cada hombre y cada mujer llevaba un brillo intenso sobre la frente. Eso fue en otro lugar, más allá de esos cerros, en la tierra de las hogueras más altas". ADRIANO GONZÁLEZ LEÓN.

TIENEN estas hogueras de Adriano González León el estremecimiento, la intensidad, la violencia y la furia crepitante del fuego. Son como el fuego. Son como la originaria incadescencia de la tierra, como la fantástica e inverosímil quemazón ósea del hombre.

Pero todo esto aconteció ha ya tiempo, "cuando las noches se volvían rojas. Un resplandor vivo cubría al pueblo. Y todo parecía un domingo y una fiesta... Las gentes siempre estaban iluminadas cuando recogían el maíz..., cuando cortaban los árboles..., cuando escuchaban las campanas...".

"Las Hogueras más Altas" es como el recuerdo, como la recreación o presencia del pasado en la carne loca de la memoria, como la evocación de algo no luminoso, no radiante, sino alucinantemente violento; así la pasión elemental de Dorila, frustrada, convertida en criatura de odio y despojo, retorciéndose como adentellante llama en medio de su desesperada castidad; así Salvia, nueva Salomé, con sus alucinantes pies desnudos adorando a San Juan, moviéndose en el impenetrable enigma, tocando el pecho y el fuego del pequeño santero borracho, barbudo y borracho, entregándosele y finalmente dego-

llándolo para, ciega de increíbles visiones, llorar con su cabeza entre las manos.

El mundo de González León es un mundo de llamas, de fuegos, de fabulosas calcinaciones; un mundo de raíces y de hierbas podridas; un mundo terriblemente elemental pero implacablemente ordenado donde cada agonista vive su fatalidad, su destino o su muerte no como ser de conocimiento, de razón, sino de llameante fiera pasión; criatura de tierra pero desterrada, apoyándose en la dura piedra del exilio, quemándose lo mismo en las supersticiones que en las revelaciones.

"Las Hogueras más Altas" contiene seis relatos: *En el Lago, Los invisibles fuegos, El Enviado, Las voces lejanas, Fatina o las llamas* y *Los antiguos viajeros.* En todos ellos se respira una atmósfera abracadabrante. Contienen un ritmo y conservan una unidad indestructible. No poseen, en los dominios de la imagen, la plasticidad de un Antonio Márquez Salas, mas sí su rabioso e incontenible furor.

El estilo de este joven cuentista, de este jovencísimo narrador fabuloso, puede consistir y consiste en una mezcla de elementos a lo Faulkner, Wolfe, Kafka y Antonio Márques Salas: un dejar a los personajes a merced de sus propios impulsos, atados a una fatalidad ciega, a un clima inhóspito que les hace, más que conciencia de destino, bárbara carne de destino.

DOS NIÑOS DE "NUESTRA AMÉRICA"

Por *Lola ELIZABETH BOYD*

Comparación entre los protagonistas de *Don Segundo Sombra* y *Un niño de la Revolución Mexicana*

El suelo literario de *Nuestra América* ha producido dos niños verdaderamente propios y genuinos: uno en la inmensa y silenciosa pampa argentina; el otro en Tabasco, región tropical y febril de México, en época de violenta revolución.

En los recuerdos que tenemos de su infancia y adolescencia, vemos, en ambos casos, un proceso lento de educación; poco a poco, el niño va abriendo los ojos, va comprendiendo la vida que lo rodea, tal como es. Vemos nacer en él los sentimientos de hombre maduro, con una actitud nueva y renovadora que, en el caso de Fabio, lo convierte en hombre sobrio, en hacendado responsable, y que de Andrés hace un revolucionario.

El primero, nacido en la inseguridad, sin conocer siquiera su nombre verdadero, se entrega a la vida libre y libertadora del gaucho —simbolizada por la de don Segundo Sombra, su padrino de adopción —y sobre esta base va preparándose para asumir las responsabilidades que lo esperan más adelante, cuando —por un cambio repentino de posición social— serán suyas la seguridad de vida y la dignidad personal con las que él soñaba de niño. Las lecciones de la pampa hacen de él un hombre.

El segundo, en cambio, siendo producto de la estabilidad de un hogar basado en la virtud, el amor y el respeto mutuo, pasa por los años frenéticos de la Revolución Mexicana, en su fase violenta, años que atacan la seguridad de su ambiente familiar —la seguridad que él ha conocido bajo el régimen porfirista— y lo conducen, paso a paso, por momentos de auténtica emoción, a una nueva libertad de pensamiento en la que resuelve, por fin, todas sus dudas angustiosas.

En cuanto al origen de nuestros dos niños, es impresionante el contraste enorme y elocuente que existe. Pensando en

sus catorce años de chico abandonado —"de 'guacho', como seguramente dirían por ahí" —Fabio se sentía "hosco, huraño". Pensaba en la casa de sus presuntas tías, su "prisión": "¿Mi casa? ¿Mis tías? ¿Mi protector don Fabio Cáceres? Por centésima vez aquellas preguntas se formulaban en mí, con grande interrogante ansioso... era una obsesión tenaz".

Por el contrario, recuerda Andrés con gran felicidad y entusiasmo su nacimiento en San Juan Bautista de Tabasco, el primero de mayo de 1907. La fecha le gusta. "Es un día bueno para venir al mundo", declara con alegría. "En mis cumpleaños me ha envuelto el entusiasmo popular —en México, en España, en Francia— por la belleza y por la justicia. Mi cumpleaños es siempre de emociones..." El conocimiento seguro que tiene de su origen no para en su familia inmediata. Es figura legendaria en Tabasco su abuelo, Manuel Foucher, y hablan de linajes y aristocracias los parientes de su abuelita, aunque ella, mujer instruida y culta para su medio, no se preocupa de esas cosas.

La "ciudad pequeñita" de San Juan Bautista salta a la vista —ciudad tropical, de ríos inmensos, de pasión y sangre, de historia vigorosa y trágica; la capital de una tierra "en la que la lealtad al amigo es la fundamental virtud; y en que la traición del amigo ha de castigarse inexorablemente con la muerte". Con toda seguridad, no es ésta la raíz de las diferencias que existen entre nuestros niños, puesto que el gaucho comparte este concepto de la amistad, este desdén por la vida cuando se trata del honor. El gaucho es igualmente valiente, igualmente "macho".

La diferencia está en que Fabio desconoce su origen, desconoce el calor del hogar; mientras que Andrés sabe que nació, "como bulto humano, en una callecita empinada", en medio de un "mundo humano" bueno, simpático y cariñoso. Hijo de un padre que "tuvo mucho de santo" y de una mujer hermosa y melancólica que, sin haber estudiado eugenesia, lo bañaba todos los días y lo cuidaba muy bien, tenía además una abuelita pequeñita, "dulce y blanda como un pan con miel", de quien hacía cuanto quería. No recuerda en su niñez "ni golpes, ni regaños, ni fuertes castigos, ni prohibiciones caprichosas"; y, materialmente, tuvo "lo necesario y lo superfluo". Pasó, pues, una infancia tranquila y feliz.

No así nuestro pobre "guacho". ¿"Seis, siete, ocho años? ¿Qué edad tenía a lo justo", se pregunta, "cuando me separa-

ron de la que siempre llamé 'mamá', para traerme al encierro del pueblo, so pretexto de que debía ir al colegio? Sólo sé", concluye, "que lloré mucho la primer semana..." Las tías con quienes vivía lo regañaban el día entero, echándole la culpa de todo cuanto sucedía. Tres o cuatro veces vino a buscarlo don Fabio Cáceres para llevarlo a pasear con él por su estancia, casa pomposa que le "impuso un respeto silencioso a semejanza de la iglesia" a la que solían llevarlo sus tías. Le muestra el gallinero, las vacas y las yeguas, le regala una torta y un durazno, y lo impresiona por su bondad.

Una cosa tienen en común nuestros niños: la falta de enseñanza religiosa. A Fabio lo llevaban a misa los domingos, es cierto, y hacían que rezara de noche el rosario, pero en ambos casos se encontraba, dice él, "en la situación de un preso entre dos vigilantes, cuyas advertencias poco a poco fueron reduciéndose a un simple coscorrón"... En la casa de Andrés quedaban tres imágenes como restos del catolicismo fervoroso de su abuela paterna, a quien nunca conoció. Su abuelita materna le "comunicó la noticia de que había un Dios muy bueno, sentado encima de las nubes" y le enseñó el padrenuestro. Tuvo, sin embargo, muy poca información religiosa: ni le enseñaron los mandamientos, ni el catecismo, ni lo llevaban a misa. Y es que en su familia nadie practicaba la religión; ni siquiera se casaban por la iglesia, ni bautizaban a los niños. "Se me hablaba de Jesucristo", comenta, "como de un hombre tan bueno como mi abuelo". Buscaba explicaciones en vano el pobre niño, como la noche en que le pide a su madre informes sobre "la Virgen de tripa", por decir la auténtica, la de carne y hueso, no la de la estampa que le señalaba esa buena señora.

Compartían, igualmente, un temor a lo sobrenatural. Declara Fabio que, al pasar al lado del cementerio, lo atemorizaban más los muertos, las luces malas y las ánimas que los malos encuentros posibles. Y confiesa Andrés que la cotorrita celosa de su papá era para él "un ser misterioso, entre humano y diabólico", al que le tenía miedo.

Durante tres años asistió Fabio al colegio, pero un día pretendieron sus tías que no valía la pena seguir su educación y empezaron a cargarlo de comisiones que lo mantenían constantemente en la calle. Esto le llegó como una liberación. "Conocí gente que toda me sonreía sin nada exigir de mí", nos advierte. "Lo que llevaba yo escondido de alegría y de senti-

mientos cordiales, se libertó de su consuetudinario calabozo y mi verdadera naturaleza se expandió libre, borbotante, vívida". La calle era para él un paraíso; la casa, una tortura. Fueron los tiempos mejores de su niñez. Pero la costumbre de ser agasajado, por dicharachero y audaz, hizo que perdiera el encanto que sentía al principio, y nuevamente se aburría. Por fortuna, don Fabio se mostró más que nunca su protector en aquellos días y venía a verlo con frecuencia, para llevarlo a la estancia o hacerle algún regalo. Pero luego dejó de venir y su soledad se hizo mayor. Pensaba en lo hermoso que sería irse.

A Andrés también lo pusieron en la escuela, a los seis años, y su asistencia a ella amplió su radio de vida y aumentó sus relaciones con los vecinos, que encontraba a la ida y a la vuelta del colegio. Conoció, entre otros, al herrero del pueblo. "Su aspecto pobre y sucio y su cara malhumorada llena de hollín", dice, "me hicieron pensar que había hombres a los que se les pagaba muy mal y sufrían mucho, y me fue preparando para las muchas malas caras que pronto iba a ver". Cuando tenía siete años, llegaba la revolución a Tabasco.

Ya antes, a los cuatro, lo habían llevado en un viaje a la hacienda de sus primos —hacienda "sencillamente maravillosa", en la que conoció la mar, "las olas violentas y azules del Golfo de México", y en donde entró con su tía en la casita de uno de los peones y vio allí el piso sin ladrillos, el ajuar improvisado, el mundo pobre que él ignoraba.

Fabio, también, anhelaba ampliar su horizonte. El deseo de irse para siempre "del pueblito mezquino", como decía, se apoderó de él más fuerte que nunca un día que espantó desprevenidamente un caballo al cruzar la calle y luego, inmóvil, miraba alejarse, "extrañadamente agrandada contra el horizonte luminoso, aquella silueta de caballo y jinete". Le pareció haber visto "un fantasma, una sombra, algo que pasa y es más una idea que un ser; algo que (lo) atraía con la fuerza de un remanso, cuya hondura sorbe la corriente del río . . ." Era "la silenciosa silueta" de don Segundo Sombra.

Don Segundo parecía grande por la expresión de fuerza que manaba de su cuerpo. "Era el 'tapao', el misterio, el hombre de pocas palabras que inspira en la pampa una admiración interrogante". A Fabio le parecía que su existencia estaba ligada a la suya y decidió irse con él. Tomada esta resolución, "experimentaba una satisfacción desconocida, la satisfacción de

estar libre". ¡Oh dulce libertad! "Sentíame", cuenta, "en poder de un contento indescriptible... En derredor, los pastizales renacían en silencio, chispeantes de rocío; y me reí de inmenso contento, me reí de libertad, mientras mis ojos se llenaban de cristales como si también ellos se renovaran en el sereno matinal".

Ambos niños emprenden una salida trascendental para su vida: uno, por voluntad propia, en pos de un ideal; el otro, obligado por las circunstancias —la llegada de los revolucionarios a Tabasco—, siendo para él más bien una retirada que un avance. "Miré con tristeza la casita en que nací", dice éste. "Volví mil veces la cabeza. No quería perderla... Allí se quedó parte de mi corazón, parte sin recuperación posible. Terminaba un ciclo de mi vida y se iniciaba otro —acaso con término en la muerte— de vida mexicana, inquieta, febril, accidentada". Y agrega: "No cabe duda de que yo creía que ser revolucionario era lo mismo que ser ladrón y asesino".

Vivía Andrés dentro de un régimen patriarcal, pero en su familia la relación entre amos y criados era "de protección y ternura de arriba hacia abajo, y de rendimiento, gratitud y fidelidad incondicional, de abajo hacia arriba". Con su extraordinario calor humano, su abuelita y sus tíos "limaban las asperezas de aquella vida patriarcal, feudal, medieval..." Su padre le exigía que no pegara a los criados, diciéndole que eran niños como él e iguales a él, por ser él nieto del carpintero de Teapa —y este detalle impresionante no se le olvidó nunca! Esta conexión suya con el pueblo se le hizo alegría, años más tarde, "Pero la verdad es", nos confiesa, "que toda mi infancia fue un estira y afloja, una incertidumbre: estaba yo socialmente en una confluencia, en un hibridismo que era de imposible superación para un niño'".

De un lado, tenía parentescos modestos, pobres, así como su propio padre lo había sido, repartiendo de niño en su pueblo la leche y las pasturas; de otro lado, la aureola de los apellidos de su madre, estimados en todo el Sureste de México, la fortuna de sus primos mayores, la mayor blancura y el azul de los ojos de otros parientes de Tabasco y Campeche, y la posición social de todo el clan Foucher, que enclavarían a su familia dentro de la contrarrevolución. "Un apellido francés, o inglés, o alemán", nos aclara, "y unos ojos azules, eran en México la más rancia aristocracia..."

¡Qué distintos los pensamientos de Fabio con respecto a su salida, su separación del hogar de sus tías! "De ningún modo volvería a hacer el vago por las calles aburridas", declara determinadamente. "Yo era, una vez para todas, un hombre libre que ganaba su puchero, y más bien viviría como puma, alzado en los pajales, que como cuzco de sala entre las faldas hediondas a sahumerio eclesiástico y retos de mandonas bigotudas. ¡A otro perro con ese hueso!"... Esto no quiere decir que no le fallara el corazón, que no tuviera sus dudas, basadas en el hecho de que todo lo aprendido hasta entonces "resultaba un mísero bagaje de experiencia para la existencia que iba a emprender". Pero desde chico había sabido dejar a un lado pensamientos de esa índole. "Metido en el baile bailaría", declara, "visto que no había más remedio, y si el cuerpo no me daba, mi voluntad le serviría de impulso". Se lanza a los caminos y al campo sin huellas y dice: "Al dejar que entrara en mí aquel silencio me sentí más fuerte y más grande".

Comprende Fabio que en la pampa cada cual vive para sí y su alegría de pronto se hace grave, contenida. Todos le parecían más grandes, más robustos. "Tenían alma de reseros, que es tener alma de horizonte". Había empezado su trabajo y con él un gran orgullo. Sabía que "no abundaban los hombres siempre dispuestos a emprender las duras marchas, tanto en invierno como en verano, sufriendo sin quejas ni desmayos la brutalidad del sol, la mojadura de las lluvias, el frío tajeante de las heladas y las cobardías del cansancio..." Pero por el momento, lejos de acobardarse, tenía la certeza de que le había de romper el alma "antes que ceder a las fatigas o esquivar algún peligro del arreo..." Con esta bella frase, explica sus sentimientos: "La mañana invita con su ejemplo a una confianza en un inmediato más alto y yo obedecía tal vez a aquella sugestión".

También en Tabasco se conocía —y se conoce— la varonía, aunque de carácter más violento. "El tabasqueño peleaba y mataba sin saber que hacía algo malo... En Tabasco sólo tenía cabida el hombre decidido. El prudente era candidato al desprecio eterno y, más todavía, a la misma muerte. Porque en Tabasco el cobarde no vivía, no sobrevivía..." El niño Andrés, en su fuga, va comprendiendo más y más estas características de sus paisanos. Llega a conocer el miedo y a palpar la muerte. Mueren muchos, no sólo de las balas, sino también de la viruela.

Pasan a diario los entierros, recuerda —"casi todos humildes, en ataúdes primitivos, la madera sin pintar, o con el muerto enrrollado, como un 'taco', en un petate".

A pesar de los peligros y de la dureza de la vida —dureza que conoce por primera vez— conserva siempre el equilibrio. Por ejemplo, en la Isla del Carmen, en Campeche, tenía su abuelita una hermana paralítica y tartamuda que "lanzaba discursos ininteligibles". Además, un criado lo hacía creer que Hermelindo, un tío tipógrafo de sus primos Martínez, entendía el lenguaje de las gallinas. Aún de niño, tenía ya aficiones lingüísticas y uno de sus empeños era "entender el lenguaje de las gallinas y el de la tía Salomé!"

Era Andrés un niño tranquilo y tímido, sin afición a la empresa peligrosa. Nos dice: "Era yo muy débil físicamente, no atravesaba el Grijalva a nado, no había yo montado nunca potros cerreros, casi nunca me iba de aventura por los campos..." Le parecía que su primo lo miraba "con gesto sañudo, disgustado de mi falta de entereza". En Campeche, aprendió botánica y zoología, observando flores e insectos. Eran sus amigos los jazmines, las rosas, los naranjos, los guayabos. Un día cayó una manga de chapulines y no quedó una hoja ni una flor en los árboles. "La naturaleza se sumaba a la Revolución", nos dice, "para enseñarme a vivir sin arraigos burgueses, sin conservatismos sentimentales".

Vida de acción, en cambio, es la de la pampa. Allí, "animales y gente se movían como captados por una idea fija: caminar, caminar, caminar". A Fabio le parecía posible "andar indefinidamente, sin pensamiento, sin esfuerzo, arrullado por el vaivén mecedor del tranco, sintiendo en (sus) espaldas y (sus) hombros el apretón del sol como un consejo de perseverancia". Un día se le acerca un niño y le mira las espuelas, las manos lastimadas en la jineteada, el rostro cubierto por la tierra del arreo. Y observa Fabio: "Su ingenua prueba de curiosidad admirativa era mi boleta de reseros".

Pasaron cinco años sin que se separara ni un solo día de don Segundo. "Cinco años de ésos hacen de un chico un gaucho", afirma, "cuando se ha tenido la suerte de vivirlos al lado de un hombre como el que yo llamaba mi padrino". Él fue quien lo guió pacientemente hacia todos los conocimientos de hombre de pampa, enseñándole "los saberes del resero, las artimañas del domador, el manejo del lazo y las boleadoras, la

difícil ciencia de formar un buen caballo para el aparte y las pechadas, el entablar una tropilla y hacerla parar a mano en el campo, hasta poder agarrar los animales donde y como quisiera". También por él supo "de la vida la resistencia y la entereza en la lucha, el fatalismo en aceptar sin rezongos lo sucedido, la fuerza moral ante las aventuras sentimentales, la desconfianza para con las mujeres y la bebida, la prudencia entre los forasteros, la fe en los amigos". De él aprendió floreos en la guitarra y mudanzas en el zapateo; "estilos, versadas, y bailes de dos"; coplas y relaciones "para hacer sonrojar de gusto o de pudor a un centenar de chinas".

En todos los pagos tenía don Segundo amigos que lo querían y respetaban. Una palabra suya arreglaba el asunto más embrollado. "Pero por sobre todo y contra todo, don Segundo quería su libertad. Era un espíritu anárquico y solitario, a quien la sociedad continuada de los hombres concluía por infligir un invariable cansancio. Como acción, amaba sobre todo el andar perpetuo; como conversación, el soliloquio".

También Andrés seguía un proceso de educación y de emancipación. Estando en Lerma, acampó allí una parte del ejército revolucionario y llegaban a su casa a pedir comida los soldados hambrientos. Fue el primer contacto amistoso que tenía el niño con la Revolución. Se hizo gran amigo de los soldados y fue invitado al cuartel, que estaba cerca de su casa y que, por sucio y maloliente, le impresionó mucho. Los pobres soldados, tristes y dulces, dormían en el suelo, sobre petates y bajo cobijas mugrosas. Les decían "los guachos". (Siendo Fabio mexicano de aquella época, hubiera pertenecido, tal vez, a su número).

Volviendo a Laguna del Carmen, ingresó Andrés en una escuela oficial, del gobierno revolucionario. En los recreos jugaban los niños a la Revolución y él pronunciaba discursos desde las bancas del patio, repitiendo lo que oía en los mítines callejeros. Como lo explica él muy bien en su relato, no había alcanzado la preparación ideológica de la Revolución, sino solamente el momento de la pelea. Al llegar a la edad de la razón, se encontraba en un mundo de guerra, viendo únicamente que las gentes se mataban, sin comprender por qué.

Termina la fuga, regresa su familia a San Juan Bautista (llamado ahora Villahermosa), y, en la escuela primaria, encuentra el primer entusiasmo intelectual de su vida: el estudio

de "Historia Patria". "¡Odio a los gachupines por gachupines, amor a los mexicanos por mexicanos! ¡Alegría por la matanza de españoles, tristeza por la muerte de los que habían nacido en nuestra tierra!... Fanatismo semejante al religioso: pasión, sangre y fuego para la infancia".

También de su papá aprendía muchas cosas. Todos llegaban a consultarle sus asuntos, entre ellos los líderes jóvenes de la Revolución. Hombre culto y noble —risueño, amable y cordial— era, por temperamento y convicción, un amante del pueblo. Anticlerical militante, masón, positivista, había formado en el Instituto a los muchachos más avanzados de la hora. Era extraordinariamente honrado. En la casa había una gran disciplina, sin necesidad de castigos; hijos y padres se entendían y se sentían vinculados estrechamente por los temores y las miserias compartidos. "Éramos más serios, más estudiosos, más reflexivos de lo normal", nos dice Andrés. "Las nuestras fueron vidas infantiles absorbidas por un tremendo espectáculo".

Igual a su padre, las dudas sobre la Revolución lo dejaban sin partido y atormentado, viendo "el poder disputado por 'gentes decentes'... metidas a revolucionarios, y por hombres que se decían amantes del pueblo, se ponían en el pecho un lazo rojo y convivían con propietarios esclavistas a los que consideraban redimidos por la cinta que también llevaban en la solapa". ¿Entonces, se preguntaba, quiénes eran los malos y quiénes los buenos?

Resume el problema que atormentaba su ingenua adolescencia en estas palabras: "Yo estaba contra la farsa, contra la mentira, contra la injusticia. Éstas no eran la Revolución, sino la crisis o la desviación de la Revolución; pero no podía yo entenderlo. Estaba yo preparado para ver las torceduras, pero no los aciertos. Por otra parte, mi padre —honrado, generoso, tierno, trabajador, sobrio, sencillo— era llamado reaccionario y porfirista. En consecuencia, para mí la reacción y el porfirismo eran lo bueno, y la Revolución lo malo: ese era mi infantil raciocinio. Por él me creí y me dije porfirista y reaccionario, a pesar de tener como enseñanzas fundamentales de mis padres la práctica del bien, el amor al pueblo y la defensa de los oprimidos".

La educación de Fabio tomaba otros giros fuera de los ya mencionados. Don Segundo era un admirable narrador de cuentos y sus relatos introdujeron un cambio radical en la vida de

su protegido. Nos dice éste: "Seguía yo de día siendo un paisanito corajudo y levantisco, sin temores ante los riesgos del trabajo; pero la noche se poblaba ya para mí de figuras extrañas y una luz mala, una sombra o un grito, me traían a la imaginación escenas de embrujados por magias negras o magias blancas. Mi fantasía empezó así a trabajar, animada por una fuerza nueva, y mi pensamiento mezcló una alegría a las vastas meditaciones nacidas de la pampa".

Menos ingenuo o menos impresionable era Andrés, porque, al contarnos de los experimentos espiritistas que hacían sus familiares en la Isla del Carmen y en las que ponían mucha fe algunos de ellos, opina, medio guasón: "...Ése era un momento en que no bastaba la comunicación con los vivos. Necesitábamos que los muertos, que están en todas partes, nos contaran lo que pasaba en Tabasco. Creo que, sin embargo, no dieron pruebas de ser excelentes mensajeros: venían y hacían las mismas reflexiones de los vivos".

Siente Fabio una atracción natural por las mujeres, pero sin tenerles mucho respeto. De las que conoce en un baile, dice: "Las muchachas, modestamente recogidas en actitud de pudor, eran tentadoras como las frutas maduras, que esperan en traje llamativo quien las tome para gozarlas". Estaba muy lejos de aquella camaradería que experimentaba Andrés en la Preparatoria de México, que lo hizo tratarlas "sin miedos ni deseos" y lo enseñó a "mirar a la mujer con naturalidad y compañerismo".

Tiene Fabio una aventura romántica con una chinita "linda y armadita", a quien "miraba con un hambre de meses y con la emoción de todo paisano, que solamente por rara casualidad queda frente a frente con una mujer bonita". Le echa piropos; siente celos; y aprende poco a poco a "mirar en lo que siempre desconocía..." Pero recapacita. "¿Qué puede hacer un hombre en tal situación, y para qué sirve un gaucho que se deja ablandar por esas querencias?"... Los enamoramientos de Andrés, en cambio, parece él tomarlos como cosa mucho más natural y sin darles grande importancia, terminando, a veces, como en el caso de Venusia, haciéndoles "nada menos que un acróstico".

En cuestión de amistades, también se diferenciaban mucho nuestros jóvenes entre sí. Del peligro compartido por los hombres de la pampa, nacía para Fabio el sentimiento de una amistad fuerte. "Un hombre en la pampa sabe mirar a otro hombre y comprende lo irreparable de ciertas decisiones", por ejemplo.

Muy distinto esto de las sociedades secretas, recreativas y oratorias y las amistades estudiantiles, de Andrés.

Sienten nuestros dos niños un amor común a la soledad. Dice Fabio: "Creo que la afición a la soledad de mi padrino debía influir en mí..." Y Andrés, hablando de la loma de la Encarnación: "Allí —como siempre que me encontré solo— fui feliz". Pero, mientras que el primero iba gozando de la grandeza y la indiferencia del campo, éste, en cambio, sentía, pensaba y sufría. Nos advierte: "Las penas de mis padres, la pobreza durante la Revolución y luego la angustia de todos ante la extinción de mi hermana, me hicieron un niño hacia dentro, introvertido".

El vivir separado de don Segundo le parecía a Fabio una imposibilidad. Confiesa: "Yo era casi un instrumento en manos de mi padrino, que me guiaba en cada gesto. ...Y en todo aquello me parecía ir como dormido. Ideas fijas me perseguían como un deber. Las oía en la voz de mi padrino... Sentía mi pasividad y me hubiese molestado, de no haberme dicho mi propio deseo de independencia: 'Dejá no más, que al correr del tiempo todo eso será tuyo' "... Una vez, al ganarse 195 pesos en las riñas de gallos, le había dicho don Segundo: "Ya tenés pa comprarte una estancita", a lo que él había respondido: "Unos potros si". Sin embargo, poco después, llegando al rancho pensaba: "La casa es la casa, en cualquier parte que esté y por pobre que sea". Y sentía bien "su abrigo de hogar humano, tan seguro cuando se piensa en afuera".

La vida de Andrés "seguía aparte, espectadora a secas de las tragedias de la Revolución, y ciega y sorda ante sus justicias". Por odio a la corrupción política, que veía desde el Colegio Mexicano, y a la sangre, negaba la Revolución y la hacía responsable de todos los crímenes. Sólo le quedaban, no obstante, un concepto y un sentimiento verdaderamente reaccionarios: la estimación desmesurada por la raza blanca y la admiración al general Porfirio Díaz, "porque no robó, porque peleó contra los franceses, porque hizo estimar a México en Europa".

La muerte de su padre produce, en la vida de cada uno de nuestros dos jóvenes, una crisis aguda —la más significativa de su vida. La reacción inmediata de Fabio, al enterarse de que había muerto don Fabio Cáceres y de que era él hijo suyo, natural, fue de "una ira ciega de hombre insultado de un modo rebajante, sin razón". En vez de alegrarse por las riquezas que

le caían, se entristecía por las pobrezas que dejaba. ¿Por qué? Él nos lo explica: "Porque detrás de ellas estaban todos mis recuerdos de resero vagabundo y, más arriba, esa indefinida voluntad de andar, que es como una sed de camino y un ansia de posesión, cada día aumentando, de mundo... Era como si me dijera adiós a mí mismo... Yo había dejado de ser un gaucho". Pero le asegura su padrino, apoyándole sonriente la mano en el hombro: "Si sos gaucho en de veras, no has de mudar, porque ondequiera que vayas, irás con tu alma por delante como madrina 'e tropilla".

Le habían sucedido cosas tremendas e inesperadas y se sentía "casi como si fuera otro..., otro que había ganado algo grande e indefinido, pero que tenía asimismo una sensación de muerte..." Con la ayuda de don Leandro y la de su hijo Rancho —quien le decía: "Yo soy un cajetilla agauchao y vos, dentro 'e poco, vah 'a ser un gaucho acajetillao"— va transformándose poco a poco en hombre culto. Aunque no se negaba a los nuevos modos de vida y encontraba cierta satisfacción en su aprendizaje mental, le quedaba, no obstante, mucho del pasado.

Por primera vez, pensaba con detenimiento en los episodios de su vida; hasta entonces no había tenido tiempo. Había pensado mucho, es verdad, pero como el hombre que pelea. "¡Qué distinto era eso de barajar imágenes de lo pasado!", exclama. "Yo había vivido como en una eterna mañana, que lleva la voluntad de llegar a su mediodía, y entonces, en aquel momento, como la tarde, me dejaba ir hacia adentro de mí mismo, serenándome en la revisión de lo que fue. Como un arroyo que se encuentra con un remanso, daba vueltas y me sentía profundo, lleno de una pesada quietud".

Le quedaba por pasar un momento triste, un momento de desprendimiento doloroso, al separarse de don Segundo. "Aquello que se alejaba era más una idea que un hombre", dice. "...No sé cuántas cosas se amontonaron en mi soledad... Pero eran cosas que un hombre jamás se confiesa... Me fui, como quien se desangra".

¿Y Andrés? Se sentía postrado, aniquilado, deshecho frente a la muerte de su padre. "La riqueza de su honradez es hoy la pobreza de su hogar", había dicho un orador en su tumba y contenía la frase una gran verdad, "rigurosa y material". Pasaba su vida en la Preparatoria "reconcentrado, amargado, solitario", entregándose en cuerpo y alma a sus estudios, buscando

en ellos alivio de los dolores que lo abrumaban. Espiritualmente, seguía bajo la influencia de su padre, aún más que cuando vivía. Sus opiniones fueron para él sagradas y se puso a buscarles explicaciones. Sobre su escritorio colocó su retrato y, más arriba, uno muy grande del general Porfirio Díaz. "Pero", agrega, "desde su butacón presidencial don Porfirio había de ver todos los libros que pasaban por mis manos, y cómo minaban poco a poco su culto".

"Mi amor por el pueblo, por la patria y por algunos principios democráticos, entrevistos durante un año de lecturas sobre la historia de México, hallaba caudillo en don Porfirio", nos explica. "No había yo dispuesto ni del ambiente ni de la escuela necesarios para saber que mi caudillo se doblegó ante el imperialismo extranjero, aunque haya peleado heroicamente —así lo aprendí yo— el 2 de abril; que abandonó al indio e hizo una política de adoración europeísta, a pesar de su origen social humilde y de su mezcla zapoteca; que fue —voluntaria o involuntariamente— un instrumento de la injusticia secularmente organizada".

No fueron las clases, sino los compañeros que charlaban en los corredores y publicaban periódicos estudiantiles, los que le abrieron los ojos. Y también, así como tuvo Fabio un preceptor comprensivo en don Leandro, lo tuvo Andrés en el doctor Manuel Mestre Ghigliazza, antiguo líder y gobernador maderista de Tabasco, y amigo —desde la infancia— de su familia materna. Hombre de alta clase social, de grandes capacidades y encantos, fue antiporfirista por absoluta y generosa convicción. Dice el muchacho: "Extraordinariamente inteligente, de una figura mental exquisita, verdadero táctico del trato humano, supo hablarme en mi lenguaje, que era una mezcla de tradición porfirista, de entusiasmo por las causas nobles y de pasión tabasqueña".

A su "charla inolvidable" agregaba libros fecundos —era entonces director de la Biblioteca Nacional de México— y a los dos meses era Andrés un fervoroso admirador de Madero. Siguió leyendo y pronto era ya no sólo maderista, sino liberal. "Entonces supe", declara, "que la Revolución había sostenido principios sagrados, que yo había bebido —sin saberlo— en sus mismas linfas, y que había tenido santos, caudillos e ideólogos que merecían más admiración que don Porfirio".

Ya no era porfirista. Por primera vez, su madre le habló

de don Porfirio, diciéndole que "no había sido un santo". Un día bajó el cuadro y, sacándolo de su marco, lo enrolló y lo metió detrás de su armario; poco después se lo llevó un amigo de la familia. "Era un ciclo que se cerraba", nos afirma; "mi acción rebasaba ya el marco escolar y era, a un tiempo, el epílogo de la existencia escrutadora del niño y el preámbulo de la vida agitada y dolorosa del hombre".

Ambos muchachos son hombres de una pieza; actúan de una manera honrada y recta, siempre fieles a sí mismos. Como todo muchacho, se hacen hombres enfrentándose con la vida y aceptándola con valor y con humildad. Son ambos perseguidores de un ideal. Llevan dentro una sed insaciable de la verdad y de la libertad. Su nobleza deriva, precisamente, de su concepto de la libertad, que los obliga, en el caso de Fabio, a llevar una vida solitaria e individualista, de incesante vagar por la pampa, y en el de Andrés, a incorporarse a una revolución. La libertad es para el gaucho una libertad primitiva, bárbara, crudamente individualista, libertad de la banda y de la horda, que reconoce únicamente la soberanía del caudillo, la autoridad personal; para el revolucionario, es de sentimiento político y patriótico, social, basada ya en una conciencia nacional.

En Fabio lucha el amor a la pampa por retenerlo, pero su vida de gaucho está destinada a ejercer únicamente un papel educativo: ha de proporcionarle el entrenamiento necesario para cambiarlo de "guacho" en hacendado. En el alma de Andrés lucha por mantenerse la simpatía porfirista, vinculada, como está, con la dulce estabilidad de la vida familiar que conoce de niño; pero cede, por fin, ante la realidad, quedando emancipado el pensamiento liberal y democrático del joven estudiante de Preparatoria, ya consciente del gran problema nacional.

Dedica Güiraldes su obra a Don Segundo —"al gaucho que llevó en mí, sacramente, como la custodia lleva la hostia". Y en realidad, en la Argentina contemporánea, el gaucho —símbolo de una época que ya pasó, época de sencillez y de libertad— tiene una presencia sacramental. Fabio representa la nueva Argentina del siglo XX. Su padrino, Don Segundo, es para él la encarnación de las virtudes de la vida de la pampa; el símbolo de un tipo heroico, de un ideal. Es el hombre solo en pugna con la naturaleza indomada —personaje romántico, pintoresco, con poncho y chiripá, facón y boleadores, y con su ha-

bla gauchesca, llena siempre de metáforas viriles. Refleja emociones de la vida primitiva del hombre, de la vida del campo. Se advierten en él rasgos de fatalismo y de melancolía, pero no son éstos débiles, son fuertes, viriles y activos, dentro de los trabajos del hombre, de la lucha por la vida y por la libertad.

Andrés es igualmente representativo de nuestro siglo XX americano, con sus nuevas fuerzas sociales, democráticas. La Revolución de 1910 en México realmente cambió la estructura económica y social del país, cosa rara entre las revoluciones hispanoamericanas. Sus propósitos eran nobles, a pesar de sus hipocresías y brutalidades. Son estos propósitos los que va descubriendo Andrés, cuya vida de niño y adolescente refleja admirablemente la sacudida tremebunda, pero fecunda, que fue para todo México —y, hasta cierto punto, para toda "Nuestra América"— este gran movimiento social.

Tanto como Güiraldes, Iduarte también trabaja con lo regional, aplicándole su visión del mundo y de la vida. Se ha dedicado a lo que él tiene de más cerca: dentro de lo americano y lo mexicano, lo tabasqueño de su propia niñez. Sin embargo, en el caso de ambos relatos, a pesar de los diálogos realistas y el folklore, se trata de una obra artística. Escrita en estilo de memorias, gozamos en ella de la visión imaginativa del protagonista-narrador, de sus imágenes enérgicas y precisas, de las impresiones de todos los sentidos que él ha vivido. La acción apenas podría llamarse trama o argumento; lo que tenemos es, más bien, una serie de episodios o anécdotas, tomadas de la vida real.

Aunque no es obra plenamente autobiográfica, como lo es el libro de Iduarte, el de Güiraldes incorpora muchos elementos tomados de su propia vida, que le sirve, en todo caso, de fondo. Gracias a la perspectiva literaria con la que escriben ambos autores, ven como hazañas y problemas lo que no lo eran, tal vez, para sus protagonistas; pero así apreciamos mejor sus amplios conocimientos literarios, psicológicos y sociales de escritores cultos, viajados y profundos.

PICASSO, AVENTURA Y CREACIÓN

Por *Antonio SALGADO*

La notable escritora polaca en lengua francesa Antonina Vallentin, fallecida recientemente, se especializó en el género biográfico. Sus personajes reales, vistos con aguda penetración, alcanzan contornos veraces. Mirabeau, Heine, Leonardo, Goya, El Greco —políticos, poetas y pintores— han sido sus preocupaciones. No se ha limitado Antonina Vallentin a mostrar el personaje, sino a todo el medio donde su vida se desenvuelve. Su último trabajo es el consagrado a una de las más sugerentes personalidades del agitado mundo contemporáneo: Pablo Picasso. Esta biografía aparece ahora en Buenos Aires, traducida al castellano por Horacio A. Maniglia, en la colección *El Mirador* de la Librería Hachette.

Si difícil resulta captar los contornos morales de los genios desaparecidos, la exégesis de las acciones de nuestros contemporáneos es más comprometida. Estamos inmersos en la misma atmósfera del biografiado y nuestras reacciones pueden chocar o seguir el impulso tumultuoso de la pasión circunstancial de los movimientos políticos, sociales, pictóricos o literarios. La objetividad, por tanto, es meta ideal, inalcanzable a veces por las contingencias que inciden en la labor. El escollo ha sido eludido por Antonina, diestra en el manejo de los materiales. La escritora polaca-francesa ha revelado en esta biografía de Picasso su maestría en el género. Ha escrito un libro que interesará tanto al conocedor de la pintura como al simple lector, porque ofrece el panorama vibrante de una vida llena de apasionadas facetas.

Pablo Ruiz Picasso nació el 25 de octubre de 1881 en Málaga. Su padre era pintor y la pintura constituía para el niño una obsesión. A los ocho años pintó su primer cuadro: un *Torero,* de suntuoso amarillo, sobre un caballo de proporciones justas, sin nada revelador del ímpetu revolucionario de su paleta. Los toros que fueron su primer contacto con el mundo mágico

de la pintura, serán siempre afición profunda de Picasso. Pablo mismo, en 1946, reconoce que él no hubiera podido participar de exposiciones de dibujos infantiles, porque a los diez años dibujaba de acuerdo con los cánones tradicionales.

Al cerrar el Museo Provincial de Málaga sus puertas, Don José, el padre de Picasso, pierde su empleo de conservador del establecimiento. Se traslada entonces a La Coruña como profesor de dibujo en la Escuela de Artes y Oficios, donde Pablo adquiere las nociones elementales de la profesión y ejecuta los trabajos en yeso de todos los alumnos. A los catorce años el niño pinta sus primeros cuadros de modelos vivos y ensaya las obras maestras de su madurez, las naturalezas muertas. Por este período nace la leyenda de su genio: su padre reconoce la superioridad del alumno y que nada podrá enseñarle, porque Pablo tiene, en su paleta, el mágico secreto del color y del espacio.

Primeros tiempos

Si José Ruiz era un pintor mediocre, su amor de padre le dio la visión para no anquilosar el genio de su hijo con fórmulas y procedimientos. Renunció a la pintura para consagrarse a la ardua tarea de avivar el fuego sagrado del genio de Pablo. La verdadera carrera de Picasso comienza más tarde, en Barcelona, cuando se inscribe en la Escuela de Bellas Artes. Allí adquiere rapidez de ejecución, seguridad en el trazo, agudeza observadora y continuidad en los movimientos del pincel. Tuvo también ante sus ojos otro deslumbramiento: el paroxismo arquitectónico de Antonio Gaudí, desafío inconcebible entonces a las leyes de la materia, transtocador de las relaciones entre el hombre y el espacio. Barcelona está plagada de neogóticos y, en esa tradición, se apoya Gaudí, elimina arbotantes y contrafuertes y nos da la profundidad facticia de la escenografía expresionista y fantasmagórica. Ese arte, en apariencia delirante, enloquecido, de Gaudí, es el precursor de una escuela que, volviendo a las fuentes primitivas, busca la originalidad en lo inesperado. Picasso niega que Gaudí lo influenciara y afirma que ocurrió lo contrario. Cierto o no la afinidad temperamental es evidente. Por ese tiempo, Picasso obtiene su primera recompensa —una mención honorífica— en la Exposición de Bellas Artes reali-

zada en Madrid en 1897, hecho que le alentó a trasladarse a la corte española.

No podríamos en esta recensión dar detalle de toda la trayectoria del genio pictórico de Picasso. Antonina Vallentin la sigue con su libro con deleitosa dedicación, trasmitiendo al lector la emoción de la lucha del joven malagueño que tiene sus primeros encuentros con la ciudad que va a ser su centro espiritual —París— en 1901. Por aquellos días, Miguel Utrillo subraya en su artículo aparecido en una revista especializada, el talento del "petit Goya" que es, para los franceses, Picasso, "hijo de su espíritu de observación, que hace surgir las bellezas hasta de lo horrible". Felicien Fagús es el primer crítico parisino que aprecia, en su ensayo en la *Gazette d'Art,* la juvenil e impetuosa espontaneidad de Picasso y señala las influencias de otros pintores, "pasajeras, evaporadas en el momento de ser captadas" para dar paso al estilo personal. Después de este primer contacto con el mundo pictórico galo, regresa a Barcelona y continúa su labor, en este período en que sus cuadros parecen sumirse en la penumbra del azul, como disgregación de formas concretas. Es hora de desconciertos y Pablo, como todo verdadero creador, toca el fondo angustioso de las almas, la decadencia del hombre y la soledad glacial de una atmósfera que rechaza todo sentimentalismo. Quiere escapar a los fantasmas de su propia desesperación y se refugia entonces en los azules, como en un retorno a la perdida inocencia. Desde 1904 vivirá ya en París: desde la miseria inicial hasta la riqueza de ahora su vida está ligada al desenvolvimiento artístico de la Ville Lumiére.

Revolución pictórica

¿Pablo Picasso es un genio? ¿O se trata del más colosal mixtificador del arte moderno? Su presencia en el mundo pictórico es, sin disputa, la más formidable revolución, el trastrueque de los formulismos convencionales. Su última obra —el gran mural en la nueva sede de la UNESCO en París— ha vuelto a desatar la tempestad artística en torno a las posibles interpretaciones de su alegoría, inspirada —al parecer— en los mitos tradicionales de la victoria de las fuerzas de la luz sobre las de las tinieblas y la muerte. Genial o embaucador, es el paladín de la nueva concepción plástica y nadie como él, con la simple suge-

rencia del color y las líneas escuetas, con frecuencia abstractas, muestra complejidades metafísicas que irritan casi sempre y otras mueven el desprecio irónico. A los aferrados a los módulos estrechos de los academicismos. Si ser alguno vivió para pintar, ese es Picasso. Los colores de su paleta desconciertan e indignan a muchos; como contrapartida, la legión fanática de sus admiradores crece. Leonardo —cumbre admirable— definía la pintura como fruto mental; muchos han visto en Cézanne la "celebralización" de la pintura; Picasso, síntesis de milenios y anticipación de tiempos, perfecciona ese arte donde el pincel no es tan sólo vehículo expresivo de lo que los ojos captan, sino de lo que la mente —tejedora de sueños—, concibe. Si Picasso fuera audacia creadora únicamente no podríamos explicárnoslo. Siempre ha querido pintar para su tiempo, sin piruetas acrobáticas para deslumbrar al mediocre. Nada de sorpresas ni asombros sino nacimiento de una nueva visión plástica liberada de anacronismos y convenciones forzadas. La fuerza dinámica de su desafío al medio le independiza de caer en el superrealismo; y de los primeros excesos cubistas, acaso indispensables en la hora turbulenta de la creacción, deriva hacia el expresionismo espacial, pasa de las líneas geométricas puras y planas al sensualismo de las curvas, traducción emocional superindividualizada e inimitable. La movilidad de su espíritu escapa a las definiciones de la corriente terminología de la crítica artística. Picasso es cambiante y contradictorio; podría, rectificando a Descartes, afirmar "cambio, luego existo", como para sí deseaba el gran Ramón y Cajal. Del delirio impresionista y de los aullantes "fauves" extrajo la necesidad de un retorno a los planos para representar volúmenes de relieve, por primera vez, como aclara Gertrudis Stein "el método de construcción de los pueblos españoles, en donde las líneas de las casas no siguen las líneas del paisaje, sino que parecen cortarlo en pedazos y perderse en el paisaje el recortarlo, fragmentándolo".

Plantéase así el origen del "cubismo". Henri Matisse —que siempre reveló una antinomia fundamental con Picasso— usó por vez primera la palabra al censurar unas telas de Georges Braque representando grupos de casas en forma de cubos. "Es demasiado cubismo", fulminó el abanderado del grupo "fauve". Pero el auténtico cubismo nace con *Les Demoiselles d'Avignon* donde la nueva geometría picassiana, con sus rectángulos y triángulos por senos, talles o rodillas, "no son más que indica-

ciones de las diferentes perspectivas de los planos inclinados de un lado o el otro" que, si los reuniéramos siguiendo las indicaciones del color, nos mostrarían "la presencia de una escultura". Este cuadro será una línea de división en la historia del arte. Si bien es exacto que, hacia finales del último siglo, un grupo de pintores galos se orientaba hacia lo que llamamos ahora cubismo no lograron testimonios pictóricos de influencia decisiva. Guillermo de Torre, asevera que nuestro "malagueño es el creador genuino y exclusivo del cubismo"; Jean Paulhan reputa importante para el arte nuevo la aportación de Picasso en cuanto significa de ruptura —es decir, en lo negativo de lo precedente—, mientras que considera que la de Braque tiene aspecto de "invención propiamente dicha y de creación técnica". El inglés Michael Ayrton acusa a Picasso de "maestro del pastiche" y de inquietud que es producto de su "radical inseguridad" que le lleva a apropiarse de fórmulas tradicionales, como "ropavejero del arte". Las propias palabras de Picasso a Christian Zerves desmienten la acusación del debelador ánglico: "El artista —define— es un receptáculo de emociones venidas de cualquier parte: del cielo, de la tierra, de un pedazo de papel, de una figura que pasa, de una tela de araña. Por eso no es preciso distinguir entre las cosas. Para ellas no hay cuarteles de nobleza. Se debe coger lo necesario donde se lo encuentra, salvo en la propia obra, Tengo horror a copiarme, pero no vacilo cuando, por ejemplo, me muestran unos dibujos antiguos, en apropiarme todo lo que quiero". Nada de autoplagios, sino reelaboración temática. Picasso y Braque, en suma, se identifican y desde 1908 a 1914 firman sus telas o dibujos en el reverso como si, en el anónimo, buscasen la pauta de sus creaciones para desorientar a los que pretendían establecer prioridades. Los testigos de la época concuerdan en imputar a Guillermo Apollinaire el equívoco acerca de la paternidad del nuevo arte. Picasso —años más tarde, 1923-– reacciona contra toda explicación del cubismo apoyada en elementos ajenos del arte en sí: "Las matemáticas, la trigonometría, la química, el psicoanálisis, la música y no sé que más han sido relacionado con el cubismo para darle una interpretación más cómoda. Todo esto es pura literatura, por no decir un disparate, cuyos resultados han sido enceguecer a la gente con teorías". Picasso y Braque, exploradores de nuevos continentes pictóricos, dudaban ellos mismos cuando se trataba de identificar sus obras, pese a la divergencia de caracteres, pues

—según Uhde— tendían a fines diferentes; Braque —claro, mesurado, burgués— y Picasso —sombrío, excesivo, revolucionario. Una nueva ética de la realidad proclama el cubismo, no como ve el objeto el ojo humano, sino en su existencia propia y en la multiplicidad de aspectos. La expresión plástica cubista tuvo su concepción intelectual en otro español, prematuramente desaparecido, Juan Gris, que llegó a la presentación de los objetos de diversos lados, en cortes transversales o desde dentro, fragmentados y analíticos. Picasso, fluctuante siempre, innovador por temperamento, desmesurado como todo hispánico integral pese a su medio siglo de expatriación, es cada día un milagro creador. Si el impresionismo otorga primacía a la luz y al color, sin olvidar la lección, Picasso imprime sentido casi arquitectónico a su pintura y de la acumulación de formas geométricas, con vida propia en cada zona de los cuadros, surge el conjunto emocional y expresivo. Formas y colores, en moduladas armonías, producen el sortilegio de un arte que, comprendido o no regala con maravillosos fantasmas ópticos al mundo sensorial de los presentimientos y al cerebral de las anticipaciones. *Guernika, Vida de Picasso,* es un documento aleccionador para todo entusiasta del arte moderno. Antonina Vallentin sigue a Pablo en todos los momentos trascendentes de su existencia creadora. Es de singular interés la lectura del capítulo XIII, que comprende los años 1935 al 39. En ese instante del tiempo surge su cuadro más discutido y revelador: *Guernica,* espejo para el rostro de nuestro mundo trastornado. En esa hora de definiciones, los artistas, los intelectuales, los obreros del espíritu y de la mente, no pueden permanecer encastillados en sus fantasmales castillos de ilusión: hay que meterse, hasta las rodillas, en el fango de las miserias cotidianas y de las luchas políticas para salvar el ímpetu de creación. Es —como alguien ha definido— la hora de "arte comprometido". Juzgo impropia la expresión: no es arte comprometido el que se revela y aclara con la rotundidad de los rasgos o de las palabras; es arte militante, apasionado, con la parcialidad ciega a veces de todo lo fuertemente sentido. Porque el amor es la llama que ilumina al arte, y es amor a la verdad lo que alienta en ese "arte comprometido", o en esa "literatura comprometida" que destierra de las almas las soledades espirituales. La glacial orfandad del arte sin pasión se desvanece ante el huracán cálido del sentimiento humano. En 1935 el poeta Paul Eluard ha visitado España y,

al regresar a París, publica "les yeux fertiles", donde incluye un poema sobre Picasso, ese hombre que tiene en sus manos "la frágil clave del problema de la realidad", anudándose entre ambos una amistad que tan sólo la muerte del vate desataría. Acaso de estos contactos surgiera la identificación con corrientes políticas, que alcanza su máxima expresividad en la guerra provocada por el fascismo en España. Paul Eluard insiste en su llamamiento a la conciencia solidaria de los hombres libres: "Ha llegado el momento en que todos los poetas tienen el derecho y el deber de sostener que están profundamente metidos en la vida de los demás hombres, en la vida común", expresa ante el peligro totalitario. ¿Qué otra cosa que poeta mágico de la pintura es Picasso? ¿Podría, como tal poeta desoír la voz fraterna de los combatientes por la dignidad creadora? No; Pablo no será sordo al drama de su pueblo, que es el alba del dolor universal. Su paleta condensa ya su mensaje eterno. La soledad última de Picasso, su tormento español innato —maldición del creador aislado—, se deshace en solidaridad hacia el pueblo hispano agredido. La subversión militar fue un trabajo lento y cuidadoso. Sanjurjo arrancó en la primavera de aquel año, la ayuda hitleriana en su "inocente viaje turístico a Berlín"; Franco, traicionando la candidez republicana, erizó de fortificaciones el Guadarrama durante su mando como subsecretario de guerra; y el conde de Rodezno y Goicochea, prominentes monárquicos, habían firmado, dos años antes, con Mussolini, en Roma, aquel acta famosa para hipotecar España. Picasso, ante la confabulación internacional, se reencontró a sí mismo. Había abandonado, por aquellos días, el trabajo fecundo, el desánimo lo ganaba: La guerra española le hizo de nuevo vibrar. El dibujo y el color picassiano volvieron a cobrar idioma propio; la vitalidad creadora olvidada lo sacudía. Comprobó Pablo que su larga ausencia no había significado perder a España, a su España, que España existía. La España viva y combatiente le daba a Picasso la lección de su propia existencia. Con cólera angustiada sigue la incierta fortuna de la lucha peninsular y contempla la indiferencia del mundo, tan sólo desgarrada por núcleos de intelectuales selectos, amigos de las libertades humanas. El realismo político de los estadistas —el miedo a un horizonte en llamas—, contempla impasible la guerra civil donde se enfrentan dos antagónicas concepciones vitales: un régimen feudal, opresivo, que busca aplastar la rebeldía popular contra la milenaria miseria

hispana. Ésta es la prueba para el genio picassiano. Goya ha legado al mundo, con el ecuménico idioma del color, la tragedia ibérica de los años fernandinos y de la invasión napoleónica; Picasso, su epígono más genial ha escrito un alegato con palabras e imágenes: *Songe et mensonge de Franco*. El sentido del combate está neto en estos catorce aguafuertes, en bandas ilustradas. Las catorce planchas de *Sueño y mentira de Franco* serán completadas más tarde con otras cuatro, editándose en forma de postales y vendidas en todo el orbe a beneficio de los fondos de solidaridad con las víctimas. Poco más tarde, el Gobierno legítimo de la República Española encargó a Picasso la decoración de uno de los muros del pabellón Español en la Exposición Universal de París de 1937. Asistí —como delegado del ministerio de Hacienda del gobierno hispano— al nacimiento de esa obra de arte que es *Guernica,* el auténtico rostro de las fuerzas demoníacas del totalitarismo. En su taller de la rue des Grands Augustins, Pablo ejecuta su enorme tela, de 3.50 por 7.30 metros. Durante días, se mantuvo vacilante, en esa angustiada espera de la inspiración de los verdaderos creadores. Esa demora en comenzar el trabajo inspiró temores y en los ambientes parisinos corrió la versión —antojadiza por supuesto— de que los continuados reveses de las armas leales republicanas habían entibiado el ardor combativo de Picasso. El andaluz universal reacciona en su característica energía y expresa su horror por la "casta militar que ha sumido a España en un océano de sufrimiento y de muerte". "La lucha española —agrega— es un combate de la reacción, contra el pueblo, contra la libertad. Toda mi vida de artista no ha sido sino una lucha continua contra la reacción y contra la muerte del arte". Junto a eso, Pablo ayuda a sus compatriotas. El poeta Juan Larrea testimonia cómo Picasso donó cuatrocientos mil francos para raciones de leche a los niños españoles refugiados en el extranjero y más tarde auxilió a los intelectuales expatriados por la derrota.

Guernica es el mundo aniquilado por el crimen de las fuerzas destructivas. Picasso ha recibido en su alma de artista el impacto del dolor trágico de todo un pueblo abandonado en su suerte.

Con exaltada pasión concibe y ejecuta una de las telas más impresionantes, discutida y sugerente del siglo actual. En sus grandes planos, monocromos en la penumbra gris azulenca, vive el espectador la zozobra de la larga noche de espanto sufrida

por el pueblo, anticipación apocalíptica de la sombría hecatombe que aguardaba a la humanidad por haber tolerado la inmolación de aquellos inocentes. Algunos críticos reprochan a Picasso haberse expresado con un lenguaje pictórico de sofisticado intelectualismo, "inaccesible a la comprensión del hombre medio", algo así como un simbolismo hermético, en lugar de pintar el acontecimiento en sí. No es desde luego el horror del bombardeo nazi sobre Guernika el 28 de abril lo que Picasso nos entrega; es el presentimiento —por desgracia comprobado en los hechos poco después— de un mundo desgarrado, sumido en las pesadillas dantescas de una guerra total. Goya es impulso piadoso y acusación terrible a la vez contra los soldados franceses invasores; Picasso resulta —pese a ser refractario a todo alarde de posición política— el profeta de las sacudidas futuras, el visionario de presentidas tragedias y de horrores inéditos.

Con su biografía de Picasso, Antonina Vallentin, sin excesiva retórica, transmite la imagen fiel de un excepcional artista, de un genio controvertido que, cada hora, emprende nuevas aventuras creadoras.

MANUEL ROJAS: TRASCENDENTALISMO EN LA NOVELA CHILENA

Por *Fernando ALEGRIA*

DURANTE años Manuel Rojas escribió cuentos y novelas cortas como un discípulo aventajado del criollismo chileno. Narrando sus experiencias de obrero, de empleado, de vagabundo, de observador apacible e introvertido del mar y los muelles, sus relatos nacían perfectos: comenzaban sin esfuerzo, se movían un poco, brillaban y se apagaban como una pequeña máquina que deja paulatinamente de funcionar. Nada faltaba allí ni nada sobraba. Sin embargo, aún acumulando el artificio, Rojas no podía prescindir de dos hechos que, a la postre, serían de un valor decisivo en su evolución literaria: en primer lugar, hablaba de una historia personal, genuinamente suya, en la que se había forjado su vocación de escritor —al contrario de muchos de los criollistas que eran hombres de ciudad y sólo visitantes del campo, personas sedentarias que daban una ocasional mirada al bajo fondo arrabalero— y, en segundo lugar, esa experiencia se mantenía latente bajo una emoción de solidaridad humana esencial que sólo momentáneamente podía ser sofocada bajo el objetivismo de la literatura costumbrista.

Esta condición suya de autenticidad inviolable en medio de una literatura en que predominaba el remedo de un "arte nacional" le creó un aire de ser especial, de lejanía y difícil acceso. Todo pareció confundirse en su vida y en su obra. La rápida maestría con que manejó —él, autodidacta— los instrumentos del criollismo creó el desconcierto entre sus compañeros de escuela: le aceptaban sin comprenderle. Parecía que su criollismo, con ser perfecto, no era suyo, sino algo que tarde o temprano se quitaría de encima como un poncho deshilachado. Escribiendo algunos de los relatos más admirados en la época álgida del criollismo, Manuel Rojas, en el fondo, no pertenecía a esa escuela. Acaso lo sabía él o, al menos, lo presentía. Mariano Latorre escribió sobre él:

"Manuel Rojas resume, en mi concepto, en su personalidad multiforme, todas las tendencias del cuento chileno hasta la época actual. Anotaremos, desde luego, la maestría de la composición, la habilidad espontánea de la técnica. Nació cuentista, como otros nacen cantantes u oradores. Hombres y escenarios, sobre todo los primeros, se mueven en sus relatos con sorprendente realidad. En 'Leyendas de la Patagonia' vemos al criollista, a la manera de Bret Harte y London, en que la aventura es el resorte principal; el campo del valle central, en 'El bonete maulino', aguda visión de la doble personalidad del huaso en su adaptación al momento social en que actuó; la cordillera, en 'El rancho y la montaña' y en 'Laguna'; la costa, en *Lanchas en la bahía;* la ciudad, en algunos cuentos de arrabal de *El delincuente* y el cuento moderno en 'Un espíritu inquieto' ".[1]

Evidentemente, no podía encasillarlo. Alone, por su parte, advertía el doble fondo de la literatura de Rojas pero no le estimuló a romper las barreras que le coartaban, sino que se limitó, más bien, a recomendarle que se mantuviera en ese plano de regionalismo sobrio, mesurado y de inmaculada técnica. Escribiendo sobre *Lanchas en la bahía* dice Alone:

"Le hemos buscado, insistentemente, malévolamente, la 'juntura de la coraza' a esta pequeña novela de Manuel Rojas, tan abierta, al parecer, y tan sin armadura. No se la descubrimos. Otro, un lector, aunque entusiasmado, nos dice: 'Muy interesante, muy bien escrita... Le falta trascendencia...' Cierto. Y esa constituye para nosotros una de sus más amables cualidades".[2]

No se requería mucha perspicacia para darse cuenta de que el autor de relatos como "El delincuente", "El vaso de leche" o "El ladrón y su mujer" poco de esencial tenía en común con cierta literatura "popular" que se escribía en Chile entre 1920 y 1930. ¿Quién era, en verdad, Manuel Rojas? Quiero decir, en el fondo, en su íntima condición de escritor y de filósofo social en ciernes. Observado a la distancia, sin conocer en detalle su biografía, ni haber tenido el privilegio de tratarle en esa época, diría que se ocupaba de aprender el uso de armas literarias que consideraba indispensables para realizar, más tarde, una reforma "desde adentro" de la novelística chilena. Se exageraba el as-

---

1 *La literatura de Chile,* Buenos Aires, 1941, pp. 152-153.
2 Cf. prólogo a *Lanchas en la bahía,* Santiago, 1932, pp. 10-11.

pecto aventurero y el "primitivismo" de su personalidad. Publicó sus primeros versos antes de los veinte años y *Hombres del sur* a los treinta. Esto parece indicar que no fue un "vagabundo" o un "proletario" que, de pronto, tocado por inspiración divina se lanza a expresar su mensaje; sino más bien un joven, nacido y educado en medio burgués, que conoce en cierto momento la miseria, interrumpe sus estudios regulares y se ve obligado a sumergirse en la amarga aventura del aprendiz de obrero, a la vez que recorre el mapa de su tierra natal y el de su tierra adoptiva. Nada se opone al ejercicio de su vocación literaria; la mantiene intacta a través de los años difíciles y la enriquece absorbiendo una sabiduría directa y concreta en el corazón mismo de las diversas clases sociales que frecuenta.

A pesar de su éxito como narrador la verdadera medula de su arte se encuentra entonces en su obra poética —*Tonada del transeúnte* (1927)— rica en emoción viril y sugerencias filosóficas. Desde su poesía Manuel Rojas crece y avanza hacia la novela. Es imposible comprender debidamente su obra sin reconocer primero este hecho: en Rojas hay un poeta auténtico que huye del verso defraudado, acaso, por la retórica vanguardista, característica en los años de su formación literaria, y receloso del estilo neo-barroco que imponen ya en la poesía chilena Huidobro, de Rokha y Neruda. Su inclinación es hacia la sencillez, la claridad y la franqueza. Le repugnan la metáfora suelta y esa imaginería que no obedece a una función estilística sino que actúa independientemente en un torbellino de refinadas palabras. Ignoro si conocía ya el pensamiento de Hemingway, pero concuerda con él en cuanto se trata de condenar lo que el norteamericano llama despreciativamente *fancy writing.*

El primer período literario de Rojas, en el cual deben incluirse *Hombres del sur* (1926), *El delincuente* (1929), *Lanchas en la bahía* (1932), *Travesía* (1934) y *El bonete maulino* (1943), encierra, entonces, un proceso de aprendizaje limitado por la tradición criollista. Escribe sobre barrios populares, sobre muelles y boteros, sobre presidiarios, ensaya una que otra leyenda folklórica y uno que otro cuento de índole humorística o irónica. La fatalidad, la miseria, el desamparo son temas que corren entre líneas por el mundo de sus breves creaciones. Nada hay, superficialmente, en estos libros que les diferencie de la tradición creada por Federico Gana y Baldomero Lillo, y mantenida por los cuentistas de 1920. En esta época Manuel Rojas

da la impresión de que seguirá escribiendo cuentos toda una vida... vida larga y cuentos muy bien hechos.

Algo sucede, sin embargo, y repentinamente guarda silencio. Sin contar *La ciudad de los Césares*, novela de aventuras publicada en 1936, su primera obra de envergadura, después de *Lanchas en la bahía*, no aparece sino en 1951: *Hijo de ladrón*. En el transcurso de esos años Rojas se ha transformado: el industrioso discípulo de los criollistas es ahora un artista maduro, de alto vuelo, líder de nuevas generaciones que ambicionan crear la novela chilena moderna. Es importante hacer notar el hecho de que no hay otro novelista en su generación que comparta con él esa urgencia de proyectarse hacia un plano universal y de expresar, desde Chile, la angustia fundamental del mundo contemporáneo. Sus compañeros de generación —varios de ellos admirables en su restringido vuelo— se mueven en un plano estrictamente local y en circunstancias de escaso, aunque interesante, eco; pueden ser folklóricos, pueden ser políticos, pueden ser fantásticos, poéticos, filosóficos y humorísticos, pero no dejan de ser locales. Son eficientes y hasta apasionantes, mas no llegan a ser geniales; se les lee con interés, nunca con la fascinada veneración que inspira la obra de arte superior. Manuel Rojas está, pues, solo en un instante determinado. Pronto descubrirá él que junto a esa soledad ya existía un núcleo de novelistas jóvenes que, sin conocer su evolución y la culminación que se aproximaba, ensayaban en esos mismos años una tonalidad semejante intuyendo un común objetivo.

Contada en primera persona —como *Lanchas en la bahía*— *Hijo de ladrón*, es decir, la historia de Aniceto Hevia, sigue la forma tradicional de la novela picaresca española: el héroe, un joven de diecisiete años, nos cuenta las aventuras y desaventuras que le ocurren desde el día en que sale de la cárcel, donde fue a parar acusado falsamente del robo de una joyería, hasta que encuentra a dos vagabundos, Cristián y el filósofo, con quienes emprende una nueva jornada en su vida de vagabundo.

Cronológicamente medida, la acción *presente* de la novela no dura sino tres días: desde la mañana en que Aniceto abandona la cárcel, se encuentra con los vagabundos, trabaja con ellos en la playa, venden el metal que allí recogen, comen, pasan la noche en el conventillo, les invita la vecina a tomar desayuno en la mañana del segundo día, caminan hacia la playa y repiten la rutina, hasta el tercer día en que el filósofo no trabaja y se

dedica a preparar el viaje de los tres para la mañana siguiente. Hay otros días —"los días transcurrieron, entretanto, no muchos, pero transcurrieron" (p. 317)— que constituyen un paréntesis en la acción pero que, sin formar parte del relato, no la interrumpen. Esos tres días no ocupan más de la tercera parte del libro —alrededor de cien páginas—; lo demás, es decir, toda la masa episódica, está compuesta de *flash-backs,* algunos narrados en tiempo presente, otros en forma de evocación, en tiempo pasado. Los *flash-backs* nos informan de la infancia del héroe, de su familia— en la que la madre asume una estatura excepcional, mientras que el padre es una sombra que se asoma y desaparece en claroscuros—, la muerte de la madre, la prisión del padre, El Gallego, el desbande de los hermanos, la primera salida de Aniceto con los trabajadores nómadas del campo —después de que le recogiera un cojo siniestro en Buenos Aires—, sus afanes en la Cordillera donde trabaja un breve tiempo cerca de Las Cuevas, su viaje a Chile, su involuntaria participación en una revuelta en Valparaíso y su ingreso a la cárcel donde contrae una afección pulmonar. En la primera página vemos a Aniceto, que acaba de ser puesto en libertad. No será sino en la página 245 —tercer capítulo de la Tercera Parte de la novela (el número 3 parece ejercer una fascinación cabalística en esta novela. . .)— en la que el autor resume esa página introductoria y la completa con el encuentro de Aniceto y los dos vagabundos que recogen metal en la playa.

El conocedor de la obra de Rojas identifica inmediatamente en esta novela ciertos *temas* o motivos literarios que se han venido repitiendo desde los comienzos de su carrera novelística y en torno a los cuales vuela y revuela su imaginación obsesionada por la luz nostálgica que de ellos emana y por el intenso contenido de emoción de que se hallan cargados. Puede decirse que las narraciones de Rojas funcionan en torno a estos motivos, de ellos reciben el impulso que las llevará a un desenlace dramático o irónico o simplemente evocativo. Sin el propósito de simplificar su faena literaria, sino movido por el extraño proceso que implica este encadenamiento subconsciente y consciente de ciertos hechos, ciertas gentes y lugares en el mundo novelesco de Manuel Rojas, me atrevo a señalar los motivos que, sin mayor dificultad, se identifican de inmediato.

Para mí su obra gira, planeando a grandes vuelos, en un transcurrir calmado y denso, en torno a una imagen que se re-

pite constantemente, como en los sueños, siempre acompañada del mismo impacto emocional: es la imagen de un adolescente, el edificio de una cárcel o, acaso, de un calabozo tan solo, unas calles y unos cerros porteños, un muelle y un mar, algunos botes, ciertos pescadores y numerosos vagabundos y hambre; hambre de todo, de partir, de comunicarse, de ternura, de crecer en todas direcciones, de reconquistar el mundo de la infancia, hambre de vivir. Ese joven sufre, cae y se levanta; le asisten el hombre y la mujer-madre; no conoce aún el amor carnal; en cada ser que encuentra despierta al samaritano; pudiera ser él mismo un Cristo —ese Cristo que "Pedro el pequenero" no pudo reconocer sino en el trance de la muerte—; no lo dice ni lo sugiere, pero hay en su silencio y en las lágrimas que provoca a su alrededor una misteriosa indicación.

Este es el joven que bebe aquel famoso "Vaso de leche"; el mismo que busca la protección de Alejandro y El Rucio o de Cristián y el filósofo; el mismo que cae a la cárcel después de una riña de prostíbulo o después de una revuelta; es el desamparado de "Un mendigo",[3] o el de las páginas finales de *Lanchas en la bahía* o de la inicial de *Hijo de ladrón;* el que evoca los barrios de Buenos Aires en las crónicas añadidas a su novela de 1932 y sale desde ellos a recorrer el mundo en su novela de 1951. Observando con cuidado vemos que la impotencia de El Gallego en la prisión, la soledad espantosa del niño (algún parentesco puede haber entre este niño abandonado al mundo siniestro y tenebroso de la cárcel y aquel otro abandonado al infierno negro de las minas de carbón en el cuento de Baldomero Lillo "La compuerta Núm. 12")[4] y de la madre, también presos, surgen ya como un germen novelesco en "El ladrón y su mujer".[5]

El mismo joven, la misma amargura, la misma hambre, la misma cárcel, el mismo ladrón, los mismos pacos, el mismo prostíbulo —símbolo de la miseria, la soledad y el despego fundamental de sí mismo en el narrador— los mismos hombres escapados del engranaje social en búsqueda de una felicidad humilde que se esconde en el gozo de las cosas sencillas y en el amor puro y santo de los camaradas. Este mundo, hecho de una sola imagen básica y sostenido por un sentimiento de fraternidad

[3] En *El delincuente,* Santiago, 1935.
[4] En *Sub-Terra,* Santiago, 1904.
[5] En *El delincuente.*

entre los hombres libres y de amor esencial hacia la humanidad por encima de toda corrupción de toda injusticia, constituye el aporte medular de Manuel Rojas a la literatura chilena. Lo que sobra en su creación y que no guarda relación con este mundo —algunos huasos, algunas leyendas— es marginal y de significado transitorio. La verdadera obra de Rojas está constituida por una larga narración autobiográfica —algunos detalles de la cual se esbozan en sus colecciones de cuentos, especialmente en *El delincuente*— cuyo primer volumen es *Lanchas en la bahía* en que se describe la temprana adolescencia de Aniceto Hevia, el segundo es *Hijo de ladrón,* donde florece en su amplia amargura la juventud de Aniceto y se dan a conocer los detalles de su infancia, y el tercero es *Mejor que el vino,* donde el héroe descubre el amor de la mujer-amante.

La forma de este ciclo de novelas es, como se ha dicho, la picaresca, forma en la cual Rojas introduce interesantes innovaciones que culminan en *Hijo de ladrón.* Como en toda novela picaresca tradicional, Rojas describe los diferentes oficios que desempeña el héroe —o anti-héroe—, las lecciones de humanidad que en ellos aprende, retrata una imponente galería de personajes de todas las clases sociales, nos divierte con breves episodios humorísticos, nos acongoja con el recuerdo de las penurias, injusticias y miserias que deben soportar los parias, nos conmueve y nos rebela, evitando la prédica pero no la reflexión de carácter ético y filosófico, evade el romance y la idealización de lo sentimental, en cambio da énfasis al amor maternal y relieve dramático a la madre del héroe y a las mujeres que la simbolizan en su vida; en suma, no desdeña ninguno de los elementos básicos del género picaresco y le añade algunos que son, precisamente, los que distinguen a su novela desde un punto de vista literario y social. A diferencia de la novela picaresca, no se interesa Rojas por extraer una lección de moral de las vicisitudes que debe afrontar su héroe. Su héroe no es un instrumento ideológico que nos vaya a seducir con el pecado para después corregirnos con el horror de su caída y su condena, ni es un mojigato en busca de fácil, repentino y superficial arrepentimiento y salvación. En su picaresca la especulación se alza a un plano filosófico y, sin ofrecer menguadas escapatorias, plantea el dilema del hombre como un conflicto entre la inconciencia e irresponsabilidad individual y la degradación total de la humanidad.

Así como los hilos con que va tejiéndose el destino de Aniceto se cierran y del pasado va emergiendo una voz sin eco, un cuerpo desnudo, una visión a punto de iluminarse, así también explotan sordamente las preguntas trascendentales, el *porqué* y el *cómo* y el *dónde*, y sintiendo un impulso invencible de expresar su idea de la vida, Aniceto expresa la desesperanza, la amargura, su propia responsabilidad ante la desgracia colectiva y descubre la unidad esencial del género humano en una concepción existencialista.

"Quizá es el tiempo —dice—, el tiempo que avanza a través de nosotros, ¿o nosotros pasamos a través del tiempo?, y se hunde en lo que un día constituirá nuestra vida pasada, una vida que no hemos podido elegir ni construir según estos deseos o según estos planos; no los tenemos. ¿Qué deseos, qué planos? Nadie nos ha dado especiales deseos ni fijado determinados planos. Todos viven de lo que el tiempo trae. Día vendrá en que miraremos para atrás y veremos que todo lo vivido es una masa sin orden ni armonía, sin profundidad y sin belleza; apenas si aquí o allá habrá una sonrisa, una luz, algunas palabras, el nombre de alguien, quizá una cancioncilla. ¿Qué podemos hacer? No podemos cambiar nada de aquel tiempo, ni de aquella vida; serán para siempre un tiempo y una vida irremediables y lo son y lo serán para todos. ¿Qué verá el carpintero en su vejez, cuando mire hacia su pasado, hacia aquel pasado hecho de un tiempo irremediable? ¿Qué verá el almacenero, qué el contratista, qué el cajero, qué el gerente, qué la prostituta, qué el carabinero, qué todos y qué cada uno? Puertas y ventanas, muros; cajones de velas, sacos de papes; trabajadores que llegan maldiciendo en la mañana y que se van echando puteadas en la tarde; montones de billetes y de monedas ajenos; empleados con los pantalones lustrosos y las narices llenas de barrillos; hombres desconocidos, con los pantalones en la mano, llenos de deseos y de gonococos; calabozos y hombres borrachos, heridos o acusados de asesinato, de estupro o de robo, y el millonario con sus millones y a pesar de ellos y el industrial con su industria y a pesar de ella y el comerciante con su comercio y a pesar de él, todos con un pasado hecho de asuntos y de hechos miserables, sin grandeza, sin alegría, sin espacio. ¿Qué hacer? No podremos hacer nada, no podrán hacer nada. ¿Qué se puede hacer contra un tiempo sin remedio? Llegará un día, sin embargo, en que este momento, este momento en que navegamos

por el río del tiempo, nos parecerá uno de los mejores de nuestra vida, un momento limpio, tranquilo, sin deseos, sin puertas, ventanas ni muros, sin cajones de velas, ni sacos de papas... un momento sin monedas y sin billetes propios ni ajenos, sin trabajadores maldicientes, sin empleados, sin gonococos, sin borrachos y sin puteadas".[6]

En el tono inicial de este fragmento puede existir una reminiscencia de algo que dijera Thomas Mann en *La montaña mágica,*[7] y en las palabras finales un eco de cierta esperanza revolucionaria y de una amable utopía soñada en tiempos de juvenil anarquismo. Pero ése no es el mensaje de Manuel Rojas. Ni especula ociosamente ni canta himnos libertarios. La vida, el tiempo, el hombre, la soledad del hombre, su desamparo y la ternura que de alguna parte brota, que rompe al hombre o a la mujer como una gruta donde bebe y se refresca el condenado, he ahí la materia de su reflexión constante, la materia que se levanta desde la escoria y flota para adquirir la forma santa del halo sobre cada sacrificio, a cada instante del día y de la noche.

La cifra del destino moderno está como en la frente del paria. Estos vagabundos son chilenos o argentinos por la ropa que llevan, el mendrugo que comen y la palabra dura, afilada que les corta los labios. En el fondo, son el *roto* universal, es decir, el hombre-roto de la sociedad contemporánea, roto en la medula del espíritu, quebrado y trágico. Manuel Rojas le examina con ese despegado mirar suyo; desde una altura fraternal, más allá del tiempo y sin temer al artificio le fija en símbolos que, desde entonces, lleva a cuestas como identificación. "Era la avenida —dice— en que el compañero del hombre-cuchillo-mellado-pero-peligroso había herido al hombre-cuadrado-

---

[6] *Hijo de ladrón,* 2ª edición, Santiago, 1951, pp. 292-293. Cf. capítulo VIII, pp. 289 y siguientes.

[7] Que hay ciertas reminiscencias de *La montaña mágica* en esta novela de Rojas es indiscutible. Compárese, por ejemplo, *Hijo de ladrón,* capítulo II, en cursiva, pp. 96-102, donde Rojas inserta una curiosa y poética elucubración sobre *la herida,* con la disquisición literario-filosófica de Thomas Mann acerca de *la enfermedad,* pp. 130, 132, 134 en *Der Zauberberg,* S. Fisher Verlag A. G., Berlín, 1924. Manuel Rojas inicia su divagación con un dilema —"no te quedan más que dos caminos..."— que corresponde exactamente al dilema representado en *La montaña mágica* por Hans Castorp y su primo Joachim. Rojas se aparta, luego, de la idea de Mann y especula sobre *la herida* visible o invisible que lleva todo hombre de nuestra época, herida por la cual se le escapa la vida.

bueno-para-empujar-y-derribar". (p. 124). De estas encadenaciones conceptuales a la mayúscula alegórica no hay sino un paso: Rojas lo da —como otros novelistas hispanoamericanos, Asturias, Mallea, Yáñez, Carpentier, todos adjetivadores substanciales[8]— cuando del hombre ambiciona extraer la esencia física y espiritual que lo define. El personaje va cargado de trascendentalismo, sin máscara, vivo aunque definido, cerrando a su alrededor con palabras y gestos la categoría de eternidad que le pertenece. El hombre-herramienta, el hombre-cuchillo, el hombre de las alcantarillas, constituyen, para Rojas, la presencia de un mundo en crisis al que revela en una deshumanizada anatomía del individuo que no mata su medula espiritual sino que, por el contrario, la destaca y la desnuda hasta lo doloroso, revelándola en carne viva. Véase cómo entra al mundo de quienes van a ser sus salvadores en el instante de más aguda crisis:

"Por su parte, también me miraron, uno primero, el otro después, una mirada de inspección, y el primero en hacerlo fue el que marchaba por el lado que daba hacia la calle y cuya mirada me traspasó como un estoque: mirada de gaviota salteadora, lanzada desde la superficie del ojo, no desde el cerebro, y estuve seguro de que mi imagen no llegó, en esa primera mirada, más allá de un milímetro de su sistema visual exterior. Era para él un simple reflejo luminoso, una sensación desprovista de cualquier significado subjetivo. No sacó nada de mí: me miró como el pájaro o el pez miran al pez o al pájaro, no como a alguien que también está vivo, que se alimenta de lo mismo que él se alimenta y que puede ser amigo o enemigo. Era quizá la mirada de los hombres de las alcantarillas, llena de luz, pero superficial, que sólo ve y siente la sangre, la fuerza, el ímpetu, el propósito inmediato. Desvió la mirada y pasó de largo y le tocó entonces al otro hombre mirarme, una mirada que fue la recompensa de la otra, porque éste sí, éste me miró como una persona debe mirar a otra, reconociéndola y apreciándola como tal desde el principio, una mirada también llena de luz, pero de una luz que venía desde más allá del simple ojo. Sonrió al

---

8 Cf. *Hombres de maíz* de Asturias, *La Bahía del silencio* de Mallea, *Al filo del agua* de Yáñez, *Los pasos perdidos* de Carpentier. En esta última novela leemos: "Habíamos caído en la era del Hombre-Avispa, del Hombre-Ninguno, en que las almas no se vendían al Diablo, sino al Contable o al Cómitre". (p. 16, México, 1953). Semejante substantivación ocurre en novelas de Ramón Sender, como *La esfera*.

mismo tiempo, una sonrisa que no se debía a nada, ya que por ahí no se veía nada que pudiera hacer sonreír, tal vez una sonrisa que le sobraba y de las cuales tendría muchas. Una mirada me traspasó, la otra me reconoció...

"Avanzaron lentamente, como exploradores en un desierto, mirando siempre hacia el suelo, con tanta atención que pude observarles a mi gusto: uno de ellos, el de la mirada de pájaro, tenía una barba bastante crecida, de diez o más días, vergonzante ya, y se le veía dura, como de alambre, tan dura quizá como su cabello, del cual parecía ser una prolongación, más corta pero no menos hirsuta; el pelo le cubría casi por completo las orejas y no encontrando ya por donde desbordarse decidía correrse por la cara, constituyendo así, sin duda en contra de las preferencias de aquel a quien pertenecía la cabeza, una barba que no lo haría feliz, pero de la cual no podía prescindir así como así..." (pp. 247-248-249).

¿Cómo no advertir en este modo de acercarse al hombre y de llevarlo de la imagen inerte a la acción una profunda ironía, ironía que no desaparece sino ante los ímpetus de la ternura o la nostalgia y que jamás es hiriente, sino piadosa y humanitaria? Esta ironía constante y la vaguedad poética son los dos factores que mueven el mundo de *Hijo de ladrón.* Rojas cultiva la vaguedad poética hasta convertirla en la atmósfera misma de su historia. La acción —¿puede llamarse acción a lo que vive en la inacción del *flash-back* y se agita en un substratum del mundo actual?— se desenvuelve en sitios que tardamos en reconocer o que no reconocemos jamás: por ejemplo, en una Argentina sin bordes geográficos, sin tiempo, hecha de algunos trenes en movimiento, de una mujer en una estación, de un cojo, una casa y una piedra, de unos vagabundos que recorren el país ceremoniosamente, de un hambre y una impotencia infinitos; o sucede, tal vez, en Chile, en playas vacías y luminosas, en basurales marítimos, en muelles sin nombre, en rincones orinados, en botes, en cárceles, en noches estrelladas, entre hombres que descienden de un limbo y se rascan, se despiojan, comen, lloran y se van.

La misma vaguedad rige en el tiempo de la evocación. No existe un orden cronológico: los episodios son intercalados en el instante en que llaman a la memoria del narrador, sin explicaciones previas, inusitadamente, como exigiendo al lector que les dé el lugar histórico que les corresponde.

Acaso en esto reside la diferencia fundamental entre las dos etapas de Manuel Rojas como narrador: en *Lanchas en la bahía* y los cuentos que la precedieron Rojas contaba siguiendo una línea recta, dibujando cuadrados donde no sobraba ni faltaba nada, a ras de tierra, con el mal de Maupassant que era la peste del costumbrismo letrado. En *Hijo de ladrón* libera de orden superficial al mundo de sus recuerdos, descubre la soltura y la plasticidad de la novela moderna, aprende a multiplicar los planos de la realidad y a reproducirlos en simultáneas proyecciones como en una sala de espejos, para descubrir, sin buscar, la esencia de un movimiento vital que se desliza a la manera de una luz o de una sombra por el rostro de sus personajes. Se extiende, así, pero no se debilita ni se disuelve, por el contrario, se ciñe en medio de la abundancia de vida y va palpando cada instante como el minero palpa la pepa de oro entre la arena y el agua que se le escurre por los dedos. Sin prisa, con tiempo, en un largo presente sostenido por una inspiración inagotable, un fuego sin llamaradas, de brasa viva, un hálito interior, poderoso, seguro, libre.

Volviendo la espalda al mundo de la acción inmediata y circunstancial Rojas guarda un residuo de vida que en sus manos se torna poesía y reflexión filosófica, ese residuo permanece a través del tiempo, se desprende del movimiento de las gentes, de sus palabras y de sus sueños y crece como una honda atesorando resonancias, uniendo voces, estableciendo la unidad fundamental de todo lo que vive. Nadie mejor que el mismo Rojas ha expresado las proyecciones de su concepción de la novela.

"El novelista —afirma— ha abandonado aquel camino de sol, de risas, de carreras, de juego y de guerra, propio de la epopeya, y descendido a otro, silencioso, como tapizado, por donde la vida interior transcurre como la sangre, sin ruidos, y donde la raíz del hombre se baña en oscuros líquidos y en extrañas mixturas. Cada día más los hechos exteriores son abandonados y olvidados en la novela; no tienen sino una importancia periférica, social; el hombre no vive en los hechos, mejor dicho, los hechos no son lo más importante en él: lo es lo que está antes o después, lo que los ha determinado o lo que de ellos se deriva. El novelista, así como todos los que estudian y describen al ser humano en un sentido psíquico, y así como aquellos que tienen que juzgarlo alguna vez, como los jueces, se ha percatado de que

lo importante del hombre es ahora, y lo ha sido siempre, su vida psíquica".[9]

En estas palabras de Manuel Rojas, publicadas en 1938 pero, seguramente, escritas mucho antes, hay una exacta anticipación de lo que va a constituir la novedad estilística y temática de *Hijo de ladrón.* No olvidemos que cuatro años antes, en 1934, Rojas había asestado un formidable mandoble a la escuela criollista en su ensayo titulado "Reflexiones sobre la literatura chilena".[10] Su actitud, entonces y en 1938, era producto de una reflexión honda, de una inteligente y franca consideración de las limitaciones de su obra, de una despiadada pero justa evaluación de la tradición literaria chilena y, en particular, de la crítica. Refiriéndose a los críticos decía:

"Existen dos clases de críticos: los que estudian los libros y los que estudian la literatura. Nosotros no nos podemos quejar de que nos falten los primeros (casi hay sobreproducción), pero suspiramos por los segundos. Los primeros son, en realidad, parásitos de los escritores. Viven de lo que éstos hacen. Los segundos son compañeros del escritor, marchan con él y a veces se le adelantan". *(De la poesía a la revolución,* etc., p. 122).

Y, luego, añadía:

"Y no es que yo, como escritor —y esto también hay que decirlo— tenga inquina o animadversión contra algún crítico. Al contrario. Me han llenado de elogios y me han comparado, claro que prudentemente, con muchos escritores de fama, con tantos que ya en realidad no sé a quién me parezco, ni si me parezco a alguien. Unos han descubierto influencias: otros semejanzas. Pero ¿quién ha salido ganando con todo eso? Con seguridad, mis amigos y parientes más próximos que gozan mucho cuando se me alaba. Pero yo, como escritor, ¿qué he ganado? Al principio alguna pequeña satisfacción, cierto estímulo, pues tampoco soy una lápida, pero, después, nada. Cuando publicaba mi segundo y tercer libros, pensaba: ahora me dirán que domino muy bien el tema y los personajes, que tengo gran poder de narrador y, para salir del paso, que me parezco a alguien. Como este alguien es ya muy conocido y sus valores han sido

---

9 Citado por R. SILVA CASTRO, *Panorama de la novela en Chile,* México, 1955, p. 202.

10 Publicado originalmente en *Atenea,* 27, 112, octubre de 1934, pp. 547-559.

estudiados por los extranjeros y proclamados por los nacionales, no hay necesidad de más... Y así sucedía y así llegué a cansarme, pues sucedía lo que anticipaba. Mi obra de principiante llenaba sus gustos y esto me pareció sospechoso. ¿Era bondad, pereza o incapacidad? De encontrar un crítico que dejando a un lado los elogios, como yo los dejo ahora, hubiese hablado como ahora hablo, diciéndome qué era lo que, desde un alto punto de vista literario, necesitaba y qué lo que tenía de más, otro gallo nos cantara". (*id.* pp. 124-125).

Al revisar el patrimonio literario de Chile se pregunta:

"¿Habrá que insistir en la pintura del campo y del campesino? ¿Qué proyecciones exteriores tiene una literatura basada en esos motivos? ¿O será mejor abandonar eso y buscar en otras partes nuevos temas? ¿Elegiremos, entonces, al hombre de la ciudad? ¿Al de las minas? ¿Al de las salitreras? ¿Será preciso abandonar nuestro estilo sudamericano (casero) y buscar en su renovación o en su aproximación a estilos novísimos el interés que, junto con nuestro color local, nos dé lo que necesitamos? ¿No será demasiada anticuada nuestra técnica? ¿no nos pareceremos excesivamente, en una escala inferior, a Maupassant, a Ponson du Terrail, a Balzac, a algún ruso (hay tantos), a Reymont, o a Perico de los Palotes? ¿Nos dedicaremos a la novela psicológica, a la de aventura, a la histórica, a la social? ¿O será necesario falsear nuestra realidad, evadirse de lo inmediato, e inventar lo que no existe y algo más?... Y, por fin, ¿tiene alguna importancia literaria nuestro paisaje, nuestro color, los hombres y los hábitos de nuestra tierra? ¿O ellos no nos deben servir más que como elementos simples de una obra independiente de ellos mismos, de una obra que valga, no por ellos, sino por lo que nosotros pongamos de nuestra parte, aunque lo por nosotros puesto no tenga que ver con ellos sino en lo general, no en lo particular, en lo individual? ¿Qué es lo que debemos hacer? ¿Y seremos capaces de hacerlo?"

"...Muchas veces he pensado que los escritores de por acá (me refiero a toda Hispanoamérica) hemos pasado de la simple narración oral a la narración escrita, sin transición, sin sufrir el proceso de la individualización, es decir, sin dar a la obra literaria el sello de una íntima personalidad, sin poner en ella lo que en nosotros puede haber de verdaderamente creador en el sentido literario. Miles de cuentos, cientos de novelas, se fabrican entre nosotros, así, como para los amigos, y aparecen escritas en

tal forma que quitándoles las tres o cuatro descripciones del paisaje que tienen, descripciones que se ponen para dar a la narración un carácter literario (?), quitándole eso, digo, se podría contar de viva voz y sin echar de menos al autor. Falta el autor, podría decirse, falta el artista, ya que lo que se puede contar oralmente no tiene autor ni creador. No hay ahí, en esas obras, en nuestras obras, un esfuerzo del pensamiento por crear algo que represente, de manera objetiva, lo subjetivo del creador; no hay el deseo o el ímpetu de volcar en la obra literaria lo que en nosotros no es solamente y exteriormente literario, es decir, lo que no sólo se refiere a la simple forma escrita: el deseo de permanencia a través del tiempo, la voluntad de dar a la obra literaria nuestra plasticidad interna, si es que alguna tenemos". *(id.* p. 127-128).

Palabras son éstas que debieron hacer época en la literatura chilena. No fueron reconocidas de inmediato, al menos, no lo fueron directamente. Sin embargo, mi generación, que sale a la palestra en el año de 1938, llevará en los oídos la voz de Manuel Rojas, el descontento, del noblemente ambicioso, del preocupado escritor que, sin alardes, demanda sabiduría, hondura y universalidad en la creación novelesca.

Alejado de Gorki, su maestro de juventud a quien, sin embargo, no olvida del todo, y sin dejarse vencer por los resplandores de Joyce, de Mann, de Faulkner, quienes suelen cegarle, Manuel Rojas ha descubierto el sentido de su creación literaria en el movimiento de una forma de vida que, en el fondo y por encima de fronteras, es un movimiento en búsqueda de la paz, del respeto esencial de la dignidad humana, en cualquiera condición y circunstancia, y del amor como entrega libre, total y desinteresada.

LA BALA CANSADA

Por *Enrique* *ANDERSON IMBERT*

(Lugar, una plaza de barrio en Buenos Aires. Época, la dictadura de Perón. Estudiantes —socialistas en su mayoría— empiezan a llegar de distintas direcciones. Vienen de uno en uno. A lo más, de a dos. Evitan formar grupos. No se hablan. Como si no se conocieran. Apenas si se tocan con unas rápidas ojeadas de inteligencia. Mirarse, lo que es mirarse cara a cara, no. A las miradas no las pueden gastar: las necesitan todas para ver si hay policías. Escondidos entre las ropas traen volantes de propaganda antiperonista. A las seis en punto —todo está organizado— iniciarán la "manifestación relámpago". El primer grito será: "¡Libertad!" Entretanto, disimulan. Se sientan en los bancos de la plaza y abren una revista. O pasean por los senderos del jardín. O se paran en las esquinas, como esperando el tranvía; o en las puertas de las casas, como si vivieran allí. O fingen que les atraen las vidrieras de las tiendas. Algunos aguardan en el cine. Otros, en la iglesita del barrio. Otros, en los cafés. Otros, en la Biblioteca Municipal.

La Biblioteca es modesta: cuatro paredes blancas, un solo piso. El único lujo de esa gran caja de zapatos olvidada en la vereda es un ventanal. Por ahí es que el bibliotecario está ahora contemplando, en el centro de la plaza, la estatua de un caballo engarabitado con un general encima.

El bibliotecario: Jorge Grebos).

Un bibliotecario debe poner los libros en manos del público, y esto era justamente lo que a Jorge Grebos le fastidiaba. Sus obligaciones para con los libros las cumplía a las mil maravillas: encargarlos, catalogarlos, cuidarlos. Sus obligaciones para con los lectores, no tanto. En el fondo procedía como si la biblioteca fuese suya: biblioteca privada, no pública. Al público lo atendía. ¡Qué iba a hacer! Para eso le pagaban.

Lo atendía, sin embargo, con desgano. A reglamento. Todo muy seco, muy terminante. Sacaba el libro del estante, anotaba la fecha del préstamo, estampaba un sello sobre la ficha y sansiacabó. El socio 157 venía a buscar el libro AF.345. Que ese socio se llamase Manuel Rodríguez o Pedro González ¿qué le importaba? Es que a Jorge Grebos no le importaban los hombres, por muy socios de la biblioteca que fueran. Los despreciaba, los ignoraba. Hombres ¡bah! Valen menos que los libros. Lo que él quería era estar a solas con los libros. Y leer. Si nadie viniera a la biblioteca (y, naturalmente, si le siguieran pagando el sueldo de bibliotecario) ¡qué felicidad! Lo dicho: que procedía como si la biblioteca fuera suya. Sólo que le sobraban libros. De los que llenaban las estanterías hasta el techo, leía unos pocos, y estos pocos eran todos, todos ellos sin excepción, novelas y cuentos de detectives. Los tenía aparte, fuera de la clasificación decimal, en la pared del fondo, colocados por el orden alfabético de sus autores. Únicamente a esos libros los consideraba como a personas bautizadas. Libros con nombres, no con números.

Una biblioteca de barrio suele tener algo de ateneo y de tertulia. No la de Jorge Grebos. Esos lectores desocupados, solitarios, aburridos que caen como quien no quiere la cosa a leer revistas o a hojear libros pero que, en verdad, buscan amistad y conversación, encontraban un bibliotecario evasivo. Frío como un pez, solemne como un pez.

> (En la plaza, alrededor de la plaza, esperan los jóvenes. Ya falta poco para las seis. Los nervios, tensos, a punto de estallar. Nervios de reloj despertador, de bomba de tiempo. Todo el resto del mundo que no está tocado por esos nervios a horario es pura estupidez. Estúpidas las nubes. Estúpidas las flores. Estúpidos los pájaros. Estúpido ese perro que pasa. Estúpido ese hombre con la cabeza pegada a los vidrios del ventanal de la biblioteca.
>
> Es Jorge Grebos, boqueando como un pez).

Jorge Grebos parecía estúpido. Parecía, nada más. Lo que pasaba es que su cuerpo le funcionaba mal. Sobre huesitos de flaco se había ido formando ese gordo. Cuarentón blando y fofo que ni siquiera podía dar la mano porque le fallaban los músculos del apretón. Carnes muy blancas, de bebé, de mujer, de eunuco. Apenas si un reflejo azulado, en el mentón, prome-

tía la posibilidad de una barba. Ojos de sonso. Perdían el foco y bizqueaban. En la cara le hervían los tics. Respiraba con ronquidos. Tartamudeaba. ¿Qué enfermedad le estaba subiendo por el cuerpo, en marejada sucia? Pero no era estúpido. Lo parecía, no más: y su espíritu, por oculto que estuviese, era el de un intelectual puro. La vida, la realidad le disgustaban. ("Que los cerdos, si quieren, se revuelquen en el fango"). Le disgustaba, asimismo, la literatura comprometida con la vida y la realidad. ("¿Qué se gana con poner un espejo en el chiquero?"). Su inteligencia prefería el juego gratuito.

La cabeza no le daba ni para la Filosofía ni para las Matemáticas ni para las Ciencias pero, sin saberlo, Jorge Grebos llevaba la cabeza torcida hacia ese lado. No podía encajar la caótica masa de hechos en una sola fórmula, pero calmaba ese prurito de rigidez leyendo a Chesterton, Dorothy Sayers o John Dickson Carr. Pensaba con Auguste Dupin, Sherlock Holmes, Philo Vance, el Padre Brown, Hércules Poirot, Nero Wolfe, Peter Wimsey o Isidro Parodi como otros piensan con Platón, Spinoza, Leibniz, Einstein, Bertrand Russell o Carnap. ¡Qué le vamos a hacer! A falta de pan, buenas son tortas. Y Jorge Grebos almorzaba su torta encaramado en una de las ramas más irrisorias del árbol de las ciencias puras: la novela de detectives. Cada novela era una charada, un enigma, un rompecabezas con la espléndida solución que ponía coherencia en la confusión.

En las novelas de detectives admiraba su trama intelectual. Eran sistemas en los que se había suprimido la arbitrariedad. Cada novela, un orbe cerrado, desligado del mundo. Es verdad que por los corredores interiores de esos orbes cerrados andaban figuras vagamente humanas. Personajes, situaciones, circunstancias... Pero ¿quién se va a interesar en eso? ¡Si es pura apariencia! En una novela de detectives los hombres no son hombres, sino conceptos. Y la acción no es acción, sino el desplazamiento —regulado por las leyes de un juego inalterable— de figurillas simbólicas sobre un tablero de ajedrez. Simulacro de vida, nada más. Lo que hay de humano en las novelas de detectives es eso: un mero simulacro. Tomar en serio las alusiones a la realidad es no saber leer. Tan absurdo como si al lavarnos las manos con un jabón que tiene forma de elefante creyéramos que nos estamos lavando las manos con un elefante. ¡Qué revancha contra los hombres se tomaba Jorge Grebos al leer sus novelas! Porque en esas novelas, donde todo era hipotético, los

hombres no contaban. Pues qué: ¿los hombres de carne y hueso, únicos, reales, concretos, cuentan acaso en la confección de mapas, estadísticas o leyes? No, claro que no. Del mismo modo, la novela de detectives, con su rigor trigonométrico, eliminaba a todos los hombres. Para lectores distraídos el asunto de una novela de detectives podrá ser el asesinato de un hombre, pero para Jorge Grebos una novela de detectives asesinaba a todos los hombres, en el sentido de que los eliminaba.

(Y de buena gana hubiese eliminado Jorge Grebos a este hombre que entró en la biblioteca y le preguntó si había teléfono.

—Esta es una bi. . .blioteca —había dicho Jorge Grebos—. El te. . .te. . .teléfono no es pu. . .público.

Pero el hombre, sin decir más, arrojó una mirada sobre el escritorio, descubrió el teléfono, lo cogió y llamó a la policía:

Comuniquemé con Galindo. . . ¿Galindo? Soy yo, Parpagnoli, che. ¿Qué tal? Mirá, te hablaba para decirte que aquí va a haber lío. . . Sí, los estudiantes. Se están concentrando. Traman algo. . . Y. . . yo salía de casa y al cruzar la plaza. . . Sí, aquí nomás, frente a casa. . . Mandá gente. . . Sí, en seguida. . . Bueno. Macanudo. Chao.

Colgó y, sin decir gracias, se fue.

Jorge Grebos lo vio alejarse hacia la esquina. ¡Cómo odiaba a esos matones! Pero ¿no eran atropelladores todos los hombres? Todos, todos, hasta los recién nacidos, tenían la agresividad de la vida bruta).

El resentimiento de Jorge Grebos contra el hermano hombre, contra la sociedad de la que se sentía desterrado, contra la naturaleza que no podía gozar, descansaba al leer esas novelas de detectives, deshumanizadas, frías, vacías y gratuitas. Algunas de esas novelas le parecían todavía demasiado contaminadas de humanidad. Apartaba con desdén las imposturas de los subgéneros: novelas de aventuras, novelas policiales, novelas de brutalidad y lujuria, como las de Sax Max Romer, Dashiell Hammet, James Sadley Chase, James M. Cain, Mickey Spillane. Los detectives de esas novelas espurias no buscaban la verdad con denuedo teórico, sino que se sumaban impetuosamente al fárrago de los acontecimientos. En vez de despejar la incógnita con el análisis y la deducción, averiguaban las cosas a puñetazos o con el sexo. ¡Qué impureza! Como si en un orden matemático

los logaritmos y sinusoides de súbito sintieran pujos de vivir, o como si la hipotenusa, en el teorema de Pitágoras, olvidándose que su función es demostrar una relación necesaria, se acostara con los catetos. Y Jorge Grebos comprendía con tristeza que el gran género de la novela de detectives estaba agotándose. Había tenido un siglo glorioso, desde que Poe lo inventó, pero ahora estaba extinguiéndose, dejando sólo una estela de clásicos ya inimitables. La descripción de paisajes, algún intento de análisis psicológicos, esta o aquella reflexión sociológica, los diálogos que querían ser realistas, los motivos del amor, los celos, la envidia, la codicia, etc. le molestaban como excrecencias. Él iba, derechamente, a la desnuda morfología del crimen. Por eso, cuando escribía (porque Jorge Grebos escribía, aunque para él solito), no eran novelas, sino cuentos de detectives. La forma breve, descarnada y rápida de esos cartabones se prestaba mejor a sus artificios. Al escribir sus cuentos se vengaba de la realidad, obliterándola.

(Las seis de la tarde. Los nervios dan la hora. Tan-tan-tan-tan-tan-tan. Y el gran escándalo del reloj despertador y de la bomba de tiempo. Se ha disparado el resorte. Jóvenes salen de todas partes. Se juntan. Avanzan hacia la estatua y empiezan a gritar: "¡Libertad, libertad, libertad!". Inundación humana. Todas las bocas son una boca, abierta, honda y rugiente. Todas las cabezas son una ondulación continua. Todos los brazos son espumas del mismo oleaje. Todos los ojos son un solo brillo, en lo alto de esa masa líquida que inunda la plaza. Los muchachos van sacando los panfletos escondidos y los reparten entre los transeúntes. Transeúntes sorprendidos. Transeúntes atemorizados. Transeúntes que aceleran el paso para alejarse o para sumarse a la manifestación. Uno de los muchachos se encarama al pedestal y arenga a la multitud. Manos gesticulantes. Rostros encendidos. Vivas y mueras. Aplausos. "¡Libertad, libertad, libertad!".)

Jorge Grebos, que estaba mirando por la ventana, se volvió hacia la sala para imponer silencio: eran unos jóvenes, que cerraron ruidosamente los libros, gritaron "libertad!" y se precipitaron hacia la puerta, atropellando las sillas.

—¡Chiss! ¡Chiss! ¡Qué barbaridad! ¡Chis! ¡Por favor, silencio! ¡Eh, cui. . .cuidado! Tengan cui. . .cuidado.

Ya han salido. Los vio atravesar la calle, a la carrera, y perderse en la concentración.

¡Qué barbaridad! No se respetan ni las bibliotecas. Otra manifestación política. ¡Hasta cuándo! ¡Qué país, qué país!

Se retiró con disgusto de la ventana, fue a su escritorio, se sentó y se puso a leer *El caso del cadáver en triplicado.*

(De pronto, un carro de policías por un lado. Un escuadrón a caballo por otro. Hombres torvos, vestidos de civil, pero armados por la policía, rompen la reunión. "¡Perón, Perón, Perón!". "¡Alpargatas sí, libros no!". Golpes. Desbande. Suenan unos tiros. "¡Viva la libertad!". "¡Viva Perón!". Los cosacos, desde sus caballos, fustigan a los estudiantes. Otros policías los empujan, los meten presos en los carros. Rostros con máscaras de sangre. Arrastran a un desmayado. Un escaparate estalló en una carcajada de loco, y la grupa de un alazán seguía metiendo un muchacho en esa risa de vidrios. Una cortina metálica que cayó rápidamente y una rápida frenada de un tranvía se entendieron en el mismo idioma. Bajaba una punta del griterío aquí, pero se levantaba otra punta más allá. Algunas puertas se cerraron con violencia. Otras, se quedaron con los zaguanes atragantados de cuerpos. Resbaladas de herraduras sobre el adoquinado. Con chispas y todo. Un chico se ha trepado a las ramas de un tilo: lo bajan de un sablazo. Cada cara es diferente, y todo es una sola ola juvenil; pero hay ratas, ratas de uniforme, ratas sin uniforme, ratas armadas, ratas de albañil, grandes, oscuras, peludas, hinchadas, movedizas, implacables, abyectas, con los ojos negros y atisbones. Piensan "haga patria, mate un estudiante por día" y gritan "¡viva Perón!").

Jorge Grebos oía los gritos, el tiroteo, como si nada. ¡Qué vergüenza! En su barrio, frente a su biblioteca... Ya no hay respeto para nada. ¡Qué país! Estampida de ganado humano. Bestias, bestias, bestias... Y se llaman estudiantes. ¡Qué país! hay que meterlo en cintura. Orden, más orden es lo que se necesita, ¡Qué país! ¡Qué porquería!

Por principio se quedó sentado, leyendo. Por lo menos en su conciencia iba a suprimir el desorden. El no prestar atención al desorden era ya un modo de ordenar el mundo. Pero tuvo que ponerse de pie porque la gente, huyendo de la caballada, empezó a refugiarse en la biblioteca.

—¿Qué... qué...qué es esto, qué es esto, se...señores? Estamos...mos...estamos en...en la bi...biblioteca. Si... silencio, por fa...favor.

(Un muchacho de gran melena, color de paja, y de ojos clarísimos, de eslavo, lo miró con sorna:

—¡Si venimos a leer! —dijo.

Tenía una sonrisa desafiante, un desgarrón en el bolsillo y un chichón en la frente, manchada de sangre.

Agregó:

—¿No tiene las aventuras de Caperucita Roja?

Algunas personas del grupo refugiado le festejaron la gracia.

Un señor de edad, que también se había refugiado, se dirigió al joven de la melena y le dijo mirándolo muy serio:

—¿Qué tiene en la frente?

—¿En la frente? Nada—. El muchacho se llevó la mano a la frente y se tocó el chichón y la sangre—. Un chichón. No es nada.

—Pero ¿no sintió nada?

—¡Como para sentir, con el susto! —y se rió—. Aunque sí, por ahora recuerdo. Un golpe. O como una picadura de avispa. ¡Bah! Un bastonazo... Habrá sido un bastonazo. Con el susto ni lo sentí.

Volvió a reirse. Estaba muy pálido.

Era un chichón raro: no redondo, sino largo.

—Permítame —dijo el señor de edad. Y le palpó el chichón—. No. Esto no es un chichón, m'hijo. Es una bala.

—¿Una bala?

—Una bala que habrá rebotado en alguna pared. O una bala vieja. O una bala cansada. Pero es una bala. Déjeme ver. Sí. Es una bala. ¿No la siente? La bala se le ha quedado entre la piel y el hueso. Tiene que ir al hospital.

—No. Ni qué hablar. Al hospital, no. Me levantarían un prontuario. Y después me echan de la Facultad.

—Bueno: cualquier médico que lo atienda tendrá que denunciar el hecho a la policía. Es un balazo. ¿No tiene algún médico amigo, que le saque la bala sin decir nada? Si no se le puede infestar.)

Jorge Grebos había mirado distraídamente la frente herida y ahora, mientras todos rodeaban al muchacho y comentaban animadamente "esa desgracia con suerte", y daban consejos, y

ofrecían ayuda, él se sentó. ¡A escaparse de la vida! ¡A jugar su juego favorito! Nunca había leído, en sus novelas, un caso así: una bala alojada en el cuerpo sin que quien la lleva se dé cuenta de ello.

Jorge Grebos ya no oía la agitada conversación. Apenas un rumor insignificante. Las cosas se desvanecían. Perdían relieve, color. Como si toda la realidad fuera reabsorbida por un sueño. No, más esquemático, más abstracto que eso: como si el tumulto, los gritos, las cargas de los cosacos, los estudiantes chorreando sangre, las corridas y, en fin, la violencia de esa jornada roja fueran reduciéndose a un teorema de álgebra, a una figura puramente mental. La fluida realidad se congelaba en formas. Su misantropía lo llevaba a tratar a esos hombres como personajes de ficción, y a los personajes como cifras. Sea una ciudad X cualquiera; sean A, B y C los tres vértices de un crimen... Víctima, asesino, detective, irreales como los signos algebraicos de un triángulo... Sin caridad, sin indignación, sin simpatía, sin tomar partido, sin sentido de la justica, sin compasión ante el dolor y la muerte, veía por el ventanal a la policía, batiendo todavía a los estudiantes. Unos muchachos se llevaban al compañero-de-la-bala-en-la-frente a la casa de un médico socialista. Pero Jorge Grebos ya no estaba allí. Había entrado en un aire de novela de detectives, donde puede haber golpes, y sangre, y muerte, pero no puede hacer sufrimiento porque nada vive, nada es real. Todo se cerró, como en un recinto fumigado con nubes de opio. Y Jorge Grebos quedó en el centro, como un dios solipsista.

El cuento de la bala cansada que está concibiendo Jorge Grebos

ESA tarde primaveral en Buenos Aires es para él, ahora, una noche de invierno en Chicago, negra, neblinosa, nevada, redonda como una esfera sin comunicación con la vida. La sala de la biblioteca se ha transformado, ahora, en una pieza de hotel; el escritorio, en una mesa de juego; las tarjetas de libros, en naipes. Y toda la gente, reducida a tres entes: A, B y C.

"A" será un español Amaral, debilucho, nervioso, cortés.

"B" será Bebelberg, un judío norteamericano de vivísimos ojos azules y gran cabellera de brujo.

"C" será Cechece, un empleado de Banco, cojo, tristón.

Amaral y Bebelberg son íntimos amigos, y compinches cuando juegan a los naipes. Amaral alquila una pieza de hotel. Esa noche Bebelberg lleva a Cechece para esquilmarlo al poker. Cechece, al darse cuenta de que le están haciendo trampa, derriba la mesa y se toma a puñetazos con los tahures. En medio de la pelea —sillas, botellas, naipes, dinero, todo por el suelo— Cechece enarbola su bastón y Amaral saca su revólver. Cechece le propina un bastonazo en la cabeza a Bebelberg. Amaral, al mismo tiempo, hace un disparo, que no voltea a nadie. Cechece huye, perdiendo todo el dinero que había desfalcado esa mañana en su Banco. Amaral y Bebelberg se quedan poniendo la habitación en orden. Se despiden, Bebelberg con la cabeza dolorida por el bastonazo. Al día siguiente la policía encuentra, flotando en Lake Michigan, el cadáver de Cechece, perforado por un balazo. La bala entró y salió, pero es inútil buscarla, a orillas de un lago. En el bolsillo de Cechece, la dirección del hotel y el número de la pieza. La policía averigua que esa pieza de hotel ha estado ocupada por Amaral. Lo prenden. Le revisan el revólver: tiene una cápsula vacía. Lo acusan de haber asesinado a Cechece. Amaral dice que, en efecto, disparó un tiro, pero que no pegó a nadie. ¿Dónde disparó el tiro? En la habitación del hotel. La policía inspecciona, palmo a palmo, la habitación. No se encuentra el plomo en ningún sitio. Se interroga a Bebelberg, quien defiende a Amaral diciendo la verdad: hubo, sí, un disparo, pero sin víctima. La policía no ha encontrado la bala, pero la perforación del balazo es suficiente evidencia. Amaral es condenado. El leal Bebelberg decide investigar, sin darse cuenta que él lleva en el cuerpo la bala que podría salvar a Amaral: la lleva entre el cráneo y el cuero cabelludo, escondida en la maraña del pelo. Al tocársela ha creído que es el chichón del bastonazo. ¿Y el cadáver de Cechece? Cechece se suicidó. Revólver, bala, cuerpo se hundieron en las aguas de Lake Michigan: sólo el cuerpo volvió a subir, perforado".

Y mientras la vida aúlla en las calles, Jorge Grebos, indiferente, apolítico, va concibiendo su cuentito policial. Limpia

la intriga de toda intromisión extraña, prepara la sorpresa del lector, busca el modo de hacer entrar en el cuadro, con más lógica, la muerte de "C"...

Antes de escribir su cuentito, sin embargo, fue citado por la policía. No supo responder al interrogatorio. Nada. Ni qué había ocurrido ni quién era el muchacho herido ni adónde lo llevaron a curarse ni cuántos eran ni cómo hablaban ni por qué no llamó a los agentes del orden... Un policía, llamado Parpagnoli, lo acusó de negarle el teléfono... Lo inculparon, pues, de haber dado asilo, en la sala de lectura, a los vende-patrias. Fue destituido. ¡Qué mala suerte! Bueno, consolémonos: a lo mejor Jorge Grebos, cesante, tuvo más tiempo para terminar su cuentito.

Libros

LIBROS

MARIANO AZUELA, *Obras Completas,* II vols., Edit. Fondo de Cultura Económica, 2,264 págs., México, 1958, Colec. Letras Mexicanas.

En tres volúmenes quedará recogida toda la obra literaria de uno de los escritores más prolíficos de Latinoamérica, por el momento los interesados pueden asomarse a dos de esos volúmenes: en el primero se agrupa la mayoría de las novelas de Mariano Azuela: *Los fracasados, Mala yerba, Sin amor, Los de abajo, Las tribulaciones de una familia decente, La luciérnaga, El camarada Pantoja, San Gabriel de Valdivias, comunidad indígena, Regina Landa* y *Avanzada;* y en el segundo las seis novelas restantes: *Nueva burguesía, La marchanta, La mujer domada, Sendas perdidas, La maldición* y *Esa sangre,* así como también las novelas cortas: *María Luisa, Andrés Pérez, maderista, Los caciques, Las moscas, Domitilo quiere ser diputado, La Malhora* y *El desquite,* más Cuentos, Relatos y Sucedidos. El volumen tercero recoge el teatro, las biografías, las conferencias, los ensayos y los artículos periodísticos.

Para el prólogo de estas *Obras Completas* fueron solicitados los conocimientos que sobre la vida y trabajos literarios del autor había acumulado la investigación de Francisco Monterde, quien nos informa ampliamente acerca de la significación de Mariano Azuela en la novela de la Revolución Mexicana.

La intervención de Monterde es, en verdad, afortunada, ya que se debe a una polémica iniciada por él en 1924, el que Azuela naciera de golpe a la popularidad cuando pasaba de los cincuenta años. Monterde sostuvo en aquella ocasión la existencia de una novela de la Revolución.

Mariano Azuela, nacido en el Estado de Jalisco el 1º de enero de 1873, se tituló en medicina sin abandonar su firme vocación literaria. Su obra mejor conocida es *Los de abajo,* la misma que cuando Francisco Monterde mencionó en 1924 alcanzaba cuatro ediciones, desapercibidas por el público mexicano. En seguida, todo el panorama cambió para el novelista que nueve años atrás, después de soportar una derrota política, había emigrado hacia El Paso, Texas, logrando escribir la novela de su fama.

El prologuista relata cómo el escritor se va forjando entre estudios compendiosos de medicina y lecturas de novelistas franceses: los Concourt, Flaubert, Zola, Daudet, y cómo diariamente, a la salida de sus clases en la Universidad de Guadalajara, capta el movimiento de las personas que deambulan por las calles, plazas y jardines, captaciones que unirá al final de cada año, durante las vacaciones, con su observación y conocimiento de las costumbres y paisaje de su terruño, Lagos de Moreno, lugar de su nacimiento por el que comprenderá siempre la apacibilidad provinciana, sintiéndose incómodo por el ajetreo espiritual que origina la gran urbe. "El escritor se ha ido forjando entre lecturas, paseos y conversaciones: en 1896 le publican unos artículos —'Impresiones de un estudiante'— en un periódico de la capital de la República, a la que también ha ido a veces, de vacaciones, para conocer sus teatros y museos... El futuro

médico no parece tener prisa por concluir sus estudios, que debió terminar a fines del siglo, y sustentar la última prueba. El cuentista se revelará en los Juegos Florales de Lagos, de 1903, en que otorguen un diploma a su narración *De mi tierra...* Cuando Azuela obtiene el título de médico, se instala y comienza a ejercer allá, falta poco más de un año para que principie la Revolución maderista. El escéptico profesional, el novelista que ya en 1909 es autor de cuatro libros, figura entre aquellos que se oponen a la reelección del general Porfirio Díaz". Madero triunfa; Azuela desempeña cargos de importancia. Huerta traiciona a Madero; Azuela es perseguido por los huertistas; el escritor se une a las fuerzas villistas y presta sus servicios como médico hasta el día que la derrota le obliga a salir del país.

Calmados momentáneamente los ánimos belicosos, Azuela regresa a México y en unión de su familia se dirige al Distrito Federal, donde ejerce su profesión en un dispensario público ubicado en uno de los barrios más humildes del Distrito. "El doctor Azuela —escribe Monterde— cura, observa y escribe, aunque no logre que se impriman todas sus novelas, a causa de la difícil situación política que en ellas describe, con peligro de su existencia. Hay desalientos, pausas, antes de que se reconozca el valer del novelista... En 1938 tiene, a través de una adaptación ajena de *Los de abajo,* su primera experiencia en el teatro. Un lustro después El Colegio Nacional le abre sus puertas... Cumplidos los veinticinco años de médico, deja de ejercer. Da conferencias, escribe: cada año, un libro nuevo. Transcurridos seis, en 1949, obtiene el Premio Nacional de Literatura; en los siguientes, otras experiencias en el teatro y en el cine". Su vitalidad se mantiene con la misma plenitud que la de un hombre de treinta años; lee, escribe, da clases, sirve conferencias, colabora en diversos órganos culturales, en fin, se le ve constantemente activo.

Durante los años postreros de su vida visita con frecuencia el paisaje provinciano. "Nostálgico siempre —del campo, de la ciudad en que dejaba a los suyos—, cada mañana hacía un recorrido por la colonia de Santa María, para visitar a las hijas y los hijos casados, hasta que, debilitado su corazón, la muerte lo encontró lúcido, en la madrugada del 1º de marzo de 1952. Al día siguiente recibió sepultura en la Rotonda de los Hombres Ilustres". Monterde, que trabó amistad con el novelista en el año de 1925, nos dice que la conducta de Mariano Azuela le hacía rehuir, la mayoría de veces, todos aquellos actos que se le brindaban por su labor literaria; "rehusó —relata Monterde— pertenecer a la Academia Mexicana, porque —según afirmaba, modesto— no sabía escribir correctamente"; era un hombre reservado, huraño hasta cierto punto, "con la franqueza un poco brusca del fuereño trasplantado a la ciudad en que se siente incómodo"; no obstante, sabía ser amigo con quienes comprendían su modo de ser sincero; aborrecía "a los que él llamó 'criticastros' y se burlaba riendo a carcajadas, sabrosamente, de los falsos valores, no sólo en literatura'". El prologuista conduce al lector, en esta primera parte del prólogo, hacia el conocimiento sintético de la biografía del más completo novelista de la Revolución mexicana.

En seguida, Francisco Monterde aprovecha los datos biográficos que ha proporcionado y muestra la relación existente entre los personajes y ambientes de las novelas y las experiencias vividas por el novelista. Analiza cada una de las obras y las clasifica y eslabona de acuerdo con los géneros, escuelas y tendencias que Azuela practicara.

De la novela *Los de abajo,* que fue traducida a siete lenguas e idiomas y que alcanzó en poco tiempo casi veinte ediciones, asegura Monterde que su filosofía amarga "arrastró a los novelistas que siguieron por ese camino". Con *Los de abajo* Azuela inicia "la novela neorrealista en el continente" influyendo fuertemente en sus relatistas.

En el último párrafo del prólogo se nos hace ver que Azuela no sólo fue el autor de *Los de abajo,* pues resulta "un escritor de categoría que es también ejemplo de probidad literaria, digno de mostrarse a las generaciones de nuestros días y del futuro".

R. F. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 774 págs., México, 1958, Sección de Obras de Economía.

La primera edición de esta biografía se publicó en inglés el año de 1951. Antonio Ramos Oliveira y Mario Monteforte Toledo la tradujeron al español, siendo revisada por Florentino M. Torner y Cristóbal Lara Beautell.

Harrod cuenta cómo Geoffrey Keynes, hermano de John Maynard, le instó a escribir la biografía que ahora conocemos, tarea que desde un principio reconoció bastante obstaculizada, ya que John Maynard Keynes, como aportador a la teoría económica y como hombre que intervino en los negocios públicos, mantiene vivas muchas controversias que tornan difícil y aventurado el externar cualquier juicio que pretenda considerarse definitivo.

Sin embargo, el economista de la Universidad de Oxford arriesga ante las dificultades que pudiese presentarle la integración de la biografía de aquel a quien juzga "uno de los ingleses más grandes de su tiempo". Harrod anota que conoció a Keynes en la Universidad de Cambridge durante un curso que éste sirvió como profesor; ahí pudo comprobar que Keynes era un hombre de recia personalidad, vivaz, de una genialidad indiscutible, "mi libro —se adelanta a decirnos— no contiene demasiados elogios, sino demasiado pocos... Si mi representación impresiona a algún lector, le aseguro que mucho más le hubiera impresionado el hombre. No hay palabras capaces de recoger la esencia viva". Pero, como es natural, el biógrafo recoge igualmente las debilidades comprobadas de su biografiado.

R. F. Harrod recurrió lo mismo a los archivos públicos que a los testimonios de viva voz; agradece por eso a personas que, como la madre de Keynes, facilitaron la comprobación de datos mediante charlas que en más de una ocasión aclararon interesantes pasajes de la vida de Keynes; la madre de éste contaba entonces con noventa años de edad y mostraba con orgullo los treinta y cuatro volúmenes de recortes de periódicos en los cuales se hablaba de su hijo y que, ella, había coleccionado y encuadernado; asimismo agradece a la viuda de Maynard a quien prácticamente invadió en su casa convirtiendo su salón en simple taller de trabajo.

El biógrafo declara que en su estudio ha dado mayor importancia al período de formación de John Maynard Keynes, debido a que en dicho período los futuros historiadores encontrarán materiales que de otro modo no hubiesen localizado, y a que las primeras inquietudes del genial economista siguieron manifestándose en la etapa de madurez. "Confieso —apunta Harrod— que conservo cierto afecto por el Keynes de los primeros tiempos; supongo que cuando le conocí tal vez pudiera pensarse que estaba en la parte final de su primera

fase. Su apasionada adhesión a las buenas causas, su tremendo y apabullador desdén, su suprema confianza en la fuerza de su propio razonamiento: veo en todo ello espléndidos atributos del joven caballero andante; yo no hubiera querido que fuese de otra manera". En conjunto, la obra de Harrod presenta un documento inapreciable no sólo para los economistas interesados en completar su visión acerca de la personalidad de Keynes, sino también para los estudiosos de la Historia y la Política que deseen informarse de cómo la biografía de John Maynard Keynes se relaciona con esas hecatombes que fueron las dos guerras mundiales.

EDUARDO BARRIOS, *El hermano asno,* Edit. Las Américas Publishing Company, 143 págs., Nueva York, 1958.

En esta misma sección hablamos con anterioridad del hilo psicológico que une a las distintas novelas de Barrios, nos referíamos entonces a *Los hombres del hombre;* en tal ocasión mencionamos desde la primera obra del novelista, *Del natural,* pasando por *El niño que enloqueció de amor, Un perdido, Gran señor y rajadiablos,* hasta *El hermano asno.*

Si consideramos que Eduardo Barrios es un hombre de setenta y cuatro años de edad y cincuenta años de labor literaria unánimemente reconocida por críticos y lectores, acordaremos que es muy poco lo que se pueda decir sobre su personalidad en la cultura latinoamericana; es uno de esos casos en los cuales quienes se deleitan leyendo y releyendo las obras de un autor, insisten en adherirse a los homenajes u homenaje que en determinado momento se tributan a éste. En el ensayo que Carl D. Hamilton publicara hace tres años en "Cuadernos Americanos" y que ahora sirve de introducción a *El hermano asno,* se dice que este título es su obra maestra —aseveración con la que no estamos de acuerdo— y que al publicarse su primera edición norteamericana en español se brinda con ello un homenaje a los "fecundos setenta y cuatro años" del escritor chileno.

Barrios es un esclavo del tratamiento psicológico de sus personajes y un preocupado por algunas de las complejidades que derivan del sexo hacia el campo emocional del hombre. Queda con esto deslindado que Barrios no hace experimentos psicológicos a base de la problemática sexual, sino construye personajes cuyas fuertes sacudidas emotivas definen en tal forma su personalidad psíquica, que no permiten que el sexo alcance categoría de personaje novelístico.

La vida de reclusión —internados escolares, prisiones, claustros, etc.— constituye una de las fuentes generadoras de contradicciones afectivas; en ella la continencia sexual viene a ser un factor decisivo en el carácter del hombre. Barrios ha escogido el ambiente adecuado para desarrollar sus tendencias, las ha puesto a caminar entre los cuatro muros de un convento para frailes.

En *Los hombres del hombre* el novelista presenta las distintas reacciones de un mismo individuo ante su problema, y según reacciona los identifica con un nombre; el marido ante la duda reconoce de inmediato a las diversas facetas que integran su personalidad: Juan, Fernando, Luis, Jorge, Mauricio, Rafael y Francisco, que corresponden a diferentes estados de ánimo: el sensato, el objetivista y astuto, el celoso, el débil, el humilde, el sentimental, y el soñador y fraterno. Esta culminación había sido ensayada en *El hermano asno,* donde se plantea el desplazamiento desigual de la conciencia a través de dos individuos: Fray Lázaro y Fray Rufino; el primero es quien nos da la historia a través de

un diario, nos cuenta sus grandes "pruebas" al recordar su pasado mundano y el temor de sucumbir frente a la antigua decepción amorosa; el segundo es el hermano casi santo que se flagela y se somete al ayuno terrible, pero que al final se lanzará sobre María Mercedes en un momento que no logra controlar al "hermano asno". Fray Rufino muere cuando Fray Lázaro, que estaba cerca de los acontecimientos, va en busca de Fray Luis, el hermano Guardián. Para no desprestigiar a la comunidad con el falso santo se ordena a Fray Lázaro que se responsabilice del hecho, y éste, para servir a Dios, acepta en complicidad con María Mercedes. Sin ser antirreligiosa, la novela deja, con su difícil solución temática, solucionado los casos de conciencia que se vuelven interrogantes adentro de los claustros; combate de esta manera los fanatismos religiosos, sostenidos sin considerar la forma en que se elaboran los grandes milagros conventuales. Nos parece que aparte del hilo psicológico y las consideraciones de índole sexual, hay que reparar en otros elementos que intervienen en *El hermano asno:* las falsas vocaciones religiosas nacidas de las decepciones que se producen bajo el fuego de la juventud que corre a refugiar su inexperiencia en el claustro, tal es el caso de Mario que se transforma en Fray Lázaro; las apariciones divinas de los que llaman 'elegidos' y que nos explicamos en labios de Fray Lázaro al apuntar: "El ayuno enflaquece la mente, muchas veces, y una alucinación engaña... la historia de los místicos ofrece mil casos como el de este santo fraile; no estará trastornado su juicio hasta la locura; pero... ¿por qué pueblas de terrores el misterio de la santidad y tanto se asemeja a la locura la tribulación que esos terrores causan?"; y, por último, los traumas que se forman en las personas demasiado sensibles debido a la insistencia del carácter metafísico de los sacramentos, así cuando María Mercedes describe cómo fue defraudada el día de su confirmación: "Yo esperaba, segura, un prodigio, un milagro, una transfiguración... ¡qué sé yo!... Y llegó aquel domingo... Y entré en la iglesia, trémula, sin fuerzas, como un espíritu, mística, mística, con ese misticismo cándido, imaginativo, de las criaturas. Y ahí tiene usted: el señor Obispo que me da la palmada, y yo que exhalo un grito y caigo exánime, sin sentido, como una muertecita. Un mes estuve enferma". Barrios expone, con lentitud y humildad que marchan acordes con la temática religiosa, muchos ejemplos de sucesos que en la realidad suelen parecernos inexplicables.

RAQUEL BANDA FARFÁN, *Cuesta abajo,* Edit. Andrea, 210 págs., México, 1958, Colec. Los Presentes, Núm. 71.

Raquel Banda Farfán es una de las mujeres relatistas que en México muestra mayor observación de los ambientes que le toca describir; sobre una línea realista nos ha dado antes dos libros de cuentos —*Escenas de la vida rural* y *La cita*— y una novela —*Valle verde.* Ahora continúa esa misma línea con su segunda novela.

Se ha dicho que esta novela fue, si no la mejor, una de las mejores que se editaron en México el año pasado; en verdad, reúne cualidades notables. La autora desprende las páginas del relato de las historias que presentan las vidas de Emilia y Gabriela, dos muchachas provincianas que han gozado comodidades y que venidas a menos son devoradas por el medio inclemente de la ciudad. Emilia y Gabriela son hermanas, traen un origen común, luchan en igual forma contra la miseria y llegan finalmente a la encrucijada del hambre, sin

embargo, Emilia sucumbe por unas ciruelas mientras Gabriela se mantiene firme hasta su encuentro con Homero, quien admirándola por su reciedumbre está a punto de casarse con ella, no realizándolo debido a sus complicaciones con Lucía; tanto Homero como Lucía son personajes de bondad y de superación, que se permiten soñar, que se conceptúan distintos a los demás que les rodean; con todo, el medio no perdona, arrasa parejamente con viciosos y virtuosos. Los personajes de Raquel Banda Farfán son seres encerrados, sin soluciones para sus problemas aun cuando a ratos presenten posibilidades de liberarse. Lo vemos en las dos hermanas: una débil que cae desde las primeras páginas, la otra fuerte, tenaz, esperanzada, pero que también cae un poco más adelante si se interpreta el suicidio de Homero como la decapitación de la esperanza de Gabriela.

Realismo puro, descarnado, sin estampas para turistas y con ratos de patetismo como el parto de Catalina, cuyas descripciones terribles nos recuerdan el caso parecido que apunta Luis Spota en *Casi el paraíso.*

MARTÍN HEIDEGGER, *Arte y poesía,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 115 págs., México, 1958, Sección de Obras de Filosofía.

La versión directa del alemán publicada ahora por el Fondo de Cultura Económica, se debe al Dr. Samuel Ramos, conocedor de los textos del filósofo germano así como preocupado siempre por los problemas relacionados con la disciplina de la Estética; precisamente, Samuel Ramos —ex director de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México— es quien ha venido sirviendo dicha disciplina en las aulas universitarias durante un buen número de años.

Ramos no sólo ha traducido estas páginas de Heidegger sino que también las ha prologado. El libro se integra mediante dos ensayos titulados *El origen de la obra de arte* y *Hölderlin y la esencia de la poesía;* el primero fue publicado en 1952 y el segundo antes de 1937, ambos fueron servidos en conferencias por el mismo Martín Heidegger. *El origen de la obra de arte* abarca estos subtítulos: "La cosa y la obra", "La obra y la verdad", "La verdad y el arte", y "Epílogo".

El traductor sintetiza el título original en *Arte y poesía* y hace ver la importancia de Heidegger en las ideas estéticas de nuestro tiempo; Ramos recuerda que Hartmann señala que en el siglo XIX la estética sólo vio en el arte una significación subjetiva olvidándose del análisis a fondo de la obra de arte, por lo tanto, el "cambio de dirección del pensamiento que pide Hartmann no se ha producido hasta nuestro siglo, y puede considerarse la actitud de Heidegger respecto a este problema como un exponente del cambio. En efecto, el punto de vista de este pensador es abordar directamente la obra de arte como tema concreto de su análisis filosófico".

El Dr. Ramos indica que las ideas del filósofo alemán cuando se refieren a la estética muestran cierta autonomía en relación con su obra anterior, pero que no se puede desconocer que gravitan sobre el supuesto de *El ser y el tiempo.*

Pablo González Casanova, *La literatura perseguida en la crisis de la Colonia,* Edit. El Colegio de México, 189 págs., México, 1958.

La persecución de cualquier literatura, en cualquier tiempo, siempre implica divergencias ideológicas surgidas dentro del proceso cultural que determina el dinamismo histórico. Pablo González Casanova refiere tales divergencias al ocuparse de la *literatura perseguida en la crisis de la Colonia,* época durante la cual los tribunales de la Santa Inquisición disponen de la vida de los individuos si sus teólogos y sabios lo consideran acertado como camino hacia la consolidación de la fe.

González Casanova señala que el funcionamiento de aquella institución se entiende como "un supuesto de la cultura española", a la que debe agregarse la burocratización del medio inquisitorial sostenida en principios místico-religiosos.

Los inquisidores consideran al Santo Oficio como una forma de evitar, mediante su intervención, la decadencia de la fe; por ello se escudriña en todas las posibles fuentes donde puedan captarse las prédicas contrarias a las ideas que defiende el inquisidor; dentro de la literatura se recorren sus distintas manifestaciones, llegándose al colmo de no sólo investigar en la que se califica como profana sino también en la mística; hay una descomposición tal entre los elementos de aquella sociedad, que un soneto o unas décimas donde se reafirma el amor a Dios dan lugar para discutir si ese amor es "puro" o es "interesado". Así sabemos —recordado por González Casanova— que el cura de Atzalán (1784) acusó de herético al soneto *No me mueve mi Dios para quererte,* sustentando la acusación sobre su desacuerdo con la doctrina del amor desinteresado. "Era necesario, pues, que la Inquisición tomara cartas en el asunto y declarara cuál era la doctrina verdadera, si la del cura o la del soneto". El libro de Pablo González Casanova recoge un buen número de estos casos, vale decir: ilustrativos por bien seleccionados.

Aquiles Nazoa, *Poesía para colorear,* Edit. del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, Caracas, Venezuela, 1958, Plaquette Núm. 27.

Ilustrada por María Tallián esta colección de plaquettes incorpora en su numeración a un poeta joven americano. Aquiles Nazoa nació en La Guaira, capital del Departamento Vargas, Venezuela. Dos son las tendencias que distinguen a este poeta: su buen humor para abordar en verso los sucesos de importancia y su acercamiento a los motivos de raíces populares.

En la plaquette que tenemos a la vista se combinan dichas tendencias con su inclinación hacia la poesía infantil; a Nazoa le interesa comunicar las grandes contemplaciones del adulto mediante un lenguaje accesible e ingenioso; el soneto le presta su vehículo para expresar en una primera cuarterta:

Lecciones quiero nuevas y olorosas
en un tren con viajera ventanilla
donde el aire me sirva de cartilla
para ir deletreando mariposas.

El humor de este poeta venezolano recuerda mucho a la estirpe festiva entre cuyos cultivadores se inscribió el reconocido Andrés Eloy Blanco; veamos esta cuarteta de *Primavera en Caracas:*

Ciclista por la brisa y maromera,
hoy llegó mademoiselle sin zapatillas.
¡Qué escándalo, señor la primavera
se quitó el camisón en Las Gradillas!

El editor nos dice que Nazoa tiene otro mérito: estuvo en el exilio durante la dictadura, y además, "ha tenido el privilegio de combinar en su poesía, el humorismo con una exquisita sensibilidad. Esta circunstancia ha influido para que sea uno de los poetas nacionales que está más cerca de su pueblo".

Por aparte, debemos decir que Aquiles Nazoa también se vale de la construcción formal (para volcar ese mismo lirismo que le dicta el género humorístico y su observación de tipo formal) a fin de lograr expresiones poéticas amorosas como ésta que tituló *Dedicatoria* y que abre la plaquette; leamos el soneto:

Cuando yo digo el nombre de María,
que para mí es la voz del agua clara,
es como si a los campos me asomara
con la mano de un niño entre la mía.

Porque su nombre es campo en lejanía
con mastranteros de fragante vara
y ella en las manos lleva y en la cara
los olores suavísimos del día.

Así pues fue el amor, sencillamente,
quien su nombre inscribió sobre mi frente
con cinco letras de melancolía.

Y no es mi voz sino el amor quien canta
como espiga sonora en mi garganta
cuando yo digo el nombre de María.

JAMES COLLINS, *El pensamiento de Kierkegaard,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 325 págs., México, 1958, Colec. Breviarios, Núm. 140.

Elena Landázuri ha hecho la traducción del inglés para esta primera edición en español del estudio que James Collins dedica al pensamiento kierkegaardiano, mismo que hace un cuarto de siglo se ignoraba totalmente en los Estados Unidos no obstante que en Europa se venía aceptando desde principios de siglo.

Collins anota que entre 1936 y 1946 se tradujo al inglés toda la obra del escritor danés, quien fue reconocido por el lector norteamericano como un escritor de extraordinaria capacidad intelectual, reconocimiento que, después de la Segunda Guerra Mundial, se extendió aún más debido a que el movimiento existencialista dejaba entrever en sus raíces la orientación de la doctrina kierkegaardiana.

El autor de este Breviario menciona el excelente estudio biográfico sobre Kierkegaard realizado por Walter Lowrie, y la erudición mostrada por David

Swenson al exponer la doctrina del pensador danés; difícilmente —supone Collins— Lowrie y Swenson pueden ser superados por autores que posteriormente investiguen dentro de los límites de aquéllos, ya que un paso adelante sería abordar con "penetración y valoración" el desarrollo integral del pensamiento de Kierkegaard, analizando con rigor crítico el momento histórico que privaba cuando surgieron y se eslabonaron sus conceptos fundamentales.

En su tiempo, Kierkegaard fue comentado acremente por su interpretación del individuo en la sociedad; el escritor danés nació en 1813 y murió en 1855; su biografía es harto atormentada e influye decisivamente en el pensamiento que mucho tiempo después acogerían personalidades como Heidegger, Sartre y Jasper; sin embargo, Kierkegaard "no elaboró una filosofía y fue, de hecho, un enemigo jurado de los sistemas filosóficos. No fue ni un filósofo ni un teólogo, sino que perteneció a la categoría intermedia del 'pensador religioso'. . ." James Collins, con la presente obra, contribuye a deslindar problemas concernientes al existencialismo, en particular, y a la filosofía, en general.

MERCEDES DURAND, *Sonetos elementales,* Edit. Ministerio de Cultura, San Salvador, El Salvador, 1958, Colec. Plaquettes.

Ilustrada por el artista salvadoreño Carlos Cañas, esta plaquette viene dedicada por su autora al poeta mexicano Elías Nandino, cuyas generosidades, como aquí se ve, recogen homenajes que trasponen fronteras.

Sonetos de buena ley, sobre el hilo delgado y fuerte en que vibra la poesía perfectamente equilibrada, la poesía que sostiene sus mejores sonoridades entre el color y la música. Mercedes Durand construye sonetos en los que intervienen las exigencias del concepto plástico así como el ritmo del endecasílabo bien acentuado; forma y contenido confunden sus esferas y conducen al lector hacia un solo punto: la poesía. La poetisa Durand emparenta muy de cerca con el marco estético que en su tierra han labrado poetas como Serafín Quiteño, Claudia Lars, Hugo Lindo, Oswaldo Escobar Velado, Pedro Geoffroy, Dora Guerra, Claribel Alegría, Waldo Chávez, Ricardo Bogrand, Ítalo López Vallecillos, Irma Lanzas, Orlando Fresedo, y otros de generaciones posteriores.

Algunos de los colores que juegan con lentitudes musicales, que siguen bastante de cerca la acoplación de los acentos, inclinan a la poetisa salvadoreña hacia la exquisita Sara de Ibáñez, sin embargo, cabe decir que el mundo poético de Mercedes Durand es más ordenado, más coherente, su disciplina de ritmo y plástica rechaza los cambios bruscos que en la poetisa uruguaya vienen a construir los contrapuntos que peculiarizan la estética de su personal expresión.

Todas las piezas que integran los *Sonetos elementales* se leen sin tropiezos de forma; los sonetos aquí cumplen los requisitos que exige el oficio de orfebre; el poeta combina la elaboración del concepto que encierra cada palabra con el desarrollo fluido de una temática que ya viene impuesta desde el título del poema. A continuación mostramos cualquiera de los sonetos de la poetisa, por ejemplo, el primero, al que ella titula *Mundo Vegetal:*

Yo conocí la edad de la palmera
y el verbo de los blancos arrozales.
El mundo de los seres vegetales
me dio la anunciación de Primavera.

Las rosas visitaban a la higuera,
el bálsamo curaba a los maizales,
el pino repartía madrigales,
la pascua su encarnada cabellera.

Hermano era el abeto de las tunas,
amigo era el maguey de la gladiola,
y novios tulipanes y aceitunas.

¡Amor, se respiraba verdemente!
¡Amor, gritaba al viento la corola!
¡Amor fue la canción de la simiente!

R. J. FORBES, *Historia de la técnica,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 389 págs., México, 1958.

Ocho años más tarde de la primera edición en inglés, Julio Luelmo ha traducido al español esta obra para la cual el propio autor hizo algunas modificaciones, ampliando su bibliografía y añadiendo un interesante epílogo.

Robert J. Forbes reconoce que una historia completa que agote los temas de la tecnología y la ingeniería sólo sería posible mediante la acumulación de muchos volúmenes; sin embargo, esta obra narra y examina los esfuerzos del hombre para transformar la naturaleza desde la prehistoria, pasando por los imperios antiguos del Cercano Oriente y la Revolución Industrial, hasta nuestros días.

El autor recuerda que el progreso alcanzado por la tecnología y la ingeniería viene a ser una herencia que los hombres de la era moderna disfrutan gracias a las observaciones, experimentos y creaciones técnicas en los que han intervenido la cooperación de centenares de generaciones; por ello, los adelantos que en la época presente disfruta el hombre, no pueden ser atribuidos a determinada nación o determinado sabio o grupo limitado de científicos.

Para mayor ilustración de los lectores, el libro contiene cuarenta y una láminas y suficientes dibujos que ayudan a comprender los temas que Forbes expone, temas que, dentro de la extensión de esta *Historia de la técnica,* fueron considerados fundamentales: los recursos energéticos, el transporte y las comunicaciones, la metalurgia, los textiles, el vidrio, la tecnología química y varios aspectos de la ingeniería civil.

A Robert J. Forbes le complace pensar que este volumen puede contribuir a situar la "historia de la tecnología y de la ingeniería en una perspectiva adecuada, como parte de la herencia cultural del mundo", agregando que espera que también contribuya "a la aceptación general, por quienes se interesan en nuestro mecanizado mundo moderno, de la unidad fundamental del género humano".

ELÍAS NANDINO, *Nocturno día,* Edit. Estaciones, México, 1959.

Al terminar el año pasado, el poeta Elías Nandino guardaba en la imprenta el número de mil plaquettes para distribuir al principio de 1959. La espera para tal distribución tenía su motivo, una razón simbólica si se toma en cuenta que el año iba a empezar, el Año Nuevo, cuando se desean toda clase

de venturas para los familiares y amigos. Las plaquettes fueron repartidas hasta donde lo permitió su número, y en la página de la dedicatoria las personas se encontraron con lo siguiente: "Al hombre universal, fraternalmente".

¿Qué canta en esta ocasión el poeta? Canta un ruego por la paz. Elías Nandino sorprende a sus lectores, a los intelectuales y artistas que conocen sus anteriores preocupaciones temáticas dentro de la poesía; títulos suyos han sido en tantas ocasiones como libros: *Nocturna suma, Triángulo de silencios, Nocturno amor,* etc., y otros que incursionan por ámbitos metafísicos y soledades angustiosas.

Nandino divide su título en cuatro partes, cada una de las cuales viene precedida por un fragmento de las conferencias dictadas por el sabio Albert Schweitzer, publicadas en México con la denominación de *Paz o guerra atómica.* El poeta, lo sabemos muy bien, es un hombre apolítico que vive de su profesión como médico, no milita en ningún partido o grupo, sin embargo, valiéndose de la experiencia que le deja el temor diario de las personas cuando comentan los destrozos que causaría una guerra atómica, eleva su voz y escribe:

Y vencidos, quemándonos por dentro
un rencor sin salida, emparedado
en el mismo furor en que se enciende;
un dolor persistente que no anhela
calmar su intensidad, sino volcarse
en sí mismo y cifrar —como las fieras
con los álgidos ochos que insinúan
al rondar incansables en su jaula—
la suma de las leguas de su cólera:
hacemos con sus ímpetus ocultos
un volcán que apretándose los labios
acumula presiones vengadoras.

Y luego, esta proposición esperanzada, que salva el temblor poético aun cuando el tema es fuerte y ha sido tomado y retomado por cientos de poetas que han escrito recordando la paz:

Rompan las sombras del nocturno día
el sonoro aguardiente de los gallos
urgiendo al cielo desnudar la aurora,
el golpe de cincel con que las olas
trabajan la dureza de las rocas
para esculpirles masculino rostro,
boceto de agresivo dinosaurio
o contorno de virgen en reposo;
la intrépida humareda de los tordos
que en el desliz aéreo se transforma
en repentina red que ansiosa cae
sobre el mar vertical del horizonte,
y todo lo que exista confraterne
su intimidad en la esbeltez de un coro
que por todos los ámbitos confiese
que ya todos los hombres ¡son un hombre!
dueño del mundo, rey del nuevo día,
y el destierro del odio se ha cumplido.

Mauricio DE LA SELVA

León Felipe, *El Ciervo,* poema, Editorial Grijalvo, México, 1958.

En este libro sostiene León Felipe la grave y poderosa voz de gran chantre que viene resonando en sus poemas desde hace muchos años. El tiempo aun no ha quebrado su genial acento, único en la poesía española de nuestros días. Merece gratitud la iniciativa de los amigos de este gran poeta que quisieron ofrecerle el homenaje de la lujosa edición en que aparecen sus últimos poemas. Ilustran el libro cuarenta y nueve dibujos de otros tantos artistas mexicanos, españoles y de otras nacionalidades, todos unánimes en la admiración al autor. Entre los nombres de los ilustradores mencionaré sólo, por amor de la brevedad y porque a tal señor tal honor: el de Diego Rivera, que contribuyó al exorno del volumen con la esquemática representación de un hombre que golpea la tierra con un pico. Habrá sido ésta una de las obras postreras del maestro mexicano, si, como parece la hizo *ex professo* para la ocasión.

Ábrese el libro con un prólogo de Juan Rejano admirable por la noble belleza de la prosa, por el hondo sentimiento humano que la caldea y por la comprensión amorosa con que está sentida la obra del poeta amigo. Sólo que, al final de sus claras palabras, se lamenta Rejano de no haber encontrado en estas últimas expresiones de León Felipe una especie de *happy end* que, por lo visto, esperaba. Pero en la poesía de León Felipe no creo yo que sea posible ninguna conclusión feliz, es más, no creo que sea posible ninguna conclusión, porque su esencia es el anhelo. Sus últimos versos, estos de *El ciervo,* responden a la misma inspiración que dio profundidad a los mejores entre los primeros, pese a las grandes diferencias formales que los separan. Porque el primer libro de León Felipe se tituló *Versos y oraciones de caminante,* y en la palabra *caminante* parece que quiso condensar la esencia de su espiritual naturaleza. Y el caminante dejaría de serlo en cuanto se afincara en un lugar real o ideal por pura fatiga del camino o por que le pareciese hallar en él, aunque fuera engañosamente, clima propicio para el logro de sus anhelos. En aquel primer libro ya hizo León Felipe del viento "su brújula y guía", como dijo otro gran poeta de gentes cuyo destino es peregrinar. Allí dijo León Felipe:

Ser en la vida romero,
romero sólo que cruza siempre por caminos nuevos.
Ser en la vida romero,
sin más oficio, sin otro nombre y sin pueblo.

Y en una impresionante poesía de *El ciervo* vuelve a reiterar ni más ni menos su vocación de vagabundo irremediable:

Han cerrado las puertas de las casas.
Las puertas de las posadas también.
No hay posadas, señor Arcipreste... Ni casas ni posadas.
Y como no quiero ponerme de rodillas
para decirle a Dios que el Hombre está bien hecho,
no cabe más que andar...
andar... andar... andar... eternamente...

No ha encontrado justicia ni bondad, y va a buscarlas. Interroga, increpa, insulta, blasfema acaso. En *La ventana,* poema que pasó como introito a este libro desde las páginas de otro publicado hace ya años, a él, al poeta, al Hombre, lo asoman al paisaje del mundo pintado por Dios y ve las cosas que eterna-

mente, invariablemente —así lo dijo el gran Arcipreste en el *Eclesiastés*— pasarán sobre el haz de la Tierra. Y desolado, renuncia a seguir viendo. Este poema, *La ventana,* es de una belleza tan honda y dolorosa como rara vez se encuentra en obra de poeta antiguo ni moderno.

¿Será ese el destino definitivo del hombre? ¿Tiene destino el hombre? ¡Quién sabe! Por de pronto, hay que seguir buscando, hay que seguir andando, con fatiga quizás, pero aun, a pesar de todo, con esperanza... Yo, de muy buena gana y si él me lo permite, acompañaré a nuestro gran poeta en esa peregrinación sin término previsible y sin posadas. Adelante, pues, adelante... Interrogaremos, imprecaremos, blasfemaremos juntos.

Florentino M. TORNER

JOHN J. JOHNSON, *Political Change in Latin America (The Emergence of the Middle Sectors)*, Stanford University Press, Stanford, California, EE. UU., 1958.

Raramente los hombres de ciencia norteamericanos estudian las realidades iberoamericanas con criterios acordes a este ambiente; por eso sus obras están destinadas a un público que nos observa como una especie de experiencia deforme y meteca, o en último extremo como mundo aparte donde simplemente, las cosas no pasan igual que en los Estados Unidos.

El libro de que aquí nos ocupamos no sólo es una excepción sino una de las aportaciones más valiosas que conocemos para el estudio de la integración social y de los problemas económico-políticos de cinco países claves de Iberoamérica.

Sin aglomeración de notas, pero con un bagaje de hechos que salta a la vista a primera lectura, el libro cubre la actualidad, los antecedentes inmediatos y la perspectiva histórica del desarrollo social, enfocado especialmente a la clase media. Su método dialéctico, materialista, pese al eufemismo con que el autor designa a la lucha de clases. Por lo pronto, enfrenta a los "sectores medios" con los demás sectores, incluyendo en los primeros no sólo a la clase media sino a las élites dominantes.

Refiere cómo los sectores medios han tomado la preeminencia y, desde la ciudad, han influido en la orientación socioeconómica de los gobiernos en Uruguay, Chile, Argentina, México y Brasil. Durante el último cuarto de siglo no se han debatido los problemas históricos, políticos o religiosos, sino de una manera especial, los sociales y los económicos, dice el autor. A la vez, ciertas determinantes culturales han jugado un papel que no tienen, por ejemplo, en los Estados Unidos.

En el aspecto positivo, la preeminencia del sector medio ha institucionalizado la vida nacional, multiplicando el número del electorado activo, concentrando la autoridad en el poder ejecutivo para una mayor acción en escala nacional, promoviendo reformas sociales y laborales, y equilibrando las condiciones de operación para incrementar el desarrollo del capital. En el aspecto negativo, ha castrado los movimientos venidos de abajo, las reformas agrarias, la independencia y la fuerza de los sindicatos y la intervención de diversidad de partidos políticos en el manejo de la cosa pública, a través de alianzas y compromisos con los

altos intereses burocráticos, financieros y militares. Todo esto ha enriquecido a muy pocos y empobrecido a demasiados; el autor se pregunta hasta dónde podrá la demagogia de los sectores medios y su habilidad para "preparar y contar cabezas", contener las apremiantes peticiones de orden económico de una masa a la que gradualmente dejan de representar y de servir.

Johnson ve en la composición física y étnica, en el debilitamiento de la Iglesia Católica y el descrédito de los militares, y en la influencia de la inmigración, las razones por las que el Uruguay tenga la historia más larga de Iberoamérica en lo tocante a predominio de los sectores medios y a firme juego democrático. Señala la importantísima presidencia de José Batlle Ordóñez a principios de este siglo, como antecedente de las grandes reformas sociales en el país. Sin embargo, no se le escapa que tanto la legislación laboral como la agraria rigen de modo distinto en y alrededor de Montevideo, y en el campo. Advierte también un peligro en la prudencia con que actúan los partidos y en el equilibrio entre sus fuerzas, que puede inducir a uno de ellos a exacerbar la demagogia nacionalista y la centralización del poder como panacea de los males sociales que se están incubando.

En Chile es el Partido Radical el que encarna el temperamento de los sectores medios, apoyados por las fuerzas armadas y fortalecidos por la plutocracia y los latifundistas cada vez que el liderazgo derechista llega al poder. El Partido Comunista está llamado, según Johnson, a capitalizar el enorme descontento de las masas por el desequilibrio económico motivado por la gradual desviación de todos los demás partidos hacia la derecha. La fuerza opuesta será una alianza procatólica, socialcristiana y antimarxista, bajo la jefatura de los sectores medios. A causa del exceso de partidos y de la búsqueda del voto, se da en Chile el caso de una avanzada legislación social y de una plena libertad política, junto a grandes atrasos agrarios, que ningún Partido se atreve a resolver para no alienarse el apoyo de los propietarios.

La situación en Argentina ha sido muy distinta. Primero, las pequeñas minorías se sucedieron en el poder, una vez los grandes liberales de principios del siglo pasado abandonaron sus planes ambiciosos de reforma; Perón no gobernó con los sectores medios sino con las masas organizadas, y pese a todos sus inconvenientes, llevó a cabo una transformación considerable a favor de ellas; a su caída, han surgido de nuevo los poderes del clero, los militares, los terratenientes y los representantes de intereses extranjeros, en tanto que los sectores medios se dividen y subdividen a través de luchas estériles y de falta de claridad en sus programas. Semejante inestabilidad, agravada por el fracaso del gobierno actual como representante de las aspiraciones de los sectores medios, abre perspectivas a un nuevo régimen de fuerza de extrema derecha, o al resurgimiento del peronismo como fórmula de masas.

En el Brasil, los militares han sido una fuerza decisiva dentro o alrededor del gobierno. El desarrollo agrícola ha formado minorías poderosas con sentimiento regionalista, cuya influencia política se sostiene a través de alianzas con los militares. Todos los partidos han abusado del tema del nacionalismo, por lo cual ya las masas no creen en él. Getulio Vargas ha sido el único hombre capaz de crear y ejecutar profundas transformaciones económicas, fortaleciendo al capital sin menguar derechos a los trabajadores; de ahí que los sectores medios no hayan sido su principal apoyo; en cambio, su régimen tuvo el inconveniente de debilitar a todos los partidos y de politizar el movimiento laboral. Esto ha favorecido las transacciones y el oportunismo para llegar al

poder y mantenerse en él. El caso de Juscelino Kubischek es revelador: ganó la presidencia como heredero de la política de Vargas, y se mantiene en ella como aliado de los grandes intereses civiles y militares, por ahora más fuertes que los sectores medios.

El estudio referente a México está hecho con particular conocimiento y objetividad. Señala Johnson que los sectores medios han estado en el poder desde 1940, una vez fueron "sujetados" los elementos socioeconómicos cuyas reivindicaciones nacieron con la Revolución de 1910. A diferencia de los demás países analizados, México presenta el caso de los militares estrechamente unidos a los sectores medios en su proceso de emergencia, y de una poderosa Iglesia Católica que directa o indirectamente es factor de la política local. Durante la primera fase de la Revolución, los elementos populares del campo ganaron innumerables batallas contra los sectores medios urbanos, como no podía ser menos dentro de un movimiento que tenía sus orígenes más genuinos en el campo. La gestión del general Plutarco Elías Calles sirvió para dar cimiento a las primeras organizaciones de trabajadores urbanos y para impedir que el militarismo surgiera como una fuerza política decisiva. Sin embargo, muchas de las amplísimas aspiraciones plasmadas en la Constitución de 1917 no se realizaron sino tiempo después, gracias a la política del general Lázaro Cárdenas, que obligó a los sectores medios a ponerse al servicio de los intereses populares. Pese a las reformas agrarias, sin embargo, los elementos urbanos tomaron la preeminencia y a través de ellos, se fortaleció el sector medio que iba a imprimir su inconfundible sello a la administración pública a partir del régimen siguiente.

Las presiones de la guerra mundial operaron tanto como las motivaciones internas para que el sesgo hacia la derecha fuese incruento y casi normal de 1940 a 1945. Las inversiones industriales se quintuplicaron y los líderes obreros y campesinos entraron a formar parte de la maquinaria política; "algunos estudiosos", subraya el autor, "opinan que Ávila Camacho institucionalizó una contrarrevolución".

El régimen del Lic. Miguel Alemán continuó esa misma política y borró por completo las características agrarias de la Revolución. Su interpretación era primordialmente económica y no social. Casi el doble del ingreso en salarios desembocó en ganancias del comercio y de la industria. El consumo, en cambio, permaneció estacionario y hasta se redujo; el 99% de la población recibía el 49% del ingreso nacional, en tanto que el 1% acaparaba el 51%. "Los críticos de Alemán", observa el autor, "interpretan su administración como la vuelta al capitalismo liberal del siglo XIX, de tintes neo-*científicos*" porfirianos.

Don Adolfo Ruiz Cortines sucedió a Alemán en 1952 y encontró una situación hecha, que en lo fundamental, ha continuado. El énfasis de su gestión radicó en purificar los sistemas burocráticos, en fortalecer las instituciones sociales como la familia, la propiedad privada y la Iglesia, y en manejar las inversiones públicas con mayor prudencia. Su política económica puso énfasis en el desarrollo de zonas esenciales para un desarrollo a largo plazo; consecuentemente, dio liberal subsidio a transportes y comunicaciones. Los elementos del sector medio cobraron decisiva influencia, que culminó en 1950, cuando el Partido oficial único (PRI) descartó el concepto de la lucha de clases y la "democracia de los trabajadores y los agraristas" en favor del "ideal" de las "clases medias". El voto a la mujer, recién concedido, fortaleció estas tendencias moderadas.

En su conjunto, dice el autor, "los sectores medios todavía están sujetos

a juicio. Han proclamado que el gobierno —que controlan ellos—, es el garante de la Revolución. Pero no han demostrado que pueden conservarse en el poder dentro de un sistema bipartidista o multipartidista, ni han establecido que su programa económico puede triunfar sin recurrir a una inflación desquiciadora".

En México, el sector medio no satisface en manera alguna a fuertes grupos de la población —incluso intelectuales, comerciantes, industriales y agricultores de clase media—, pues se le acusa de haber depuesto la justicia social a favor de las ganancias de los inversionistas. La puerta queda abierta, pues, para que un liderazgo que revalide con claridad los postulados de la Revolución, conquiste a las grandes masas postergadas aún dentro de una economía inferior. Para sostenerse en el poder sin romper sus compromisos con los grandes intereses —prevé Johnson—, los sectores medios acaso necesiten de las fuerzas armadas, ya que las tendencias moderadas son mucho más débiles que las diferencias económicas.

Political Change in Latin America apunta sin fallar los múltiples casos en que la responsabilidad de los males recae sobre el gobierno de los Estados Unidos. Unas veces la intervención ha robustecido sin proponérselo a los gobiernos reivindicatorios y nacionalistas, como los de Cárdenas y Perón; y otras —las más— ha inducido a los sectores medios a entronizarse en los gobiernos a aplastar los movimientos sociales y de mayor justicia en lo económico.

Escrito en un inglés rico y eficaz, este libro revela un profundo conocimiento de todos los resortes que mueven a los 180 millones de iberoamericanos en su curso hacia la formación de la nacionalidad y la estructuración de sus sociedades. Revela también una gran simpatía hacia las fórmulas nuevas de convivencia que se buscan de este lado de la tierra. No parecen satisfactorias, en cambio, las posibles alternativas que vislumbra para que los sectores medios tomen y retengan el poder sin sofocar con maña o fuerza los anhelos impostergables de las masas, cuya indigencia económica, moral y cultural es la raíz del atraso en Iberoamérica.

ADOLF RUDNICKI, *The dead and the living sea,* Editorial Polonia, Varsovia, 1957.

La guerra mundial sesgó la prosa crepitante, poética, llena de placidez o de ironía sin amargura, de Adolf Rudnicki, para convertirla en la de este libro macabro, irregular, testimonial, sobre la tragedia de los judíos bajo la dominación de los nazis en Polonia.

Rudnicki es una mezcla de prosista eslavo y de poeta judío. De ahí su sentido del drama, su proclividad a la lamentación, su profunda amargura, y su talento para penetrar en la interioridad del hombre, su ingenuidad descriptiva y —¿por qué no?— su irregularidad estilística.

Estos ocho cuentos de *El mar muerto y el mar vivo* (traducimos del inglés) son otros tantos momentos de la persecución, de la angustia, del genocidio, del rompimiento de todo lo que se ama, que sufrieron los judíos durante la ocupación nazi. Ni en intención ni en relación puede decirse que sean un panfleto, un instrumento político para recordar al mundo las causas y los extremos de la última conflagración mundial. La guerra está vista a través de los hombres, alrededor de las terribles controversias de pasiones y del abatimiento de los valores. Algunos de estos cuentos, como *Pascua,* son simplemente

el relato de la cacería de los judíos: más reportajes periodísticos que cuentos; pero otros, como *Daniel el moribundo* o *La corriente clara,* están apretados de conflictos, de descripciones decisivas, de imágenes tan inesperadas como las de la época estridentista.

Difícilmente se da un prosista eslavo y menos un judío que no sea a la vez, o más bien, un poeta. Rudnicki brilla en esto tanto como flaquea. Sus símbolos, pero sobre todo sus metáforas, son el resultado de un agudo temperamento creador sometido a larga y ociosa meditación. Fácil es advertir en sus mejores cuentos que de pronto, sin ánimo de "volver atrás", de reencontrar el tiempo perdido, está incorporando a la acción pensamientos, juicios hechos quién sabe en qué espantosas condiciones durante los años de la guerra. Como en sus libros anteriores, el cuentista polaco disemina ideas, bien por boca de sus personajes o cuando toma a su cargo el proceso de la narración.

A su temperamento poético, decíamos, y a la objetividad con que se esfuerza en transcribir sus recuerdos puramente históricos, se debe la debilidad de algunos de sus relatos y de muchos pasajes de este libro. Probablemente los problemas sentimentales, humanos, que vivió como actor, son los que mejor se han transmutado en material artístico, inclusive en figuras poéticas del mejor gusto y de indudable originalidad que no se apartan de las exigencias de la prosa.

Josefow es la historia de un muchacho tuberculoso que sólo vive para pulsar con la noticia de sus compañeros que pelean al lado de los republicanos en España; *El caballo* describe las penalidades de un padre con motivo de las persecuciones que sufre su hijo por ser militante comunista; *Daniel el moribundo* refiere el automartirio de un joven para probar su inocencia frente a cargos que le hacen sus compañeros de *ghetto* por supuestas traiciones, y el derrumbamiento de la lealtad de grupo frente a la muerte; *La corriente clara* nos parece el mejor cuento del volumen: relata cómo el campo de concentración y la miseria, respectivamente, han destruido el amor entre un joven y una hermosa muchacha —admirablemente recordada, interiorizada y descrita—; *Raisa asciende al cielo* es la pugna del amor y la salvación contra la muerte, encarnado en la pareja de una violinista y un trastornado médico a quien ella trata de matar para salvar a los compañeros escondidos en una estrecha morada común. *Ventanas doradas* y *El mar muerto y el mar vivo* son cuentos amplios, más bien noveletas, con infinidad de accidentes sobre la persecución o el reajuste de postguerra entre los judíos.

Se nos antoja ver, por entre esta maraña tan trágica, como si no hubiese ocurrido, la profunda convicción en que el hombre se salva de algún modo, herido y solo, para alguna forma de la libertad, llevando en los ojos el coraje para empezar de nuevo y el testimonio de la pesadilla que agotó en él y como vecino de otros que tuvieron menos suerte.

JERZY SAWICKI, *De Nuremberg à la nouvelle Wehrmacht,* Ed. Polonia, Varsovia, 1958, 492 págs., en 4º

Inesperadamente, como una voz solitaria que desentona en el concierto dirigido por rumbos bien distintos, nos llega este libro cargado de acusación y de hechos respaldados por una documentación incontrovertible.

Está formado por varios ensayos cuyos temas convergen al mismo punto: "El renacimiento de los generales", "El informe secreto del general Taylor",

"Proceso contra proceso", "El balance literario de Schacht", "Testimonio póstumo de Hans Frank", "La piedad comienza en Spandau", "La llave de las memorias de Ribbentrop", "Fin de la extradición y principio del estado mayor", "Himmler tiene la palabra", "La singular transacción de los Krupp", "Las dudas de Hans Fritzsche", "En las avanzadas de la agresión", "De la novela policíaca a las memorias de un *feldwebel*", "La oferta de los Waffen-SS", "Guía jurídica para los espías", "La conciencia extraviada", "El martirio del almirante", "La nueva historiografía del estado mayor alemán", "Las cartas de Bormann o la apología de la estupidez", "El agresor provocado", "Las memorias y las verdades de Von Papen", "Una pequeña revisión de la historia", "La protección de los generales mariscales de campo", "Principios incómodos", "El nuevo retrato de Hitler... y los dos Hitler", "Los generales mariscales de campo vienen al rescate", "El nuevo reino de Flick", "La vuelta del consejo de dirección de la I. G. Farben", "La cocina del revisionismo", "Por una nueva forma del ejército", "Por una nueva estrategia para el ejército".

Hay que ver en este libro más que un planteamiento del peligro del resurgimiento militar en Alemania desde el punto de vista soviético, una de las denuncias más graves de nuestro tiempo contra la farsa de una guerra hecha a nombre de la defensa de la democracia, y la re-creación del mismo o peor peligro precisamente por quienes cantaron la palinodia de las Cuatro Libertades y la amenaza del fascismo. El mundo civilizado debe preguntarse si al servicio de la contingencia de la lucha entre los intereses soviéticos y los intereses norteamericanos, puede contemplarse impunemente la obra que exhibe el libro de Sawicki: la reconstrucción del revanchismo alemán, del ejército alemán, de la gigantesca industria cartelista alemana, del neofascismo y lo que es más grave aún, la fundamentación de una política revisionista que en último extremo, está convalidando no sólo los actos, sino la filosofía del nazifascismo. Ayer, a nombre de la humanidad, se dio por bien muertos a los 10 millones de combatientes de la democracia, y por ejemplificador el juicio internacional de Nuremberg; hoy, el dinero o el chamberlainismo de los occidentales está incubando una literatura, un teatro, un cine, un alineamiento militar y una colosal componenda de comercios, para revalidar a los generales hitleristas, a los jóvenes de las guardias de asalto, a los industriales que *fueron* el nazismo y a los banqueros malabaristas que le dieron los medios de imperio mundial.

La obra del escritor polaco Sawicki —universitario y jurista— tiene una importancia que no debe pasar inadvertida. Por su estilo sencillo, didáctico, y por la buena organización de los materiales de estudio, es lectura fácil para el especialista de asuntos internacionales, lo mismo que para cualquier lector interesado en el mundo de hoy y en las acechanzas que lo circundan.

Mario MONTEFORTE TOLEDO.

LAFRAGUA, POLÍTICO Y ROMÁNTICO. Estudio y Selección de José Miguel Quintana.

Como primer volumen de la Colección Reforma e Imperio, acaba de aparecer *Lafragua, político y romántico,* estudio y selección de José Miguel Quintana, de la Editorial Academia Literaria. Libro de hermosa presentación, que repro-

duce litografías diversas, románticas como parte del libro mismo, que constituyen adecuadas ilustraciones de la obra; 424 páginas pulcramente impresas.

Personaje familiar entre los Escalantes de la capital, don José María Lafragua, o sea el "señor Lafragua" o "el tío Lafragua", como con frecuencia se le llamaba en mi familia paterna, no llegó a ser tío abuelo de quien escribe esta nota, como podrá ver el lector de esta obra, cuyo mayor mérito, para quien desee averiguar los románticos amores de mi tía abuela Dolores Escalante y don José María Lafragua, es el estricto apego a la verdad descubierta por el mismo novio en "Ecos del Corazón", tradicionalmente conocida de los Escalantes, pero falaz y a veces dolosamente tergiversada por aficionados a escritores o historiadores, a quienes interesó más un sensacionalismo absurdo que la verdad histórica.

Cercano a la verdad pero en ocasiones desviado de la exactitud, don Carlos González Peña en sus "Flores de pasión y de melancolía", no alcanzó a llegar a las fuentes. Ello no obstante, su escrito es digno de encomio, por haber comprendido a los personajes, a la época en que vivieron, y la tierna, pura e imperecedera pasión de Lafragua hasta su muerte, por la que fue la novia eterna de su juventud, convirtiéndola en su esposa dentro de su corazón eternamente enamorado.

Desde que Lola murió el 24 de junio de 1850, Lafragua se convirtió en el viudo inconsolable que fue hasta su muerte; la familia de Lola fue la suya; sus hermanos los suyos. Por eso se le llamaba como he dicho, "el tío Lafragua" o "el señor Lafragua" de los sobrinos de Dolores Escalante. Mil otros detalles se podrían referir desde este aspecto, como aquellos reveladores legados; el de $3,000.00 para conservar sus créditos el magnífico monumento sepulcral de su novia, y el de $25,000.00 para dotar a doncellas pobres que preferentemente llevaran el nombre de la amada: Dolores.

Mucho muy interesante es aquella primera parte del libro "Lafragua, político", síntesis de nuestra vida a través de uno de los principales temperamentos moderados de la época —Miscelánea de política—, trasladada con otros documentos de que José Miguel Quintana se vale para dibujar a su personaje, "en medio del caos político que hacía fluctuar a la Nación en contrarias direcciones, víctima del flujo y del reflujo de las ideas y de intereses que chocaban a cada momento, no permitiendo que se estableciera ninguna base sólida", según las acertadas expresiones de don José María Vigil, que tanto se han repetido después.

No podían faltar en el libro, las obras de Lafragua como legislador y jurista, y entre ellas se hace resaltar como era debido por haber sido su obra personal, el famoso "Estatuto Orgánico" tan discutido como fue, pero que resultó indispensable, como lo consideró Lafragua, para regir brevemente al Gobierno de don Ignacio Comonfort mientras el Congreso Constituyente elaboraba la Constitución Política más importante de nuestro país.

Las obras literarias de Lafragua que aparecen en el volumen fueron bien seleccionadas a mi juicio. Como mucho de lo escrito en México en aquellos años, nos encontramos pintorescas páginas costumbristas, que recuerdan las de Payno, Prieto, etc. Bien sabido es, en cambio, que no obstante la afición poética de tan ilustre político, sus versos no le alcanzaron un puesto destacado en nuestro Parnaso.

En fin, el libro de *Lafragua, político y romántico* es un libro que hay que

leer y conservar; ahí está el México turbulento del siglo XIX; en él se respira el romanticismo de entonces tal como era, sin las cursilerías deformadas que se le atribuyen hoy o, si se quiere, con las simpáticas sensiblerías que le son propias.

Daniel ESCALANTE.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA REVISTA EL DIA 28 DEL MES DE FEBRERO DE 1959 EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA, T. G., S. A., AV. GUATEMALA NÚMERO 96, MÉXICO 1, D. F. SIENDO EL TIRO DE DOS MIL EJEMPLARES.